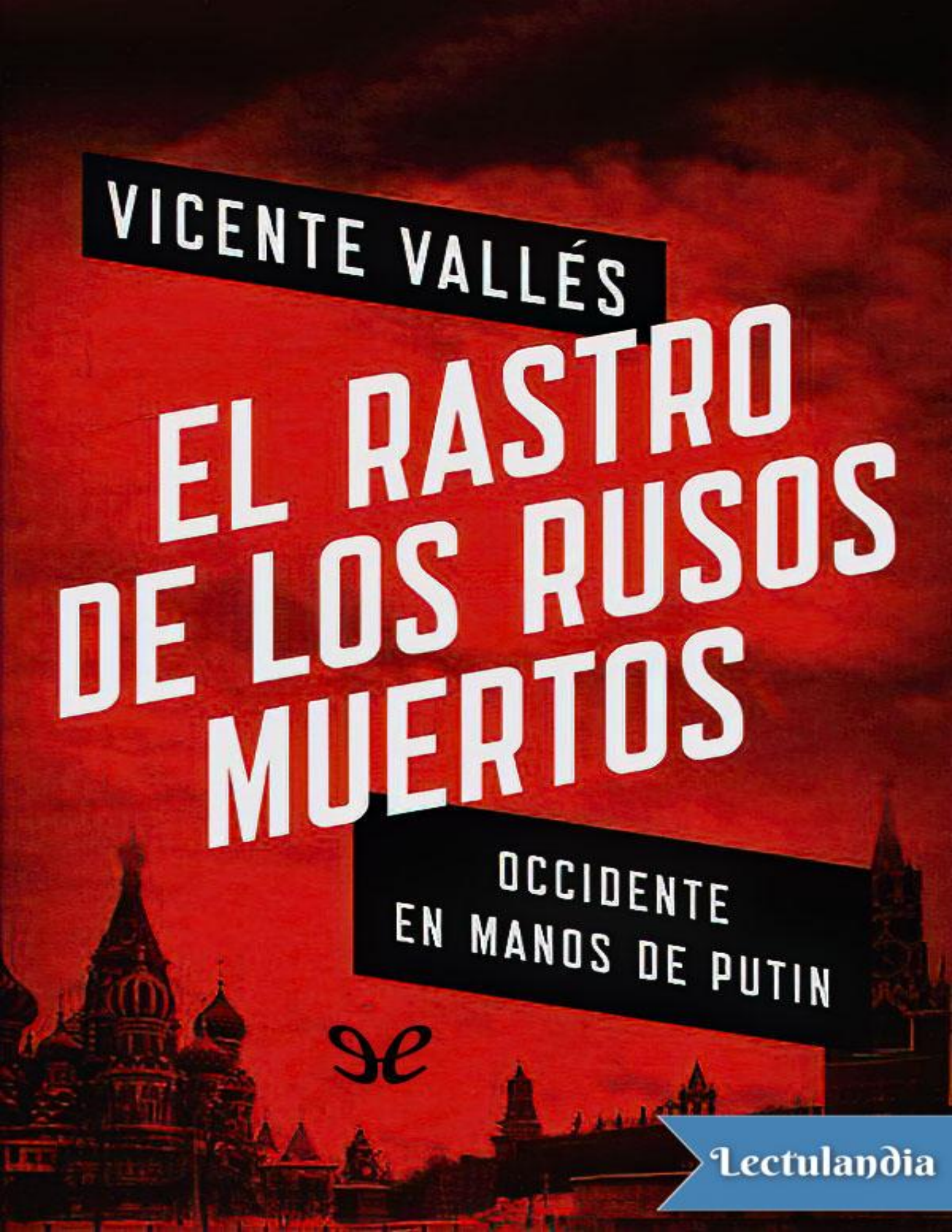
VICENTE VALLÉS

EL RASTRO DE LOS RUSOS MUERTOS

OCCIDENTE EN MANOS DE PUTIN



Lectulandia

A través de una intrigante cadena de asesinatos y muertes inexplicadas de espías y diplomáticos rusos por todo el mundo, Vicente Vallés nos sumerge en un relato tan trepidante como real. ¿Intenta Rusia desestabilizar y provocar situaciones de crisis para conquistar a la opinión pública occidental? ¿Es Donald Trump presidente de Estados Unidos gracias a la interferencia de Vladímir Putin? ¿Son los mafiosos que se instalaron en la costa española una correa de transmisión del Kremlin? ¿Han manipulado los servicios secretos rusos a las sociedades democráticas para condicionar procesos electorales en Francia, Países Bajos, Alemania, España o Italia? Quizá nada de esto haya ocurrido, pero el poder de la Rusia de Putin reside en que todos creen que sí ha ocurrido. El antiguo agente del KGB es hoy el espía que domina el mundo. Porque las guerras ya no se ganan en los campos de batalla, sino en internet y en las redes sociales.

Vicente Vallés

El rastro de los rusos muertos

Occidente en manos de Putin

ePub r1.0
Titivillus 27-08-2020

Título original: *El rastro de los rusos muertos*
Vicente Vallés, 2019

Editor digital: Titivillus
ePub base r2.1

Índice de contenido

Cubierta
El rastro de los rusos muertos
Dedicatoria
Cita
1. EL RASTRO DE LA VICTORIA DE TRUMP
Serguéi Krikov, 8 de noviembre de 2016
Andréi Kárlov, 19 de diciembre de 2016
Petr Polshikov, 19 de diciembre de 2016
Oleg Erovinkin, 26 de diciembre de 2016
El espía del MI6
Roman Skrylnikov, 26 de diciembre de 2016
Andréi Malanin, 9 de enero de 2017
Alexander Kadakin, 26 de enero de 2017
Vitali Churkin, 20 de febrero de 2017
Denís Nikoláievich Voronénkov, 23 de marzo de 2017
Mirgayas Shirinski, 23 de agosto de 2017
2. EL RASTRO DE LOS BOLCHEVIQUES MUERTOS
3. EL RASTRO DE LAS MEDIDAS ACTIVAS
¿Por qué mueren tantos diplomáticos rusos? «Probablemente porque son viejos»
Las Diómedes
Influir en las elecciones
Las bombas de 1999
Año Nuevo en Chechenia
¿Terroristas o espías?
El rastro de los sospechosos muertos
4. EL RASTRO DE LA MAFIA RUSA
La captura del capo: Operación Avispa
El «crimen superorganizado»
El puntilloso fiscal español
Cita con un espía ruso
La lista de Litvinenko
«En Rusia solo hay bandidos, prostitutas y políticos»

5. EL RASTRO DEL POLONIO 210
«Póngame un té con polonio 210, por favor»
«… Probablemente aprobada por el presidente Putin»
Toda una vida por cien mil dólares
La espía que ¿me amó?
Otro traidor envenenado
El caso del neozelandés-ecuatoriano-ruso-español
6. EL RASTRO DEL DINERO
Entre Sotogrande y Biarritz
Boris viene a vernos
Berezovski cae en desgracia
El clan de San Petersburgo
Moscú está en silencio
El robo de doscientos treinta millones de dólares
El violonchelista de Putin y los Panama Papers
La cooperativa y el banco
Hillary, te odio…
Cuatro tiros por la espalda frente al Kremlin
«¡Mamá, han matado a Boris!»
La sombra chechena de Kadirov
¿Quién mató a Nemtsov?
La tendencia a morir
Los opositores desaparecidos
7. EL RASTRO DE LA INJERENCIA AMERICANA EN RUSIA
Alcohol, calzoncillos, pizza y Vladímir
Los calzoncillos de Yeltsin
Más alcohol y carcajadas
Clinton, en silla de ruedas
En la dacha de Yeltsin
Ahora mando yo
8. EL RASTRO DE LA INJERENCIA RUSA
Tenemos porquería de Hillary
La triste vuelta a casa del «tipo excelente»
La ridícula cumbre de Helsinki
9. EL RASTRO DE LOS CAÍDOS POR LA CONEXIÓN RUSA
Un jodido paranoico esquizofrénico
El juramento del zar

Sobre el autor

Dedicatoria

A mis padres.

Cita

No soy una mujer y, por lo tanto, no tengo días malos.
Lo peor para un político es aferrarse al poder por todos los medios posibles, y centrarse solo en eso.
El fortalecimiento de nuestro Estado se interpreta deliberadamente como autoritarismo.
¿Exagente del KGB? Eso no existe.

VLADÍMIR PUTIN
Presidente de la Federación Rusa

1.
EL RASTRO DE LA VICTORIA DE TRUMP

SERGUÉI KRIKOV,
8 DE NOVIEMBRE DE 2016

La operadora de emergencias escuchó la voz entrecortada y tensa del interlocutor que llamaba desde un edificio de la calle 91 de Manhattan, una elegante zona muy próxima a Central Park. Nueva York, como dice la canción de Frank Sinatra, nunca duerme, y hay tanta gente que lo extraño es que el 911 —el teléfono de urgencias— no suene en cualquier minuto de cualquier hora del día. Empezaba a amanecer el 8 de noviembre de 2016, la jornada en que los americanos y el mundo iban a dar la bienvenida a la nueva presidenta Hillary Clinton. Eso es lo que estaba escrito. Y eso es lo que no ocurrió.

Aquella mañana electoral un funcionario del consulado general de Rusia en Nueva York se tropezó con un cuerpo inerte al abrir una puerta. No respondía. La policía apareció a los pocos minutos. El cadáver yacía en el suelo y, según la versión inicial de los agentes, tenía golpes en la cara y en la cabeza, como si hubiera sufrido una caída. Los servicios médicos certificaron su muerte. Y los responsables del consulado se precipitaron a anunciar públicamente que «un médico americano que fue invitado a entrar en el edificio descartó que hubiera signos de violencia».

El finado, Serguéi Krikov, era, según el relato oficial, un simple agente de seguridad de sesenta y tres años. Pero horas después, medios de comunicación rusos elevaban el rango del fallecido a algo que en inglés se define con la expresión duty commander. Su trabajo consistía, en realidad, en proteger el consulado de cualquier incursión indeseable. Krikov realizaba labores de contraespionaje, para evitar que los servicios de

inteligencia de los Estados Unidos pudieran conocer lo que ocurría o se decía en el interior de ese edificio. Para ejecutar esa función con la efectividad debida, Krikov era uno de los pocos funcionarios del consulado con acceso a un secreto especialmente delicado: los códigos que se utilizan para encriptar los mensajes que se envían a Moscú, y desencriptar los que llegan desde Moscú. Palabras mayores.

Con el paso de las semanas, la investigación de la muerte de Krikov entró en estado gaseoso. La policía de Nueva York pareció perder interés en destinar a sus agentes para ese objetivo. Y los análisis del equipo médico sobre las causas de la muerte tendieron a la evaporación, casi desde el minuto posterior al levantamiento del cadáver por orden de la autoridad. Hubo quien dijo que Krikov había muerto al caer desde una altura equivalente al techo de la sala en la que se encontró su cadáver. También se filtró que Krikov era un bebedor contundente. Y, con la misma determinación, se dijo de inmediato que había muerto por causas naturales.

Cuando los medios americanos trataron de encontrar información en los servicios médicos de Manhattan fueron remitidos al Departamento de Policía de Nueva York. La policía desvió el balón al consulado ruso en la ciudad. El consulado despejó hacia la embajada en Washington. La embajada derivó las preguntas a la oficina de comunicación del ministerio de Asuntos Exteriores en Moscú. Y allí, un alto funcionario aseguró que se había tratado de un ataque al corazón. ¿Y los golpes que tenía en la cara y la cabeza? Se los haría al perder el conocimiento y desplomarse al suelo, dijeron. Caso cerrado.

En Estados Unidos ninguna instancia oficial tenía información cierta de dónde había vivido Krikov en Nueva York, ni sobre cómo murió, ni de a qué lugar fueron enviados sus restos mortales. ¿A quién le importaba la muerte de Serguéi Krikov la mañana del 8 de noviembre de 2016, si horas después el mundo iba a recibir al nuevo presidente electo Donald Trump?

ANDRÉI KÁRLOV,
19 DE DICIEMBRE DE 2016

Algunas personas que tuvieron la desgracia de recibir un disparo, pero la suerte de poder contarlo después, dicen que en el primer segundo sintieron algo parecido a un golpe seco. De inmediato, una fuerte quemazón, un escozor profundo y creciente. Y, finalmente, un dolor inmenso, unido a un miedo aterrador a perder la vida.

Cuando la bala atravesó la parte trasera del traje gris, y luego el chaleco, y después la camisa y, de seguido, la camiseta interior, Andréi Kárlov tardó apenas una milésima de segundo en encoger el cuello contra las solapas de su americana, al tiempo que se le cerraban los ojos con estrépito y su rostro se transformaba en una mueca. La convulsión provocada por la bala elevó espasmódicamente su hombro derecho más que el izquierdo, justo cuando llegaba la segunda bala, y la imagen de Kárlov desaparecía del cuadro visual de la cámara que grababa su discurso. Se había desplomado. El micrófono quedó solo, como colgado en el aire y ya sin el orador a la vista.

El operador de la cámara, en lugar de huir precipitadamente, manipuló el *zoom* con nervio periodístico para abrir el plano al máximo, hasta conseguir que emergiera en imagen el responsable de lo ocurrido. En una esquina de la sala, un hombre joven, moreno, con traje y corbata negros, levantaba el brazo izquierdo señalando con su índice al techo, mientras su mano derecha agarraba una pistola apuntando al suelo con aparente dominio profesional. Resultaba evidente que aquella no era la primera vez que manejaba un arma de fuego.

A la derecha de la imagen, justo detrás del atril y del micrófono, el voluminoso cuerpo del embajador de Rusia en Turquía yacía con los ojos fijos en el techo y los brazos extendidos hacia los lados. Tardó unos segundos en morir, porque tuvo tiempo de mover agónicamente el brazo derecho mientras su asesino gritaba a los presentes que no olvidaran Siria, en general, ni la ciudad de Alepo, en particular.

—¡Mientras ellos no estén seguros, ustedes no estarán seguros! […]

El breve griterío del pistolero terminó con el tradicional «Alá es grande». Rusia llevaba tiempo bombardeando a las fuerzas rebeldes en Alepo, en ayuda del ejército del dictador Bashar el Asad.

Kárlov fue rematado en el suelo con un tiro de gracia, disparado por Mevlüt Mert Altintas, de veintidós años, policía turco, con una pistola automática ST10 de fabricación nacional, de cañón corto, 9 milímetros y con capacidad para dieciséis balas. El asesino utilizó entre ocho y doce.

Altintas era miembro de las fuerzas antidisturbios. Meses atrás, en octubre de 2016, había sido apartado del servicio al ser acusado de simpatizar con el intento de golpe de Estado contra el presidente turco Recep Tayyip Erdogan. Las purgas afectaron a decenas de miles de personas en todos los ámbitos sociales. Pero mes y medio después se reintegró a la policía. Algunas informaciones publicadas la misma mañana del crimen señalaban a Altintas como componente del equipo de seguridad del embajador ruso. Pero, en realidad, ese día el pistolero había pedido permiso en su unidad policial alegando estar enfermo, había reservado una habitación en un hotel cercano al lugar de los hechos y había entrado en la galería de la exposición mostrando su identificación como miembro de las fuerzas de seguridad. Le abrieron paso sin más. Se situó detrás del embajador, con la actitud propia de un escolta. Se movió a un lado y a otro. Se agarró varias veces la americana. Miró en alguna ocasión hacia su costado izquierdo, donde tenía alojada su pistola, y finalmente la utilizó.

Después de ejecutar el crimen, de terminar su encendido discurso y de apuntar con su pistola a algunos de los asistentes, Altintas se mantuvo a la espera en el interior de la galería del Centro de Arte Contemporáneo de Ankara. Era consciente de que el resto de su vida se extendería apenas unos cuantos minutos más. Fueron quince. Lo siguiente que se sabe es que hubo un tiroteo con tres heridos, y una foto: la del asesino muerto en el suelo de la misma galería, boca arriba, aparentemente acribillado a balazos.

Andréi Kárlov fue honrado con aparatosos halagos por su difícil tarea de enhebrar las complejas relaciones bilaterales de Rusia con Turquía, después de que el 24 de noviembre de 2015 cazas F-16 de la fuerza aérea turca derribaran un avión de combate ruso Su-24 que merodeaba por la frontera sirio-turca. Vladímir Putin dijo que ese incidente era «una puñalada

por la espalda por parte de los cómplices de los terroristas». Así consideraba al Gobierno turco por apoyar a los rebeldes sirios contrarios al dictador El Asad. Recep Tayyip Erdogan defendió el «legítimo derecho» a proteger su territorio. Según su versión, dos aviones rusos habían sobrevolado su espacio aéreo. Aseguran que fueron conminados a marcharse, pero que solo uno de los dos lo hizo. El caza ruso que permaneció sobre suelo turco fue derribado. Según el Gobierno ruso, no hubo tales avisos y el avión estaba en el espacio aéreo sirio. Tanto turcos como rusos sí coinciden en que el avión cayó dentro de las fronteras de Siria, después de recibir el impacto de un misil aire-aire. El avión derribado tenía dos tripulantes. Uno de ellos murió, después de ser encontrado por los rebeldes sirios. El segundo, el capitán Konstantin Murajtin, fue rescatado doce horas después por un equipo de las fuerzas especiales rusas.

Las tensiones entre Rusia y Turquía se encendieron entonces, con intercambio de acusaciones e imposición de sanciones. Días antes del asesinato del embajador se habían convocado concentraciones contra Rusia en Turquía. Y por eso sorprende más que el embajador ruso no llevara un grupo de agentes de seguridad a su alrededor; sorprende también que el asesino pudiera entrar en el lugar apenas mostrando su identificación; sorprende por añadidura que no hubiera un solo policía en la sala para dar réplica al pistolero; y sorprende aún más que, de hecho, las fuerzas del orden tardaran varios minutos en acceder al lugar. Y, esto sorprende menos: el asesino no pudo vivir para contar el porqué de su acción ante un tribunal. Fue abatido.

Justo en el momento en el que se producía el atentado, el ministro de Asuntos Exteriores turco volaba hacia Moscú para reunirse allí con sus homólogos de Rusia e Irán. Iban a buscar fórmulas de colaboración en la guerra de Siria.

Vladímir Putin conocía personalmente a Kárlov y le concedió la más alta condecoración como héroe de Rusia a título póstumo. Su nombre está inscrito sobre el mármol de color rosa que embellece una pared del Ministerio de Asuntos Exteriores en Moscú. Allí figuran los diplomáticos caídos en acto de servicio. Andréi Kárlov había dejado de existir treinta y nueve días después de que muriera Serguéi Krikov.

PETR POLSHIKOV,
19 DE DICIEMBRE DE 2016

Ese mismo día, pocas horas después de que las autoridades judiciales turcas ordenaran el levantamiento del cadáver de Kárlov en Ankara, las autoridades judiciales rusas ordenaban el levantamiento del cadáver de Petr Polshikov en un apartamento de la Balaklavsky Prospekt, una amplia avenida a medio camino entre dos de las circunvalaciones de Moscú. Una bala se alojaba mortalmente en el interior de su cabeza. Precisando la información, la noticia de la muerte de Polshikov se hizo pública después de que se produjera el asesinato de Kárlov, pero el gatillo que se utilizó contra Polshikov fue apretado antes. En cualquier caso, cuestión de horas. Quizá, solo de minutos.

En la puerta lucía el número 251 del edificio de viviendas de un bloque de inconfundible aspecto soviético. Los servicios paramédicos introdujeron el cuerpo de Polshikov en una funeraria bolsa blanca de plástico, lo sujetaron con un cinturón a una camilla y lo evacuaron por el ascensor hasta introducirlo en una ambulancia tan blanca como la funeraria bolsa de plástico. El ciudadano ruso asesinado tenía cincuenta y seis años y había sido un alto cargo del departamento de Asuntos Exteriores ruso, especializado en Latinoamérica.

En su piso aparecieron un arma y un par de casquillos de bala, aunque oficialmente solo un proyectil se instaló en el cerebro de la víctima. Según el relato publicado por las autoridades, la esposa de Polshikov estaba en el lugar de autos cuando ocurrieron los hechos. ¿Qué datos aportó la mujer? ¿Qué aspecto tenía el asesino? ¿Dijo algo? ¿Hay alguna conexión entre los disparos que terminaron con la vida de Polshikov en Moscú, y los que casi a la vez terminaron con la vida de Andréi Kárlov en Ankara? Dos altos responsables de la diplomacia rusa, muertos a tiros en el plazo de pocas horas… Y ambos, fallecidos treinta y nueve días después de Serguéi Krikov…

OLEG EROVINKIN,
26 DE DICIEMBRE DE 2016

—Señor Trump, bienvenido a *The Washington Post* —saludó con amable satisfacción Frederick J. Ryan Jr., el editor y CEO del famoso diario de la capital de Estados Unidos.

Era el 21 de marzo de 2016. En aquel momento, Donald J. Trump empezaba a ser el sorprendente líder en la carrera de 17 precandidatos a la nominación presidencial del Partido Republicano. La hermosa sede del periódico, recién estrenada en el 1301 de la K Street —la calle de los *lobbys* —, recibía al aspirante inesperado, pero a quien en aquel momento de la campaña de las primarias parecía el candidato imposible. Por deformación profesional de empresario inmobiliario, Trump ni siquiera empezó dando los buenos días:

—¡Nuevo edificio! ¡Es muy bonito! Que tengan buena suerte con él…

Ryan no perdió el tiempo, le dio las gracias por sus buenos deseos, y en la siguiente frase le preguntó por aquello que su equipo editorial —allí presente— quería saber: quiénes serían sus asesores en política exterior.

—Bueno, no había pensado en anunciarlo todavía, pero puedo darle algunos nombres.

Citó a cinco personas. La segunda de ellas, Carter Page. Nadie en la sala sabía quién era ese tal Page. Pero no hay duda que Google no pueda resolver. Los miembros del equipo editorial del *Post* tardaron milisegundos en teclear el nombre del desconocido en sus *smartphones*. Carter Page, cuarenta y cinco años, nacido en Minneapolis, alistado en la Marina durante un lustro, escaso de pelo, y experto en la industria del petróleo. Puso en marcha el fondo Global Energy Capital junto con Serguéi Yatesenko, que había sido ejecutivo de Gazprom, la primera empresa de Rusia. Page consiguió conformar una voluminosa agenda de contactos en ese país desde que a principios de siglo trabajó en Moscú para Merrill Lynch. Y, sobre todo, acumuló un conocimiento exhaustivo del potente mercado ruso del crudo. Se convirtió, además, en un profundo admirador de Vladímir Putin, y en un crítico permanente de la política de Estados Unidos hacia el Kremlin.

Días después, Trump explicó a otros periodistas que Carter Page elaboraba para él documentos sobre Rusia y sobre política energética. Meses más tarde negó conocerle. Mientras que Page aseguraba a la prensa que era miembro del equipo de campaña de Trump, la postura oficial de ese equipo es que no se recordaba ninguna reunión en la que hubiera participado Page. La prensa americana publicó que Page había sido investigado por los servicios de inteligencia debido a sus contactos con altos funcionarios rusos.

Pasados cuatro meses de aquella visita de Trump a *The Washington Post*, Carter Page dio una conferencia en la Escuela de Alta Economía de Moscú. En el entorno de esas horas, también se reunió con Igor Diveikin, alto responsable de la Duma —el Parlamento ruso—. Y, además, mantuvo un encuentro con Igor Sechin, de cincuenta y cinco años, nacido en la antigua Leningrado, principal ejecutivo de la Compañía nacional de petróleo de Rusia, Rosneft, y antiguo viceprimer ministro. Era un hombre de Putin desde principios de los años noventa, los tiempos en los que el presidente de la Federación Rusa iniciaba su carrera política en el Ayuntamiento de San Petersburgo, después de haberse formado como espía en el KGB soviético. Sechin se reunió, supuestamente, con Page y, supuestamente, le ofreció un pacto de los que no es fácil rechazar, salvo que la santidad hubiera anidado en su alma: un negocio sobre el diecinueve por ciento de la compañía petrolera, a cambio de que convenciera a Donald Trump para que levantara las sanciones que el Gobierno de Barack Obama había impuesto al crudo de origen ruso.

El 7 de diciembre de 2016, veintinueve días después de que Trump sorprendiera al mundo —y, quizá, a sí mismo— ganando las elecciones presidenciales en Estados Unidos, las autoridades rusas hicieron un inesperado anuncio: la petrolera Rosneft privatizaba el diecinueve y medio por ciento de su capital por diez mil quinientos millones de euros.

La versión oficial situaba el destino de las acciones privatizadas en manos, a partes iguales, del consorcio anglosuizo Glencore y del Fondo Soberano de Catar. Claro que la Qatar Investment Authority —la autoridad de inversiones catarí— es el máximo accionista de Glencore. Y en la financiación de esta operación participó Gazprombank, tercer banco ruso y

«hermano» de Gazprom. Y Carte Page figuraba como uno de los inversores en Gazprom, aunque después envió una carta al entonces director del FBI James Comey para decirle que había deshecho esas posiciones. Comey fue despedido por Trump cinco meses después, en mayo de 2017, por investigar las conexiones de su campaña con Rusia.

¿Intervino Carte Page en la privatización parcial de Rosneft? Y, en su caso, ¿lo hizo como contrapartida por la promesa de un supuesto cambio de política de Estados Unidos hacia Rusia, bajo la presidencia de Trump? La sospecha existe. Por eso fue investigado por las autoridades americanas. Hay quien considera que Page es caza menor, y que no era un elemento tan importante ni para Trump ni para los rusos, con lo que una operación de esta envergadura política no podía haber sido puesta en sus manos. Pero otras casualidades animan a alimentar la especie: ¿por qué estaba Page en Moscú para reunirse con altos responsables de Rosneft, justo veinticuatro horas después de que se firmara el acuerdo de venta? Y, ¿por qué el miércoles 25 de enero de 2017, solo cinco días después de la toma de posesión de Donald Trump y mes y medio después de la venta parcial de Rosneft, la prensa internacional publicaba que no se sabía quién había entrado en realidad en la privatización parcial de la compañía? Empezaron a circular teorías sobre la participación de fondos de Singapur, de empresas radicadas en las islas Caimán, de un banco italiano… La agencia de noticias Reuters preguntó a la dirección de la compañía y al Kremlin, y la respuesta fue el silencio en ambos casos. Y ese misterio, con datos, reuniones, fechas, nombres, dudas y supuestas certezas, estaba plasmado en un relato escrito por Christopher Steele.

EL ESPÍA DEL MI6

A sus cincuenta y dos años, Steele llevaba ya un tiempo fuera del MI6, el mítico servicio secreto de Su Majestad británica, para el que había sido reclutado en cuanto se graduó en la Universidad de Cambridge. Una parte de su trabajo lo realizó en Moscú, hasta que en 2009 decidió ganar dinero

en el sector privado y puso en marcha una agencia de detectives junto con otro exMI6 llamado Chris Burrows.

En septiembre de 2015, un grupo de dirigentes del Partido Republicano de Estados Unidos contrató los servicios de la agencia Fusion GPS, con sede en Washington. Estaban aterrorizados ante la posibilidad de que Donald Trump consiguiera la nominación presidencial de su partido, y querían que los detectives de esa firma investigaran las posibles conexiones de Trump con los rusos, por si su publicación pudiera apartarle de la carrera presidencial. Y alguna conexión había. De hecho, en junio de 2016 Donald Trump Jr., el hijo mayor del entonces candidato, estaba en tratos con una abogada cercana al Kremlin llamada Natalia Veselnitskaya, y con Rinat Ajmetshin, un antiguo espía del KGB reconvertido en lobista en Estados Unidos. Le habían ofrecido información perjudicial para Hillary Clinton. Pero esa reunión que mantuvieron no se conoció públicamente hasta un año después. Se filtró al diario The New York Times. Por supuesto, el ministro ruso de Asuntos Exteriores Serguéi Lavrov dijo que la polémica generada por aquella reunión era un «disparate».

Cuando se produjo ese encuentro de Donald Jr. con sus contactos rusos en junio de 2016, la nominación de su padre estaba casi hecha, y esos republicanos antiTrump que habían contratado a los detectives optaron por desistir de la investigación. Ya no les servía. El periodista David Corn publicó que fue entonces el equipo de campaña de Clinton el que mantuvo vivas las pesquisas y siguió pagando a Fusion GPS por el trabajo. Fusion GPS habría subcontratado entonces los servicios de Christopher Steele. Ya en ese momento, julio de 2016, Steele trabajaba por su cuenta en un *dossier* sobre la conexión rusa de Trump. Según el testimonio de Corn, Steele sufrió un repentino ataque de ética profesional, porque había encontrado suficientes evidencias como para llegar a la conclusión de que su informe no debía ser utilizado por un partido concreto en la batalla política electoral. Por el contrario, decidió que debía enviar su memorándum a los servicios de inteligencia de Estados Unidos y del Reino Unido. La existencia del llamado *Dossier Steele* se hizo pública por primera vez una semana antes de las elecciones presidenciales del 8 de noviembre de 2016, aunque no se dio el nombre de su responsable ni aparecieron datos relevantes de su

contenido. Lo publicó la revista *Mother Jones*, y pasó casi inadvertido. No tuvo efecto alguno. Donald Trump ganó las elecciones el 8 de noviembre de 2016.

El 10 de enero de 2017, dos meses después de esas elecciones y diez días antes de la toma de posesión del nuevo presidente, la web BuzzFeed publicó el *dossier* completo. Para entonces, sus treinta y cinco páginas ya estaban en poder del director de FBI, James Comey, desde hacía semanas. Y también había sido entregado al todavía presidente Barack Obama, al propio presidente electo Donald Trump y a los responsables de las agencias de inteligencia. Varios expertos de esas agencias cuestionaron la credibilidad del informe. Trump dijo que eran fake news, noticias inventadas. Toda noticia que no le gusta lo es. Finalmente, el 11 de enero, el diario The Wall Street Journal reveló el dato importante: publicó que el *dossier* era obra de Christopher Steele.

Steele se asustó al ver su nombre en los periódicos de medio mundo y optó por desaparecer durante días ante la posibilidad de sufrir un atentado. Tenía buenos motivos para temer por su vida, porque solo quince días antes Oleg Erovinkin había aparecido muerto en el interior de un Lexus negro. Según una versión, estaba en el asiento de atrás. Según otra versión, se le encontró en el asiento del conductor.

Pocos días después, servicios de inteligencia, responsables políticos y equipos de investigación de la prensa internacional empezaron a situar piezas sueltas sobre un mismo tablero: Erovinkin aparece muerto; no se da una explicación del motivo; su cuerpo se lo llevan los servicios secretos a las órdenes de Putin, y de los que el presidente había sido agente en los años ochenta y noventa; Erovinkin era colaborador directo de Igor Sechin en Rosneft, el contacto de Carter Page que, a su vez, era un hombre de Trump; disponía de acceso a documentos clasificados de la compañía; y tenía comunicación directa con el Kremlin. Erovinkin pudo ser la fuente que llenó de datos el *dossier* de Christopher Steele. Ahora, Erovinkin estaba muerto. Por supuesto, las autoridades rusas negaron el contenido del *dossier* y consideraron que las sospechas sobre la muerte de Erovinkin eran una más de las muchas teorías de la conspiración rusofóbicas de las que tanto gustan a los medios occidentales.

Oleg Erovinkin había fallecido siete días después que Petr Polshikov y Andréi Kárlov, y cuarenta y cinco días después que Serguéi Krikov.

ROMAN SKRYLNIKOV,
26 DE DICIEMBRE DE 2016

Hay días en los que se acumulan las desgracias. Mientras en Moscú la policía rusa todavía buscaba pruebas en el interior del Lexus de Oleg Erovinkin, llegaba otra noticia luctuosa desde Ust-Kamenogorsk, un remoto lugar de Kazajistán, no muy alejado de la frontera con Mongolia. Allí hay un consulado ruso. Y aquel 26 de diciembre de 2016 en el que Erovinkin apareció muerto dentro de su coche en Moscú, también apareció muerto Roman Sergueyévich Skrylnikov en Ust-Kamenogorsk. En el momento del fallecimiento, Skrylnikov estaba en el apartamento en el que vivía de alquiler desde que fue enviado por el Ministerio de Asuntos Exteriores para realizar su labor diplomática como «empleado temporal» de la oficina consular, según se informó. No se especificó la edad del finado. Ni hubo un informe médico sobre las causas de su muerte. Lo más preciso que se llegó a aportar es que «los datos preliminares hacen pensar que se trató de un ataque al corazón». La policía dijo no haber encontrado signos de violencia.

Roman Skrylnikov había fallecido el mismo día que Oleg Erovinkin, siete días después de Petr Polshikov y Andréi Kárlov, y cuarenta y cinco días después que Serguéi Krikov.

ANDRÉI MALANIN,
9 DE ENERO DE 2017

La embajada rusa en Atenas está situada en una bella y arbolada zona de la capital griega. En el techo tiene varias antenas, como suele ser común en las legaciones diplomáticas. Hay un guardia en la puerta, una valla de

seguridad, un jardín con cipreses y una piscina para que gentes acostumbradas a conllevar los inviernos de la Madre Rusia soporten mejor los tórridos veranos helenos. Aquel 9 de enero, sin embargo, el frío resultaba siberianamente helador en Atenas.

El edificio del consulado es más funcionarial. No hay jardín ni piscina. Tampoco hay antenas a la vista. Solo tiene unas cuantas plazas de aparcamiento en superficie protegidas del sol, y un árbol que proyecta su sombra sobre la puerta de entrada.

Andréi Malanin era, según la versión oficial del Ministerio de Asuntos Exteriores de la Federación Rusa, el responsable de la sección consular de su embajada en Grecia. Aquella mañana no apareció ni por la embajada ni por el consulado. Tampoco respondía a las llamadas telefónicas. Una versión de los hechos indica que otro funcionario de la embajada, extrañado por la ausencia de respuesta de Malanin, acudió a su casa. Está en un barrio muy vigilado por las fuerzas de seguridad, porque cerca de allí están las residencias oficiales del presidente de la República y del primer ministro. Malanin estaba tirado en el suelo del baño. Otra versión describe los hechos de forma distinta: la embajada rusa habría llamado a las fuerzas de seguridad al no tener noticias de Malanin; varios policías griegos y un funcionario ruso acudieron al apartamento y forzaron la puerta porque las llaves estaban puestas por dentro. Al entrar encontraron el cuerpo de Malanin en el suelo de su habitación.

Se hizo cargo de las pesquisas la unidad policial especializada en crímenes. Sus agentes llegaron cargados de aparatosos maletines metálicos. Dijeron de inmediato que el cadáver no presentaba signos de violencia, ni se apreciaba que el apartamento en el que vivía hubiera sido asaltado.

Murió de causas naturales con cincuenta y cuatro años. Versión oficial. Aquel 9 de enero nevaba sobre Atenas, como si fuera Moscú.

Malanin falleció catorce días después de Oleg Erovinkin y Roman Skrylnikov, veintiún días después que Petr Polshikov y Andréi Kárlov, y sesenta y un días después de Serguéi Krikov.

ALEXANDER KADAKIN,
26 DE ENERO DE 2017

El primer ministro indio Narendra Modi enalteció su figura como la de un «diplomático admirable, gran amigo de India, capaz de hablar en hindi de forma fluida —algo extraño en un extranjero y muy apreciado por los indios por el sentimiento de amistad que revela—, y un trabajador incansable en favor de las buenas relaciones entre India y Rusia». Alexander Kadakin ya había sido embajador de su país en Nueva Delhi entre 1999 y 2004, y fue de nuevo designado para esa misión en 2009. Pero su interés por India venía de muy atrás. Había sido un estudioso del país asiático desde su tierna juventud, y llegó a Nueva Delhi recién licenciado a principios de los años setenta, para trabajar como funcionario diplomático en la embajada soviética. Fue entonces cuando conoció a la primera ministra Indira Gandhi, a la que sorprendió hablando en hindi. A principios de los noventa volvió allí como número dos de la legación rusa, antes de ser nombrado embajador en 1999. Kadakin pasó media vida en India, y sentía pasión por ese país. Quizá, incluso, identidad de criterio. Mucha. ¿Demasiada?

Durante esos años, Kadakin había sido inquilino del impresionante edificio de la embajada, que ocupa una manzana entera de Chanakyapuri, el barrio diplomático de la capital india. Su fachada principal mira hacia la avenida Shanti Path, la vía de la Paz en hindi. Esa es la zona de Nueva Delhi que más embajadas acoge. Fue diseñada para ese fin en 1950, tres años después de que India consiguiera su independencia del Reino Unido. La embajada de Rusia comparte barrio con las de Afganistán, Myanmar, Suecia, Países Bajos, Francia, Italia, Canadá, Finlandia, Alemania o Japón. Y, lo más importante: está casi enfrente de la Alta Comisión de Pakistán, lo más parecido a una embajada que tienen los pakistaníes en India. Su trabajo no es sencillo: relacionarse con su enemigo, mientras que sus misiles nucleares se apuntan mutuamente.

Kadakin había intentado durante todos esos años que se mantuviera la tradicional dependencia diplomática de India con respecto de Rusia, sobre

la base de una mayor cercanía al Gobierno indio que al pakistaní. Y la diplomacia rusa no quería que hubiera virajes en materia de política exterior del Gobierno indio hacia Estados Unidos, pero eso era exactamente lo que ocurría desde hacía tiempo.

—Al contrario que otros, nosotros siempre estaremos con ustedes cuando nos necesiten —respondió en una ocasión a un periodista local, en lo que era un claro mensaje a los gobernantes del país.

Pero las autoridades indias veían con creciente preocupación los movimientos de la política exterior rusa con los talibanes en Afganistán, y la cercanía a Pakistán. Y era cada vez más evidente el alineamiento de Putin con el Gobierno chino —rival secular de India—. ¿Ese progresivo distanciamiento de Rusia hacia India se producía con o sin el beneplácito de Kadakin?

La muerte del embajador llegó, como una alegoría, el día de la fiesta nacional india, mientras un desfile militar mostraba al mundo —también a Rusia— la nueva colección de armas compradas por el país a Francia, Israel y Estados Unidos, y no a las empresas rusas de armamento, como hacía en otros tiempos. Cosas que pasan.

La nota oficial india destacaba, con lógica cortesía hacia el finado, que «Kadakin, Embajador Extraordinario y Plenipotenciario de la Federación Rusa en la República de India, ha fallecido el 26 de enero en uno de los hospitales centrales de Nueva Delhi, después de una breve enfermedad». Un fallo cardiaco, según fuentes más precisas. La epidemia de los fallos cardiacos se extendía entre el personal diplomático ruso.

El embajador murió diecisiete días después que Andréi Malanin, treinta y un días después que Oleg Erovinkin y Roman Skrylnikov, treinta y ocho días después que Petr Polshikov y Andréi Kárlov, y setenta y nueve días después que Serguéi Krikov.

VITALI CHURKIN,
20 DE FEBRERO DE 2017

A Vitali Churkin también se le rompió el corazón cuando, según la exembajadora de Barack Obama ante Naciones Unidas, el responsable de la diplomacia rusa en la ONU llevaba años «haciendo todo lo posible para reducir las diferencias entre Rusia y Estados Unidos». El embajador británico describió a Churkin como «un gigante». El francés, como un «maestro de la diplomacia». Un gigante, un maestro y un tipo duro. Eran legendarias sus intervenciones ante el Consejo de Seguridad, en las que defendía las posiciones de Rusia con firmeza y sarcasmo, frente a las posturas de los países occidentales.

Sus colegas han hecho saber después de su muerte que, de la misma forma que Churkin enfatizaba su demostración de coraje al exponer la postura oficial de su país, también comentaba en los ambientes de mayor intimidad, con el personal diplomático de otras naciones, su incomodidad con la extendida corrupción que se había enseñoreado en la Rusia de Putin, y reconocía lo lejos que se encontraba del círculo más próximo al presidente de su país.

En su lejana infancia soviética, Vitali había hecho inocentes incursiones en el patinaje de velocidad sobre hielo, y en el cine. Pero en su juventud llegó a la conclusión de que «es preferible ser un buen diplomático que un mal actor». Con apenas treinta y cuatro años, y después de haber estudiado Relaciones Internacionales, el Ministerio de Asuntos Exteriores de la Unión Soviética destinó a Churkin como segundo secretario al servicio de quien ha sido, probablemente, el embajador más famoso de la historia de la URSS: Anatoli Dobrinin, jefe de la legación de su país en Washington desde los tiempos del presidente Kennedy, hasta los de Reagan. Dobrinin tuvo el instinto —o la obligación, o ambas cosas— de dejar su cargo en la embajada en Estados Unidos poco antes de que la Unión Soviética se viniera abajo precipitadamente.

Dobrinin decidió otorgar a Churkin una sobreexposición mediática nada habitual para la época, más aún tratándose de un diplomático todavía

inexperto y de segundo nivel: le encargó que prestara testimonio ante un comité del Congreso de los Estados Unidos sobre el accidente nuclear de la central de Chernóbil. Nunca antes un funcionario soviético había hecho tal cosa. Churkin vestía con elegancia, y mostraba esa desenvoltura novedosa y cuasijuvenil que quería imponer a la URSS el recién llegado nuevo secretario general del Comité Central del Partido Comunista Mijaíl Gorbachov.

Churkin apenas aportó datos que resultaran relevantes para la investigación del Capitolio. Esquivó muchas preguntas. Casi todas, con ironía y ausencia total de miedo escénico. Cuando un miembro del Congreso le dijo que su preocupación se debía a que Estados Unidos es un país capitalista, el diplomático soviético le espetó con estilo campanudo:

—Ya me he dado cuenta de eso.

Y lidió con soltura a ese grupo de legisladores avezados cuando, preguntado por las causas del accidente nuclear, respondió con otra pregunta:

—No intento polemizar, pero ¿pueden decirme ustedes con certeza qué causó el accidente del Challenger —el transbordador espacial que había estallado poco después de despegar, cuatro meses antes de esta comparecencia—?

Y no, no pudieron decírselo. Vitali Churkin tuvo sus quince minutos de fama en Estados Unidos, donde los medios de comunicación celebraron su desenvoltura, descaro y dominio del inglés coloquial.

Churkin siempre defendió con pasión, finezza y altura las posiciones de su país. Y, como buen diplomático, era capaz de encontrar argumentos para lo defendible, para lo indefendible, para una cosa y para su contraria, e incluso para ambas en una misma jornada. Ejerció su labor, con igual maestría y determinación, desde los tiempos de Leónidas Breznev hasta los de Vladímir Putin, pasando por los de Yuri Andropov, Konstantin Chernenko, Mijaíl Gorbachov, Boris Yeltsin, y Dmitri Medvédev.

Sus batallas dialécticas frente a los embajadores de Estados Unidos, Francia o el Reino Unido son legendarias, y se guardan como ejemplos de profesionalidad en los diarios de sesiones del Consejo de Seguridad de la

ONU. Mostró todas sus capacidades para lo bueno y para lo malo, en el bien entendido de que lo bueno y lo malo casi siempre son aplicables, aunque sea en diferente porcentaje, a todas las partes en conflicto. Quien esté libre de culpa diplomática —y bélica— que tire la primera piedra. Sus rivales le admiraban y le temían, como los generales de un ejército admiran y temen a los del ejército contrario cuando se han enfrentado a ellos en el campo de batalla, y han sufrido en sus carnes las habilidades estratégicas del enemigo.

Un momento cumbre de su carrera diplomática quedó registrado para la historia y para las teorías de la conspiración el 4 de marzo de 2014. Unos días antes, el 22 de febrero, Víctor Yanukóvich dejaba de ser el presidente de Ucrania, y no por propia voluntad. Las protestas callejeras proeuropeas —neonazis, según Yanukóvich— de la famosa Maidan de Kiev habían forzado la huida del presidente prorruso. El 28 de febrero reapareció en la ciudad rusa de Rostov, donde se refugió.

Entre el 27 y el 28 de febrero, grupos de hombres armados tomaron los edificios oficiales y los aeropuertos de la República Autónoma de Crimea, perteneciente a Ucrania. Izaron la bandera rusa. Los invasores llevaban ropa militar rusa y utilizaban helicópteros y vehículos militares rusos, pero el presidente Putin negaba que fueran soldados rusos. El 1 de marzo, la región del Donbás, al sureste de Ucrania, vivió la movilización de sectores prorrusos, contrarios al nuevo Gobierno proeuropeo de Kiev. Vladímir Putin pidió a la cámara alta del Parlamento ruso, el Consejo de la Federación, que le autorizara a «proteger» con su ejército a «los ciudadanos rusos» de la zona. Lo hizo. Tres días después, el 4 de marzo, Vitali Churkin, embajador ruso ante la ONU, se enfundó en una camisa blanca, ajustó sus puños con unos elegantes gemelos, puso encima un refinado traje azul marino y se dirigió hacia la famosa mesa en forma de herradura del Consejo de Seguridad para defender las decisiones de su Gobierno. Se sentó en su silla de miembro permanente, abrió una carpeta y empezó a leer un discurso en ruso.

En un momento de su intervención extrajo un folio de entre su amplio manojo de papeles. Lo elevó con su mano izquierda, le dio la vuelta para poner el texto de cara a sus colegas y a las cámaras de televisión, y lo

mostró a derecha e izquierda. Era, según dijo, «una fotocopia de la carta que el presidente ucraniano Yanukóvich» había enviado al presidente Putin tres días antes, el 1 de marzo. Churkin expuso su contenido textual ante el Consejo. Yanukóvich pedía a Putin por escrito una intervención militar rusa en Ucrania. Era el 4 de marzo de 2014.

Casi tres años después, el 22 de febrero de 2017, el expresidente de Ucrania Víctor Yanukóvich envió una larga carta al recién investido presidente de Estados Unidos Donald Trump. En ese texto explicaba con amplitud de espacio su visión de los acontecimientos que le llevaron a perder el poder y refugiarse en Rusia. Yanukóvich no citó ante Trump la existencia de aquella carta que supuestamente había enviado a Putin en marzo de 2014, pidiendo una intervención rusa en Ucrania. El 3 de marzo de 2017, nueve días después de que Trump recibiera la misiva de Yanukóvich, el secretario de prensa de Putin, Dmitri Peskov, informó de que el presidente de Rusia nunca recibió una carta de Yanukóvich. Es decir, aquel papel que Churkin había mostrado con solemnidad tres años antes al Consejo de Seguridad de la ONU y ante el mundo no existía, según la nueva versión del Gobierno de Moscú.

Hubiera sido interesante preguntar a Vitali Churkin por esta situación tan contradictoria. ¿Se había inventado la carta él solo, o le habían engañado sus jefes del Kremlin? Para cuando esa pregunta se podía plantear, Churkin ya llevaba dos semanas muerto. A las nueve y media de la mañana del 20 de febrero de 2017, dos días antes de que Trump recibiera la carta de Yanukóvich y justo un mes después de que fuera investido presidente de los Estados Unidos, alguien encontró el cuerpo en la sede de la Misión Diplomática de Rusia ante las Naciones Unidas, en la calle 67 de Nueva York, situada frente a una sinagoga. Una versión dice que estuvo allí trabajando toda la madrugada, y que había pedido cena a las doce de la noche, hora poco habitual para cenar. Otra versión indica que le encontraron después de desayunar. Sí hay una coincidencia entre estas dos versiones: que Churkin apareció muerto después de ingerir alimentos. Fue trasladado de forma precipitada al Hospital Presbiteriano Weill Cornell, a tres manzanas de la Misión Diplomática. Allí se certificó su muerte. Se dijo que el motivo más probable había sido un ataque al corazón. Pero se le practicó

una primera autopsia, y sus resultados no fueron concluyentes. Según los expertos, esa letanía de los «datos no concluyentes» es la que se utiliza en público cuando parece haber algún indicio poco tranquilizador, pero no se puede confirmar hasta no realizar sucesivas pruebas. Y eso es lo que se hizo.

La prensa americana volvió sobre el asunto semanas después y chocó contra un muro de silencio. Las autoridades rusas se negaban a dar información, y las autoridades americanas respondían que Churkin era el representante de un país extranjero ante Naciones Unidas y, por tanto, disfrutaba de inviolabilidad diplomática, incluso tratándose de una persona fallecida. Le faltó un día de vida para cumplir sesenta y cinco años.

El representante de Rusia ante la ONU murió veinticinco días después que Alexander Kadakin, cuarenta y dos días después que Andréi Malanin, cincuenta y seis días después que Oleg Erovinkin y Roman Skrylnikov, sesenta y tres días después que Petr Polshikov y Andréi Kárlov, y ciento cuatro días después que Serguéi Krikov.

DENÍS NIKOLÁIEVICH VORONÉNKOV,
23 DE MARZO DE 2017

La puerta principal del lujoso hotel Premier Palace de Kiev, la capital de Ucrania, está en la calle que homenajea al insigne escritor ruso Alexander Pushkin, conocido también por haber participado como soldado en la revuelta decembrista, en la Rusia imperial de 1825. El Premier Palace no está al alcance de cualquier economía doméstica. Dispone de una enorme piscina palaciega cubierta, y en sus salones se han desarrollado reuniones cuyo contenido nunca será público.

A las once de la mañana del 23 de marzo de 2017, Denís Nikoláievich Voronénkov salió de ese hotel. Optó por evitar la puerta principal de la calle Pushkin, y prefirió otra algo más discreta, lateral, que da acceso al bulevar dedicado a la figura de otro artista, el poeta y pintor ucraniano Taras Shevchenko, coetáneo de Pushkin. Voronénkov seguía las habituales

normas de seguridad personal para alguien que se siente amenazado. Su guardaespaldas organizaba cada día un recorrido distinto, aunque tuvieran que realizar el mismo trayecto, y eso incluía las puertas de salida de aquellos edificios a los que acudiese su protegido. Pero no existe la seguridad absoluta.

Voronénkov salió del hotel y caminó calle arriba, hacia la esquina con la calle Pushkin. Justo en ese cruce, en una evidente falta de diligencia, su único escolta no estaba unos metros por detrás de Voronénkov, sino casi a su altura. Su capacidad de protección se limitaba. Quien sí venía desde atrás, con paso rápido y zancada amplia, era un hombre ataviado con un chaleco de abrigo y color oscuro, un chándal de tonos claros con la capucha sobre la cabeza, y zapatillas de deporte rojas. Llevaba las manos en los bolsillos del chaleco cuando se cruzó con una mujer, apenas cuatro o cinco pasos antes de dar alcance a su objetivo. La mujer tuvo suerte aquel día. Había avanzado lo suficiente como para haberse alejado de la escena diez o doce metros con su bolso negro y su gabardina color pastel, justo antes de oír un disparo a su espalda. Alterada por el ruido, volvió la cabeza a tiempo de ver con espanto un intercambio de disparos, y a la víctima desplomándose al suelo. La mujer, aterrorizada, huyó a la carrera. No se supo más de ella.

Instantes antes, el asesino se había acercado lo suficiente a Voronénkov, como para llamarle por su nombre sin necesidad de gritar. Quería cerciorarse de que no iba a matar al hombre equivocado. Voronénkov se volvió hacia quien le llamaba. Con sangre fría casi suicida, el pistolero ignoró la presencia del guardaespaldas y disparó contra su víctima. Denís Nikoláievich Voronénkov cayó al suelo herido de muerte. Cuando el escolta asumió lo que estaba pasando, su protegido ya tenía una bala alojada en el cerebro. Quiso practicar la maniobra de protección, y él mismo recibió otro disparo que lo tumbó sobre la acera, a centímetros de los coches que circulaban por la calle. El asesino se acercó entonces a su víctima y disparó de nuevo. Rodeó su cuerpo inerme con un par de pasos, le miró a la cara, comprobó que si no estaba muerto es que estaba moribundo y, por las dudas, le dio un tiro definitivo en la cabeza.

Mientras guardaba su pistola en el bolsillo, enfiló la calle Pushkin hacia la puerta principal del hotel. Lo hizo como si le hubiera asaltado de repente un absurdo y muy inconveniente exceso de confianza. Como si diera por hecho que nadie correría a detenerle. Como si el disparo con el que hirió al guardaespaldas hiciera imposible una respuesta final del herido. Pero la hubo. El guardaespaldas reunió fuerzas para incorporarse hasta quedar sentado sobre la acera, levantó la mano y disparó. La inesperada bala hirió al asesino, que quedó tumbado en el suelo, casi en posición fetal, entre dos coches que estaban junto a la entrada del hotel. Muy oportunamente para quienes gustan de guardar secretos, el autor material del atentado murió en el hospital sin haber tenido tiempo de dar explicaciones.

Voronénkov tenía cuarenta y cinco años. Nació en Gorky y se lanzó a una extraña y cambiante carrera política en Rusia en 1999, después de pasar por el ejército soviético. Militó en el Partido de la Unidad, al que apoyó Vladímir Putin en los primeros años del siglo, pero también en el Partido Comunista de la Federación Rusa. Se mostró partidario de la invasión de Crimea, y luego renegó de ella. Había conseguido un escaño en la Duma —el Parlamento ruso— en 2011, pero lo perdió en las elecciones de 2016. De inmediato, abandonó Rusia con su esposa María Maksákova, antigua diputada y *mezzosoprano* solista de la ópera del teatro Mariinski de San Petersburgo. Era el mes de octubre. Se habían casado un año antes, y eran padres de un bebé de cinco meses. Cada uno de ellos tenía otros dos hijos de anteriores matrimonios. Se instalaron en Ucrania. Voronénkov renunció a su nacionalidad rusa. Aseguraba que era víctima de una persecución política promovida por Putin, mientras que las autoridades rusas aseguraban que Voronénkov solo era un corrupto que se había enriquecido sin que se supiera cómo. Su huida duró cinco meses, hasta que la pistola de Pável Parshov, de veintiocho años, acabó con su vida.

Se dijo de Parshov que era de nacionalidad ucraniana, que tenía algunas cuentas pendientes con la justicia por asuntos de fraude y blanqueo de dinero, que era miembro de la ultranacionalista Guardia Nacional de Ucrania, que probablemente era un espía ruso, y que actuaba como sicario a sueldo. ¿De quién? De Rusia, según las autoridades de Kiev.

—Lo que hoy ha ocurrido es la eliminación de un opositor político del Kremlin —aseguró Yuri Lutsenko, el fiscal general de Ucrania.

En absoluto, según Rusia. Todo eso es falso, dijo Vladímir Putin desde las alturas del poder en los citados despachos del Kremlin, mientras el cadáver de Voronénkov, con varios impactos de bala, reposaba ya en la morgue de la ciudad de Kiev.

Murió veintiocho días después que Vitali Churkin, cincuenta y tres días después que Alexander Kadakin, setenta días después que Andréi Malanin, ochenta y cuatro días después que Oleg Erovinkin y Roman Skrylnikov, noventa y un días después que Petr Polshikov y Andréi Kárlov, y ciento treinta y dos días después que Serguéi Krikov.

MIRGAYAS SHIRINSKI,
23 DE AGOSTO DE 2017

Mirgayas Shirinski tenía sesenta y dos años cuando el 23 de agosto de 2017 trataba de combatir el intenso calor sudanés, nadando en la piscina de su residencia oficial. Sudán no era su primer destino. Durante su larga carrera de cuarenta años al servicio de la política exterior de la Unión Soviética y de la Federación Rusa había pasado por Egipto, Yemen, Francia, Ruanda o Arabia Saudí. Hablaba inglés y árabe. Estaba casado y tenía un hijo. Era hombre conocido por su seriedad, expresada incluso en sus fotografías oficiales. La diplomacia no está para bromas.

No se hizo público quién le encontró boca abajo, con los brazos y las piernas extendidos, flotando sobre el agua y sin respiración. Eran aproximadamente las seis de la tarde. Alguien llamó con urgencia a los médicos, como es de rigor. Se puede suponer —solo suponer— que se realizaron las maniobras de resucitación establecidas en los protocolos sanitarios, ante situaciones de ahogamiento. Pero Shirinski no recuperó el aliento.

—Hay signos de que sufrió un ataque al corazón —dijo con voz trémula Serguéi Konyashin, el portavoz de la legación diplomática de Rusia en

Jartum, la capital sudanesa.

—Parece que tenía alta la presión sanguínea —añadió la policía local, en su afán por alejar de sí cualquier otra opción que no fuera una muerte por causa naturales.

Mirgayas Shirinski murió ciento cincuenta y tres días después que Denís Voronénkov, doscientos once días después que Vitali Churkin, doscientos sesenta y cuatro días después que Alexander Kadakin, trescientos treinta y cuatro días después que Andréi Malanin, cuatrocientos dieciocho días después que Oleg Erovinkin y Roman Skrylnikov, quinientos nueve días después que Petr Polshikov y Andréi Kárlov, y seiscientos cuarenta y un días después que Serguéi Krikov.

Pero la muerte de personalidades rusas en circunstancias no siempre aclaradas no es una novedad propia solo del siglo XXI. Se trata de una tradición de largo y, de momento, interminable recorrido.

2.
EL RASTRO DE LOS BOLCHEVIQUES MUERTOS

Tres, uno, ocho. Trescientos dieciocho. Está escrito a mano sobre una superficie metálica. Es en el lado ancho, la hojuela, que termina en una arista cortante que se presume muy afilada. Hacia el otro extremo del utensilio, la pieza se estrecha de forma progresiva e inquietante hasta culminar en una punta aguda y amenazadora, la pica, que promete ser inapelable si se emplea con la fuerza debida. El asidero del instrumento es un palo de madera, y aparenta haber sido recortado a la mitad, quizá porque el uso que se le va a dar no es para el que fue fabricado, y requiere de medidas más limitadas: hay que ocultarlo a la vista de los demás, y con una menor longitud se puede utilizar a una mayor velocidad.

El piolet resulta útil para asesinar a traidores. Pudo ser un puñal, o quizá una pistola. Pero el piolet parece más literario, por inesperado. Empleado con la contundencia necesaria, cualquiera de los dos extremos es capaz de atravesar con brutalidad el cráneo de un ser humano, incluido el de León Trotski. Pero el nerviosismo del momento no dejó al ejecutor mostrar la suficiente destreza asesina para que un solo golpe hubiese resultado definitivo en ese mismo acto, sin esperar más. La víctima, con la cabeza abierta, lejos de respirar por última vez tuvo fuerzas para lanzar un grito espantoso que alertó a su guardia. Un grito que quienes lo escucharon no olvidaron en el resto de sus días. El gran revolucionario soviético León Davidovich Bronstein, conocido como Trotski, y al que llamaban el Viejo, murió unas horas después.

Esa mañana se había puesto una bata azul y bajó al jardín de la casa de México en la que se refugiaba. Era su exilio. Su cárcel. Unos meses antes,

un grupo de individuos había disparado varios cientos de balas hacia la vivienda. En balde.

Terminado el almuerzo, el Viejo se encerró en su despacho a escribir. A media tarde llegó una visita. No solía recibir a nadie, salvo que fuera de mucha confianza, y apenas quedaban personas que cupieran dentro de esa estrecha definición. Pero aquel joven que quería verle parecía interesante. Hacía tiempo que frecuentaba a Silvia, una muchacha que era hermana de Ruth Ageloff, ayudante de Trotski. Decía ser belga y llamarse Jacques Monard, aunque también era Frank Jacson, con pasaporte canadiense. La realidad es que no era ni Monard ni Jacson. Pero sí era galante, alto y atractivo.

Monard-Jacson se convirtió en parte del paisaje humano habitual de Trotski por su cercanía con Silvia, hasta que consiguió la confianza suficiente para que el Viejo aceptara corregirle un artículo que decía haber escrito. Los guardias, en un inexplicable ejemplo de ineptitud, permitieron que entrase en el despacho sin advertir el piolet que ocultaba, y que minutos después se convertiría en el arma de un crimen. Asesino y asesinado ya estaban solos.

Una versión de lo ocurrido —no es la única— cuenta que el doctor Wenceslao Dutrem acudió con rapidez a la llamada de auxilio. Era un médico nacido en Barcelona, exiliado después de la Guerra Civil española. Conocía de vista al tal Monard. Alguna vez habían charlado en francés. Pero cuando llegó al lugar de autos, Monard, en medio de sus esfuerzos por no morir a manos de los guardias, le gritó en catalán: ¡Dutrem, ajudeu-me, si us plau! —¡Ayúdeme, por favor!—. El doctor, sorprendido e irritado al percatarse del origen real del asesino, de que eran paisanos, le respondió también en su lengua materna: ¡Fill de puta, havies de ser catalá! —¡Hijo de puta, tenías que ser catalán!—.

Jacques Monard o Frank Jacson era Ramón Mercader, nacido en el seno de una familia burguesa de Barcelona.

Mercader fue condenado por el crimen en 1940. El 6 de mayo de 1960, veinte años después, salió de la prisión mexicana que fue su indeseado hogar. Para entonces, Mercader se encontró en Moscú con que Stalin había sido vilipendiado por sus herederos políticos. Y con el tiempo prefirió

instalarse en Cuba, donde la temperatura es más llevadera y el ambiente, más festivo y colorista. Murió de cáncer en La Habana en 1978, después de reconocer con terror que seguían en sus oídos los gritos de Trotski con el piolet clavado en la cabeza.

—Sé que me está esperando al otro lado.

Caridad, la madre del asesino, volvió a Moscú precipitadamente días después del crimen cometido por su hijo. El temido brazo ejecutor de Stalin, Lavrenti Beria, mítico jefe de la policía política soviética, recibió a la madre de Mercader junto con Mijaíl Kalinin, el jefe del Presidium del Soviet Supremo. Le impusieron la Orden de Lenin, y a Ramón le esperarían para entregarle la estrella de Héroe de la Unión Soviética cuando saliera de la cárcel.

Trece años después del asesinato de Trotski, ejecutados también otros insignes bolcheviques caídos en desgracia, como Zinoviev, Kamenev, Radek, Piatakov, Sokolnikov, Bujarin o Rikov, y con millones de muertos a sus espaldas, la noche del 28 de febrero de 1953, Stalin llamó a su dacha —casa de campo— de Kuntsevo, en las afueras de Moscú, al núcleo duro de su régimen. Como el jefe no se levantaba de la mesa, nadie se atrevía a retirarse a dormir. Según una versión de los hechos, se trató de una velada agradable. Según una versión alternativa, hubo gritos y amenazas. En Rusia, todo lo que ocurre tiene, al menos, dos versiones, y es raro que alguna de las dos sea cierta por completo. Para entonces, la salud del líder había empeorado y las fisuras en el aparato del régimen eran cada vez más visibles. Pero Stalin mantenía su determinación de acabar con la vida de cualquiera que no aceptara su poder, o que él considerara que era sospechoso de no aceptarlo. El último episodio de esa obsesión estaba en pleno desarrollo en aquellos días. El líder se obcecó en que un grupo de médicos de origen judío, a los que acusó de espiar para Estados Unidos, conspiraba para asesinar a los jefes del régimen prescribiendo para ellos medicinas que, lejos de ayudar a su curación, acabarían con sus vidas. Se conoce como el «complot de los doctores».

—Miraos a vosotros mismos, ciegos gatitos. No veis al enemigo. ¿Qué haríais sin mí? —se burló Stalin, ante las caras de incredulidad que mostraban los suyos por el relato de ese supuesto complot.

Otra tesis es que aquella conspiración no era tal, sino que Stalin se la inventó para justificar un nuevo periodo de purgas en su intento por eliminar enemigos internos para, quizá, centrarse después en provocar una guerra nuclear con el enemigo externo, acusando a ese enemigo externo de estar preparando un ataque contra la URSS. Solo dos semanas antes de aquella cena agradable o turbulenta, según quien la cuente, Stalin había ordenado construir tres nuevos campos de concentración en el Ártico, en Kazajistán y en Siberia. El mensaje, muy evidente, fue entendido de inmediato por todo aquel que ocupaba algún cargo en la cúpula soviética. Quizá las celdas estuvieran preparadas para ellos. Y quien mejor lo entendió fue Beria, que era catedrático en conspiraciones.

Stalin fundamentó su teoría del inminente ataque de Estados Unidos en el testimonio de Iván Varfolomeyev, un supuesto agente doble que, para evitar que forzudos funcionarios del KGB le siguieran dando palizas, declaró solemnemente que los americanos iban a lanzar una bomba nuclear que tenían oculta en su embajada en Moscú, para después invadir el país.

Por la mañana, después de aquella larga noche de cena con sus colaboradores en Kuntsevo, Stalin no salía de su habitación, pero nadie osaba molestar al secretario general. No era extraño. Se había retirado a dormir con una cantidad muy apreciable de alcohol en su sangre. Cuando las horas pasaban y era evidente que algo no iba bien, un ayudante se atrevió a forzar la puerta, a riesgo de ser destinado a Siberia o a los calabozos de los servicios secretos en la plaza moscovita de la Lubianka. Al entrar vio cómo Stalin agonizaba en el suelo. No podía hablar. Vestía la misma ropa que llevaba cuando terminó la cena. Días después murió. Testigos de esa escena final, además de los médicos, fueron los prebostes del régimen Bulganin, Malenkov, Jrushchev y Beria. Stalin había matado a mucha gente, pero a ellos los había dejado vivir, y así pudieron presenciar el inicio del descanso eterno del gran dictador soviético.

El relato oficial asegura que Stalin murió por causas naturales. Una vez firmado el certificado de defunción, Lavrenti Beria habló ante el Politburó, y a gritos se dirigió a sus camaradas:

—¡Lo maté yo, lo maté yo, y os he salvado la vida a todos!

Según esta versión, Beria habría envenenado la cena de Stalin con warfarina, un medicamento que en dosis adecuadas se utiliza como matarratas.

Meses después, antes de que terminara ese año 1953, Beria fue acusado de trabajar para potencias extranjeras, entre otros delitos, y condenado a morir. Pidió clemencia entre lágrimas y postrado de rodillas, en una escena cargada de patetismo. Una versión dice que Beria pasó su último minuto delante de un pelotón de fusilamiento. Otra versión asegura que hubo un único ejecutor, que le metió un trapo en la boca para hacerle callar antes de atravesarle la cabeza de un disparo en la frente. Beria murió sin reconocerse culpable. El gatillo lo activó el general Pável Fiodorovich Batitski, héroe de la Unión Soviética, que moriría en 1984, a tiempo de no ver cómo se desplomaba el régimen al que había servido con tan alto grado de lealtad. Otros no fueron tan leales, y pagaron esa traición con su vida.

Boris Bazhanov, secretario de Stalin, fue uno de los primeros. Huyó a Francia en 1928. Su exjefe ordenó que lo mataran. Encargó la misión a un experto asesino: Georges Agabekov. Bazhanov pudo salvar la vida porque Agabekov también desertó. Agabekov fue asesinado por agentes soviéticos en 1937. Ese mismo año desertó el espía Ignace Reiss, que envió una carta a Stalin explicando los motivos. No pasaron muchos días antes de que lo mataran en la ciudad suiza de Lausana. Walter Krivitski, amigo de Reiss y espía soviético como él, decidió desertar al conocer el asesinato de su compañero. Un día de febrero de 1941 apareció muerto con un disparo en la cabeza en un hotel de Washington. Pudo ser un suicido. Pudo ser eliminado. Genrij Liushkov desertó en 1938, y en 1945 se perdió su pista. No se supo más de él.

Ese año murió Konstantin Volkov, después de haberse ofrecido a los servicios británicos. Se cree que pudo ser ejecutado. En 1954, Nikolái Jojlov huyó a Occidente después de que sus jefes en Moscú le ordenaran organizar un asesinato. Se negó a cometerlo y desertó. Intentaron envenenarle, pero no lo consiguieron. Vivió en Estados Unidos hasta los ochenta y cinco años. En 1957, el teniente coronel del servicio secreto soviético Reino Hayhanen se personó en la embajada de Estados Unidos en

París, y se presentó como lo que era. Cuatro años después murió en un accidente de tráfico en Pensilvania.

En 1959, Nikolái Shadrin, oficial de la marina soviética, desertó a Estados Unidos. En 1975, de paso por Viena, fue secuestrado y se le dio por muerto poco después.

El 22 de octubre de 1962, en medio de las dos aterradoras semanas que duró la Crisis de los Misiles de Cuba, Oleg Penkovski fue detenido en una calle de Moscú. La crisis se resolvió seis días después, sin que llegara el juicio final para la humanidad. Pero sí estaba próximo el juicio final para Penkovski, coronel del GRU, el servicio de inteligencia militar soviético. Había sido uno de los más valiosos contactos que la CIA tuvo y tendría jamás en la URSS. Durante años, compartió información con las agencias americana y británica. Y lo hizo también en ese momento tan sensible de la historia de la Guerra Fría. La CIA cree que Penkovski fue delatado por George Blake, un agente del MI6 británico de origen holandés que, en realidad, era un agente doble al servicio fiel del régimen soviético. Oleg Penkovski fue condenado a muerte. Se cree que la ejecución se realizó el 16 de mayo de 1963 en la prisión de la Lubianka, la sede del espionaje de la URSS, y que sus cenizas se esparcieron en una fosa común del cementerio Donskoi de Moscú. Un traidor no podía exigir mejor trato que ese.

El agente del FSB —sucesor del KGB— Alexander Litvinenko huyó al Reino Unido en 2000. En 2006 murió envenenado con polonio 210. También en 2000 desertó Serguéi Tretyakov, agente de SVR —otra agencia de espionaje rusa—. Murió diez años después debido a un ataque cardiaco, o al asfixiarse con un trozo de carne que se atascó en su garganta, o debido a un cáncer, según diferentes versiones. En los años noventa, el agente del GRU —la inteligencia militar— Serguéi Skripal vendió información al Reino Unido. Fue detenido y condenado. En 2010 fue intercambiado por otros espías rusos capturados en Estados Unidos. Se instaló en Inglaterra. Fue envenenado en la ciudad de Salisbury en 2018, aunque salvó la vida *in extremis* después de semanas de agonía.

Otros desertores rusos también consiguieron sobrevivir a su traición, pero su vida transcurrió —o transcurre— en medio de un temor bien

informado a que algún día irían a buscarlos, los encontrarían y tendrían un final prematuro. No hay paz para un traidor a la Gran Madre Rusia.

Vladímir Putin expresa su convencimiento de que «los traidores siempre terminan mal». Y cuando se le ha preguntado sobre si Rusia tiene algún plan para vengarse de ellos, el presidente responde que «los servicios especiales viven bajo sus propias leyes, y todos saben cuáles son».

Putin ingresó en el KGB a mediados de los años setenta, en plena Guerra Fría, con Leónidas Breznev al frente del Partido Comunista de la Unión Soviética. Sirvió a los intereses de la URSS con lealtad inquebrantable, y en los años noventa entró en el exclusivo club de los siloviki, compuesto por aquellos agentes de inteligencia —miembros de las llamadas «instituciones de fuerza» o armadas— que ocuparon puestos relevantes en la Rusia posoviética de Boris Yeltsin. Llegó a ser el máximo responsable del FSB, heredero del KGB. Desde ahí se aupó en cuestión de pocos meses a la jefatura del Gobierno y, de inmediato, a la jefatura del Estado. De repente, los siloviki, quienes habían conformado la última línea de defensa del régimen comunista en el KGB y otras agencias similares, pasaron a ocupar posiciones de poder en el proceso de deconstrucción de ese mismo régimen. Y ahí continúan, empezando por el presidente de la Federación Rusa. La Checa, la policía política creada en los primeros tiempos de la revolución bolchevique, se ha sabido transformar a lo largo de las décadas para mantener el control.

Cada año, en el mes de diciembre, los chequistas, nuevos y antiguos, convocan una gala en Moscú para celebrarse a sí mismos. Es habitual que asista el presidente. Es uno de ellos. Y, en ocasiones, le gusta repetir un lema que todos conocen en Rusia. Putin se lo soltó con descaro en 1999 al brevísimo primer ministro Serguéi Stepashin, a quien poco después sucedería en el cargo. Stepashin presentó a Putin como exagente del KGB.

—¿Exagente del KGB? Eso no existe —respondió quien entonces era jefe del FSB.

Años después, siendo ya presidente, en esa gala de los servicios de inteligencia repitió la frase ante los entusiasmados espías que le aplaudían. ¿Exagente del KGB? Un espía nunca deja de serlo.

3.

EL RASTRO DE LAS MEDIDAS ACTIVAS

Hay mañanas en las que Clinton Watts decide que no se afeita, y deja crecer su barba entrecana unos cuantos días. En otras ocasiones opta por rasurarse bien y utilizar unas gafas de pasta negra que le dan un aspecto menos juvenil, más senior y, en su caso, más creíble. El 30 de marzo de 2017 había pasado solo una semana desde que Voronénkov recibiera unos disparos en Kiev, y con él eran ya ocho los destacados ciudadanos rusos muertos en ¿extrañas circunstancias?, en algún lugar del mundo desde el 8 de noviembre anterior, día de la elección de Donald Trump como presidente de los Estados Unidos. Y aún moriría después alguno más. Eso, como es natural, no lo sabían, aunque podían sospecharlo sin necesidad de aplicar sus conocimientos sobre futurología. Seguro que no tenían nada que ver unos hechos con el otro. O, quizá sí, porque hay quien sufre alergia a las coincidencias.

Aquel día, Clinton Watts tenía una cita importante: el Comité de Inteligencia del Senado de los Estados Unidos, con sede en la colina del Capitolio, pedía su testimonio como experto en ciberseguridad de la Universidad George Washington y como exagente especial del FBI. Watts se afeitó y se puso las gafas de pasta negra. No era su primera vez ante el Congreso, pero cada vez es única. Y para la ocasión había preparado una frase digna de los honores de ocupar un titular a toda página:

—Sigan el rastro de los rusos muertos.

¿POR QUÉ MUEREN TANTOS DIPLOMÁTICOS RUSOS?

«PROBABLEMENTE PORQUE SON VIEJOS»

—El intento de la prensa occidental por presentar las recientes muertes de diplomáticos rusos como una especie de conspiración es parte de un patrón en el que todo aquello que tiene que ver con Rusia se considera sospechoso. Y esto empieza a provocar tedio.

Bryan MacDonald ha elegido como su foto de presentación una en la que viste chaqueta oscura, de solapa estrecha, sobrepuesta a un fino jersey de cuello alto, muy apropiado para protegerse del frío de Moscú. No lleva corbata, porque no lleva camisa. Pero sí cuelga una especie de collar ornamental de definición compleja. Mira como de soslayo, con las cejas apretadas y los labios cerrados en posición silenciosa, pero predispuestos a dar la batalla en un debate que se prevé agrio. Y lo es.

Se dedica al periodismo. Es de origen irlandés. Trabaja en Moscú y escribe para la muy poderosa corporación mediática *Russia Today*, herramienta informativa —y según sus críticos, propagandística— del Kremlin. El titular que encabeza estos párrafos y el entrecomillado que le sigue son fruto de su pluma. Pocos días después de que Mirgayas Shirinski se incorporara a la lista de diplomáticos rusos de alto nivel —y no solo diplomáticos— muertos en menos de dos años, MacDonald utilizó su altavoz con sede moscovita para desacreditar los intentos de determinados medios occidentales por convertir cualquier noticia en un complot.

MacDonald intentaba hacer juegos comparativos recordando obviedades como que también han muerto diplomáticos de otros países, aunque solo ponía un ejemplo: el de Richard Holbrooke, embajador americano que jugó un papel determinante en el conflicto de la antigua Yugoslavia, a principios de los años noventa. Holbrooke enfermó el 10 de diciembre de 2010 mientras trabajada en su despacho del Departamento de Estado en Washington. Se le dañó la aorta. A los tres días murió. Dicen que sus últimas palabras fueron «acaben con esta guerra». Se refería a la de Afganistán. Ese alegato final no fue atendido en la medida en que su autor habría deseado. Holbrooke tenía la certidumbre de que era imprescindible la

reducción de tropas americanas en aquel avispero asiático del que ningún ejército extranjero ha salido de buena manera. Ninguno. Pero no había conseguido convencer de ello al segundo presidente Bush, y apenas había mejorado esas expectativas con su sucesor. Obama siempre se mostró partidario de una salida progresiva de Afganistán, pero no quería hacerlo sin antes frenar a Al Qaeda —Osama bin Laden aún estaba vivo— y a los talibanes. El día en el que su aorta entró en crisis, Holbrooke había tenido una difícil reunión con la entonces secretaria de Estado, Hillary Clinton. Alguien cercano —con malvadas intenciones o sin ellas— tuvo interés en que este detalle fuera del dominio público. Y no dijo más. Ahí lo dejó. A buen entendedor…

Con maña periodística, MacDonald escribía en la web de la cadena de televisión Russia Today que la muerte de Holbrooke debería haber sido analizada con las mismas gafas de ver conspiraciones que los sucesivos fallecimientos de personalidades rusas.

—Se aceptó que murió por causas naturales porque, a pesar de su aspecto saludable, ya tenía sesenta y siete años. E incluso las personas famosas y poderosas pueden morir prematuramente —ironizaba el periodista irlandés.

A partir de esa aseveración tan obvia, pero con evidente retranca, MacDonald defiende una teoría pintoresca e ingeniosa, pero con tintes de difícil crédito, que tiene su origen en el supuesto daño sufrido por el servicio diplomático ruso con la caída del imperio soviético.

La tesis es que buena parte de los rusos expertos en relaciones exteriores, especialmente los jóvenes de la época, optaron en aquel momento por abandonar la carrera ante la posibilidad de hacerse ricos en el sector privado, dadas las muchas oportunidades que la nueva Rusia de Boris Yeltsin ofrecía a los inversores internacionales. Por el contrario, el Estado al que servían apenas les podía ofrecer un sueldo de mera supervivencia. Por ese motivo, solo habrían permanecido en sus puestos los diplomáticos menos talentosos, que son aquellos que ahora estarían repartidos por las embajadas rusas del mundo, y que han alcanzado o superado los sesenta años de edad. Y sometidos, como es natural en un cargo de este tipo, a una fuerte presión: «La diplomacia es un trabajo estresante, en el que hay

innumerables reuniones e investigaciones sin fin. Los diplomáticos han de tener en cuenta sus modales en todo momento, siendo conscientes de que un desliz puede causar un problema. Y todos esos brindis y largas cenas seguramente afectan a la salud», escribió MacDonald.

A estas circunstancias se uniría, según esta explicación tan sagaz y compleja, la realidad de que la esperanza de vida para los hombres rusos nacidos en la década de los cincuenta es de sesenta años y medio, cuando la edad media de los embajadores alcanza los sesenta y cuatro. De lo que el periodista concluye con una recomendación retórica e irónica a sus colegas de medios occidentales: «En realidad deberían darle la vuelta a la noticia y preguntarse por qué los diplomáticos rusos viven tantos años». Y, según los informes oficiales, más del cuarenta por ciento de la población rusa muere por algún problema de corazón. Pero Clinton Watts tiene una tesis muy distinta sobre el llamativo índice de mortalidad que afecta a la diplomacia rusa. Y, también, sobre cómo las autoridades de Rusia trabajan para inmiscuirse en asuntos de otros países.

Meses atrás, antes de la victoria de Trump, Watts había publicado, junto con dos colegas más, un informe muy revelador sobre las habilidades rusas en materia de influencia en las mentes occidentales a través de las herramientas que ofrece internet. «Troleando por Trump: cómo Rusia trata de destruir nuestra democracia». El título no pretendía insinuar y, de hecho, no insinuaba nada. Su ostentosa claridad solo dejaba margen a la imaginación al leer el subtítulo: «Trump no es el objetivo final de la guerra informativa de Rusia contra Estados Unidos. No han hecho más que empezar».

El mensaje lapidario venía seguido de una curiosidad menor, pero significativa. En la primavera de 2014 apareció en la web de la Casa Blanca la petición —la ingenua y adánica generosidad aperturista de Barack Obama permitía hacerle peticiones directamente por internet— de que Estados Unidos devolviera Alaska a Rusia. A las pocas horas, esa petición había recibido ya el apoyo de miles de firmas. Algunas, tan falsas como el propio autor de la iniciativa. Otras, de mentes cándidas llevadas por un buenismo conmovedor, convencidas de que un acto de devolución de

Alaska a los rusos provocaría el inmediato advenimiento de la paz mundial y eterna.

Estados Unidos compró Alaska a Rusia en 1876 por algo más de siete millones de dólares de la época, y casi un siglo después se convirtió en el cuadragésimo noveno Estado de la Unión. Su exgobernadora, la famosa Sarah Palin, tuvo la liviandad de decir que ella conocía bien las relaciones exteriores porque desde Alaska se ve Rusia. Por entonces, Palin aspiraba a ser vicepresidenta en la candidatura republicana del senador John McCain, pero resultó derrotada por el *ticket* Obama-Biden en 2008. Aquella frase era una muestra de la frivolidad de una candidata sin peso político ni formación académica suficiente. Pero Palin no mentía. No, parcialmente.

LAS DIÓMEDES

Cualquiera de los ciento cincuenta ciudadanos norteamericanos y esforzados habitantes de Inaliq, la isla Diómedes Menor de Alaska, lo puede corroborar. Si se sienta a la puerta de su casa, junto a la helada orilla del mar de Bering, ve allí enfrente la isla Diómedes Mayor de Rusia, donde es la misma hora que en Diómedes Menor pero de un día después. Ambas islas están a menos de cuatro kilómetros de distancia, y justo por el medio pasa la línea imaginaria que separa un día del siguiente. En tiempos también vivía gente en Diómedes Mayor, pero las autoridades soviéticas ordenaron su evacuación al continente. No querían que se produjeran deserciones al enemigo durante los largos inviernos en los que el mar se congela, y se puede ir caminando de una isla a la otra sin pasar por los engorrosos controles de pasaportes que hay en los puestos fronterizos. Con gran sentido de la anticipación, las autoridades de Moscú habían imaginado el ridículo que hubiera supuesto para el paraíso comunista que los varios cientos de habitantes que tenía Diómedes Mayor se hubieran dado un paseo por el hielo, bien abrigados, en medio de la casi eterna noche que se instala en invierno en las cercanías del Polo Norte, para presentarse en Diómedes Menor y pedir asilo político a las autoridades de Washington. Un

combatiente de la Guerra Fría no podía permitirse esa derrota en términos de imagen. En política exterior no hay nada peor que hacer el ridículo.

Ahora, llegados a 2014, Rusia provocaba un pequeño e inocente ridículo a la Casa Blanca de Obama colocando esa petición popular para que la isla Diómedes Menor y todo el resto del territorio continental de Alaska pasara, de nuevo, a soberanía rusa. Pero era un naif juego infantil, en comparación con lo que se avecinaba.

Watts explica en su informe cómo Rusia supo aprovechar las muchas opciones que ofrece internet para multiplicar el impacto de su propaganda, emboscada en webs de supuesta información, y a través de las redes sociales. Utilizó a sus *hackers* para robar correos electrónicos y lanzarlos en la batalla política de la campaña electoral. Y sedujo a incautos colaboradores de Donald Trump, cautivados por el estilo y el poderío de Vladímir Putin.

Pero el objetivo del presidente ruso no era solo que Hillary Clinton perdiera, y colocar a Trump en la Casa Blanca. Según la tesis de Watts, el Kremlin buscaba establecer raíces más profundas, provocando una fuerte «división en el electorado y —haciendo que ganara— un presidente sin un mandato claro de gobierno», hasta generar un fallo del sistema democrático americano: su jibarización, limitar su efectividad, «erosionar la democracia desde dentro», «destruir la confianza de los americanos en su sistema de gobierno». «Por desgracia, está teniendo éxito», concluía Watts. Y utilizando para ello a los sectores más extremistas: especialmente a la extrema derecha, pero también a la extrema izquierda.

Los objetivos estaban marcados: que los ciudadanos occidentales perdieran su confianza en el sistema democrático, exacerbar la división política en Occidente, erosionar la confianza de los ciudadanos hacia sus representantes y hacia las instituciones democráticas, poner en valor las políticas de Rusia, y crear confusión sobre las informaciones de los medios de comunicación hasta provocar que no esté muy clara la línea que separa la verdad de la ficción. «En definitiva, pretendían debilitar a los enemigos de Rusia sin usar la fuerza». La fuerza militar, se sobreentiende. Watts considera que la administración Obama fue incapaz de responder a estas habilidades rusas.

El famoso periodista Bob Woodward, corresponsable de los reportajes sobre el caso Watergate que acabaron con la presidencia de Richard Nixon, contó al autor de este libro una conversación que mantuvo con el entonces primer ministro británico David Cameron. Woodward le preguntó su opinión sobre Barack Obama.

—Me gusta —respondió—. Es un buen presidente. Pero tiene un problema: no da miedo.

Obama no daba miedo. Putin lo sabía. Y sabía también que él sí da miedo. El miedo es un arma tan disuasoria como una bomba nuclear. Y la suma de ambas circunstancias es aún más poderosa: alguien que da miedo y que, además, dispone de armas nucleares.

Y, por cierto, con motivo de la petición a la Casa Blanca de Obama para que devolviera Alaska a Rusia, la televisión rusa emitió un reportaje en el que aseguraba que la venta de Alaska a Estados Unidos no tenía validez. Y ese reportaje fue recogido después por The New York Observer, periódico del que es propietario Jared Kushner, yerno y asesor del presidente Donald Trump. La cadena sumaba nuevos eslabones.

El 30 de marzo de 2017, el senador Richard Burr, de sesenta y un años, se acomodó en su escaño de presidente del Comité de Inteligencia del Senado. Es un puesto de enorme relevancia política, porque da acceso a información reservada y secreta de la que pocos disponen en Estados Unidos. Para entonces, Burr llevaba veintidós años en el Congreso. Fue miembro de la Cámara de Representantes durante una década. Y desde enero de 2005 era senador por el Estado de Carolina del Norte. Durante la campaña presidencial de 2016 apoyó a Donald Trump, y ahora dirigía los trabajos de investigación del Senado sobre la presunta interferencia de Rusia en las elecciones que llevaron a Trump a la Casa Blanca. No estaba, por tanto, entre los entusiastas de la teoría de las injerencias moscovitas.

—Hoy nos ocupamos de una actividad bastante rara para nosotros —dijo sentado a la izquierda del senador demócrata Mark Warner, representante del Estado de Virginia, y vicepresidente de la comisión. Un demócrata y un republicano. Había que dar imagen bipartidista para que no pareciera que aquel era un nuevo campo de batalla político, sino un foro de investigación independiente. En realidad, solo era lo primero.

—Se están utilizando todo tipo de técnicas, con nuevas plataformas, para socavar nuestra democracia —dijo Burr en el inicio de la sesión. Iban a analizar la «campaña rusa de "medidas activas" realizada contra las elecciones presidenciales de Estados Unidos en 2016». Medidas activas. Había que investigar las *active measures* de Rusia, lo que los rusos llaman en su idioma *якmивные мероприятия— aktivnyye meropriyatiya*.

Las medidas activas son una parte principal de la tarea realizada por los servicios de inteligencia rusos desde los inicios de la era soviética. Empezaron a funcionar cuando Lenin creó la Checa en 1917, después del triunfo de la Revolución, al mando de la que puso al infalible y aterrorizador Felix Dzerzhinsky. También fueron utilizadas por los organismos que sucedieron a los chequistas: el OGPU, el NKVD y el KGB. El NKVD supo ejecutar en los años treinta las purgas internas de Stalin con un talento criminal inaudito. Y fue a partir de ahí, eliminado el enemigo interno, cuando empezó a trabajar contra el enemigo externo. Lo hizo antes y después de la Segunda Guerra Mundial, hasta que en los años cincuenta le sucedió el KGB. Y se siguieron utilizando esas mismas técnicas cuando cayó el Muro de Berlín y se desplomó la URSS. El FSB, sucesor del KGB, ha mantenido el uso de aktivnyye meropriyatiya y las ha sabido adaptar con brillantez y con inusitada efectividad al mundo surgido de las nuevas tecnologías.

La Guerra Patria contra Napoleón y la Gran Guerra Patria contra Hitler forjaron y multiplicaron el sentimiento nacional, generando a su vez un intenso deseo, por un lado, de autoprotección y, por otro, de expansión. De ahí que la deconstrucción de la URSS a finales de los ochenta, la progresiva «fuga» de los países comunistas del Este hacia la OTAN en los noventa y la intensa crisis económica sufrida en los años de Mijaíl Gorbachov y durante todo el mandato de Boris Yeltsin provocaran como reacción el surgimiento de un nuevo liderazgo con ínfulas. Lo encarnó Vladímir Putin, con una mezcla de regusto imperial zarista-soviético, de semidemocracia controlada desde el poder, de desprecio a Occidente, de capitalismo de oligarcas cercanos al Kremlin, de control completo de los medios de comunicación, y de métodos de la vieja escuela del espionaje de la que salió el propio Putin. Rusia no volvería a ponerse de rodillas jamás. Con Vladímir Putin,

exagente del KGB y exdirector del FSB, se expandieron las medidas activas contra el enemigo occidental, y se estableció la formación a los agentes en su aplicación a través de las clases impartidas en el Instituto Andropov de la agencia de espionaje. Yuri Andropov fue el líder soviético entre 1982 y 1984 y también había sido antes el jefe del KGB, como Putin. Eje KGB-Kremlin.

Yuri Modin era el maestro de las medidas activas. Había motivos para que lo fuera. Modin se encargó durante años de dirigir una de las operaciones de espionaje más arriesgadas y exitosas de la historia: la captación para el KGB y su control posterior de los llamados Cinco de Cambridge, un grupo de brillantes estudiantes de esa famosa universidad británica, procedentes de la burguesía inglesa y que en los años treinta se dejaron seducir por el comunismo para terminar por entregarse al servicio de la URSS: Donald Maclean, Kim Philby, Anthony Blunt, Guy Burgess y, posiblemente, John Cairncross —posiblemente, porque sobre el quinto nombre siempre hubo dudas—. Modin fue su enlace en Moscú entre finales de los años cuarenta y principios de los cincuenta.

INFLUIR EN LAS ELECCIONES

Aunque Yuri Modin fuera el maestro, las active measures ya habían sido utilizadas desde los tiempos de Lavrenti Beria, el georgiano experto en purificaciones políticas violentas.

—Beria es nuestro Himmler —le espetó Stalin a Roosevelt en la Conferencia de Yalta.

La misma agitprop —agitación y propaganda— que se había utilizado dos décadas antes para levantar a las masas y tomar el palacio de Invierno de San Petersburgo, se utilizaba hacia el exterior para debilitar a los adversarios extranjeros: propagación de rumores y descrédito de personalidades y líderes de otros países. Andropov dirigió el KGB durante quince años, empezando en los sesenta, en plena Guerra Fría, y desarrolló el uso de las medidas activas para promover la subversión y la disidencia en

Occidente. Lo hizo con gran éxito en algunas ocasiones, y generó cierto halo de grandeza y heroicidad patriótica a su alrededor. Putin gustaba de recordar aquellos éxitos de Andropov cuando asumió el liderazgo del FSB a finales de los noventa. Y siguió los pasos de su antecesor en el KGB: primero, el control de los servicios secretos; después, el poder. También siguió sus pasos estratégicos de lucha contra Occidente en la aplicación de medidas activas en procesos electorales.

Yuri Andropov asumió el liderazgo de la Unión Soviética en noviembre de 1982, a la muerte de Leónidas Breznev. En mayo había dejado de ser el máximo responsable del KGB. Pero antes tomó una decisión importante: la URSS debía hacer lo posible para evitar que Ronald Reagan fuese reelegido como presidente de Estados Unidos en las elecciones de 1984. Cuando Andropov dio aquella orden ignoraba lo que estaba ocurriendo en la Lubianka, la famosa y temida sede del servicio de inteligencia ruso.

Uno de sus agentes más experimentados, Vasili Mitrojin, empezaba a pensar en cómo salir del KGB y, más allá, en cómo salir de la Unión Soviética. Durante años había sido el responsable de controlar los archivos de la organización. Y un día empezó a hacer copias. Cuando la URSS se desmoronaba, y las repúblicas Bálticas ya se habían independizado, Mitrojin recogió aquellos archivos copiados y llegó con ellos hasta Riga, la capital de Letonia. Allí llamó a la puerta de la embajada de Estados Unidos. Se reunió con agentes de la CIA, pero no le creyeron. Sí le prestaron atención en la embajada británica. Mitrojin fue trasladado en secreto a Londres. Había desertado. Años después fue coautor del libro La espada y el escudo: el archivo Mitrojin y la historia secreta del KGB. Allí relató cientos de detalles del espionaje soviético. Por ejemplo, que Andropov dio instrucciones a los agentes en Washington para que se infiltraran en las oficinas de los partidos demócrata y republicano, que trataran de extender en la opinión pública americana la idea de que Reagan estaba al servicio del militarismo, y que propagaran un lema que hizo fortuna en la época: la oposición gritaba «¡Reagan significa guerra!» —*Reagan means war*—. Parecía un entrenamiento para lo que ocurriría años después, durante la campaña para las elecciones de 2016, con la diferencia de que en los años ochenta no existían las redes sociales, tan útiles para modelar a la opinión

pública. Reagan ganó a su rival en 1984 por una distancia sideral. Las medidas activas no funcionaron entonces. En 2016 todo fue distinto. De hecho, otras veces había sido distinto. Y las medidas activas para interferir en elecciones ajenas no eran una exclusiva de Rusia. Estados Unidos también se entrometió en procesos democráticos de otros países durante décadas, con mayor o menor éxito.

Un exagente del KGB, Yuri Bezmenov, que desertó a Canadá, explicó que el objetivo de las medidas activas rusas era provocar desmoralización, desestabilizar, generar situaciones de crisis y construir en Occidente una imagen de normalidad hacia el comunismo del Este. El general del KGB Oleg Kalugin definió las medidas activas como «un intento de conquistar a la opinión pública mundial […]. Las medidas activas se pueden describir como el corazón y el alma de la inteligencia soviética. No consistían en una recolección de datos de inteligencia, sino en subversión: medidas activas para perjudicar a Occidente […], sembrar la discordia entre los aliados de la OTAN, debilitar a Estados Unidos a los ojos de los pueblos de Europa, Asia, África y América Latina, y preparar el terreno en caso de que se llegara a una guerra». Kalugin pasó de trabajar como general del KGB en pro de descreditar a Estados Unidos, a instalarse cómodamente en Estados Unidos en 1995, donde se ganó la vida dando clases en la universidad y escribiendo libros sobre sus tiempos de espía soviético.

Pero ¿son las medidas activas solo una estrategia para organizar campañas de desinformación? Algunos investigadores han querido incluir entre las medidas activas, la cadena de atentados que sufrió Rusia en 1999.

LAS BOMBAS DE 1999

El coronel retirado de la Fuerza Aérea rusa Alexander Zhilin no tenía vocación de futurólogo, pero el 22 de julio de 1999 lanzó una predicción que se atrevió a poner por escrito en un artículo publicado por el diario Moskovskaya Pravda, bajo un título inquietante: «Tormenta en Moscú». No se refería Zhilin a esos episodios meteorológicos tan comunes en primavera

y verano. «Tormenta en Moscú» era, según su relato, el nombre de un informe que circulaba en el entorno del presidente Boris Yeltsin. Y el entorno era algo extraordinariamente cercano y limitado en número a una única persona: su temida y muy influyente hija pequeña Tatiana, que era quien de verdad estaba al mando. En ese mes de julio de 1999, Yeltsin veía su poder amenazado por el entonces alcalde de Moscú, Yuri Luzhkov, un antiguo aliado que ahora, sin embargo, parecía dispuesto a competir contra el presidente en las elecciones del año 2000. Con el paso del tiempo, Luzhkov se unió al partido de Putin y colaboró con él, mientras su esposa se hacía multimillonaria gracias a las concesiones de obras que le facilitaba el Ayuntamiento gobernado por su marido. En 2010, el presidente Dmitri Medvédev, aplicado alumno y subordinado de Putin, destituyó al alcalde con acusaciones que se podrían haber hecho igualmente diez años antes. Desde entonces, la familia Luzhkov pasó temporadas más largas en Londres que en Moscú. Los Luzhkov temían por sus vidas, aunque las disfrutaban gracias al dinero conseguido durante sus años al frente del Ayuntamiento moscovita.

Pero en el verano del 99, Putin era un recién llegado con escaso pedigrí político, y Luzhkov era un duro rival, tanto para el crepúsculo presidencial de Yeltsin como para las inabarcables ambiciones de poder del propio Putin. Por tanto, la «tormenta» tendría como objetivo desacreditar al alcalde de Moscú. Según pronosticó Zhilin, «la ciudad sufrirá un gran impacto. Se planean actos terroristas o intentos de atentado […]. Pretenden crear la convicción de que Luzhkov ha perdido el control sobre la capital de Rusia». Y atentados hubo, aunque no todos en Moscú. Casi trescientas personas murieron por explosiones que se produjeron en varios edificios de viviendas de Rusia, dos de ellos en la capital.

El 4 de septiembre estalló la primera bomba en Buynaksk, una ciudad de unos sesenta y cinco mil habitantes en la república de Daguestán, junto al mar Caspio, con fronteras exteriores con Georgia y Azerbaiyán, e interiores con Chechenia. A las diez de la noche estalló una potente bomba oculta dentro de un coche estacionado junto a un edificio de viviendas de cinco plantas, destinado a dar cobijo a familias de militares rusos. Murieron sesenta y ocho personas, y ciento cincuenta resultaron heridas. En la

medianoche del 8 al 9 de septiembre, cuatro días después, estalló una bomba en Moscú: cien muertos y seiscientos noventa heridos. Casi todos dormían en el momento de la explosión.

La calle Guryanova acoge una mezcla de grandes edificios residenciales, centros comerciales y zonas ajardinadas que hace tiempo dejaron de ser atendidas por los responsables municipales. Esa es la impresión que da al ver el descuido con el que se mantienen. Está en el distrito de Pechatniki, a una media hora en coche del centro de la capital. A lo largo de la calle se suceden algunas enormes moles de hormigón que contienen apartamentos. Uno de ellos, con ocho plantas y un bajo, quedó seccionado en su mitad por la enorme explosión. Cuerpos destrozados, irreconocibles. Las investigaciones concluyeron que esa parte del edificio se vino abajo debido a una bomba compuesta por explosivo RDX, que había sido instalada, al parecer, en la oficina de una empresa situada en el primer piso.

El jefe del Gobierno Vladímir Putin declaró el 13 de septiembre, cuatro días después, como jornada de luto por las víctimas de los atentados de Buynaksk y de la calle Guryanova de Moscú. Pero ese 13 de septiembre no hubo posibilidad de honrar a los muertos, porque a las cinco de la madrugada estalló otra bomba en la capital. Estaba situada en los bajos de un edificio de ladrillo, lindante con la autopista Kashira, no lejos del cauce del río Moscova: ciento veinticuatro muertos y siete heridos. Las ocho plantas desaparecieron.

La mañana del 9 de septiembre, después de la primera explosión en Moscú, Achimez Shagabanovich Gochiyaev, originario de una república caucásica, recibió la llamada de un amigo. Le dijo que se había producido un incendio en uno de los edificios en los que Gochiyaev tenía un almacén. De inmediato, pidió un taxi y se desplazó a la calle Guryanova, donde comprobó que el incendio era, en realidad, una explosión que había destruido su almacén y el edificio entero. El 13 de septiembre, una nueva explosión destruyó otro edificio en el que Gochiyaev también tenía un almacén. ¿Casualidad? Para entonces, empezó a pensar que quizá ocurría algo extraño. Llamó a la policía, y le dio la localización de otros dos

almacenes situados en edificios de viviendas en Moscú. Resultó que también allí había explosivos. Fueron desactivados.

Esta es la versión autoexculpatoria de Gochiyaev, frente a quienes le acusan de ser el responsable o corresponsable de los atentados. Y esa versión autoexculpatoria tiene un añadido: Gochiyaev asegura que alquiló esos almacenes a petición de un agente de los servicios de inteligencia rusos que dijo querer hacer negocios con él. Después de los atentados, Gochiyaev huyó y permaneció años escondido.

El alcalde Luzhkov había señalado a los «bandidos chechenos» como autores de las matanzas. Muchos chechenos, bandidos o no, fueron detenidos.

—Quienes han organizado estos ataques, quienes han preparado los explosivos y quienes los han colocado en los edificios provienen de Chechenia —aseguró categórico Alexander Zdanovich, un alto responsable del FSB.

Los parlamentarios de la Duma estaban reunidos en pleno mientras el pánico se extendía por la ciudad ante la evidencia de que cualquier edificio pudiera ser destruido en cualquier momento y en cualquier lugar. Y se extendió aún más cuando Gennadi Seleznoyov tomó la palabra. Era el presidente del Parlamento ruso desde hacía tres años, y lo sería durante tres años más, sin que lo que estaba a punto de decir le costara el puesto ni su libertad.

—Hace un momento he recibido un informe procedente de Rostov —aseguró Seleznoyov con solemne seriedad y tratando de llamar la atención de los parlamentarios de la Duma—. Esta noche se ha producido una explosión en un edificio de apartamentos de la ciudad de Volgodonsk.

La conmoción en la sala fue general. Otro atentado. Más muertes. Insoportable.

Lo que el presidente de la cámara acababa de exponer ante los diputados era cierto, aunque prematuro. En efecto, el cuarto atentado contra un edificio se produjo en Volgodonsk, una ciudad de ciento setenta mil habitantes, situada a unos mil cien kilómetros al sur de Moscú, en la región de Rostov. Ocurrió en un edificio de nueve plantas. Fueron asesinadas diecinueve personas, y hubo noventa heridos. Un camión cargado de

explosivos estalló a las puertas del bloque a las seis de la mañana. Pero no había ocurrido el 13 de septiembre, cuando lo anunció Seleznoyov ante el Parlamento. El atentado se produciría tres días después. El presidente de la Duma había recibido un informe que anunciaba un atentado con setenta y dos horas de antelación, y lo había leído ante la cámara legislativa.

Vladímir Zhirinovski, famoso diputado ultranacionalista, conocido por su intensa retórica parlamentaria, pidió la palabra después del atentado de Volgodonsk. Dirigió su mirada, siempre inquisitiva, hacia Seleznoyov y le pidió que explicara «cómo es posible que usted nos hablara el lunes de una explosión que se produjo el jueves siguiente». El presidente del Parlamento podía elegir entre responder a la pregunta o apagar el micrófono del diputado, y optó por lo segundo. Quienes ven en este pintoresco episodio la mano del Gobierno ruso consideran que el FSB envió a Seleznoyov un informe sobre el segundo atentado de Moscú, el del día 13, pero confundiendo el nombre de la ciudad, lo que, *de facto*, sería el reconocimiento de que ya se estaba preparando el atentado de Volgodonsk. Error fatal. Tiempo después, el presidente del Parlamento quiso convencer a los incrédulos de que en realidad se refería a la explosión de una granada que, en efecto, se había producido en esa ciudad el día 13, aunque no hubo víctimas, ni estalló en ningún edificio.

Una semana después, el 23 de septiembre y como respuesta a los atentados, el Gobierno ruso ordenó el bombardeo de Grozni, la capital de Chechenia, una vez que guerrilleros islamistas de esa república hubieran invadido Daguestán para apoyar a los rebeldes separatistas. Decenas, centenares, miles de muertos. Cementerios llenos. Hospitales abarrotados de moribundos.

Boris Yeltsin era el presidente de la Federación Rusa. Vladímir Putin era el primer ministro desde hacía poco más de un mes. Fue nombrado para ese cargo cuando solo llevaba un año al frente del servicio de inteligencia. Las bombas y la invasión fueron los motivos para que Putin lanzara la Segunda Guerra de Chechenia.

—No solo atacaremos las bases de los terroristas. Serán perseguidos allá donde vayan. Si están en los aeropuertos, estaremos allí. Y, discúlpenme, si

están en el váter, los eliminaremos en el váter. Y eso es todo. Problema resuelto —dijo el nuevo líder.

Era su estrategia antiterrorista. Era el tono y el contenido que millones de ciudadanos querían oír de su Gobierno en esas terribles circunstancias. Aquel día, aviones rusos ya bombardeaban sin pausa posiciones de los independentistas chechenos.

AÑO NUEVO EN CHECHENIA

En diciembre, cuando el primer ministro ya estaba ungido por Yeltsin con la púrpura de la presidencia provisional de la Federación Rusa que entraría en vigor el 1 de enero de 2000, Putin le preguntó a su mujer si quería pasar la noche de fin de año con él en Chechenia. No parecía, precisamente, la propuesta más romántica que un marido puede hacer a su esposa. Liudmila planteó dudas y temores:

—¿Cómo voy a dejar solas a las niñas? ¿Y qué hacemos si nos pasa algo a los dos? ¿Qué les ocurriría a ellas?

Pero cambió de opinión, o le hicieron cambiar de opinión. Al viaje se apuntó también la esposa del jefe del FSB. Volaron en avión, y en circunstancias de extrema seguridad, hasta Majachakalá, en Daguestán. Allí, la delegación se dividió en grupos para abordar tres helicópteros que los trasladarían hasta Gudermés, la segunda ciudad más importante de Chechenia. Pero cuando se acercaban al lugar los pilotos decidieron cambiar de planes. La niebla hacía peligroso el aterrizaje. Apenas había visibilidad. A falta de solo veinte minutos para las doce de la noche del 31 de diciembre, los helicópteros tuvieron que dar la vuelta sin haber aterrizado. Y a bordo de los aparatos llegó el primer minuto de 2000. Había dos cosas que celebrar: el nuevo año, y que Putin había dejado de ser primer ministro para convertirse ya en presidente provisional de la Federación Rusa. Descorcharon dos botellas de champán, mientras los helicópteros sobrevolaban Chechenia. No tenían copas ni vasos. Se fueron pasando las botellas de boca en boca.

De vuelta en el aeropuerto de Majachakalá, Putin decidió que si no podían volar hasta Gudermés irían en coche. Salieron a las dos y media de la madrugada, y llegaron a la instalación militar chechena en torno a las cinco. Los soldados rusos allí destinados se vieron sorprendidos por la repentina aparición sin avisar de aquel hombre al que habían visto por televisión. No podían creer que ese señor tan famoso fuera a pasar el primer día del año con ellos, que se habían sentido abandonados a su suerte durante tanto tiempo. En realidad, Putin estuvo allí poco más de una hora, pero había tenido el detalle personal —y político— de ir a ese lugar tan poco aconsejable. La delegación volvió al aeropuerto de Daguestán por la misma carretera por la que había llegado. Pocas horas después de que el presidente pasara por allí, esa carretera fue bombardeada por los rebeldes chechenos. Putin y su esposa volaron de vuelta a Moscú. Era el primer día del año, el primer día de la presidencia de Putin —aunque fuese con carácter interino —, y el primer día de Yeltsin fuera del poder. Y ese 1 de enero de 2000, Yeltsin invitó a su casa al matrimonio Putin.

El nuevo presidente había sabido heredar el instinto político-comercial que Yeltsin había demostrado en sus primeros años de lucha por el poder cuando, en medio del golpe de Estado contra Mijaíl Gorbachov, se subió a un tanque frente a la Casa Blanca de Moscú, ahora sede del Gobierno, pero que en aquel 19 de agosto de 1991 era el edificio del Parlamento. Y en ese primer día de 2000, la imagen de Putin con los soldados en Chechenia apareció en todos los televisores de Rusia y del mundo. Había llegado un nuevo líder, joven y resolutivo. El país iniciaba una nueva etapa. Esa era la imagen que quería dar después de que las bombas de septiembre de 1999 le llevaran a relanzar las hostilidades en Chechenia. Lo había conseguido.

John B. Dunlop, experto en Rusia de la Hoover Institution, considera que las bombas de los edificios de viviendas en 1999 fueron para los rusos algo equivalente a lo que supusieron después los atentados del 11S de 2001 para los americanos. Generaron una psicosis terrorista desconocida en el país, y provocaron la respuesta bélica del Gobierno. Dunlop considera que tanto las bombas como la invasión islamista de Daguestán pudieron ser orquestadas desde el poder en Moscú con el fin de salvar el liderazgo de Boris Yeltsin, amenazado por la crisis económica, por sus enemigos

políticos y por sus problemas de salud —unidos a su alcoholismo—. Yeltsin se tenía que enfrentar a elecciones legislativas en diciembre de 1999 y a elecciones presidenciales en marzo de 2000, y parecía a punto de perder las dos. Por eso, habría echado mano del jefe del servicio de inteligencia para que resolviera la situación. Es la tesis de Dunlop.

Es una teoría más, de las muchas que rechaza con indignación Vladímir Putin quien, pocos meses después de asumir la presidencia de Rusia, hizo lo que otros muchos dirigentes políticos: construir su propia biografía antes de que se la construyeran sus enemigos. En el año 2000 se hizo entrevistar por tres periodistas muy cercanos al Kremlin. En alguno de los casos, extraordinariamente cercanos, porque se trataba de personal asignado a labores de información de la propia presidencia del país. De esa larga conversación nació un librito titulado En primera persona, un autorretrato asombrosamente sincero del presidente de Rusia. Toda una declaración de intenciones.

En ese libro Putin explicaba una tesis alternativa a la de Dunlop. Contó cómo en el verano de 1999, antes de los atentados, Rusia «no estaba atacando —a los chechenos—, sino defendiéndose». Es ahí cuando los entrevistadores le dieron a Putin la ocasión de desmentir para la posteridad la acusación de que los atentados fueron organizados desde dentro del Estado, y no por los terroristas chechenos.

—¿¡Qué!? —exclamó el presidente con gesto de indignación—. ¡¿Atentar contra nuestros propios edificios de apartamentos?! ¡Eso es un absoluto sinsentido! […] Solo es parte de la guerra de información contra Rusia.

¿TERRORISTAS O ESPÍAS?

—Policía de Riazán. Buenas noches. ¿Le puedo ayudar?

—Hola, buenas noches. He visto algo raro junto a mi casa, y creo que deberían ustedes saberlo.

Un día antes del inicio de las hostilidades en Chechenia, el 22 de septiembre, Alexéi Kartofelnikov y Vladímir Vasiliev volvían a casa, cada uno por su lado, minutos antes de las nueve de la noche. Vivían en la calle Novosyolov de Riazán, una ciudad de medio millón de habitantes a doscientos kilómetros al sur de Moscú. Alexéi era conductor de autobús. Tenía cuarenta y siete años, pelo progresivamente entrecano, y bigote bien recortado. Se percató de que algo poco común ocurría en los bajos del edificio de trece plantas de diseño soviético en el que estaba su vivienda: tres jóvenes, dos hombres y una mujer, merodeaban un coche blanco que tenía una extraña placa de matrícula. Un conductor profesional se da cuenta de esas cosas. Al acercarse vio que los últimos dos números estaban pintados sobre un papel, y pegados encima de la placa. Esos son los dos números que en las matrículas de Rusia indican la ciudad de procedencia del automóvil. Habían pegado el número sesenta y dos, correspondiente a Riazán. Pero debajo del papel se adivinaba el número setenta y siete, que es el que llevan los vehículos de Moscú.

Su vecino Vladímir Vasiliev sintió la misma extrañeza y también le dio la información a la policía. Los jóvenes tenían entre veinte y veinticinco años. Uno de los hombres llevaba bigote y era delgado. Se trataba del conductor del coche, marca Lada, de color blanco. El otro hombre era más corpulento. Y la mujer tenía el pelo rubio corto, vestía ropa deportiva y una chaqueta de cuero.

—Eran rusos, no asiáticos —dijo Vasiliev analizando su apariencia física.

Andréi Chernyshev era inspector de la policía de Riazán. Se desplazó al lugar después de las llamadas de los vecinos. Al entrar en los bajos del edificio encontró tres «sacos de azúcar» con un polvo dentro. Parecía un explosivo del mismo tipo al utilizado en los atentados de hacía pocos días en Moscú. También encontró algunos dispositivos electrónicos, cables y un reloj programado para las cinco y media de la madrugada. De inmediato se ordenó evacuar a los doscientos cincuenta vecinos. Pero cuatro horas antes, a la una y media agentes del servicio de inteligencia (FSB) ya se habían llevado de allí los sacos.

Esa misma madrugada, dos hombres fueron detenidos en relación con estos hechos. Cuando la policía procedía a esposarlos, ellos mostraron su identificación como miembros del FSB. Horas después, la policía de Riazán recibió una llamada conminatoria de Moscú, y los detenidos fueron puestos en libertad. El FSB explicó que no hubo tal bomba, que el polvo de los sacos era azúcar, que los expertos en explosivos de la policía se habían equivocado al analizar el polvo, y que se trató de un «ejercicio de entrenamiento» para comprobar si las autoridades locales estaban, como debían, en estado de alerta para evitar atentados, ante la cadena de explosiones que se venía produciendo desde días atrás.

El FSB no pudo evitar que se extendiera la sospecha de que había organizado aquellos atentados. Pero también son sospechosos los terroristas islamistas chechenos. Y también la CIA, que habría pagado —o prometido pagar sin llegar a hacerlo— a los islamistas chechenos para que ejecutaran los ataques. Cuantas más teorías conspirativas hay, más se enmaraña la verdad y eso da opciones a cada cual de creer en la tesis que más coincida con su punto de vista. Ya lo había dicho Putin:

—Esto no es otra cosa que un elemento más de la guerra de información contra Rusia.

Acusaba a otros de utilizar contra Rusia las mismas medidas activas que Rusia llevaban décadas utilizando contra sus enemigos. Y es cierto que todos los servicios de inteligencia utilizan medidas activas: rusos, británicos, franceses, americanos o israelíes. Todos.

La lucha contra los supuestos terroristas que destruyeron los edificios de viviendas y la guerra de Chechenia hicieron que el desconocido y gris Vladímir Putin pasara del anonimato a tener un setenta por ciento de aprobación popular; que pasara de ser el primer ministro recién llegado al cargo, a presidir la Federación Rusa en poco más de cien días. Y de ahí, a la eternidad. El poder se había solidificado dentro de las murallas del Kremlin, pero no en torno al viejo presidente, sino en las manos de su joven sucesor.

El 31 de diciembre de 1999, en medio del desprecio popular por su gestión, en la agonía de su carrera política y casi de su propia vida, Boris Yeltsin se hizo presente por televisión en los hogares de los ciudadanos rusos, a través de los múltiples husos horarios del país. Pidió perdón y

después entregó todo el poder a quien había sido jefe de los servicios secretos hasta hacía solo cuatro meses. Se lo entregó o se lo hicieron entregar. ¿Por qué a él? ¿Por qué de forma tan acelerada? Quizá, porque Putin se había comprometido a proteger a Yeltsin y a su familia de la justicia. El presidente caído escribió en sus memorias que «Putin me exigió disponer de poder absoluto. Quería coordinar todas las estructuras de poder». A cambio, como asegura el periodista estadounidense David Satter que fue expulsado de Rusia, la primera decisión que adoptó Putin al ser elegido como presidente «fue garantizar la inmunidad judicial de Yeltsin».

EL RASTRO DE LOS SOSPECHOSOS MUERTOS

Las autoridades rusas necesitaron casi tres años para elaborar una tesis oficial sobre lo ocurrido con las bombas de 1999. La lista de sospechosos, todos ellos relacionados de una u otra forma con la guerra de Chechenia, era enorme. En 2002 se estableció que los máximos responsables habían sido Ibn al-Khattab y Abu Omar al-Saif, y que el organizador material fue Achemez Gichiyaev, el hombre que alquiló los almacenes en los edificios de viviendas, y que después de dos atentados informó de ello a la policía, lo que evitó más explosiones.

Al-Khattab se llamaba en realidad Samir Saleh Abdullah Al-Suwailem. Tenía origen saudí y se había convertido en un luchador por las causas islamistas allá donde hubiera ocasión. Por ejemplo, en las dos guerras de Chechenia. Una especie de Osama bin Laden, pero sin aparato mediático. En marzo de 2002 murió envenenado cuando estaba en Daguestán. Una versión dice que abrió una carta que contenía la pócima mortal. Otra versión asegura que el veneno estaba en su comida.

Otro saudí dedicado a la liberación islamista mundial fue Abu Omar al-Saif, que tenía como interminable nombre real Muhammad bin Abdullah bin Saif al-Jaber al-Buainain al-Tamimi. Al-Saif sucedió a al-Khattab en el liderazgo de la causa. Y, como él, también murió en Daguestán —diciembre

de 2005—, que fue lo mismo que le ocurrió a quien le sucedió a él, un jordano conocido como Abu Hafs al-Urduni.

Achemez Gichiyaev, el supuesto colaborador de al-Khattab y al-Saif, nunca apareció. Se ignora si está vivo o muerto. El exespía ruso Alexander Litvinenko —que fue asesinado en Londres en 2006— creyó haberle situado en Georgia, y voló hasta allí para reunirse con él, pero tuvo que salir del país precipitadamente cuando recibió el aviso de que podía tratarse de una trampa para acabar con su vida. Pero tanto antes como después de la desaparición de Gichiyaev y de la eliminación de sus supuestos jefes, ya habían caído el uzbeko Denís Saitakov, que abandonó el mundo en Georgia en el año 2000; un tártaro llamado Ravil Jhmiarov, que murió en Chechenia; y Zaur Batchayev, que también cayó en Chechenia. Otro Batchayev, Ravil, desapareció para siempre en esa misma república. Jakim Abayev, cuñado de Gichiyaev, fue eliminado en 2004 en una operación del FSB en Ingushetia. Ravil Jhmiarov era otro conocido de Gichiyaev, al que le gustaba manejar explosivos. Murió en Chechenia. Varias decenas de sospechosos, todos ellos relacionados con la guerra de Chechenia, fueron detenidos, juzgados y condenados. Algunos de ellos, de por vida.

Mijaíl Trepashkin, Alexander Litvinenko, Serguéi Yushenkov, Vladímir Pribilovski y Boris Berezovski son algunos ciudadanos rusos que acusaron a las autoridades del Kremlin de estar detrás de las bombas de 1999. Todos ellos han muerto.

El 17 de abril de 2003, Yushenkov recibió varios disparos cerca de su casa de Moscú. Tenía cincuenta y tres años. Estaba a punto de presentarse a las elecciones como candidato del Partido Liberal de Berezovski, y prometía a los votantes una investigación para determinar la responsabilidad del FSB en los atentados a los edificios de viviendas en 1999.

Según Litvinenko, Yushenkov tenía datos de que el FSB también estaba detrás del secuestro del teatro Dubrovka de Moscú en 2002 por, supuestamente, un grupo de terroristas chechenos. Mantuvieron retenidos a los espectadores durante varios días. Las negociaciones solo obtuvieron resultados parciales. Los asaltantes liberaron a varias decenas de personas, pero seguían amenazando a muchos rehenes. Algunos fueron ejecutados. El

secuestro acabó cuando el FSB decidió utilizar un gas para adormecer a los secuestradores. Pero el gas provocó la muerte de todos: atacantes y rehenes. Más de ciento treinta muertos, según algunas versiones; más de ciento setenta, según otras.

Aún peor fue la masacre de la escuela de Beslán, en Osetia del Norte, en 2004: más de trescientos muertos, la mayoría niños. Una treintena de terroristas chechenos ocupó el colegio el 1 de septiembre. Durante setenta y dos horas, los rehenes estuvieron sin apenas alimentos ni agua. Al tercer día, en medio de un siniestro festival de explosiones y disparos sin control, muchos de los rehenes que quedaban fueron asesinados y los terroristas, abatidos. Solo uno sobrevivió y cumple pena de cadena perpetua.

La periodista Anna Politkóvskaya, crítica con Putin, investigó las responsabilidades que pudo tener el FSB, tanto en la tragedia de Beslán como en la del teatro Dubrovka. Politkóvskaya fue asesinada el 7 de octubre de 2006 en el ascensor de su casa. Tenía cuarenta y ocho años. Litvinenko quiso indagar ese crimen, pero fue envenenado antes de finalizar sus pesquisas.

Boris Berezovski se hizo milmillonario después de la caída de la URSS, y gracias a su cercanía con la familia de Boris Yeltsin. Controlaba o tenía intereses en compañías petroleras, líneas aéreas y medios de comunicación. Ayudó a Vladímir Putin en su ascenso al poder, pero después chocaron. Putin se basta solo. El 23 de marzo de 2013 apareció ahorcado en su casa de Londres. Dicen que se suicidó. Tenía sesenta y siete años.

Vladímir Pribilovski llevaba años empeñado en hablar mal de su tocayo Putin. Se dedicaba al periodismo, a escribir libros de investigación, y a defender los derechos humanos. En sus escritos dibujó un sistema político en el que el KGB y el posterior FSB controlan Rusia. En 2007, la policía entró en su apartamento y se llevó material informático que contenía varios capítulos sobre Putin. Colaboró con Litvinenko en Blowing up Russia, un libro en el que se acusaba a los servicios de seguridad de estar involucrados en los atentados de 1999. Pribilovski apareció muerto en su apartamento el 13 de enero de 2016. Dicen que fue debido a un ataque al corazón. Tenía cincuenta y nueve años.

Artyom Borovik era un periodista obstinado en la investigación de los atentados. No estaba, precisamente, entregado a la causa del Gobierno y había publicado incómodos reportajes sobre la corrupción en Rusia, lo que le ocasionó serios problemas y alguna amenaza para su vida. En la mañana del 9 de marzo de 2000 iba a volar a Kiev en un pequeño avión privado. El aparato se estrelló poco después de despegar. Ocurrió unos días antes de la fecha en la que estaba prevista la publicación de un nuevo reportaje de Borovik sobre Putin.

Yuri Shchekochijin llevaba años dedicándose al periodismo de investigación y, como Borovik, era poco apreciado en el Kremlin. Llegó a ocupar un escaño en el Parlamento, donde fue vicepresidente del comité de seguridad. Durante un tiempo buscó información y la publicó sobre los atentados de 1999 y sobre la corrupción política. Se oponía a la guerra de Chechenia, que había cubierto sobre el terreno en varias ocasiones. Decía sentirse horrorizado por lo que vio allí.

—Estamos volviendo al lugar del que habíamos escapado —dijo sobre los métodos de Putin, que Shchekochijin consideraba de estilo soviético.

Entre sus investigaciones hubo una que provocó especial recelo en las élites: el caso Tri Kita. Se trataba de una empresa de muebles que, según el periodista, estaba siendo utilizada por altos responsables de FSB como lavadora de millones de dólares que acababan en un banco de Nueva York. Serguéi Pereverzev, presidente de la asociación de empresas de muebles rusas y una de las fuentes de esa investigación, sufrió un oportuno accidente de tráfico el 14 de mayo de 2003. Fue ingresado en un hospital militar de Moscú. El 27 de mayo, un individuo consiguió burlar las medidas de seguridad del hospital para llegar a la habitación de Pereverzev y pegarle dos tiros. Seis días después, Shchekochijin publicó otro artículo sobre este asunto. A mediados de junio, durante un viaje a la ciudad de Riazán, el periodista y diputado se sintió indispuesto. Volvió a Moscú de inmediato. Sentía quemazón en la piel y tenía dificultades para respirar. Los médicos le dijeron que sufría una infección respiratoria y le internaron en el Hospital Clínico Central, considerado uno de los más importantes de Rusia y, por tanto, centro médico habitual de altos cargos de la administración. El FSB lo controla, según sus críticos.

El estado del enfermo empeoró rápidamente. Se le cayó el pelo, se deterioró su piel, y dejaron de funcionar los riñones, el hígado y los pulmones, hasta que su cerebro dijo basta. Alexander Litvinenko experimentaría sensaciones no muy distintas en 2006 cuando entró en contacto con el polonio 210 que le administraron sin él saberlo. Y fueron las mismas que tuvo Roman Tsepov en 2004, un antiguo colaborador de Putin en San Petersburgo, devenido en oligarca sospechoso de negocios sucios, y que enfermó después de, supuestamente, tomar un té en compañía de unos individuos no identificados. Dos semanas después murió. Había «consumido» material radiactivo.

La muerte de Shchekochijin, el 3 de julio de 2003, se justificó oficialmente por un ataque alérgico masivo. Justo un mes antes, el FBI le había gestionado un visado para que viajara a Estados Unidos e informara de sus investigaciones sobre la corrupción en Rusia a las autoridades americanas. No tuvo tiempo de hacerlo. Se dio orden de clasificar como secreto el informe médico sobre su enfermedad y su muerte. Ni siquiera la familia tuvo acceso al documento, aunque creen que fue envenenado. Las causas del fallecimiento no se investigaron. Tenía cincuenta y tres años.

Tres años antes, en 2000, el agente del FSB Vladímir Románovich había sido señalado como el hombre que facilitó uno de los almacenes en los que se instalaron las bombas de 1999. Románovich murió en Chipre, en un accidente de tráfico.

En los primeros días de junio de 2001, el presidente Vladímir Putin asistió a un funeral de cuerpo presente, junto con Nikolái Patrushev, el entonces máximo responsable del FSB. Ambos portaban ramos de flores rojas y blancas y brazaletes de luto cuando se acercaron al féretro. El finado era un laureado alto mando del FSB llamado German Ugriumov. Murió en una base militar de Chechenia el 31 de mayo. Según la versión oficial, de un ataque al corazón, a los cincuenta y tres años. No es una versión disparatada. No, esta vez. Ugriumov no se cuidaba como debía. Pesaba ciento cuarenta kilos, lo que le ocasionaba frecuentes problemas de salud. Pero, como casi siempre, pronto apareció una segunda versión de lo ocurrido. Año y medio después, dos de los sospechosos de los atentados en los edificios de viviendas en 1999 acusaron a Ugriumov de haber sido el

hombre del FSB responsable de aquellos ataques. Según quienes creen en esta tesis conspirativa, Ugriumov no soportaba por más tiempo la presión de las investigaciones y se habría pegado un tiro.

Un colega de Ugriumov en el FSB llamado Maxim Lazovski también fue acusado de la organización de los atentados de 1999. Aunque no era la única acusación que recaía sobre él. Había nacido en Grozni, la capital de Chechenia, y era experto en gestionar bandas de delincuentes que traficaban con drogas y armas. El 28 de abril de 2000, un año y un mes antes que Ugriumov, Lazovski recibió un certero disparo junto a una iglesia en Moscú. Tenía treinta y cinco años.

Mijaíl Trepashkin fue agente del KGB y del FSB. Se quejó ante la superioridad de la corrupción que había en la agencia. Sin éxito. Su colega Alexander Litvinenko asegura que recibió la orden de asesinarle y lo denunció, colocándose a sí mismo en la diana de los servicios secretos. En octubre de 2003, Trepashkin estaba a punto de declarar ante un tribunal sobre la posible implicación del FSB en los atentados de 1999. Una semana antes fue detenido, acusado de portar armas sin permiso, de revelación de secretos y de abuso de autoridad. Estuvo dos años en prisión. Pocos días después de recuperar su libertad fue detenido de nuevo. Estuvo otros dos años en la cárcel. Desde allí aseguró que el FSB había eliminado de Alexander Litvinenko.

4.
EL RASTRO DE LA MAFIA RUSA

Alexander Litvinenko fue agente del KGB en los ochenta, y tuvo una estrecha relación con el oligarca Berezovski en los noventa. Su progresiva enemistad con Putin hizo que le expulsaran de la agencia. En el año 2000 se exilió en el Reino Unido. Para entonces, Litvinenko estaba convencido de la implicación del FSB en las bombas de Moscú y otras ciudades rusas un año antes, y también en el secuestro del Teatro Dubrovka. En noviembre de 2006, Litvinenko enfermó. Murió al cabo de tres semanas. Fue envenenado con polonio 210 mientras tomaba un té en una cafetería de Londres. Tenía cuarenta y cuatro años.

Cuando Litvinenko escapó de Rusia, buscó refugio en el Reino Unido, como otros muchos rusos cesantes. Allí encontró el amparo de los servicios de inteligencia británicos y también de los españoles. Le contrataron para que compartiera con ellos información sobre la actividad de las mafias rusas en Europa Occidental. Tanto en el Reino Unido como en España, los potentados ciudadanos procedentes de las antiguas repúblicas soviéticas habían instalado sus cuarteles generales a tiempo parcial o completo. Y muchos de esos mafiosos rusos tenían y tienen un cordón umbilical con el aparato político de su país.

LA CAPTURA DEL CAPO: OPERACIÓN AVISPA

El 10 de mayo de 2006, como siempre, hacía mucho calor en la zona de Jumeirah, en Dubái, a orillas del golfo pérsico. Es un estupendo lugar para encontrar la mezcla entre determinadas tradiciones ancestrales árabes, y las

ínfulas futuristas de los jeques que gobiernan el lugar. Desde que empezó el siglo XXI, la ciudad se fue convirtiendo en un espectacular parque temático arquitectónico y tecnológico. Pero ese día, la asombrosa Dubái de los rascacielos interminables y las islas artificiales asistiría a una operación policial con pocos precedentes. Se producía la detención de El Invisible, un tipo mal encarado, y con gesto de estar siempre a punto de pegar a alguien, lo que tampoco era una actividad tan extraña para él. Fue capturado por la policía cuando salía de una fiesta de cumpleaños organizada por otros mafiosos con su mismo origen y costumbres. Alguien se llevó una buena cantidad de dinero de los fondos reservados del Estado español, al dar el chivatazo ubicando correctamente a Zajar Kalashov en aquella party de las mil y una noches. El cumpleañero recibió como regalo un Lamborghini que, según algunas fuentes, costaba trescientos mil euros. Probablemente, pagados en cash. El Invisible había conseguido escapar de España cuando estaba a punto de ser detenido. Alguien con buenos contactos e información precisa de la administración policial-judicial española le avisó de que la operación para su captura estaba en marcha.

Un año antes, en 2005, también Tariel Oniani había recibido un aviso oportuno. Oniani, otro georgiano con preocupante reputación, huyó a Rusia antes de ser capturado por la policía española. Se había instalado en Barcelona. Su huida fue tan precipitada que dejó atrás a su hija de doce años. Recibió el aviso una madrugada, cuando volvía a casa después de una noche de diversión desaforada. La policía estaba apostada a las puertas de su mansión, pero Oniani nunca llegó. El presidente de Georgia, Mijaíl Saakashvili, intercedió después para que la niña pudiera reunirse con su padre en Moscú.

En julio de 2008, el capo Oniani organizó una reunión con otros jefes rivales de la mafia rusa, que estaban en plena guerra por el reparto del poder en el crimen organizado con su rival Aslan Usoyan, conocido como el Abuelo Hassan. La cita era en su yate, en el río Moscova. Allí fue detenido Oniani. Fueron detenidos todos.

Aquellos treinta y siete individuos habían controlado el hampa de Rusia desde los tiempos crepusculares del régimen soviético, atravesando los desastres económicos y políticos de los años noventa, hasta aterrizar en el

nuevo siglo en el Reino Unido, en Alemania, en España, en Francia o en Estados Unidos, extendiendo sus conexiones por el mundo, mientras allí, en Moscú, alimentaban sus vínculos con los mecanismos del poder político y económico de los restos troceados de la Unión Soviética. Prosperaban en el desconcierto, el desbarajuste y el caos.

Poco después, la mayoría de los treinta y siete detenidos estaba en libertad por «falta de evidencias» de su participación en el crimen organizado, lo que dejaba en mal lugar la orden de detención masiva que llevó aquel helicóptero hasta el yate de Oniani. Entre aquellos que quedaron libres estaba Usoyan.

La guerra entre mafiosos no había terminado en aquel yate sobre el Moscova. En realidad, no había hecho más que empezar. Otro capo, Viacheslav Ivankov, trató de mediar entre ellos para detener las hostilidades. Ivankov era un criminal genético. Su historial hacía que como árbitro en busca de la paz resultaba poco creíble. Lo demostró en Rusia y también en Estados Unidos, país al que se trasladó a principios de los años noventa, donde cometió nuevos delitos, y donde fue condenado a pena de prisión. En el verano de 2004, las autoridades americanas optaron por la deportación a Rusia, donde tenía pendiente un juicio por el que sería declarado culpable. Eso se suponía. Pero un año después, varios testigos declararon oportunamente no haber visto nunca a Ivankov, lo que le devolvió a la siempre deseable libertad. Un día de julio de 2009, doce meses después del *show* del yate y el helicóptero, Ivankov salía de cenar de un restaurante moscovita cuando recibió tres disparos realizados desde la distancia por un francotirador. El capo, conocido como Yapochik —el pequeño japonés—, luchó por su vida durante tres largos meses de agonía que terminaron con su muerte.

Cuatro años después, a primera hora de la tarde de un día de mediados de enero de 2013, Aslan Usoyan también salía del restaurante Karetny Dvor, en la calle Povarskaya, en el centro de Moscú. Es un edificio con aspecto anticuado, paredes pintadas de un tono amarillento ictericia, techos grises y alguna tubería retorcida por el tiempo transcurrido desde que fue instalada. No es un restaurante lujoso. Ni lo pretende. El mobiliario, las

columnas y las traviesas del techo son de madera, al estilo de un mesón español. Pero la comida de tradición rusa es muy apreciada por sus clientes.

Al otro lado de la calle hay un edificio gris-cemento de aspecto macizo, con ventanas poco generosas para la habitual escasez de luz del invierno ruso, y una tienda de moda a ras de suelo. Más arriba, en la quinta planta, un francotirador acariciaba con mimo su rifle telescópico con capacidad para alcanzar su objetivo a unos trescientos metros —no necesitaba tanto esta vez—, y complementado por un silenciador integrado que amortiguara el ruidoso fogonazo de la detonación. Se trataba de un fusil de asalto As Val, diseñado en la Unión Soviética en los años ochenta. Lo utilizan fuerzas especiales rusas, incluido el FSB. Un solo disparo fue suficiente para eliminar a Usoyan. Según algunas fuentes, el proyectil impactó en la cabeza. Según otras, en el cuello. Otra bala atravesó el cuerpo de una camarera del restaurante, que quedó malherida después de perder cuatro litros de sangre. Usoyan tenía setenta y cinco años. Había superado de largo la esperanza de vida de la mayoría de los capos. De hecho, ya sabía lo que era recibir un disparo. En 2010 sobrevivió después de sufrir un impacto en el estómago.

Usoyan, Ivankov, Oniani. Astillas de la misma madera. Usoyan e Ivankov, eliminados. Oniani, encarcelado en Rusia, hasta que en 2011, en una decisión sin precedentes, las autoridades rusas accedieron a enviarle a España por el plazo de una semana para que fuera interrogado por los jueces españoles. Viajó a Madrid en un vuelo regular de Iberia. Pelo gris, traje azul claro con rayas, jersey negro de cuello alto, mirada aviesa, esposado y con policías a izquierda y derecha. Sobre Oniani ya pesaban dos condenas anteriores: una en Francia, de cuatro años, y otra en Rusia, de diez. En ambos casos, por secuestro. Para entonces ya era considerado lo que los rusos llaman un «*vor v zakonen*», un «ladrón de ley», el rango más elevado entre los mafiosos. Un general.

A principios de siglo la petrolera rusa Lukoil intentó tomar posiciones en España. Lo consiguió en 2012, invirtiendo cincuenta millones de euros en el conocido como «Muelle de la energía» del puerto de Barcelona. Pero ya en 2002 quiso instalar gasolineras en colaboración con la compañía española Sarmet on Plus. Oniani participó en las conversaciones. En 2008,

Lukoil pretendió dar el golpe definitivo haciéndose con la mayoría de la multinacional petrolera Repsol, una de las principales empresas españolas, y estratégica para el sector energético del país. El Gobierno lo impidió. El entonces presidente, José Luis Rodríguez Zapatero, recibió informes del Centro Nacional de Inteligencia —CNI, el servicio secreto español— en los que se informaba de la posible conexión de Lukoil con el crimen organizado ruso. Incluso el presidente de la compañía, Vaguit Alekpérov, había figurado en una lista del propio ministerio del Interior de Rusia. También Zajar Kalashov aparecía como propietario «de una parte significativa de una de las sociedades rusas más grandes de petróleo»: Lukoil. La operación no se realizó.

Para entonces, Kalashov ya estaba en una prisión española después de su detención en Dubái, porque la Operación Avispa —así la bautizaron las autoridades españolas— había tenido éxito. Kalashov, conocido en el planeta delincuencial como Shakro *el Joven* o el *Invisible*, nació en 1953 en Tbilisi, la capital de Georgia, hoy país independiente, pero entonces república soviética. El hogar de Stalin. Si se investiga su biografía y lo que se cuenta de él, el interesado encontrará definiciones sugestivas del personaje: gánster, secuestrador, asesino, blanqueador de capitales, capo o mafioso, entre otras descripciones de similar condición. Kalashov se sentía seguro. Cada vez que él o alguno de los suyos parecía estar a punto de caer en manos de las autoridades, algo ocurría que lo evitaba. Habitualmente, mediante extorsiones a médicos, funcionarios, policías, jueces y fiscales. El dinero nunca fue un problema.

Kalashov pasaba por ser el jefe de la mafia georgiana. Un mes después de su detención, la justicia de los Emiratos Árabes Unidos autorizó su extradición a España, donde tenía abierta una causa. El 13 de junio de 2006 aterrizó en la base aérea de Torrejón de Ardoz, cerca de Madrid. Había volado desde Dubái en un avión de la Fuerza Aérea Española, con un buen número de policías por cada metro cuadrado de suelo de la cabina. Se asegura que dos cazas escoltaron al aparato en sus varias horas de periplo hasta España. Se pretendía evitar el riesgo de que fuera interceptado en vuelo y desviado a algún país con ánimo más condescendiente y dúctil hacia el detenido. Kalashov bajó del avión agarrado del brazo izquierdo por

un policía y esposado. Mientras caminaba con desgana por la pista del aeródromo mostraba un gesto de cierta confusión, como si no entendiera que eso le estuviera pasando a él. Hacía tres o cuatro días que no se afeitaba. Y no llevaba puesto lo mejor que había en su armario: apenas un polo de un color azul penetrante y un pantalón de chándal negro con rayas rojas. La defensa de Kalashov intentó, sin éxito, que se declara nula la entrega a España por los Emiratos Árabes porque, en su opinión, tal cosa no sería legal, al no haber tratado de extradición entre ambos países.

Durante los ocho años que pasó en prisión fue trasladado de cárcel en cárcel para evitar que algún funcionario pudiera caer en la tentación de aceptar sus sobornos o de ceder ante sus amenazas. Ambas cosas eran perfectamente creíbles. Ya habían ocurrido. En 2009, el miedo que provocaban Kalashov y otros dirigentes del hampa rusa quedó demostrado cuando dos altos funcionarios del Ministerio del Interior de Georgia se negaron a viajar a España para declarar contra los mafiosos en el juicio. Enviaron un *email* en el que decían que hablar ante el tribunal español «pondría bajo amenaza» sus vidas y las de sus familias.

Ya con Kalashov en la cárcel, hubo un llamativo cambio de abogados. Hasta ese día, su causa había sido defendida ante los tribunales por un abogado que fue juez en la Audiencia Nacional, el tribunal de justicia que en España se ocupa de los delitos económicos, de corrupción, de terrorismo y de crimen organizado. Ese exjuez de la Audiencia Nacional actuaría entonces como parte en un juicio ante sus antiguos compañeros, los jueces de ese mismo tribunal. Su nombre, Javier Gómez de Liaño. Había perdido su condición de juez como consecuencia de una sentencia muy polémica, y que provocó grandes tensiones políticas y periodísticas: fue condenado por prevaricación. Muchos en España consideraron que, en efecto, Gómez de Liaño había sido un juez prevaricador. Otros muchos opinaban que los prevaricadores habían sido los jueces que le condenaron.

Gómez de Liaño dejó de ser el abogado de Kalashov. Su defensa la ejercería desde ese momento Alfonso Díaz Moñux, que conocía bien el mundo del narcotráfico. Oficialmente, Díaz Moñux sustituyó a Gómez de Liaño a petición de la familia del mafioso georgiano. Nueve días después de asumir la defensa de Kalashov, Díaz Moñux volvía a su casa. Pasaban unos

minutos de las nueve y media de la noche. Iba a entrar con su coche en el garaje del edificio, en el número 14 de la calle Antonio Rodríguez Villa, en Madrid. No tuvo tiempo de hacerlo. Recibió un disparo en el cráneo y otro en la mandíbula, con una pistola del 9 corto. Los sicarios fueron dos individuos que abandonaron el lugar sin apenas apresurarse, y a la vista de los viandantes. Para ellos era un día más en la oficina. Nunca se supo quién los había pagado, si los narcos colombianos, o los narcos gallegos, o los mafiosos rusos. Díaz Moñux llevaba tiempo denunciando amenazas y seguimientos. Junto a él, en el coche, estaba su pareja, Tania Varela, también abogada, y también relacionada con el narcotráfico. Tiempo atrás, había sido encarcelada por blanquear dinero del tráfico de drogas. Varela resultó ilesa, a pesar de estar a pocos centímetros de Díaz Moñux. Pericia de los pistoleros. Años después, en 2013, tenía que volver a la cárcel por otra condena, pero no apareció. El nombre de María Tania Varela Otero figuraba en la lista de las personas más buscadas por Europol. En determinados ambientes, la gente tiende a desaparecer o a morir. Pero el 26 de marzo de 2018, los Mossos d'Esquadra, la policía autonómica catalana, entraron en una vivienda en la que se escondía, cerca de Barcelona. Habían seguido una pista y dieron con su objetivo. Era el final de la escapada. Su foto dejó de estar en la web de Europol.

En una controvertida decisión, en 2014 la justicia española puso en libertad a Kalashov antes de que cumpliera toda su condena. Y, en vez de extraditarle a Georgia, donde podía haber sido juzgado por otros delitos y quizá condenado a dieciocho años de cárcel, se le expulsó a Rusia donde quedó en libertad. Dos años después, en julio de 2016, también fue detenido allí acusado de una extorsión millonaria al propietario de un restaurante. Kalashov no puede evitarlo.

EL «CRIMEN SUPERORGANIZADO»

Pero, de vuelta a aquellos días de junio de 2006, recién estrenada su celda en la prisión madrileña de Soto del Real, Shakro el Joven era el mafioso

más peligroso que había podido ser encarcelado. Como parte de la investigación, agentes españoles se entrevistaron con Litvinenko. Y Litvinenko les dio detalles muy interesantes: quiénes eran los mafiosos rusos, cómo funcionaban, qué organización tenían, y cuáles eran sus contactos con la estructura del poder político en Moscú. En palabras de un alto responsable judicial español, «el crimen organizado ruso no está organizado, está superorganizado».

Muchos de los mafiosos se habían instalado cómodamente en mansiones de la costa mediterránea española, donde encontraron sol, temperaturas agradables, poco riesgo judicial, anonimato y facilidad para blanquear el dinero conseguido con sus actividades delictivas: extorsión, secuestros, prostitución, compraventa de propiedades inmobiliarias con dinero negro, tráfico de arte, joyas y armas, fraude, drogas y cualquier otra actividad ilegal que generase rendimientos económicos voluminosos. Por entonces, Litvinenko se había convertido en un destacado informador remunerado con fondos públicos del Reino Unido y España.

Aunque ya hacía trabajos para países occidentales, Litvinenko mantenía contacto con agentes del servicio ruso, antiguos compañeros que le visitaban en Londres. Según ha contado el periodista del diario londinense The Guardian, Luke Harding, en uno de sus libros —A very expensive poison, aunque es autor de otros sobre Rusia como Mafia State, The Snowden files, o Collusion—, uno de esos contactos rusos que conservaba, el agente del FSB Andréi Ponkin, le llegó a proponer mientras tomaban el té una operación para atentar contra Vladímir Putin. Harding define la oferta como «una provocación clásica del FSB, y no de las mejores»: una trampa que pretendería conformar la causa del Kremlin contra Litvinenko y justificar cualquier actuación contra él. Ponkin le habría recomendado que dejara de criticar a Putin en público, a través de sus libros y sus artículos: «No desacredites a nuestro presidente». Para entonces, el espía desertor ya había publicado Blowing up Russia —Haciendo estallar Rusia—, un amplio relato en el que relacionaba a los servicios de inteligencia rusos con las bombas en los edificios de apartamentos, en 1999. Y después de esa conversación con Ponkin, ignorando el consejo de su antiguo colega en el FSB, publicaría The gang from the Lubyanka —La banda de la Lubianka

—, en referencia al edificio sede del KGB. En ese libro situaba a Putin en relación directa con el crimen organizado ruso: «Como agente operativo, tengo sospechas bien fundadas respecto a que Putin es un miembro de esa banda —de la Lubianka—».

Según el relato de Harding, el MI6 británico entregó a Litvinenko un pasaporte con nombre falso para que pudiera moverse por Europa ocultando su verdadera identidad. Su contacto personal en el servicio británico era un agente con el nombre en clave de «Martin». A partir de 2005, también dispuso de un contacto español. Su nombre en clave era «Jorge». Tanto Martin como Jorge hablaban ruso. Fue a partir de ese momento cuando Litvinenko, devenido agente hispano-británico, empezó a dar a los investigadores mucha de la información que él conocía sobre la mafia de su país, y a la que había tenido acceso en sus tiempos en el FSB.

Años después, en 2010, la web de filtraciones WikiLeaks publicó miles de cables secretos enviados por las embajadas de Estados Unidos en todo el mundo al Departamento de Estado en Washington. Entre esos cables había uno en el que se detallaban aspectos del trabajo realizado por Litvinenko en favor de los servicios españoles que investigaban a la mafia rusa.

EL PUNTILLOSO FISCAL ESPAÑOL

José Grinda es un puntilloso fiscal español, al que en medios de Estados Unidos se ha querido comparar con Robert Mueller, exdirector del FBI nombrado en su día fiscal especial para investigar la interferencia rusa en las elecciones americanas de 2016. En su despacho madrileño de la Fiscalía Especial contra la Corrupción y la Criminalidad Organizada es difícil encontrar un centímetro cuadrado que no esté ocupado por legajos, carpetas, informes, sentencias, dos teléfonos móviles, un ordenador con su impresora, un foco para centrar la luz, y no menos de diez marcadores para resaltar alguna frase en las decenas de miles de folios que le rodean. No es, precisamente, un lugar acogedor. Pero Grinda sí reserva una esquina de su

mesa a dos libros de Manuel Chaves Nogales, magnífico periodista andaluz que describió los horrores de la Guerra Civil española de 1936 a 1939.

En febrero de 2010, el fiscal Grinda se convirtió, a su pesar, en un personaje con cierta fama internacional al ser el protagonista principal de uno de los cables secretos enviados por la embajada de Estados Unidos en Madrid, situada en la señorial calle de Serrano, a sus jefes del Departamento de Estado, sito en la calle C de la capital norteamericana, a quince minutos de paseo de la Casa Blanca. El cable arrancaba con la curiosidad de que en el nombre del fiscal español apareciera incluido su apelativo familiar Pepe. Esta es una costumbre muy común en Estados Unidos, donde lo habitual es que alguien cuyo nombre es, por ejemplo, William sea conocido como Bill, incluso en algunos documentos oficiales. Eso no ocurre en España, donde los diminutivos o los motes son solo de uso privado. Pero en el cable aparecía el nombre de «José Pepe Grinda González», de quien se decía que en enero de 2010 había ofrecido a sus contactos de la embajada americana «una sincera y detallada evaluación de las actividades y el alcance del crimen organizado, tanto en Eurasia como en España, y sobre la estrategia de España para combatirlo mejor en los tribunales». Esa información la había aportado Grinda en el seno de un nuevo comité hispano-norteamericano conocido con el poco sintetizado nombre de Grupo de Trabajo de Expertos en Contraterrorismo y Crimen Organizado.

La reunión se celebró en el solemne salón de plenos de la Fiscalía General del Estado, en Madrid, con muebles de roble, columnas de mármol, suelos de madera clara, paredes tapizadas con motivos florales en rojo, lámparas centenarias y puertas decoradas con relieves dorados. El entorno condiciona. Los anfitriones habían querido impresionar a sus invitados americanos. Asistían policías y fiscales españoles, incluido el Fiscal General del Estado. Por la parte estadounidense, el vicefiscal general, los agentes del FBI destacados en la embajada en Madrid y otros llegados expresamente desde Washington.

José Grinda presentó ante ese foro un minucioso informe de diecisiete páginas escrito en inglés, y dedicado en exclusiva a la mafia rusa. Se lo tradujo un colaborador, porque el fiscal solo habla español. Pero el redactor

del cable ya expresaba que lo que Grinda les dijo verbalmente durante la reunión era aún más provechoso que aquello que figuraba por escrito. Los investigadores americanos parecían favorablemente sorprendidos con las aportaciones que recibieron de su colega español, que calificaron como «comentarios esclarecedores y valiosos».

Aunque lo más llamativo llega después. El punto 4 del cable enviado a Washington asegura que Grinda «considera a Bielorrusia, Chechenia y Rusia como virtuales "estados mafiosos", y dice que Ucrania también lo va a ser». Y añade que, según el fiscal español, en esos países «no se puede diferenciar entre las actividades del Gobierno y las de los grupos del crimen organizado». Cuando estos cables se hicieron públicos, Grinda negó ser el autor de esa teoría, y replicó que lo que él dijo en esa reunión es que aquella opinión era la de Litvinenko. Y, ciertamente, a Litvinenko se le cita en el cable, aunque algunos párrafos después, no en este.

A partir del punto 6 del cable, el funcionario americano dice que Grinda explicó la tesis que Litvinenko le había contado sobre la posible relación de Vladímir Putin con la mafia rusa. Grinda dijo que Litvinenko —asesinado cuatro años antes— consideraba que «los servicios de seguridad rusos —el Servicio Federal de Seguridad FSB, el Servicio de Inteligencia Exterior SVR, y la inteligencia militar GRU— controlan el crimen organizado en Rusia». Y, esta vez sí se aclara en el texto que el autor de esa teoría es Litvinenko, aunque se especifica también que «Grinda dijo que él cree que esa tesis es precisa». Y hacía nuevas aportaciones: «El FSB está "absorbiendo" a la mafia rusa, pero solo pueden "eliminarla" de dos maneras: matando a los líderes del crimen organizado que no hacen lo que los servicios de seguridad quieren que hagan, o poniéndolos entre rejas para eliminarlos como competidores». Y, algo más: «Ciertos partidos políticos en Rusia operan "mano a mano" con el crimen organizado. Por ejemplo, el Partido Liberal Democrático (LDP) fue creado por el KGB y su sucesor, el SVR, y es el "hogar" de muchos peligrosos criminales».

En el cable se asegura, además, que «están probadas las conexiones entre partidos políticos rusos, el crimen organizado y el tráfico de armas […]. La estrategia del Gobierno de Rusia es utilizar el crimen organizado para hacer cualquier cosa que el Gobierno de Rusia no puede hacer como

tal Gobierno. Y cita como ejemplo a Kalashov, que según dice (Grinda), trabajó para el servicio de inteligencia militar ruso para vender armas a los kurdos con el objetivo de desestabilizar a Turquía» —Kalashov es georgiano de origen kurdo—.

El cable de la embajada de Estados Unidos termina con una interesante aportación atribuida a Grinda. El fiscal español se refería a las trabas con las que siempre se encuentran los investigadores españoles cuando piden ayuda a las autoridades rusas en los casos de crimen organizado:

—Una virtud del Gobierno ruso es que siempre dirá y hará lo mismo: nada.

Cuatro años antes de que se produjera esa reveladora conversación entre autoridades españolas y estadounidenses en Madrid, Alexander Litvinenko había quedado a tomar un té en Londres. El té, mezclado con el polonio 210, acabaría siendo su perdición.

CITA CON UN ESPÍA RUSO

La Cromwell Road es una calle en la que el tráfico suele ser intenso. Atraviesa el distrito de Kensington y Chelsea, en el centro de Londres, y es muy utilizada para desplazarse hasta el aeropuerto de Heathrow. Uno de los lugares de culto en este barrio es la casa en la que vivió el famoso director de cine Alfred Hitchcock. Si desde allí se camina durante cinco minutos hacia el oeste, se llega a un hotel de cuatro estrellas: el NH London Kensington.

José Grinda esperaba en una sala pequeña del NH, con impaciencia y tensión. Era el primer día de junio de 2006. Litvinenko moriría envenenado cinco meses después. La cita la había concertado el servicio secreto británico. Con Grinda estaban tres o cuatro hombres más, antes de que el protagonista de la cita entrara en el lugar, rodeado de otros cuantos individuos. Un intérprete se encargaría de la traducción de lo que allí se dijera. En total, la sala la ocupaban ocho personas. Grinda no conocía a nadie. Y se fue de allí conociendo únicamente el nombre de Litvinenko,

porque ninguno de los demás se presentó. Alguno de ellos, ni siquiera saludó. Supuso que serían del MI5 o del MI6 británicos. De hecho, aquellos «testigos» de la charla elaboraron después para sus jefes un informe sobre el contenido de la reunión.

Tomaron asiento. Delante del fiscal español se situó Edwin Redwald Carter, hombre con facciones claramente caucásicas, y que se había dejado crecer el pelo. Edwin Carter: esa era la identidad que el Gobierno del Reino Unido había concedido al teniente coronel del KGB Alexander Litvinenko. Carter-Litvinenko mostró a Grinda su permiso de conducir con el nombre británico. El fiscal, muy en su papel profesional, ni creía ni dejaba de creer lo que le mostraban. Prefería dejar pasar el rato para aplicar su experiencia en casos similares, antes de convencerse, o no, de que tenía delante a un exagente del KGB-FSB. Solo preguntaba Grinda. Solo respondía Litvinenko. Los otros seis asistentes miraban, escuchaban y callaban.

Para empezar, y por pura deformación profesional, el fiscal español pidió al exagente ruso que relatara sus antecedentes policiales y judiciales, si los tenía, con la intención de saber si estaba hablando con un asesino o con alguien de fiar. Con el tiempo llegó a pensar que era más bien lo segundo, aunque se trataba de una impresión y no necesariamente de una conclusión fundamentada en datos incontrovertibles. Durante las siguientes cuatro horas, en aquella pequeña sala del NH Kensington, Litvinenko describió el mundo en el que había vivido en sus tiempos de adscripción al departamento del FSB ruso que se encargaba de las organizaciones criminales. Y en un momento de su relato, contó que sus jefes le habían ordenado asesinar a Boris Berezovski. Ese nombre era el que generaba en Grinda la sospecha inicial de que quizá Litvinenko no fuera alguien a quien resultara conveniente conceder un alto grado de confianza. Si Berezovski era un personaje poco recomendable, quien hubiera trabajado a su servicio quizá tampoco lo fuera. Litvinenko reconoció en ese momento que había sido el jefe de seguridad del magnate ruso huido a Londres. Aunque después aclaró que lo había dejado, porque Berezovski hizo cosas que no le gustaban. Sin especificar. Litvinenko trataba de aparecer ante su interlocutor como una persona movida por valores éticos profundos, y no

como un insensible espía dispuesto a cumplir órdenes por patriotismo o por dinero, y sin preguntar por qué.

Pero el hecho de que el FSB le hubiera encargado un crimen podía alimentar la tesis de que, quizá, Litvinenko no era solo un hábil investigador, sino que pudo haber sido un asesino profesional que se dedicaba a eliminar físicamente a quien le ordenasen, tal y como aseguran aquellos que le tienen en poca estima. El propio Litvinenko había reconocido que formó parte de un grupo específico del FSB cuya labor consistía en la eliminación —vía asesinato o desaparición— de aquellos individuos que fueran señalados por la superioridad. Pero antes de establecer sus propias conclusiones, Grinda quería sonsacarle las intenciones reales que tuviera —por qué hablaba ahora—, y después ya decidiría si le daba credibilidad a lo que le contaba. El cuaderno que llevaba el fiscal empezó poco a poco a llenarse de notas: lugares, días, horas, misiones, crímenes, robos, secuestros y, lo más importante, nombres y conexiones.

Litvinenko relató cómo en los años noventa, el círculo cercano al expresidente Boris Yeltsin blanqueaba dinero en el Banco de Nueva York. Relató cómo en esa época, cuando se derrumba la Unión Soviética, los capos mafiosos empezaron a controlar su «territorio» y a amasar enormes cantidades de dinero, vinculados con los poderes del nuevo Estado ruso y de los nuevos Estados independientes que antes formaban la URSS. Relató cómo él estaba en el KGB desde 1988, cuando recibió formación en instalaciones del centro en Siberia, hasta recalar en el cuartel general de Moscú en 1991. Allí fue asignado a la Unidad de Seguridad Económica y Crimen Organizado, donde permaneció hasta 1994. Entonces fue destinado al Departamento Antiterrorista, antes de recalar en un puesto especialmente delicado. Los servicios secretos rusos habían pasado a llamarse FSB, y dentro del FSB se había creado una unidad secreta que, para asegurar su discreción, ni siquiera tenía sus oficinas en el famoso y temido edificio de la plaza Lubianka. Esa unidad se conoció como URPO (División de Operaciones contra Organizaciones Criminales) y, según quienes dicen conocer bien lo que fue, estaba destinada a hacer todo aquello que legalmente no se podía hacer desde el FSB. Y eso podía incluir la

eliminación de dirigentes políticos o empresariales que quienes controlaban el poder en el Kremlin consideraran oportuno eliminar. También, de agentes de FSB que fueran acusados de traición. Pero Litvinenko le contó al fiscal español que cuando se trataba de investigar a los verdaderos delincuentes, cuanto más se avanzaba en las pesquisas, más se frenaban. Y ese freno llegaba cada vez desde más arriba en el escalafón del poder.

Después de recibir varias órdenes para eliminar físicamente a determinadas personas, Litvinenko decidió dar un paso muy arriesgado y que sería definitivo en su vida: denunciar aquellas órdenes a los medios de comunicación. Lo hizo el 17 de noviembre de 1998, junto otros supuestos renegados del servicio: Mijaíl Trepashkin, Víctor Shebalin y Andréi Ponkin —que reaparecería años después en el pintoresco episodio con Litvinenko, ya relatado—.

Litvinenko fue expulsado del servicio a las pocas semanas, y acabó detenido cuatro meses después, en marzo de 1999. Estuvo en prisión hasta finales de ese año, fue absuelto, puesto en libertad, le detuvieron por segunda vez, quedó libre de nuevo, y entonces decidió no esperar a una tercera detención. Hizo que su esposa Marina y su hijo Anatoli salieran del país precipitadamente. Volaron a España y se instalaron provisionalmente en un hotel de Marbella, en la Costa del Sol, como si fuesen turistas. En paralelo, Litvinenko pudo llegar a Londres, después de viajar a Georgia y a Turquía, países por los que le resultaba más sencillo moverse sin visado. Antes de volar al aeropuerto londinense de Heathrow, intentó conseguir asilo político en Estados Unidos, pero le fue denegado. Después lo pidió en el Reino Unido, donde se convirtió en Edwin Carter, y donde años después, en 2006, se sentaría delante del fiscal español José Grinda para contarle su historia y darle una lista de nombres.

LA LISTA DE LITVINENKO

En la lista aparecía el ya glosado Tariel Oniani, con quien el FSB tendría tratos desde 1992, según el testimonio de Litvinenko. El exagente relató

entonces una sucesión de secuestros y detenciones supuestamente relacionadas con el «trabajo» de Oniani y sus presuntos contactos con los servicios secretos.

De ahí derivó hacia Otari Kvantrasvili, un peculiar georgiano, aficionado a la lucha libre y mafioso de profesión, al que un finísimo francotirador le acertó en la cabeza cuando salía de una famosa sauna moscovita conocida como Krasnopresnensky Baths, rodeado de seis guardaespaldas. Ninguno de ellos pudo ayudarle ante la pericia del asesino. Un testigo aseguró que el ejecutor consiguió incrustar tres balas en la sien izquierda de Kvantrasvili, sin que hubiera una distancia ni de cinco centímetros entre los dos impactos más alejados. Trabajo de orfebrería criminal. Mito o realidad. Ocurrió en abril de 1994. Según Litvinenko, este desafortunado georgiano tenía relación muy directa con altas autoridades rusas.

Relató también que Kalashov había hecho contactos en el GRU, el servicio de inteligencia del ejército ruso, lo que justificaría que realizara labores de mediación en un secuestro en Chechenia, o que intercediera en la compraventa de armas. Dijo, además, que Kalashov había sido contratado en los años noventa para que sus sicarios asesinaran a conveniencia a aquellos personajes que pudieran resultar incómodos para quien quería quedarse con las gangas de las privatizaciones. En esos negocios estuvo con su compatriota georgiano Badri Patarkashvili, socio de Berezovski. Patarkashvili se había hecho inmensamente rico gracias a esas privatizaciones en Georgia. Como otros milmillonarios de la antigua URSS, se instaló en el Reino Unido. Temía por su vida. Tenía buenos motivos para ello, porque había dedicado buena parte de su actividad a ganarse enemigos. Decía tener ciento veinte guardaespaldas, «pero sé que no son suficientes y no me siento seguro en ningún sitio».

Para su desgracia, no pudo disfrutar de su dinero ni de la campiña británica todo lo que hubiera querido. Murió con cincuenta y dos años en su mansión de Surrey, en Inglaterra, el 12 de febrero de 2008. Según la versión oficial, sufrió un infarto.

En su último día en este mundo, se había reunido en la City de Londres con Boris Berezovski. Como la muerte se produjo dos años después del

envenenamiento de Litvinenko, la policía británica buscó rastros de radiactividad. Además, Patarkashvili conocía a Andréi Lugovoi, uno de los acusados del asesinato de Litvinenko. Le contrataba periódicamente como experto en seguridad. Pero no se encontró nada.

Tampoco la policía francesa encontró nada extraño cuando el coche de Misha quedó aplastado bajo las ruedas de un camión hormigonera. Muchos años antes, a mediados de los sesenta y siendo todavía un adolescente, Misha se estableció en la Leningrado soviética, en la ribera del río Fontanka, uno de los apéndices del Neva. En plena era comunista descubrió, sin embargo, tener un sexto sentido para los negocios: empezó a traficar con antigüedades. Sobre Misha se ha extendido la leyenda de que consiguió embaucar a la vez a los regidores del museo Hermitage y a los responsables políticos de pueblos de la URSS para reunir una magna colección de iconos religiosos. Los jefes comunistas territoriales, deseosos de complacer al museo más importante del país —y, de paso, asentar así su poder local—, enviaron cientos de antigüedades para una supuesta exposición. Pero Misha pensó que era más rentable vender aquellas obras a ciudadanos occidentales dispuestos a pagar una llamativa cantidad de dólares por ellas. Muchas de esas obras ni siquiera eran reales, las había falsificado. Esa habilidad le llevó a ser conocido con el simpático apodo de Misha Fabergé. Tanta habilidad podía hacerle rico o llevarle a prisión. Y ocurrieron ambas cosas. Mijaíl Monastirski, conocido como Misha, fue descubierto, llevado ante los tribunales y condenado a siete años de cárcel. Pero supo aprovechar aquel tiempo de encierro forzado. El espabilado ratero entró en contacto con el KGB. O el KGB entró en contacto con el ratero.

Según sus enemigos, Misha era un individuo poco recomendable en todos los ámbitos. Se le adjudica un primer matrimonio con una niña de trece años, que habría sido comprada a sus padres. Y no sería la única niña comprada. Se sospechaba que, además, entre sus negocios estaba la trata sexual de menores. También se le atribuyó un asesinato, y ahí empezaron sus problemas más graves. En los años noventa, en plena era de alocadas privatizaciones, Monastirski intentó quedarse con un edificio público en el llamado Terraplén del Almirantazgo, cerca del Hermitage. Con su habilidad

característica, fue convenciendo a los vecinos para que abandonaran sus hogares y se mudaran a otro sitio. Pero uno de los inquilinos se resistió hasta el final. Hasta su propio final, porque un día apareció muerto. Todas las miradas acusatorias se volvieron hacia Misha, y Misha optó por tomar distancia. Pero en realidad le ocurrían más cosas.

«EN RUSIA SOLO HAY BANDIDOS, PROSTITUTAS Y POLÍTICOS»

Aquel no era el primer crimen del que pudiera resultar sospechoso. Para entonces pasaba por ser un alto representante de una de las organizaciones criminales rusas más temidas: la Tambovskaya, con asentamiento territorial en San Petersburgo. Su líder era Alexander Romanov, que fue condenado a prisión en España en 2016. Uno de sus socios era Alexander Torshin, miembro destacado del partido Rusia Unida, que apoya a Putin. En mayo de 2018, el FBI americano pidió a España grabaciones telefónicas de Torshin con otro ruso dedicado a lavar dinero, y que podrían ayudar en la investigación sobre la injerencia del Kremlin en las elecciones americanas. Torshin se había reunido con el hijo de Donald Trump en mayo de 2016, cuando estaba en marcha la campaña electoral.

La Tambovskaya tenía el control de los movimientos en el puerto de San Petersburgo, y eso generaba ingentes cantidades de dinero en comisiones ilegales. Y desde esa atalaya comprobó cómo otros mafiosos de similar condición a la suya corrían riesgo. Por ejemplo, su camarada Víctor Gabrilenkov había sufrido al menos dos intentos de atentado fallidos, mientras eran asesinados diputados de la Duma poco complacientes con el hampa, como Galina Starovoitova, que recibió certeros y fatales disparos cuando iba a entrar en su casa. Galina había denunciado la relación entre el crimen organizado y el Gobierno ruso. Fue asesinada el 20 de noviembre de 1998. Tres días antes, Litvinenko y otros agentes del FSB habían denunciado en una rueda de prensa la responsabilidad criminal de los servicios secretos rusos, a las órdenes del Gobierno.

Monastirski decidió ponerse a resguardo. Encontró en la localidad de Estepona, en la Costa del Sol española, una hermosa casa de dos plantas y piscina en la urbanización El presidente. Tenía un garaje, que él llenó de coches de lujo. Y se dedicó a disfrutar del buen tiempo, a «manejar» antigüedades —su especialidad— y, según la leyenda negra, incluso a traficar con órganos humanos, lo que le habría puesto en el radar de la policía española. Y, además, mantuvo su afición por las menores.

En el verano de 2006, Misha sufrió un repentino ataque de pánico. Acudió a la comisaría de policía de Estepona. Unos encapuchados habían asaltado su casa. Le pegaron y se llevaron algunos objetos de valor. En la Navidad de ese mismo año, volvió a la comisaría porque había sufrido otro asalto. Esta vez, dijo, pretendían acabar con su vida, pero por suerte no estaba en casa. Monastirski decidió protegerse pidiendo audiencia a las autoridades españoles. Quería hablar, contarlo todo, desentrañar las conexiones de la mafia rusa con el poder político encarnado en Vladímir Putin. Pero a cambio de hablar pedía protección. Los servicios de inteligencia españoles se interesaron por el personaje. Quizá tuviera información relevante, aunque actuaron con la precaución debida, ante la posibilidad de que se tratara de un agente del FSB que quisiera tenderles una trampa.

—No puedo viajar tranquilamente a Rusia, porque moriría igual que muchos de mis amigos: del corazón. En Rusia eso es muy sencillo. Todos mueren del corazón —dijo Misha ante los policías españoles, según el detallado relato que los periodistas Cruz Morcillo y Pablo Muñoz realizaron en su libro Palabra de vor.

El juez Baltasar Garzón autorizó que se grabara la conversación con Misha. Los agentes que estuvieron con él encontraron una mina de información: nombres, localizaciones, conexiones… Y, lo más llamativo: aseguró que el enlace del Gobierno de Putin con el crimen organizado era Igor Sechin, el hombre del presidente desde los tiempos de San Petersburgo; el hombre que años después tuvo contactos con Carter Page, miembro del equipo de campaña de Donald Trump.

Monastirski les habló de Vladímir Kumarin —también conocido como Vladímir Barsukov o como «Gobernador de la Noche» de San Petersburgo

—. Es un tipo delgado, con bigote, al que le falta un brazo, a menudo sonriente y con voz suave, según quienes le han visto y oído. Fue también un próspero hombre de negocios y personaje muy cercano a Putin, hasta que cayó en desgracia por responder con una negativa a la sugerencia de que hiciera negocios con un socio político del presidente. Acabó en prisión, no sin que antes unos sicarios intentaran su liquidación física en un atentado que sufrió en agosto de 2007. Tiempo antes de ese episodio, Misha estaba convencido de que Kumarin había ordenado su muerte.

Según recogen Morcillo y Muñoz, Monastirski explicó a la policía española que «Kumarin era solo […] una marioneta al servicio de personas de muy alto nivel».

—¿Estamos hablando de políticos? ¿De políticos del Gobierno? —preguntaron los agentes.

—En Rusia todo es política. En Rusia solo hay bandidos, prostitutas y políticos. Son políticos de la Administración del presidente —sentenció Misha, sentenciándose también a sí mismo—. Kumarin protege el dinero de generales y de otras personas que trabajan en el Gobierno, a cambio de que le protejan a él. Uno de ellos es Igor Sechin, que es más jefe que Putin; es su mano derecha.

Cuanto más hablaba, más se acercaba al primer despacho del Kremlin.

Monastirski también destacó la importancia de Viacheslav Ivankov, y citó al capo Aslan Usoyan. Era el año 2007. En 2006, esos mismos nombres habían sido pronunciados por Alexander Litvinenko en su conversación con el fiscal español José Grinda, del mismo modo que Litvinenko y Monastirski coincidieron también en relatar que el enlace de Putin y su núcleo más cercano con la mafia empezó en los años noventa en San Petersburgo, cuando el presidente era vicealcalde del Ayuntamiento. Muchos de los mafiosos se instalaron después en España, cuando Putin llegó al Kremlin. Y coincidieron también en que los llamados «ministerios de fuerza» del Gobierno ruso —defensa, interior, justicia y servicios secretos— controlan al crimen organizado. No lo hacen necesariamente de forma directa, sino a través de interlocutores a los que eligen entre los capos mafiosos. Con el paso del tiempo, algunos consiguen envejecer y otros no.

Ivankov recibió tres disparos en julio de 2009. Usoyan sufrió un balazo en el cuello en enero de 2013. El 18 de abril de 2007, pocos días después de reunirse con agentes españoles, Monastirski conducía un coche en las cercanías de Lyon, en la carretera que une la ciudad francesa con Suiza. La policía local dice que realizó una maniobra inadecuada, y un camión hormigonera le aplastó. Fue un accidente, según el relato oficial.

SEX ANIMATOR

Las investigaciones de los servicios de seguridad españoles se tropezaron pronto con otro personaje principal en el entramado del poder en Rusia. Oleg Deripaska viajó a Madrid en 2009. Ya para entonces sabía que la justicia le seguía los pasos. Con su desenvoltura habitual, Deripaska organizó un concierto junto con el embajador ruso en España. De esa forma, pretendía demostrar la importancia de sus conexiones políticas, que le convertirían en semiintocable. Envió invitaciones para el concierto al juez y al fiscal que le estaban investigando. Como es de rigor, ni el juez ni el fiscal acudieron. Al cabo de unos meses, y después de muchas e infructuosas gestiones con las autoridades de Moscú, Rusia aceptó que Deripaska fuese interrogado por el juez y el fiscal, pero no en Madrid, sino en la capital rusa.

El interrogatorio duró más de cinco horas. Y fue, incluso, más tenso que largo, sobre todo al principio. Deripaska se quejó con muy malos modos de las cosas que la prensa española publicaba sobre él.

—¿Qué pasa con mi prestigio? —le soltó al juez Fernando Andreu, encargado de la investigación.

El magistrado respondió que, en esos términos, la reunión no tenía sentido y estaba dispuesto a subirse de inmediato al avión de vuelta. Deripaska se comportaba con arrogancia y agresividad cuando explicaba sus conexiones empresariales con individuos que también estaban siendo investigados. Negó con rotundidad la principal acusación: la de lavado de dinero. Pero sí terminó por reconocer que había pagado a organizaciones criminales para que dieran protección a sus empresas.

—Era la única forma de salvarlas —se justificó.

Según el relato que se realiza en el libro Palabra de vor, cuando acabó el interrogatorio, el fiscal ruso parecía aliviado.

—Bueno, ya no hay ningún problema entonces… —dijo ante sus colegas españoles.

Pero no encontró la respuesta que esperaba.

—El señor Deripaska está ahora más imputado que antes y se mantiene la orden internacional de detención que tengo dictada contra él —respondió el juez Andreu.

En una última trampa, Deripaska consiguió que en el acta del interrogatorio enviada desde Moscú figurara que había comparecido como testigo y no como imputado, lo que a efectos legales es una diferencia determinante.

Seis años después, el oligarca ruso se convirtió en el «amigo especial» de una bella y jovencita ciudadana bielorrusa, con residencia a tiempo parcial en la lujosa Marina de Dubái, que entonces tenía diecinueve años, y que dispone de pasaporte ruso. Se llama Anastasia Vashukevich. Profesión: seductora. Quienes la quieren bien dicen que Anastasia es modelo. Quienes son partidarios de una mayor precisión a la hora de informar definen a Nastia Ribka, como se hace llamar en las redes sociales y en las páginas porno, como una prostituta de altos vuelos. Publicó un libro, supuestamente escrito por ella, titulado Cómo seducir a un millonario. Una forma de vida.

En febrero de 2018, a sus veintiún años, colgó varios mensajes en Instagram que la hicieron conocida en el mundo. Estaba en Tailandia, y no le iba bien. La policía realizó una redada y detuvo a Nastia y a nueve personas más por dar clases de «entrenamiento sexual». El «curso» de cinco días costaba seiscientos dólares por persona. La peculiar acusación se tradujo de inmediato en una sucesión de fotografías y vídeos de los encausados entre rejas, o rodeados de agentes tailandeses, o metidos en jaulas a bordo de coches policiales. Varios de ellos llevaban una camiseta blanca con dos palabras sobreimpresionadas en rojo: sex animator —animador sexual—.

La historia tailandesa de la sex animator Nastia Ribka empieza año y medio antes. En octubre de 2016 hizo gala de esa pasión ególatra y adolescente que se ha extendido por el mundo y que afecta a ciudadanos de todas las edades por culpa de la adicción que provocan los *smartphones*: la de fotografiar cada segundo de la propia vida para exponerla sin rubor —y

sin pensar antes de hacerlo— en internet. En aquellos días de otoño, Ribka —que significa pez o pececillo, en ruso— estaba a bordo de un lujoso yate que navegaba en aguas de Noruega. En la foto, al fondo, aparece una montaña frondosa. En un plano más cercano se ve una mesa de madera brillante, una botella de agua mineral, una tetera transparente, un par de tazas a juego en tonos azules, y un dispensador metálico de servilletas de papel.

También hay una jovencita muy guapa, vestida con una sudadera estampada de camuflaje militar. Su brazo izquierdo se acomoda cariñosamente en el hombro de alguien ya maduro que, por su apariencia, es de la edad que podría tener el padre de la chica. La mano derecha de la joven apenas se entrevé detrás de la tetera y una de las tazas, pero da la sensación de que se posa con delicadeza y mimo sobre la mano derecha de su acompañante, cuyos dedos tiene entrelazados con los de su otra mano, la izquierda. Un chaleco azul abriga el cuerpo del hombre, que aparece con unas llamativas gafas deportivas de cristales amarillos, y una gorra. Ambos miran hacia el horizonte, con el gesto de quien disfruta de ver algo hermoso y reconfortante.

El brazo izquierdo de Nastia estaba apoyado en el hombro derecho de Oleg Deripaska, el magnate del aluminio y la minería de Rusia, presidente de la empresa Rusal, beneficiario de contratos de los Juegos Olímpicos de Invierno de Socchi en 2014, y pieza destacada del entramado de poder político y económico de la Rusia de Putin.

Aquellas imágenes en Instagram habían pasado relativamente desapercibidas para el gran público hasta que Alexéi Navalni les dio publicidad. Navalni, nacido en un pueblo cerca de Moscú en 1976, es uno de los más conocidos opositores a Putin, y ese empeño ha tenido sus costes. Ya ha sido llevado ante los tribunales en varias ocasiones y acusado de malversación de fondos, en un proceso que los países occidentales consideran una farsa con motivos políticos. Navalni quiso presentarse a las elecciones presidenciales de marzo de 2018, pero las autoridades rusas se lo impidieron. Ha sido detenido varias veces, y sus actos públicos terminan, casi siempre, en medio de actuaciones de la policía, en las que no hay miramiento alguno.

Analizado de la forma más objetiva posible, Navalni no tendría opción de desafiar el poder de Putin en las urnas. Pero lo que sí provoca temor en el Kremlin es su capacidad para conseguir el apoyo de jóvenes rusos a través de las redes sociales, y el caso que hacen los países occidentales a sus denuncias. Y, precisamente, como fruto de una de esas investigaciones, buscando y rebuscando en internet, se topó con las fotos y el vídeo que la bella y descuidada Nastia Ribka había colgado en Instagram.

Unas semanas antes, Nastia había participado en una llamativa actuación de protesta contra Navalni, en la que varias jóvenes de su misma condición se desnudaron en la calle —es la tendencia natural de Nastia—, frente a la oficina del dirigente opositor, mientras enarbolaban carteles en su contra. También, y a pesar de la lluvia, se habían desnudado —otra vez— ante la embajada de Estados Unidos en Moscú, en defensa —sí, en defensa — de Harvey Weinstein, el productor de cine acusado de múltiples acosos y asaltos sexuales a actrices de Hollywood. En los carteles que portaban se podían leer en inglés lemas como «Harvey me excita», «Te amo, Harvey», o «Harvey Weinstein, bienvenido a Rusia». Navalni intentó averiguar a qué venían aquellas *performances*, quién las promovía y quiénes eran sus protagonistas. De inmediato descubrió a Nastia Ribka, y empezó a bucear en sus cuentas en las redes sociales. Allí encontró lo que buscaba: las imágenes.

Siguiendo el hilo de las fotos y vídeos de Instagram, Navalni descubrió algo más que el aparente cariño desinteresado que se profesan mutuamente Nastia y Oleg. Supo que a bordo de aquel yate fondeado en las frías aguas noruegas también estaba Serguéi Eduardovich Prijodko. De inmediato, la historia del magnate que se hace rodear de lujosas señoritas de compañía había adquirido categoría de conjura política. Porque Prijodko era entonces uno de los varios viceprimeros ministros de la Federación Rusa: era uno de los hombres fuertes del número dos de Putin y expresidente de Rusia, Dmitri Medvédev. Bingo: yate, oligarca, prostituta y político. Cóctel explosivo. Un remake 3.0 de Sexo, mentiras y cintas de vídeo, en versión rusa.

Navalni añadió su propia interpretación de lo que allí se veía. Desde su punto de vista, era la demostración de un soborno: el oligarca estaría

haciendo al político el regalo de disfrutar de unas vacaciones a bordo de un yate en Noruega, y en compañía de una prostituta. La normativa rusa impide a los funcionarios públicos aceptar regalos. Prijodko, por supuesto, lo negó, aunque no quiso dar explicaciones sobre la llamativa escena que todo el que quiso pudo ver. Optó por ofrecer una respuesta testosterónica a Navalni, ofreciéndose a tener con él un encuentro «de hombre a hombre». Deripaska también lo negó todo, pero se limitó a anunciar acciones legales.

En cualquier caso, la escena del yate daba para más. En uno de aquellos vídeos se pronuncia un nombre que hace sonar las alarmas: Victoria Nuland, diplomática americana con cargos importantes en la etapa de Obama y, según los datos que Navalni dice tener, conocida de Prijodko. A su vez, Deripaska tenía contacto estrecho con Paul Manafort, que fue jefe de la campaña de Donald Trump en 2016 —la cita en el yate se produce en octubre de ese mismo año, apenas un mes antes de las elecciones presidenciales americanas en las que ganó Trump—.

La conclusión de Navalni, uniendo cabos sueltos de aquí y de allá, es que en aquel yate se confirmaba una de las vías por las cuales Rusia había interferido en el proceso electoral que llevó a Trump a la Casa Blanca. La tesis consistiría en que a Putin no le convenía que Hillary Clinton heredara el puesto de Obama, porque la aborrecía y sospechaba que hubiera seguido la misma política de tensión hacia el Kremlin. Deripaska había tenido negocios con Manafort. De hecho, Manafort le debería dinero a Deripaska, y una fórmula de devolución parcial de la deuda podría haber sido darle información directa, confidencial, en secreto y en tiempo real sobre el desarrollo de la campaña electoral americana que entonces estaba en marcha. Deripaska informaría de ello al viceprimer ministro ruso Prijodko, mientras disfrutaban del yate y de una agradable compañía femenina en aguas noruegas, y Pridhodko le haría llegar esos datos a la superioridad en Moscú. Firmado, Alexéi Navalni.

Los hechos del yate se produjeron en octubre de 2016. El conocimiento público de esos hechos debido al informe de Navalni se produjo el 8 de febrero de 2018. Y ocho días después, el 16 de febrero, el gran jurado federal de Washington, siguiendo el trabajo del fiscal Robert Mueller,

acusaba a trece ciudadanos rusos de entrometerse en las elecciones americanas. Uno de ellos, Oleg Deripaska.

El 26 de enero, pocos días antes de esa acusación desde Estados Unidos y del informe de Navalni, Deripaska, ignorante todavía de lo que se le vendría encima en cuestión de una semana, quiso deslumbrar a los más ricos entre los ricos y a los más poderosos entre los poderosos. Alquiló un bucólico chalet de madera en la nevada localidad suiza de Davos, lo llenó de botellas de Dom Pérignon y de caviar, llevó desde Rusia a una compañía de cosacos experimentada en danzas regionales, y contrató al cantante Enrique Iglesias para amenizar el evento. Como siempre, quería encandilar a sus invitados —solo se podía entrar con invitación—. Y ningún lugar mejor para hacerlo que en el marco de Foro Económico Mundial, que reúne cada año a lo más granado de la política y los negocios. Deripaska tuvo la provocativa osadía de convocar su party apenas unas horas después de que pasara por Davos el presidente de los Estados Unidos Donald Trump al que, según las investigaciones de la fiscalía norteamericana, habría intentado ayudar con su presunta injerencia en el proceso electoral. Deripaska no puede entrar en Estados Unidos desde hace años, cuando las autoridades de Washington le relacionaron con el crimen organizado ruso.

El oligarca disfrutó de la música, después de deshacerse de su corbata. Bailó con destreza desigual las canciones de Enrique Iglesias, hasta que el cantante español decidió que había cumplido con las condiciones establecidas en su contrato, y se despidió en ruso: spasibo —gracias—. Trece días después de la fiesta, Navalni publicaba su investigación sobre lo ocurrido en el yate de Deripaska. Y un mes después de la fiesta, Nastia Ribka era detenida en Tailandia por sus «entrenamientos sexuales».

Ocurrió en Pattaya, que pasa por ser una ciudad entregada con devoción a la industria del sexo. Las autoridades consideran que Anastasia y sus nueve amigos estaban trabajando sin disponer de un visado al efecto. Y la decisión es que serían deportados a Rusia. Curiosamente, la policía tailandesa no retiró a Nastia su teléfono móvil, lo que permitió a la joven instructora seguir publicando en su cuenta de Instagram. En esos mensajes, lanzó una petición de asilo a Estados Unidos. Quería evitar a toda costa ser enviada de vuelta a Moscú, y se ofrecía a dar toda la información que tenía

sobre la conexión entre las autoridades rusas y Donald Trump. Aquello que va mal tiende a empeorar.

—Soy el enlace perdido en la conexión entre Rusia y las elecciones de Estados Unidos: la larga cadena de Oleg Deripaska, Prijodko, Manafort y Trump —aseguró la bella Anastasia en un vídeo que se grabó a sí misma mientras iba en un coche de la policía tailandesa, con una jaula al aire libre en la parte trasera, hacia a un centro de detención de las autoridades de inmigración.

Y lo divulgó por la red social. «A cambio de la ayuda de los servicios de inteligencia de Estados Unidos y de la garantía para mi seguridad, estoy dispuesta a ofrecer la información necesaria a América, o a Europa, o al país que me saque de la prisión tailandesa», concluía el desesperado mensaje de Ribka.

Estaba asustada, pero ni ella ni sus amigos parecían haber sufrido daño alguno.

La casualidad quiso que el mismo día en el que Anastasia Vashukevich era detenida en Tailandia, visitaba ese país Nikolái Patrushev, secretario del Consejo de Seguridad de Rusia y exjefe del servicio secreto FSB hasta 2008, cargo en el que sucedió a Vladímir Putin por decisión del propio Putin. Según el informe oficial de las autoridades del Reino Unido, «la operación del FSB para matar a Alexander Litvinenko —en 2006— fue probablemente aprobada por el señor Patrushev y también por el presidente Putin».

Pasadas un par de semanas del inicio de aquel episodio, a finales de febrero de 2018, varios medios publicaron que Oleg Deripaska, el zar del aluminio, tenía intención de abandonar la presidencia de las compañías Rusal y EN+ Group. Serguéi Prijodko dejó de ser viceprimer ministro de Rusia tres meses después.

Las revelaciones que Alexander Litvinenko había dado al fiscal español José Grinda habían permitido hilar nombres, desde Kalashov hasta Deripaska, pasando por todos los demás. Nombres, nombres, nombres… Todos ellos con sombras a su alrededor. Cada cual, con un pasado muy particular, y con un presente ligado de forma directa o indirecta al poder político en Moscú.

En aquel mes de junio de 2006, Litvinenko, aún sentado en una pequeña sala del hotel NH Kensington de Londres ante el fiscal Grinda, prometió tener una segunda cita más adelante, a la que llevaría algunos vídeos con imágenes de los individuos a los que había señalado por sus nombres y apellidos. Además, prometía hacer una descripción detallada del organigrama del crimen organizado ruso. Y meses después, en noviembre de 2006, se planificaba algo aún más serio: una declaración formal de Litvinenko ante un juez español, en la que testificaría sobre las posibles conexiones de la mafia rusa con el Kremlin. Pero la cita se fijó demasiado tarde.

5.
EL RASTRO DEL POLONIO 210

«PÓNGAME UN TÉ CON POLONIO 210, POR FAVOR»

Litvinenko había sido agente del servicio secreto FSB, hasta que en 1998 se enfrentó a la superioridad acusando públicamente a los responsables de ese organismo de ordenar el asesinato del oligarca Boris Berezovski. Unos meses después, puso rumbo al exilio con su familia, allí donde iban muchos otros rusos: a Londres. Algunos instalaron su residencia permanente. Otros utilizaban la capital británica como lugar de «desahogo», cuando su situación se complicaba en Moscú, o para hacer negocios multimillonarios, a tiempo completo o parcial.

Entre quienes frecuentaban Londres a tiempo parcial estaban Andréi Lugovoi y Dmitri Kovtun. Lugovoi había coincidido con Litvinenko en los servicios secretos. Pero también se dedicaba a los negocios, por lo que no era extraño que se moviera por Europa en busca de oportunidades. Lugovoi es originario de Azerbaiyán. Durante años estuvo asignado a los equipos de seguridad de las autoridades rusas. Después hizo lo mismo, pero en el sector privado, algo que resultaba menos patriótico pero económicamente mucho más productivo. Trabajó, por ejemplo, para empresas del magnate Boris Berezovski. Y en 2006 se hizo mundialmente famoso gracias a su supuesto manejo, poco delicado pero efectivo, del polonio 210.

A unos quinientos kilómetros al este de Moscú, camino de los Urales, hay una ciudad de unos noventa mil habitantes, rodeada de bosques, con un parque de atracciones, un museo, varios campos de fútbol, un cine, algunos centros comerciales, una pista para el despegue y aterrizaje de aviones, y una instalación secreta para el diseño de armas nucleares construida en los años cuarenta, en tiempos de Stalin. La localidad de Sarov perdió ese

nombre para convertirse en Arzamas-16 hasta 1991, y en Kremliov hasta 1995. Solo después volvió a llamarse Sarov, a pesar de ser eso que en Rusia se conoce como una «ciudad cerrada», a la que no cualquiera puede viajar, de la que no cualquiera puede salir, y en la que no cualquiera puede vivir. Es allí, en esa instalación nuclear, en la que podría realizarse la producción de polonio 210, según algunos investigadores.

Bien avanzado el 3 de noviembre de 2006, un ciudadano con documentación británica llamado Edwin Carter fue recogido con urgencia por una ambulancia en su domicilio, y conducido precipitadamente al hospital Barnet, situado en un coqueto edificio de ladrillo rojo, ventanas blancas y tejas negras, frente al Whalebones Park, al norte de Londres. Carter no podía soportar el dolor. Llevaba horas expulsando todo lo que ingería y, también, lo que no había ingerido. Los vómitos y la diarrea se mezclaban con sangre. Eran síntomas demasiado extremos como para tratarse de una gastroenteritis común, pero ese fue el primer diagnóstico que realizaron los médicos. El paciente apenas mostró signos de recuperación en los días siguientes. Algo ocurría que los doctores eran incapaces de descifrar.

—Creo que me han envenenado —les dijo Carter.

En realidad, era el exagente del KGB Alexander Litvinenko. Unos días antes, el 16 de octubre de 2006, un extrañamente confiado Litvinenko —¿cómo un espía puede fiarse de otros espías?— fijó una cita con sus antiguos camaradas Lugovoi y Kovtun. Fue en las oficinas de una empresa de seguridad en Grosvenor Street, en el centro de Londres.

A principios del siglo XVIII, un elegante aristócrata británico con aspiraciones políticas consiguió hacerse con un valioso terreno. *Sir* Richard Grosvenor fue miembro del Parlamento por la circunscripción de Chester donde, en tiempos más recientes, conservadores y laboristas se han ido repartiendo los escaños asignados. *Sir* Richard, que aparece en sus retratos con larga peluca blanca y bastón a la moda de la época, empezó a construir en 1710 los edificios que conformarían después la famosa Grosvenor Square, en el muy apreciado y caro barrio de Mayfair, en el distrito conocido como Ciudad de Westminster, la zona en la que están ubicados el Parlamento, algunos ministerios y la famosa Downing Street, sede del

Gobierno británico. En ese señorial barrio londinense no es extraño cruzarse con algún ciudadano ruso. Puede ser empresario —oligarca o no—, puede ser periodista, puede ser alto funcionario o espía. O varias cosas al tiempo.

Lugovoi y Kovtun acababan de llegar procedentes de Moscú al aeropuerto de Gatwick. Tenían una misión que cumplir. Si los datos revelados por la investigación oficial del Reino Unido están en lo cierto, esa misión fue ordenada por el presidente de la Federación Rusa. Lugovoi se puso en contacto con Litvinenko. Se citaron esa misma tarde: oficinas de la compañía de seguridad Erinys. Los agentes rusos habían llevado en el avión una sustancia radiactiva llamada polonio 210, aunque, por los datos disponibles, parece que ellos no conocían sus propiedades. El polonio 210 dejó su rastro por cada lugar por el que pasaron. Pero para cuando eso se supo, ya era demasiado tarde para Litvinenko. Los recién llegados subieron al Gatwick Express, el tren que une el aeropuerto con la estación Victoria de Londres. Litvinenko se desplazó hasta el lugar de la cita en autobús y en metro.

A las tres de la tarde empezó la reunión. Según los testimonios que se conocen, Lugovoi se empeñó de forma contumaz en que todos los presentes tomaran té. Una característica del polonio 210 es que para provocar la muerte debe entrar en el interior del cuerpo. Para desesperación de los supuestos asesinos, Litvinenko tenía la taza delante, pero apenas la tocó. Tiempo después, cuando se investigó el estado de aquella sala, se detectó la presencia de polonio 210. Litvinenko invitó después a sus compatriotas al restaurante Itsu, un lugar coqueto, situado en Piccadilly, donde hacen un *sushi* muy apreciado. Allí también quedaron rastros del veneno. Aquella noche Litvinenko vomitó en su casa. No le dio importancia.

El recorrido de Lugovoi y Kovtun los sitúa a última hora en un club cercano a Piccadilly Circus, conocido por tener señoritas que podrían ser sensibles a la seducción de sus clientes, especialmente si se trata de rusos adinerados. Aun así, dijeron después que no habían tenido éxito. Allí también se detectó polonio. Al día siguiente volvieron a Moscú.

Fracasado el primer intento de acabar con Litvinenko, Lugovoi abordó en Moscú otro avión de British Airways el 25 de octubre. El día 26 se citó con Litvinenko en el hotel Sheraton Park Lane y, esta vez sí, tomó su té.

Pero, al parecer, el presunto asesino no había tenido la posibilidad de deslizar el polonio en la taza. Pudo ser por falta de pericia, o quizá porque se sintió captado por alguna cámara del hotel y prefirió no asumir el riesgo. Poco después, se deshizo del veneno arrojándolo por el baño de su habitación. Cuando semanas después se analizó el rastro radiactivo en aquella habitación de hotel, los datos daban miedo. No era el núcleo de un reactor atómico, pero lo parecía. De hecho, la toalla de Lugovoi fue enviada a un centro nuclear especializado. Había fracasado el primer intento, y el segundo intento ni siquiera había sido tal. El tercer intento de acabar con la vida de Alexander Litvinenko llegó el 1 de noviembre.

«… PROBABLEMENTE APROBADA POR EL PRESIDENTE PUTIN»

Un día antes, el 31 de octubre, el diplomático ruso Igor Ponomarev —representante en la Organización Marítima Internacional— tenía previsto reunirse en Londres con Mario Scaramella, un peculiar personaje de nacionalidad italiana. Veinticuatro horas antes de la cita prevista entre ambos, Ponomarev volvía de la ópera. Al llegar a casa se desplomó. Estaba muerto. No pudo acudir a la reunión con Scaramella al día siguiente. Según las autoridades rusas, Ponomarev murió de un ataque al corazón. Tenía cuarenta y un años. Su cadáver fue repatriado a toda prisa desde Londres hasta Moscú. En Londres no se le hizo la autopsia. En Moscú, se ignora. Si se llegó a hacer, nunca se publicaron sus resultados.

Veinticuatro horas después, el 1 de noviembre, Litvinenko compartió otro té con Lugovoi y Kovtun. Horas después conoció a Scaramella. Litvinenko empezó a enfermar ese mismo día. Al enterarse de lo ocurrido, Scaramella escribió a Litvinenko para ponerle al tanto de la cita que había concertado con Ponomarev, y que no se llegó a celebrar. ¿Por qué Scaramella concertó citas en el plazo de pocas horas con dos ciudadanos rusos que tuvieron la mala fortuna de morir poco después en extrañas circunstancias?

El 31 de octubre, Andréi Lugovoi había hecho su tercer viaje a Londres en dos semanas. Y para la ocasión, se hizo acompañar de sus tres hijos y su esposa Svetlana. También iba Viacheslav Sokolenko, otro antiguo agente del KGB que, según las autoridades británicas, no tuvo nada que ver con los hechos. Todos juntos iban a ver el partido de la Champions League entre el Arsenal y el CSKA de Moscú. Dos días antes, Kovtun se subió a un avión en la ciudad alemana de Hamburgo, donde había vivido con su esposa. Llevaba consigo el polonio. La mañana del 1 de noviembre entró con una bolsa negra en el hotel Millenium, donde se hospedaba Lugovoi.

En los años sesenta del siglo XX, la compañía Grand Metropolitan Hotels encargó al arquitecto Richard Seifert que diseñara un hotel para ser construido en el número 44 de Grosvenor Square. Y Seifert dibujó un hermoso edificio de ladrillo visto, que terminó de construirse en 1969 y que fue bautizado como Britannia Hotel. Con el nuevo milenio, y después de una modernización de sus instalaciones, fue rebautizado como Millenium Hotel London Mayfair. Ni sus dueños, ni el arquitecto, ni sus muchos clientes pensaron que el Millenium quedaría para la historia como el hotel del polonio 210. Y es llamativo que la cita para el asesinato de un exagente del KGB se realizara en un lugar que está a unos pocos metros de la que entonces era la embajada de los Estados Unidos en Londres, en Grosvenor Square.

Antes de que Litvinenko entrara en el Millenium, Lugovoi y Kovtun fueron a los aseos del hotel, donde pudieron preparar el veneno. Eso sospechan los investigadores. Litvinenko llegó a las cuatro en punto. Según recogen las cámaras de vigilancia del hotel, entró hablando con el móvil. Avisaba a Lugovoi de que ya estaba allí. Minutos después se saludaron y Lugovoi le invitó a entrar en el bar Pine. Es uno de los pocos lugares del hotel sin cámaras de seguridad, junto con los baños. Según el testimonio del propio Litvinenko, el camarero les preguntó qué deseaban beber. Él respondió que no quería tomar nada. Lugovoi le ofreció «amablemente» que se tomara el té que quedaba en su tetera, porque estaba a punto de marcharse y ya no quería más. El camarero trajo una taza para Litvinenko y le sirvió té. Verde. Sin azúcar. Estaba frío. Litvinenko apenas tomó tres o cuatro sorbos de la taza. No debió hacerlo. Litvinenko no vio beber a

Lugovoi. Tampoco a Kovtun. Estuvieron juntos veinte minutos. Apareció la esposa de Lugovoi. Se saludaron. Lugovoi se marchó. Pero volvió a los pocos minutos con su hijo de ocho años para presentárselo a Litvinenko.

—Es el tío Sasha —le dijo Lugovoi al pequeño.

Se fueron al estadio del Arsenal. Kovtun dijo que prefería descansar, porque apenas había dormido la noche anterior.

Todo lo que tocaron, las sillas en las que se sentaron, la mesa que ocuparon, las tazas y la tetera que utilizaron, todo, tenía restos de radiactividad. La habitación 382, en la que se hospedaba Kovtun, era una bomba atómica. Había tirado el polonio que le sobró por el lavabo. Lo demás había quedado en la taza de té de Litvinenko.

Dos días después, Edwin Carter —el nombre que las autoridades británicas habían concedido a Alexander Litvinenko— se retorcía de dolor en el hospital. Once días después empezó a perder el pelo. Diecisiete días después, en medio de la desesperación por el estado del paciente, Carter fue trasladado al hospital Universitario, cerca de Regent's Park. Los médicos especialistas de ese centro decidieron internar al enfermo en cuidados intensivos. Los órganos más importantes del cuerpo fallaban de manera preocupante. Veintitrés días después, un análisis detectó polonio 210 en la orina. Ese mismo día, sufrió un ataque al corazón. Y después, otro. Y otro. Estaba en coma inducido. Su esposa Marina fue llamada de urgencia para que acudiera al hospital. Alexander Litvinenko, exagente del KGB y colaborador de los servicios de inteligencia británicos y españoles, murió el 23 de noviembre de 2006 a las nueve y veintiún minutos de la noche. Era milagroso que su cuerpo hubiese aguantado tantos días después de ingerir el polonio. Pero fue el tiempo que necesitó para dar a las autoridades británicas horas y horas de datos sobre lo que él creía que le había pasado. Y las autoridades británicas dedicaron los años siguientes a investigarlo.

Una década después Theresa May, la entonces ministra del Interior del Gobierno británico y posterior primera ministra, dirigía un discurso ante el pleno de la Cámara de los Comunes del Parlamento, en Westminster. Aquel 21 de enero de 2016 se hacía público el resultado de la investigación oficial sobre el asesinato de Alexander Litvinenko, realizada por *sir* Robert Owen, antiguo juez de la Corte Suprema de Inglaterra y Gales. Theresa

May leyó las conclusiones del informe, en las que se establecía la responsabilidad de Andréi Lugovoi y Dmitri Kovtun. Y, mucho más importante que eso, May dijo que «hay una gran probabilidad de que actuaran bajo la dirección del Servicio de Seguridad Federal o FSB. Y la investigación ha concluido que la operación del FSB para matar al señor Litvinenko fue probablemente aprobada por el señor Patrushev, el jefe del FSB, y por el presidente Putin». Dicho en la solemnidad de la sede parlamentaria del Reino Unido, por un miembro del Gobierno de su majestad británica. El Reino Unido acusaba formalmente de un asesinato al jefe de Estado de la Federación Rusa, Vladímir Putin.

Apenas dos años después, la ya primera ministra Theresa May se dirigía de nuevo a la Cámara de los Comunes en marzo de 2018 para acusar a Rusia del intento de asesinato de Serguéi Skripal, un excoronel del GRU —servicio de inteligencia del ejército ruso— y agente doble, pagado por la inteligencia británica. Skripal, su hija, y varias decenas de personas más sufrieron las consecuencias de un gas nervioso de uso militar, desarrollado en Rusia en los años ochenta y noventa, aunque Rusia asegura que cualquier país puede disponer de él. Era la primera vez que se utilizaba una sustancia de ese tipo en Europa Occidental desde la Segunda Guerra Mundial.

TODA UNA VIDA POR CIEN MIL DÓLARES

Con cien mil dólares se pueden comprar algunas cosas. Pero es cuestionable que merezca la pena asumir un alto riesgo para la propia vida y la de tus seres queridos a cambio de esa cantidad. Venderse a los servicios secretos occidentales puede convertirse en una sentencia de muerte a cámara lenta. Y cien mil dólares no te hacen rico. Es larga la lista de agentes del KGB que murieron prematuramente después de traicionar a los suyos y dar información al enemigo. Pero la limitada voluntad de Serguéi Skripal no fue capaz de imponerse sobre la intensidad de la tentación de recibir ese dinero porque, en realidad, cien mil dólares sí eran una cantidad más que

respetable en la Rusia poscomunista. Le permitía disfrutar de pequeños lujos, y era posible que aquella solo fuera la primera entrega. Después podrían venir más. En eso confiaba. Aquel dinero quedaba resguardado de inmediato en la cuenta de un banco en España, bien lejos de Moscú.

El final de esta larga historia de catorce años está fechado una tarde de marzo de 2018, en el solitario banco de un parque en la localidad inglesa de Salisbury. Bucólico, sí, pero sin el heroísmo que se le puede suponer a un coronel del GRU. El principio se remonta al mes de diciembre de 2004, en una larga fila de personas que esperan para someterse a los controles de seguridad de un aeropuerto ruso. Hay que tener paciencia, y un espía sabe cómo esperar. Es parte consustancial de su profesión. El coronel Skripal ya se había jubilado, pero no abandonaba sus tareas extraoficiales y secretas al servicio del MI6 británico. La traición no entiende de jubilaciones. Y nada es más necesario para un pensionista que los ingresos suplementarios que permitan abultar su limitada cuenta corriente. Aun retirado, mantenía los suficientes contactos en la jerarquía del GRU como para disponer de información sensible, muy del interés de Occidente.

En la escena del aeropuerto se ve que Serguéi viste un abrigo liviano, quizá no suficientemente rotundo como para soportar la gélida temperatura exterior, propia del invierno que empieza. Pone su bolsa de viaje sobre la cinta móvil que la introducirá en el escáner. Al ser humano le pierden los detalles: es un carísimo bolso de marca. Desde aquel día, Skripal sería conocido en el mundillo de la inteligencia mundial como «el espía con el bolso de Louis Vuitton». Luego da dos pasos, y avanza pesadamente hacia el arco detector de metales, como si no tuviera ganas. Quizá salte una alarma, aunque ese detalle no se aprecia en la grabación de vídeo realizada por los servicios secretos rusos que le tienen controlado desde hace tiempo, y que le siguen con el sigilo al que obliga la delicada misión que tienen encomendada. Serguéi está a punto de caer.

El guardia del control de seguridad le obliga a detenerse. Lo hace con una firme amabilidad mecanizada. Procede a su cacheo. Primero un brazo. Después, el otro. Le abre el abrigo. Busca en los bolsillos. Otro agente se acerca a revisar de forma concienzuda la cartera de mano que lleva en la chaqueta. La escruta con detenimiento. Le hacen abrir el Louis Vuitton.

Aparentemente le dan el visto bueno, porque se ve al coronel retirado recogiendo sus cosas. Es engañoso, porque la siguiente imagen del vídeo muestra a Skripal, de unos sesenta años, con la mano de un hombre agarrándole el cuello. Otro le sujeta el brazo derecho por detrás. Un tercero le inmoviliza el brazo izquierdo. Un instante después le ponen un gorro oscuro sobre la cabeza. Está esposado. Alguna publicación aseguró entonces que durante la detención le llegaron a dañar seriamente un hombro, pero en las imágenes Skripal no hace gesto alguno de dolor. No mueve un solo músculo de la cara. ¿Para qué? Sabe lo que está pasando. Lleva años preparándose para este día. Lo sacan a empujones. Al otro lado de la puerta, en medio del frío invernal, una furgoneta de color azul oscuro, sin signos ni rótulos, se abre desde dentro. Está detenido. Es el final de la escapada. Quizá nunca vuelva a ser un hombre libre. O, quizá sí. Quién sabe.

Cuando, días después, se volvió a ver al excoronel, vestía un chándal blanco salteado con alguna raya azul, y estaba encerrado en una jaula de barrotes amarillos frente a un tribunal de justicia. Destino: la cárcel para los siguientes trece años. Pudo ser peor. Saldría de prisión siendo un anciano, si es que tenía la suerte de llegar a ese momento. Porque el penal al que fue destinado es conocido en Rusia por su extrema dureza: la cárcel y campo de trabajo de Mordovia, a unos quinientos cincuenta kilómetros de Moscú. Allí, Skripal tuvo que hacer valer el entrenamiento como boxeador que recibió en el ejército, para que los días discurrieran sin sufrir demasiadas agresiones físicas de otros presos. El espía daba por hecho que algunos de esos presos que le acosaban recibían dinero a cambio de su acoso. La traición no se perdona. Aquel parecía su final. Pero a veces ocurren cosas. Y ocurrieron. Skripal cayó en 2004. Por entonces, Anna Chapman ya estaba en Londres.

LA ESPÍA QUE ¿ME AMÓ?

—Creí que la conocía —declaró a la prensa británica un aturdido y aparentemente sorprendido Alex Chapman en 2010, cuando vio en televisión a una bella joven cuyo rostro le resultaba muy familiar.

Unos años antes, en un festival rave en Londres, el entonces jovencísimo Alex buscaba compañía para pasarlo bien, y en medio de la multitud encontró a «la chica más guapa que había visto en mi vida». No tuvo mucho reparo, porque se acercó a ella y se lo dijo así, tal cual. A Alex dejaron de funcionarle las conexiones cerebrales, y sus reacciones empezaron a ser gestionadas por la víscera del amor a primera vista. Frente a sus ojos se aparecía una belleza pelirroja de diecinueve años que ejercía sobre él un efecto fulminante: ya no había nadie más en el mundo.

No tardaron en casarse.

—Mi matrimonio con Alex se basaba en el amor mutuo —dijo Anna pretendiendo que la creyeran, y con gesto melancólico, mucho después.

La ceremonia se celebró en Moscú y, según aseguraron ambos, sin avisar a las respectivas familias. No hubo dinero ni para comprar los anillos. Alex tenía veintidós años. En las fotos de la boda aparece con un peinado del que posiblemente se arrepintió después. Y «la chica más guapa que había visto en mi vida» tenía veinte. Se llamaba Anna Vasilievna Kushchenko y llevaba un año en el Reino Unido, completando sus estudios iniciados en la Universidad de Moscú. La versión oficial es que su padre, Vasili Kushchenko, era un diplomático ruso destinado en Kenia y Zimbabwe. La versión no oficial, y defendida por Alex, es que se trataba de un espía del KGB que utilizaba la cobertura diplomática para hacer sus labores.

—Su padre controlaba por completo la vida de Anna —aseguraba.

El joven matrimonio sufrió las primeras fisuras cuando Anna tomó como costumbre ausentarse de casa para visitar a amigos rusos en Londres. Y, más aún, cuando Anna empezó a tener nuevos amigos en Estados Unidos. Sus viajes de Londres a Nueva York se convirtieron en algo

habitual. Y ella apenas hablaba con su marido ni de esos viajes, ni de esos amigos. Hasta que decidió establecerse en Estados Unidos «para explorar oportunidades de negocio», según Alex asegura que le dijo Anna. Las exploró con éxito. Aprovechó su demostrada inteligencia para conseguir relaciones de alto nivel. Y aprovechó su manifiesta belleza para alcanzar los mismos fines.

Anna asumió como propio el apellido de su marido, y asumió también la ciudadanía británica. Y mantuvo su nuevo apellido y su nueva nacionalidad después de divorciarse de Alex en 2006. Ambas circunstancias, apellido y nacionalidad, le resultaban muy útiles para residir sin cortapisas legales en Estados Unidos. El joven marido intentó ser feliz durante aquel breve matrimonio con esa joven hermosa que era «estupenda en la cama» según el relato, se da por supuesto que bien fundamentado, del atolondrado Alex. Creía conocerla, pero en realidad no tenía ni la menor idea de a quién había reservado un lado de su lecho.

Años después, un día de marzo de 2011, Anna se arregló con especial mino para la ocasión. Lucía tan bella como siempre cuando miró con intensidad a su interlocutor y le dijo que «nunca confirmaré y nunca negaré los hechos». Presentaba un programa de televisión de gran éxito, y había puesto en marcha un negocio de moda. Su rostro y su cuerpo —no siempre vestido por completo— aparecían en todas las revistas del país. Una de ellas, Maxim, la eligió como una de las «cien mujeres más sexis de Rusia». Todo ello unido, convirtió a una espía que había servido a su país infiltrada en Estados Unidos, en una mujer rica gracias a su nueva vida moscovita.

Su misión de espionaje había terminado un año antes, en 2010, cuando el FBI hizo públicos varios vídeos grabados por sus servicios de contraespionaje en los que se veía a algunos agentes rusos en acción. En uno de ellos, Anna Chapman está sentada en una cafetería. Es una mesa para dos. Enfrente hay un hombre, vestido con un polo oscuro y un pantalón claro, que está de espaldas a la minicámara oculta que graba la escena. Anna ha recogido su larga cabellera en una coleta bien trabajada. Lleva puestas unas enormes gafas de sol, aunque está en un lugar cubierto y, por tanto, a la sombra. Viste un pantalón vaquero y una camiseta blanca, con un dibujo en el centro. Al principio, deja su bolso con estampados a rayas

apoyado en la silla. Luego lo sitúa en su regazo, lo abre y busca en su interior. Saca lo que parece una carpeta tamaño folio y la pone sobre la mesa. Después saca otro objeto que resulta difícil de identificar, y lo pone encima de la carpeta. Anna acababa de caer en la trampa del FBI. Un agente le ofrecía un pasaporte falso para que se lo hiciera llegar a otra persona. Se supone que a otro espía.

A Anna, ese encargo le resultó extraño. Nunca antes Moscú le había pedido que hiciera algo así. Intuyó que las cosas no iban bien, y después de esa sospechosa cita hizo una delatora llamada a un teléfono de Rusia. Quería hablar con su padre para explicarle lo ocurrido. Estaba muy nerviosa. No tardaría en saber que el servicio de contraespionaje americano la había cazado. Y no solo a ella. Fueron detenidos diez, en total. Pero la realidad es que el descubrimiento de este grupo de espías no se debió solo, ni principalmente, a las buenas artes defensivas de las agencias americanas.

Días antes de la detención de Chapman y de sus compañeros, un hombre de cincuenta y ocho años se sentó en Moscú delante de su mujer y, con rostro de gravedad extrema, le dijo con mucho amor:

—Ahora debes mantener la calma; me voy para siempre; no quiero, pero tengo que hacerlo; empezaré una nueva vida; trataré de ayudar a nuestros hijos.

Se levantó, abrazó largamente a su esposa, la besó y se marchó. El coronel Alexander Poteyev, número dos del servicio de espionaje exterior de Rusia (SVR) escapó de su país y se refugió en Estados Unidos. Estaba desertando. Él era quien había dado al FBI la lista de agentes rusos que actuaban sigilosamente en suelo norteamericano desde hacía años. Él era quien había entregado al FBI el código con el que otros espías llegados desde Rusia se entrevistaban con sus compañeros destinados en Estados Unidos para darles instrucciones y encomendarles nuevas misiones. Por eso un agente del contraespionaje americano pudo engañar a Anna Chapman y tenderle la trampa, al identificarse con el código secreto que le había dado Poteyev.

En 2011, un tribunal de Moscú condenó a Poteyev a veinticinco años de prisión, aunque durante el juicio ya estaba refugiado a miles de kilómetros de distancia. Era uno de los responsables de lo que el Departamento de

Justicia de Estados Unidos bautizó como Illegals Program —Programa de los Ilegales— del SVR ruso. Lo componen «agentes durmientes» que actúan en territorio enemigo sin cobertura diplomática alguna. Viven en el país al que pretenden espiar como si fueran ciudadanos corrientes que, en ocasiones, incluso tienen familia, usan nombres propios del país al que espían, y tienen trabajos normales. *American Beauty*. Se trata de una labor de espionaje especialmente paciente, que puede durar años. Y si tiene éxito, décadas.

Anna Chapman fue detenida el 27 de junio de 2010, acusada de ser una agente del SVR. Con Chapman habían caído otros nueve espías rusos, con nombres falsos, que vivían como si fueran americanos, y que formaban parte del mismo programa de «ilegales». Solo once días después de esas detenciones, los Gobiernos de Barack Obama y Dmitri Medvédev —Putin era entonces primer ministro— llegaron a un acuerdo, propio de la Guerra Fría, para intercambiar espías. Dadas las evidencias que ambos países tenían contra el otro era mejor no hacerse más daño mutuamente. Estados Unidos entregaría a Rusia a los diez recién detenidos. Como contrapartida, Rusia entregaría a Estados Unidos a cuatro espías dobles. Diez a cuatro. El Gobierno de Obama intentó convencer a su público de que los cuatro que llegarían a Occidente eran mucho más importantes que los diez que entregaban a Moscú, porque esos diez «no suponen un beneficio significativo en términos de seguridad nacional». Fue lo que alegaron en su propio descargo. El abogado americano de Anna Chapman quiso añadir crédito a esa afirmación al asegurar que «ninguno de los implicados consiguió información que no pudiera obtenerse en internet».

El 8 de julio de 2010, los diez espías rusos, fuertemente custodiados por agentes de seguridad, subieron las escalerillas y entraron en un avión Boeing 767-200 de la compañía Vision Airlines, que da servicios de chárter. Despegó de Nueva York y horas después aterrizó en el aeropuerto de Viena, en Austria. Los cuatro traidores rusos embarcaron en un Yak-42 propiedad del Estado ruso, y aterrizaron también en Viena. Los dos aviones recorrieron la pista hasta una zona apartada. Se detuvieron en paralelo, uno frente a otro, como si fueran dos galeones que se apuntan con sus cañones, listos para iniciar una batalla naval. Pero no hubo tal. Las escalerillas se

aproximaron al fuselaje. Se abrieron las puertas. Diez individuos bajaron de un avión. Cuatro bajaron del otro. Poco después, cambiaron de aparato. La operación, muy delicada, duró no más de hora y media. Los diez que llegaron desde Estados Unidos volaban después hacia Rusia. Llegarían al aeropuerto moscovita de Domodedovo, donde fueron recogidos por una caravana de coches y furgonetas sin distintivo alguno. Los cuatro que llegaron de Rusia despegaban hacia su nuevo hogar en Occidente.

Entre los cuatro que habían volado desde Moscú estaba Serguéi Skripal. Pocas horas antes, sin que nadie le dijese el motivo, su celda de la cárcel de Mordovia se abrió a una hora inhabitual. Llevaba en aquel lúgubre lugar cerca de seis largos años. Con gran extrañeza, escuchó cómo le ordenaban que recogiera sus cosas. Después, le sacaron de allí. ¿Dónde le llevarían? ¿Sería el final? Y, en su caso, ¿sería el final para bien, o para mal? Le subieron a una furgoneta muy parecida a la que se utilizó en su detención. En ella recorrió los seiscientos kilómetros que separan Mordovia de Moscú, y allí le subieron a un avión con destino a Viena. Después, en otro, con escala en la base aérea militar de Brize Norton, en Oxfordshire, a cien kilómetros al oeste de Londres. Estaba en el Reino Unido, el país al que había vendido sus servicios siendo agente del GRU ruso. En el otro avión, con destino a Moscú, iba Anna Chapman. Gracias a la detención de Anna en Nueva York, Skripal había salido de la cárcel de Moscú. Y Anna había sido detenida gracias a la traición de Alexander Poteyev.

En 2016, seis años después de la detención de Anna Chapman, la agencia de noticias rusa Interfax lanzó un escueto teletipo: «Según algunas informaciones, Poteyev ha muerto en Estados Unidos. En este momento se intenta confirmar esta información». Más tarde añadió algún dato suplementario: «Una segunda fuente ha confirmado haber recibido información similar del extranjero, pero no se descarta que se trate de información engañosa, destinada a que la gente se olvide de este traidor».

Para entonces Poteyev tenía sesenta y cuatro años. No es un detalle que carezca de importancia que la noticia sobre una posible muerte que pudo tener lugar en Estados Unidos la diera una agencia rusa, y no un medio de Estados Unidos. Si realmente falleció, nadie dijo en qué circunstancias. Pero, desde entonces, cuando alguien habla o escribe sobre Poteyev lo hace

en tiempo pasado, dando por buena la versión de que murió cuando Interfax dijo que pudo haber muerto. ¿Murió Poteyev?

Quien sí murió fue el exmarido de Anna, Alex Chapman. Ocurrió en 2015, cuando solo tenía treinta y seis años, y después de ocupar buena parte de su tiempo anterior en realizar declaraciones a los medios —algunas, muy bien pagadas— y de filtrar fotografías íntimas sobre su vida con la espía rusa —muy bien pagadas, también—. Su familia lleva desde entonces repitiendo a quien le pregunta que ese fallecimiento se debió a causas naturales. Por las dudas. Pero en marzo de 2018, algunos medios británicos volvieron sobre la historia de aquel desdichado joven, y encontraron certificados médicos según los cuales Alex Chapman pudo morir por una sobredosis de droga. Y eso habría ocurrido en una casa cercana a la Universidad de Southampton, donde no vivía. Su domicilio oficial estaba a tres cuartos de hora de coche, en Bournemouth, en una vivienda que, según algunas fuentes, compartía con otras tres personas.

Bournemouth, en la costa sur de Inglaterra, también está a tres cuartos de hora de Salisbury, algo más al norte. Allí, la policía recibió una llamada de emergencia en torno a las cuatro de la tarde del 4 de marzo de 2018. Un viandante avisaba de que un hombre mayor y una mujer joven estaban en el banco de un parque en «estado catatónico». Otro testigo aportó el dato suplementario de que ambos echaban espuma por la boca, aunque no todos los que vieron a las víctimas dijeron haber apreciado ese detalle tan desagradable. En lo que sí coincidían todas las versiones es en que ninguno de los dos reaccionaba. Se encontraban inconscientes.

OTRO TRAIDOR ENVENENADO

Yulia, de treinta y tres años, volaba entre Londres y Moscú y viceversa de forma habitual. Su padre Serguéi, de sesenta y seis, se había instalado en el Reino Unido en 2010. Serguéi Skripal había comprado en 2001 una bonita casa de ladrillo visto y estilo muy inglés en la calle de Christie Miller, en una zona acomodada de las afueras de Salisbury, una agradable ciudad de

unos cincuenta mil habitantes, en la ribera del río Avon, conocida por su hermosa catedral, y situada a unos cien kilómetros al suroeste de Londres. La casa costó doscientas sesenta mil libras, según algunas fuentes, y más de trescientas cincuenta mil, según otras. Pero unas y otras coinciden en que el pago se realizó de una vez, sin necesidad de un crédito hipotecario, lo que se ha interpretado como la evidencia de que los contribuyentes británicos se encargaron del coste. Sería el premio a los servicios prestados. Skripal era un funcionario ruso retirado, según contó a sus vecinos. Y un antiguo miembro del ejército, según contó a su empleada de hogar. Ambas cosas eran ciertas, aunque sin excederse en la precisión, porque nadie sabía que, además de eso, había sido un espía. Le gustaba jugar a la lotería y era conocido por su carácter afable.

El sábado 3 de marzo de 2018, Skripal condujo su BMW rojo hasta el aeropuerto de Heathrow, para recoger a Yulia, que llegaba a mediodía desde Moscú. El domingo, padre e hija se desplazaron hasta el centro de la ciudad, y poco después de la una y media del mediodía dejaron el coche en el aparcamiento de un centro comercial. Tomaron el aperitivo en un *pub*. Caminaron después hasta el Zizzi, un restaurante italiano situado en los bajos de un edificio con la fachada pintada en un tono azulado, en Castle Street, una de las calles más comerciales de la ciudad. La puerta recrea unas columnas jónicas y un frontón, poco acordes con el estilo arquitectónico del edificio, pero muy efectistas para atraer a los clientes. Pasadas las tres y media salieron del Zizzi y caminaron por una zona de tiendas, a través de un corredor cubierto. Las cámaras de seguridad recogieron una breve parte de ese paseo. A la salida del corredor hay un pequeño puente que atraviesa el río Avon y que conduce a un parque con algunos árboles frondosos y un césped bien cuidado. Ese es el momento en el que debieron empezar los primeros síntomas. En una esquina, la más cercana al puente sobre el Avon, hay una curiosa tienda de tarjetas de felicitación, llamada World of Cards. A pocos metros, Serguéi y Yulia Skripal llegaron agotados a un banco.

—Creí que eran homeless —explicó una joven que vio la escena.

Yulia estaba apoyada en su padre y parecía desmayada. Serguéi movía las manos sin control alguno, y tenía la mirada perdida en el cielo.

El día 5 de marzo, las autoridades británicas hicieron pública la identidad de los afectados. Se encontraban en estado crítico. El día 6 se empezó a discutir sobre la posible responsabilidad de Rusia en lo que ya era considerado un ataque deliberado. El día 7 se informó de que ese ataque se había realizado con un gas nervioso, y la policía dio por buena la tesis de que se trataba de un intento de asesinato. Resucitaba, doce años después, el fantasma del caso Litvinenko.

Esa noche, el presentador ruso de informativos Kirill Kleimenov se puso una chaqueta de cuadros, una corbata de rombos y miró con mucha seriedad a la cámara. Lo que estaba a punto de decir iba a reverberar más allá de las fronteras de su país:

—Tengo simpatía por cualquiera que sufre, y bajo ninguna circunstancia celebraré el sufrimiento o desearé la muerte a nadie. Pero por puras razones de educación, tengo un aviso para aquellos que sueñan con seguir la profesión de traidor, porque es la más peligrosa del mundo. […] Es muy raro que aquellos que han elegido la profesión de traidor vivan en paz hasta una edad madura. El alcoholismo, la adicción a las drogas, el estrés y la depresión son enfermedades profesionales para un traidor, y derivan en ataques al corazón o incluso en suicidios.

Dicho en la televisión rusa el 7 de marzo de 2018. Kleimenov se despidió de sus espectadores hasta el día siguiente.

Es mismo día 7, Nikita Pasechnik pidió hablar con los medios:

—El FSB decidió matar a mi padre.

Su padre, Vladímir Pasechnik, desertó al Reino Unido en 1989, cuando la Unión Soviética había iniciado su colapso. Doce años después, en noviembre de 2001, sufrió un derrame cerebral y murió.

—Creo que a mi padre también le envenenaron porque arruinó la industria de armas biológicas de Rusia —y cuando llegó a Inglaterra trabajó en un centro de investigación microbiológico conocido como Porton Down.

¿Situado dónde? En Salisbury, la misma ciudad en la que fue envenenado Skripal, y la misma ciudad en la que vivía Pasechnik.

—Putin trata de vengarse de sus opositores, de demostrar su poder y de dejar claro lo que les sucederá a aquellos que traicionan al sistema —aseguró el hijo de Pasechnik.

El 8 de marzo de 2018, se anunció que el primer policía que atendió a Serguéi Skripal y a su hija Yulia, y otra veintena de personas también sufrían los efectos del agente nervioso, identificado como novichok. Rusia negó la existencia de esa sustancia. Pero uno de sus creadores, Leónidas Rink, lo confirmó. Y la revista moscovita Novaya Gazeta publicó que en 1995 el propio Rink había reconocido ante un juez haber vendido de forma ilegal algunas dosis a criminales chechenos a cambio de mil ochocientos dólares. Que Skripal y su hija siguieran vivos pasados varios días desde el envenenamiento suponía, según Rink, que «o no se utilizó novichok, o se utilizó de forma chapucera», porque bien empleado es letal. Según los acuerdos internacionales, Rusia debió eliminar ese tipo de armas. Y, en cualquier caso, era su responsabilidad custodiarlas.

El día 9 se desplegó en Salisbury una unidad militar para participar en las investigaciones en la casa de Skripal, en el *pub*, en el restaurante y hasta en el cementerio en el que están enterrados la esposa y el hijo de Serguéi.

El día 12, la primera ministra Theresa May acusó a Rusia del envenenamiento. Putin protestó por esa acusación. El día 14, el Gobierno británico anunció la expulsión de veintitrés diplomáticos de la embajada rusa en Londres.

El día 15, Alemania, Estados Unidos y Francia se unieron al Reino Unido en la acusación contra Rusia.

El día 16, el ministro de Exteriores británico señaló directamente a Vladímir Putin como el probable responsable de la orden de matar a Serguéi Skripal.

El día 18, Vladímir Putin ganó las elecciones presidenciales rusas con más del setenta y seis por ciento de los votos. Trituró a todos sus rivales. En realidad, no había rival. Putin tenía otros seis años por delante al frente del Kremlin.

El día 22, la primera ministra May pidió el apoyo de la Unión Europea, en una cumbre de líderes en Bruselas. Consiguió un importante respaldo verbal.

El día 26, ese apoyo verbal se tradujo en una expulsión masiva, generalizada y sin precedentes de más de cien diplomáticos rusos. De ellos, sesenta fueron expulsados por Estados Unidos, en un evidente gesto de

Donald Trump para aparentar dureza frente a Putin, en medio de las investigaciones sobre la relación entre Rusia y la campaña presidencial de Trump.

—Presidente Putin, soy de la BBC.

El periodista británico esperaba al líder ruso, que estaba de visita en un centro agrícola.

—¿Está Rusia detrás del envenenamiento de Serguéi Skripal? —preguntó con atrevimiento.

Putin buscó en su muestrario de sonrisas políticas, eligió una no especialmente generosa, y respondió con cierta desgana:

—Mire, aquí estamos ocupándonos de la agricultura. Como puede ver, nuestro empeño es mejorar las condiciones de vida de la gente. Y usted me habla de tragedias. Primero vayan al fondo del asunto, y luego ya hablaremos.

El presidente dio media vuelta y siguió con la visita. En esos días, se estrenó un documental sobre Putin en Rusia. El presidente se mostraba firme e impertérrito: «Nunca puedo perdonar la traición». Hablaba en términos generales, no específicamente sobre el caso de Skripal.

¿Realmente Rusia quería acabar con Skripal? ¿No sería, como aseguran en Moscú, un intento del Reino Unido de influir en las elecciones rusas para que Putin perdiera —algo que, por otro lado, no podía ocurrir—? ¿Por qué Rusia querría enemistarse aún más con los países occidentales, a tres meses del Mundial de fútbol?

En 2010, Serguéi Skripal llegó al Reino Unido en silencio. Y así se mantuvo siempre. Su discreción contrastaba con la sobreexposición pública que tuvo Alexander Litvinenko, en su guerra particular contra Putin. Litvinenko fue eliminado. Pero Víctor Suvorov, otro desertor del GRU, seguía en 2018 escribiendo libros contando los secretos que conoció durante sus tiempos de espía, sin sufrir daño. También Oleg Gordievsky, uno de los agentes del KGB que más perjuicio causó a Rusia, seguía en 2018 contando su experiencia como agente doble al servicio del Reino Unido. Pero, si a Skripal no lo había intentado eliminar Rusia, ¿quién había sido?

La sospecha sobre Rusia era inevitable. Y el propio Skripal, como todos los desertores, se había pasado sus años en el Reino Unido temiendo que algo pudiera ocurrir. Sospechó cuando su esposa murió de un cáncer a los cincuenta y nueve años, en octubre de 2012. Tres años y medio después, en marzo de 2016, Valeri Skripal, hermano de Serguéi, se estrelló con su coche. Tenía sesenta y ocho años. Era oficial del cuerpo de paracaidistas del ejército ruso. Las circunstancias del accidente se ignoran. Personas que le conocían aseguran que había perdido mucho peso en los meses previos a su muerte. Se le veía muy desmejorado. Un año y cuatro meses después, en julio de 2017, murió el hijo mayor de Serguéi a los cuarenta y tres años. Se publicó que la muerte pudo deberse a problemas de hígado derivados de una supuesta afición desmedida por el alcohol. Madre e hijo están enterrados en el cementerio de Salisbury. Padre e hija solían llevar flores a sus tumbas. Los expertos en guerra nuclear, química y bacteriológica del ejército británico se enfundaron sus trajes de protección para sacar muestras de esas tumbas. Hicieron lo mismo en el restaurante, en el *pub*, en el coche y en la casa.

El día previo al envenenamiento de Skripal, Anna Chapman publicó en su cuenta de Instagram una foto en la que aparece con un fusil de asalto en las manos, al tiempo que perfectamente vestida, peinada y maquillada. Al día siguiente del envenenamiento publicó otra foto, luciendo su figura en bañador, mientras disfrutaba del sol y del mar en las playas de Tailandia. Y allí, en Tailandia, terminaba esta historia. O, quizá no terminó allí. Porque, como se verá con detalle más adelante, la detención de Anna Chapman y otros nueve «ilegales» en Estados Unidos sirvió de pista para la detención, años después, de Evgeni Buriakov, Igor Sporishev y Víctor Pobodnyy, relacionados con el ciudadano americano Carter Page, relacionado a su vez con Donald Trump…

Serguéi y Yulia Skripal consiguieron sobrevivir después de estar durante semanas al borde de la muerte. Las autoridades británicas los enviaron a un lugar desconocido.

Cuatro meses después, dos ciudadanos británicos luchaban por sus vidas en el hospital de Salisbury en el que fueron tratados Serguéi y Yulia Skripal. Sufrían los mismos síntomas. Habían entrado en contacto con el novichok.

Dawn Sturgess, de cuarenta y cuatro años, y su pareja, Charles Rowley, de cuarenta y cinco, se sintieron mal el sábado 30 de junio de 2018. Un día antes habían estado en los jardines de la Reina Isabel, en Salisbury, a trece kilómetros de la residencia de Charles en Amesbury.

—Parecían zombis, desplomados contra la pared —según descripción gráfica de un amigo. Echaban espuma por la boca.

Esa misma semana, el ministro del Interior británico, Sajid Javid, dijo en la Cámara de los Comunes que era hora de que «el Estado ruso dé un paso adelante y explique exactamente lo que ha sucedido». Minutos después, un portavoz oficial del Estado ruso respondía con desdén:

—Dejen ya los juegos políticos sucios.

Javid, irritado, protestó en el vacío ante la evidencia de que el Reino Unido se había convertido en «un vertedero de veneno». Mientras, en Rusia se disputaba el Mundial de fútbol.

Dawn murió después de unos días agónicos. Charlie salvó la vida y pudo contar que había encontrado un envase de colonia y se lo había dado a Dawn. Cayó en las manos equivocadas. Los responsables de la marca de cosméticos Nina Ricci nunca imaginaron que uno de sus frasquitos de perfume pudiera aparecer en los medios de comunicación del mundo como el arma del delito. *Premier jour* era el nombre concreto de esa colonia. Se trataba de un aplicador de poco más de cinco centímetros. El novichok no necesita mucha más cantidad para resultar letal, si se aplica adecuadamente. Se puede suponer que la colonia viajó desde Moscú hasta el aeropuerto de Gatwick, en Londres, en una maleta a bordo de un avión de Aeroflot, en el que también iban Alexander Petrov y Ruslán Boshírov. Esos eran los nombres que aparecían en sus pasaportes legales, expedidos en Rusia. Que fueran sus nombres reales es muy improbable.

Nada de esto fue descubierto por las autoridades británicas hasta pasados seis meses del intento de asesinato de Skripal. La investigación fue larga, concienzuda y compleja. Policías y agentes del servicio de inteligencia revisaron decenas de miles de horas de grabaciones de vídeo, captadas por las cámaras de seguridad de aeropuertos, calles, carreteras, hoteles y comercios. Cruzaron datos de pasaportes y otros documentos de ciudadanos rusos llegados al Reino Unido en las semanas previas al ataque,

o que abandonaron el país en las semanas posteriores. Interrogaron a miles de testigos y confidentes. Pidieron datos a agencias de espionaje de países aliados. Y, finalmente, el 5 de septiembre de 2018, la primera ministra Theresa May compareció de nuevo ante la Cámara de los Comunes del Parlamento británico para asegurar que «los sospechosos son oficiales del servicio de inteligencia militar ruso, conocido como GRU», la misma unidad a la que había pertenecido Skripal. Según May, el intento de asesinato del exespía «fue aprobado fuera del propio GRU, a un alto nivel en el Estado ruso». De nuevo, el dedo índice de Occidente, apuntando a Vladímir Putin. La portavoz del ministerio ruso de Asuntos Exteriores de Rusia, María Zajárova, respondió con desdén a las acusaciones porque «ni los nombres ni las fotografías aparecidas en algunos medios nos dicen nada». Días después, Putin dijo que sí habían localizado a esos dos hombres en Rusia, y que se trataba de «dos civiles inocentes». Pero medios de todo el mundo ya habían publicado fotografías captadas por cámaras de seguridad en las que se ve a los supuestos Petrov y Boshírov en diversos lugares de Inglaterra, entre ellos Salisbury. Vestían zapatillas deportivas, cazadoras de abrigo a la moda, pantalones tejanos, bufanda y gorra. Casi uniformados. Uno de ellos lucía bigote y perilla. Ambos aparentaban tener en torno a cuarenta años. Habían llegado a Londres dos días antes del ataque contra Skripal. Se habían hospedado en el City Stay, un modesto hotelito situado entre una sucursal de Barclays y la estación de metro de Bow Church. Cuando las investigaciones llevaron a la policía hasta ese hotel a principios de mayo, todavía encontraron allí trazas de la presencia de novichok, aunque ya no eran tan letales como las utilizadas contra Skripal. Ningún cliente del hotel había sufrido los síntomas habituales: que el ritmo del corazón se frene, que se cierren las vías respiratorias hasta provocar ahogo y problemas cerebrales, que los músculos se contraigan sin control, que se produzcan convulsiones y parálisis, hasta llegar a un fallo respiratorio y a la posible muerte.

Un día antes del atentado, el avión de Yulia Skripal aterrizó en el aeropuerto de Heathrow, procedente de Moscú. Mientras Yulia pasaba el control de pasaportes, Petrov y Boshírov se desplazaban desde Londres a Salisbury en tren. Allí reconocieron el terreno, antes de volver veinticuatro

horas después para rociar el pomo de la puerta de entrada de la casa de Skripal con el veneno que llevaban en el frasquito de perfume. Esa misma noche volaron de vuelta a Moscú. El aplicador de colonia quedó abandonado en un parque, donde casi cuatro meses después Charles Rowley tendría la mala suerte de encontrarlo, el error de quedárselo y la desgracia de regalárselo a Dawn Sturgess. El operativo supuestamente ideado en Moscú para matar a Skripal, en realidad había terminado con la vida de una pobre ciudadana británica que quiso oler a Nina Ricci.

La misión de Petrov y Boshírov solo había tenido éxito a medias, porque Skripal salvó la vida. Pero sí recibió un aviso. Lo recibió él, lo recibieron aquellos colegas rusos que desertaron antes que él, y también quienes tuvieran la tentación de hacerlo a partir de entonces. Porque, como dice Putin, la traición tiene un precio.

Días después de que las imágenes de los supuestos autores del envenenamiento aparecieran en los medios, ambos se dejaron entrevistar en la cadena Russia Today. Era el mismo procedimiento de respuesta propagandística que ya dieron las autoridades rusas cuando el Gobierno británico acusó a Lugovoi y Kovtun de envenenar a Litvinenko doce años antes: aparecer en la televisión rusa para negarlo todo. Como era de rigor, Boshírov y Petrov solo habían visitado Salisbury para ver su hermosa catedral, de la que dieron datos precisos sobre sus dimensiones, como si acabaran de consultarlos en Wikipedia. Estaban de vacaciones. La web de periodismo de investigación Bellingcat tardó poco en identificar a Boshírov como Anatoli Chepiga, veterano de las fuerzas especiales en Chechenia y coronel del GRU, el servicio de inteligencia militar al que perteneció Skripal. Uno de los nuestros. E identificó a Petrov como Alexander Yevgenyevich Mishkin, médico del GRU. Otro de los nuestros. La web llegó a asegurar que ambos habrían sido galardonados tiempo atrás con la Orden de los Héroes de Rusia, entregada por el presidente Putin en persona. Y el presidente Putin en persona cerraba el círculo al cabo de pocas semanas:

—Skripal es solo un estúpido, y cuanto antes termine la campaña de información que le rodea, mejor. Algunos están promoviendo la teoría de

que Skripal es una especie de activista de derechos humanos. Pero solo es un espía.

Esta es la traducción más liviana de las posibles. Otros expertos en la lengua rusa aseguran que, en realidad, Putin calificó a Skripal como «bastardo», «escoria» o «canalla», después de consultar el diccionario de sinónimos. En lo que sí coinciden todos es en que dijo que es un *предатель Родины —predatel' Rodiny—*, un «traidor a la patria».

En Moscú daban por seguro que Skripal no había abandonado su tarea después de instalarse en el Reino Unido. Las autoridades británicas filtraron a los medios que el exespía habría mantenido durante años contacto con los servicios checos y estonios para ofrecerles información sobre el espionaje ruso en sus países. También, con los españoles del CNI. Los conocía bien gracias a su paso por Madrid como enlace del GRU en los años noventa. Y, por supuesto, con británicos y estadounidenses. Por eso no fue tan extraño que en 2010, cuando Anna Chapman y otros espías rusos fueron capturados en Estados Unidos, el jefe de la CIA Leon Panetta ofreciera a su homólogo ruso Mijaíl Fradkov —jefe del SVR, la inteligencia extranjera— un intercambio. Se evitaría así un juicio en Washington a los agentes detenidos, que pudiera resultar incómodo para el Gobierno de Vladímir Putin. Y de paso, los americanos intentarían que en ese intercambio estuviera Serguéi Skripal. Porque era un elemento más importante de lo que parecía.

EL CASO DEL NEOZELANDÉS-ECUATORIANO-RUSO-ESPAÑOL

El 30 de noviembre de 1936 nació en Nueva Zelanda el hijo de Joyce Hislop Culley y Noel Henry Frith. El pequeño fue bautizado como Lawrence Henry, y tuvo la desgracia de abandonar este mundo de forma prematura. Apenas había llegado a vivir quince meses. Una tumba le recuerda todavía en el cementerio Hamilton East, a ciento veinte kilómetros al sur de la capital.

Sin embargo, ese pequeño difunto Henry Frith reapareció con vida cinco décadas después en Madrid. A mediados de los noventa, el supuesto

Henry intentaba asentarse en España. Su fachada ante los demás era que había nacido en Ecuador en noviembre de 1957, de madre ecuatoriana y padre neozelandés, lo que le permitía excusar su forma de hablar español con un acento poco común. Encontró a un socio dispuesto a hacer negocios con él, y juntos pusieron en marcha Frimor Consultores. Henry viajaba mucho al extranjero, más de lo que parecía razonable para una empresa menor como aquella.

El 27 de junio de 2010, los «ilegales» de Anna Chapman fueron detenidos en Estados Unidos. El día 28, Henry caminaba cerca de su casa de Madrid cuando un hombre se le acercó.

—¿Dispone de unos minutos para hablar conmigo? Creo que es muy importante para usted. Tengo su vida en mis manos —le dijo en inglés, de forma misteriosa e inquietante—. Está usted en una situación muy difícil […]. Trabajo para los servicios occidentales, y usted trabaja para los servicios rusos.

Henry lo negó. Pero el hombre misterioso insistió:

—Tengo la oportunidad de hacer que su vida sea mucho mejor. Las autoridades españolas van a venir a por usted, habrá un gran escándalo y su vida al completo se arruinará.

A la mañana siguiente, 29 de junio, un preocupado Henry pidió a Alejandro que le llevara hasta el aeropuerto de Madrid.

—Tengo un viaje de negocios —le dijo sin dar más explicaciones, ni especificar el destino de su avión.

Alejandro Valdezate era el hijo de la mujer con la que vivía Henry. Horas después, el 30 de junio, agentes del CNI se personaron en el domicilio de Henry. Hablaron con Alejandro. Henry nunca volvió. Su novia, Carmen, que estaba enferma y a la que había cuidado, murió años después sin que Henry asistiera a su entierro. Para entonces, Henry estaba en Moscú con su esposa y su hijo, los de verdad. Frith era, en realidad, Serguéi Yuryevich Cherepanov, agente del SVR. Su esposa se llama Olga Konstantínova Cherepanova, y su hijo, Andréi. Serguéi era un «ilegal», igual que Anna Chapman y sus compañeros. Había construido una vida en Madrid, con una familia que ignoraba su identidad y su misión. El nombre falso había sido «robado» en Nueva Zelanda al bebé difunto. Su caso fue el

del primer «ilegal» ruso hecho público en Europa. Como consecuencia de este incidente, las autoridades españolas expulsaron a dos diplomáticos de la embajada de Rusia, Anton Olegovich Simbirsky y Aleksandr Nikoláievich Samoshkin, acusados de dirigir las operaciones de Cherepanov.

Según publicó el diario Politico, el hombre que se le acercó en Madrid era un agente británico del MI6 que le estaba animando a convertirse en agente doble al servicio del Reino Unido. Pero Cherepanov lo que hizo fue huir y volver a Moscú. Probablemente le había delatado Alexander Poteyev, el mismo que entregó a Estados Unidos los nombres del grupo de «ilegales» de Anna Chapman.

—Volveremos a vernos —le dijo a Henry el hombre misterioso de Madrid. Pero eso nunca ocurrió.

Para entonces, Rusia había enviado a España a otro espía, en este caso de la inteligencia militar, el GRU. Su nombre, Serguéi Skripal. En aquel momento, año 1993, Skripal estaba a punto de ser un agente doble que trabajaba para el MI6 británico. Skripal y Cherepanov se conocieron en la capital española. Al contrario que Cherepanov, Skripal sí se dejó convencer. Empezó a trabajar para Occidente después de entrar en contacto con un agente español, cuyo nombre en clave era Luis, que concertó para él una cita con los británicos. Antes de que terminara la década de los noventa, Skripal volvió a Moscú, desde donde continuó enviando información al MI 6 a cambio de dinero que ingresaba en un banco español. Su labor como espía doble empezó en España. Y su final también pudo estar relacionado con España.

En 2010, el agente del CNI Roberto Flórez García fue condenado por los tribunales españoles a doce años de cárcel por traición. Después fueron rebajados a nueve. Solo cumpliría cinco. Había ofrecido documentos secretos a Rusia a cambio de doscientos mil dólares. Su contacto en la embajada rusa en Madrid era Petr Yakovlevich Melnikov. Una investigación del diario londinense The Times asegura que en la lista de espías que Flórez dio a Melnikov figuraba el nombre de Serguéi Skripal, como agente doble al servicio del MI6. Skripal fue detenido en Moscú. En 2018, después de su envenenamiento en Salisbury, Flórez negó ser el delator. También el

Gobierno ruso negó todas las acusaciones sobre su responsabilidad en el ataque a Skripal con novichok, igual que ha negado desde 2006 su implicación en el asesinato de Litvinenko con polonio 210. Por supuesto, negó también la extradición de los supuestos implicados en el envenenamiento de Litvinenko y de los Skripal.

Diez meses después de su muerte, en septiembre de 2007, el acusado Andréi Lugovoi fue incluido en la lista electoral del Partido Liberal Democrático de Vladímir Zhirinovski. Conseguido el escaño, Lugovoi adquirió inmunidad parlamentaria, mientras su jefe de filas aseguraba que «los traidores deben ser eliminados utilizando cualquier método». El propio Lugovoi, aunque nunca admitió su relación con el crimen y acusó de la muerte de Litvinenko a los servicios británicos, sí dejó claro su criterio de que «si alguien causa daño al Estado ruso, debe ser exterminado». En marzo de 2015, Vladímir Putin concedió a Andréi Lugovoi una medalla de honor por «sus servicios a la Madre Patria», en recompensa por su «actividad parlamentaria».

Un viejo defensor de los derechos humanos y antiguo disidente soviético Serguéi Kovalev explicaba con melancolía que había hablado con muchos rusos que estaban convencidos de que determinados hechos habían sido obra del círculo de Putin y, aun así, votaban a Putin. O votaban a Putin precisamente por eso. Consiguió en marzo de 2018 una arrolladora victoria para su reelección.

—Su lógica [la de esos votantes] es simple —decía Kovalev—: consideran que los verdaderos gobernantes ejercen de tal forma el poder que pueden hacer cualquier cosa, incluso cometer crímenes.

Boris Berezovski lo descubrió demasiado tarde. Y nunca lo hubiera imaginado cuando aquel día de 1999 acudió presuroso a la localidad vasco-francesa de Biarritz por encargo de Boris Yeltsin a pedirle a Putin que aceptara ser el primer ministro. Para entonces, Putin no solo conocía la costa atlántica francesa. También, la costa mediterránea española.

6.
EL RASTRO DEL DINERO

Putin solo declara ser el propietario de dos apartamentos, una plaza de aparcamiento y un coche utilitario. Opinión muy distinta es la de Stanislav Belkovski. Este analista político ruso ha dedicado parte de su vida a investigar las capacidades económicas de Putin, más allá de los aproximadamente ciento veinte mil dólares anuales que le paga el Estado ruso por ser su presidente. Y más allá de los caros regalos que recibe, y que reconocen personas cercanas al presidente: relojes de marca, por ejemplo.

Según los cálculos de Belkovski, Putin posee y controla a través de personas interpuestas porcentajes importantes de empresas rusas de recursos naturales como Gazprom o Gunvor. Su estimación es que el presidente ruso dispondría de una fortuna personal cercana a los cuarenta mil millones de dólares. La CIA da credibilidad a esas cifras, aunque nadie podrá nunca poner sobre una mesa una pila de papeles oficiales firmados por Putin que demuestren nada de forma inequívoca.

—Eso es basura —responde el presidente ruso con su mejor gesto irónico cuando le preguntan por su riqueza personal.

Pero ni él ni sus colaboradores cercanos entran al detalle de las acusaciones. Por ejemplo, no hablan de Lirus Investment Holding, una firma con raíces en Luxemburgo en la que, según la oposición rusa, Putin extravía periódicamente cientos de millones de dólares. Parte de ese dinero procedería de comisiones que se habría concedido a sí mismo encargando, a unas empresas sí y a otras no, las obras de los Juegos Olímpicos de Invierno de Socchi en 2014. Y, quizá también, las del Mundial de fútbol de 2018.

Ese mismo gesto de sarcástico desprecio ilumina el rostro de Putin cuando se le dice que medios occidentales dan por cierto que posee una mansión de dimensiones palaciegas en Gelendzhik, sobre la costa del mar

Negro. Sus enemigos la han valorado en unos mil millones de dólares, lo que parece una cantidad demasiado sideral, incluso para las enormes dimensiones del edificio y las cerca de ochenta hectáreas de terreno que ocuparía. El generoso financiador de esa propiedad sería, según esas acusaciones, el oligarca Roman Abramovich, famoso dueño del Chelsea, el equipo de fútbol inglés. También se atribuye a Putin el disfrute de un ostentoso yate que oficialmente sería propiedad de una compañía offshore. Abramovich, preguntado por el programa Panorama de la BBC, calificó todos esos datos como «especulaciones y rumores» aunque sin entrar en desmentidos formales. Y desde las cercanías del presidente se trata de explicar a los crédulos que Putin no necesita poseer ese tipo de lujos, porque disfruta de lo que quiere gracias al cargo que ocupa.

Un representante de las autoridades americanas y el propio Belkovski dieron detalles sobre estas investigaciones en ese programa de la televisión británica, en el que se recordó un hecho bien conocido, y muy significativo: la primera propiedad sobre la que Putin fundó su supuesto imperio económico personal fue un apartamento en la localidad española de Torrevieja, sobre el Mediterráneo, en la costa alicantina.

Novaya Gazeta, el semanario de investigación moscovita, reveló en marzo de 2000 —siendo Putin presidente en funciones y a punto de ser elegido en las urnas por primera vez— que se habían desviado millones de dólares hacia España cuando Putin era el número dos del Ayuntamiento de San Petersburgo. La operación se realizó, según esta tesis, a través de una compañía llamada Twentieth Trust que compró en los noventa el edificio La Paloma, cerca de la playa de Torrevieja. Muchos rusos pudientes empezaron a disfrutar allí de sus periodos vacacionales. Y se han publicado informes detallados sobre la supuesta corrupción que funcionaba en San Petersburgo en aquellos años, cuando se firmaban contratos millonarios con países occidentales para el suministro de productos básicos para la población que, o llegaban con cuentagotas o, directamente, no llegaban. Pero el dinero, sí. Alrededor de esos contratos algunos acumularon grandes cantidades de dinero en sus cuentas bancarias particulares. Según quienes acusan, lo habrían hecho gracias a Putin y entregando al propio Putin una parte sustanciosa de los beneficios. La mayor parte de ese dinero sustraído habría

acabado en países suficientemente alejados de Rusia como para suponer que estaba a salvo.

En aquel tiempo, el vicealcalde Putin estaba rodeado de colaboradores que, años después, le seguirían en su ascenso meteórico a través de las estructuras del poder político en Moscú: Dmitri Medvédev, primer ministro y presidente de Rusia en diferentes etapas; Víctor Zubkov, ex primer ministro; Alexéi Miller, máximo responsable de la compañía de gas Gazprom; Víctor Ivanov, exagente del KGB en Leningrado y alto cargo federal; o Igor Sechin, jefe de la energética Rosneft, ex viceprimer ministro y gran ideólogo del putinismo. En los años noventa «trabajaban todos juntos en una pequeña oficina del Ayuntamiento de San Petersburgo», asegura un testigo presencial. El roce hace el cariño. Y, también, el interés.

Otros amigos han conseguido grandes beneficios económicos de su cercanía al hombre del Kremlin. Serguéi Rodulgin, su compañero de juventud, violoncelista de éxito y, según sus críticos, testaferro de Putin. Yuri Kovalchuk, conocido como el «banquero personal» del presidente, máximo responsable del Rossiya Bank. O los hermanos Arkady y Boris Rotenberg, copropietarios de SGM, compañía constructora de instalaciones de gas y plantas eléctricas. Todos ellos nacidos en San Petersburgo, salvo Rodulgin, que nació en la isla de Sajalin, aunque se crio en la ciudad del presidente. En la lista también está incluido el armenio Gennadi Timchenko que, como Rodulgin, es amigo del líder ruso y, como Rodulgin, pasa por ser el guardián de sus riquezas. Él lo niega. En Rusia todo se niega.

Ocupar el segundo despacho más importante en el Ayuntamiento de San Petersburgo permitió a Putin entrar en contacto con algunos de los oligarcas que florecieron con la corrupción que se enseñoreó en las repúblicas de la recién disuelta Unión Soviética. Uno de los más asiduos invitados a ese despacho era Boris Abramovich Berezovski, un moscovita doctorado en matemáticas, autor de libros sobre su especialidad académica, hasta ser elegido miembro de la Academia Rusa de las Ciencias. Una eminencia. Pero las matemáticas no dan dinero. O, no tanto como a él le gustaba. Los negocios son mucho más rentables. Especialmente, si se juega con ventaja.

Berezovski supo subirse desde primera hora a la ola de los cambios propuestos por Gorbachov en la segunda mitad de los años ochenta. Se metió en un extraño operativo de compra venta internacional de coches que, con aspectos claramente apartados del cumplimiento de la ley, empezaron a engordar sus beneficios. Y se puso del lado del ganador cuando encontró acogimiento político —y económico— a la vera de la estrella del momento, Boris Yeltsin, ante quien defendió la liberalización exprés y descontrolada de la economía rusa, a quien ayudó desde los medios de comunicación que poseía, y de quien se convirtió en consejero muy aventajado. Berezovski tomó participaciones importantes en empresas públicas durante la era de las privatizaciones: Aeroflot o Sibneft, son solo algunos ejemplos. Las puertas del Kremlin siempre estaban abiertas para Boris Abramovich —Berezovski— cuando allí mandaba Boris Nikoláievich —Yeltsin—. Y los brazos de Boris Abramovich —Berezovski— siempre estaban abiertos para Vladímir Vladímirovich —Putin—. También, sus mansiones.

ENTRE SOTOGRANDE Y BIARRITZ

Informes policiales y de los servicios secretos españoles y británicos detectaron la presencia discreta —y posiblemente ilegal, por no haber solicitado el correspondiente visado— de quien en los años 1998 y 1999 ya ocupaba cargos importantes en el núcleo del poder ruso: Putin estuvo en una mansión propiedad de Berezovski en la muy exclusiva zona de Sotogrande, en la provincia de Cádiz, allí donde solo disponen de residencia aquellos que son muy ricos o extraordinariamente ricos.

Agentes españoles mantenían bajo discreta vigilancia a mafiosos rusos con propiedades en esa misma urbanización de lujo, cuando a quien vieron en un chalet vecino fue a Putin.

—Hablaban unos rusos [Putin y Berezovski] con los otros [los mafiosos] a través de los jardines colindantes —contaron los agentes que realizaban la vigilancia.

El jefe mafioso instalado en Sotogrande podría proceder de San Petersburgo, según investigaciones de los servicios occidentales, publicadas en la época por varios medios españoles y británicos, además de por el Novaya Gazeta ruso.

Siguiendo el rastro, se supo que Putin había aterrizado en el aeropuerto de la colonia británica de Gibraltar procedente de Londres con documentación falsa. El MI5 y el MI6 británicos lo sabían, pero no informaron de ello a los servicios españoles. Y, desde Gibraltar, Putin entró en territorio español, aunque no a través de la frontera gibraltareña. Lo hizo navegando en un yate hasta la costa española, y acompañado por una cohorte de agentes de seguridad que tampoco comunicaron a la policía ni su ocupación ni que portaban armas, porque se suponía que no estaban allí. Esta operación se repitió hasta en cinco ocasiones, cuando Putin era secretario del Consejo de Seguridad de Rusia y máximo responsable del FSB, y en los meses inmediatamente anteriores a que fuera nombrado primer ministro. Incluso pudo haber algún viaje más cuando ya era primer ministro. La sospecha es que fue en ese chalet de Sotogrande donde se estaba preparando el asalto de Putin al poder, con la ayuda de Berezovski. Y Berezovski celebró ese ascenso al poder de su entonces compañero de viaje político —y confiaba también que económico— celebrando una gran fiesta en el Club de Playa Cucurucho, situado junto a la desembocadura del río Guadiaro, a pocos minutos en coche de los famosos hoyos del club de golf Valderrama donde el equipo europeo, capitaneado por Severiano Ballesteros, se había impuesto al de Estados Unidos, capitaneado por Tom Kite, en la Ryder Cup un par de años antes. Y estaba situado en el Club Marítimo de Sotogrande, con vistas al peñón de Gibraltar, al puerto deportivo y al Mediterráneo. Hubo fuegos artificiales y a nadie le faltó el alcohol en las cantidades que considerara oportunas. Incluso, desmedidas. El caviar más caro del mercado estaba disponible sin límite.

Solo hubo conocimiento público de aquellas visitas secretas meses después, cuando Putin ya era presidente de la Federación Rusa. Fue el 13 de junio de 2000. El diario español La Razón dio datos muy detallados sobre las estancias secretas de Putin en Sotogrande. No podía ser casual que, precisamente ese mismo día 13 de junio, Putin llegara a Madrid en su

primera visita oficial a España como presidente de la Federación Rusa. Y pudo ser casual, o no, que ese mismo 13 de junio fuera detenido en Moscú el empresario de la comunicación Vladímir Gusinski, uno de los apoyos más firmes que tuvo Boris Yeltsin, pero que cayó en desgracia con la llegada de Putin al poder. Gusinski era el propietario de la única cadena de televisión independiente en la Rusia de la época, la NTV, que se mostraba crítica con el nuevo presidente. El detenido acabó aquella noche en una celda de la temida prisión moscovita de Butyrka.

Tres días después, en medio de un palpable escándalo mundial por la detención, Gusinski quedó bajo arresto domiciliario. Antes de que terminara el mes de julio había vendido sus acciones en medios de comunicación. Tiempo después dijo que le habían obligado a hacerlo. Una vez firmados los documentos, se subió en un coche con el dirigente opositor Boris Nemtsov, y se dirigió al aeropuerto para abandonar Rusia. Nemtsov sería asesinado en Moscú en 2015. Gusinski fue detenido de nuevo en diciembre de 2000, pero esta vez en España. ¿Dónde? En una lujosa propiedad bañada por el cálido sol del sur y por el frescor marino del Mediterráneo: en Sotogrande, lugar bien conocido por Putin gracias a sus visitas secretas. Pero en abril de 2001 el Tribunal Supremo denegó la extradición a Rusia. Determinados delitos de los que se le acusaba no figuran en el Código Penal español.

Las visitas a Sotogrande habían permitido a Putin y Berezovski preparar el camino hacia la sucesión de Yeltsin. Aunque la cita clave estaba por producirse, y no en España, sino en el sur de Francia. En Biarritz.

Años después, en 2017, Liudmila Putina compró una mansión con fachada pretendidamente palaciega en esa bella localidad, frente al Atlántico. Para entonces, llevaba cuatro años alejada de Vladímir Putin. Se habían divorciado amistosamente en 2013. Lo anunciaron un cálido día de finales de primavera, después de asistir juntos a la representación del *ballet La Esmeralda*, en una sala del Kremlin. Salieron de la sala y se dirigieron hacia una cámara de televisión que les esperaba. Él iba trajeado. Ella, con un vestido negro con hombreras años ochenta, y algunos apuntes blancos, como el lazo que se deslizaba desde su cuello. Un collar y unos pendientes de perlas acompañaban a su cabello recortado y bien tintado.

Primero habló la dama:

—Esta es una decisión conjunta —dijo Liudmila, antes de deslizar un amable reproche por la desatención que sentía—: Vladímir Vladímirovich está absolutamente concentrado en su trabajo, nuestras hijas han crecido y tienen sus propias vidas. A mí no me gusta que mi actividad sea tan pública, y prácticamente no nos vemos.

Vladímir tomó entonces el control del relato:

—Liudmila Alexandrovna ha mencionado a nuestras hijas. Las queremos mucho y estamos muy orgullosos de ellas —dijo el presidente mientras Liudmila asentía—. Han crecido, tienen su propia vida y, por cierto, se han educado en Rusia y viven en Rusia —apuntó en lo que resultaba una evidente crítica encriptada a tantos oligarcas rusos que envían a sus hijos a estudiar a Occidente.

Patriotismo, incluso en momentos como este.

—Siempre estaremos muy unidos —añadió Putin cuando Liudmila le interrumpió para apuntillar que «tenemos muy buena relación, y estoy muy agradecida a Vladímir Vladímirovich por su permanente apoyo», en lo que más parecía una declaración diplomática de amistad en una cumbre internacional, que un mensaje de cariño entre dos personas que una vez se quisieron.

La periodista a la que se había encargado la misión de dar la exclusiva mundial estaba tan retraída ante la noticia, que se le escapó la timidez en una frase reveladora.

—Me da miedo utilizar la palabra «divorcio» —dijo con voz trémula.

Vladímir y Liudmila dejaron de mirar a la periodista para mirarse entre ellos, a la espera de que uno de los dos se animara a pronunciar esa palabra. Y parecía que era Liudmila la más decidida a hacerlo:

—Sí, es un divorcio civilizado —aseguró con sus ojos apuntando a los de su ya inminente exmarido.

El presidente de la Federación Rusa volvió entonces la cabeza hacia la periodista y sonrió con amabilidad. No dijo nada más. Solo se despidió. La palabra «divorcio» no la pronunció él. La pronunció ella.

Fue un divorcio discreto, si es que un presidente en ejercicio puede forzar la discreción ante una situación de este tipo. Mucho menos

discretamente, la ex del presidente unió tiempo después sus sentimientos y su vida a un supuesto millonario llamado Artur Ocheretni, dedicado a las relaciones públicas, por decirlo de algún modo. Artur estaba entonces muy bien conectado con el partido Rusia Unida, el apoyo político del presidente, y con la compañía Gazprom. Se movía dinero a su alrededor. No todo ese dinero es de origen conocido. Artur tiene veintiún años menos que Liudmila. Por su lado, en Rusia se especulaba con la posibilidad de que Vladímir tuviera una relación con Alina Kabaeva, una antigua campeona de gimnasia rítmica, treinta y un años más joven que el presidente. Rumores muy extendidos aseguran que tendrían uno o dos hijos en común. Pero nadie confirma ni la unión sentimental, ni los hijos porque, según Putin, «tengo una vida privada en la que no permito interferencias, y debe ser respetada». Y punto.

La mansión de Liudmila y Artur en Biarritz se topó con problemas legales que paralizaron las obras. Algún metódico funcionario francés dudó de la legalidad de las fuentes de financiación que derivaron en la adquisición de la vivienda. Si costaba en torno a cinco millones de euros, ¿de dónde salía el dinero? Ni él ni ella aportaban los justificantes necesarios sobre el origen de tal fortuna. Pero Liudmila mantenía su obsesión por instalar allí su hogar de vacaciones. Conocía bien Biarritz. Hay cosas que nunca se olvidan. ¡Qué recuerdos! ¿Verdad, Volodia?

BORIS VIENE A VERNOS

Dieciocho años atrás, en el verano de 1999, cuando Volodia —Putin— y Liudmila eran una joven pareja y conformaban una feliz familia con dos niñas pequeñas, decidieron disfrutar de sus vacaciones en un lugar tranquilo. Biarritz no está en la zona más soleada del mundo, pero es una hermosa ciudad entre los verdores del campo y el oleaje, a veces salvaje, del Atlántico. Allí, según el testimonio de quien lo vio, se habían instalado en un modesto apartamento alquilado. Y allí se apareció un día Boris Berezovski.

—Putin era mi protegido —le dijo Berezovski a la escritora y periodista norteamericana de origen ruso Masha Gessen. Se habían conocido en los primeros noventa, cuando Putin hacía y deshacía en el Ayuntamiento de San Petersburgo, y el entonces aspirante a oligarca quería hacer negocios en la ciudad.

—Fue el primer burócrata que no aceptaba sobornos. Me impresionó muchísimo —contó Berezovski, lo que matizaría la tesis de que Putin empezó en aquella época a hacerse millonario con dinero negro. Aunque Putin sí ayudó a Berezovski a hacer negocios en San Petersburgo.

Unos años después, cuando ya se veía cerca el año 2000 y, con él, el final de la convulsa etapa presidencial de Boris Yeltsin, Berezovski llamó a Putin para decirle que tenían que hablar de algo importante. Al llegar al apartamento de Biarritz, Berezovski se quedó impresionado con Putin por segunda vez. El oligarca estaba acostumbrado a derrochar millones en estancias lujosas, mientras que quien entonces ya era el máximo responsable del espionaje ruso parecía un veraneante de clase media baja.

—De acuerdo —cerró Putin la conversación con Berezovski, después de horas de discusión—. Pero que me lo diga el presidente.

Vladímir Vladímirovich Putin acababa de aceptar el cargo de primer ministro de la Federación Rusa con la única condición, por otro lado muy evidente, de que fuera Boris Yeltsin quien le hiciera el ofrecimiento formal.

Berezovski, en su afán por sentirse protagonista de lo que le corresponde y de lo que no, le contó a Masha Gessen que cuando Putin volvió a Moscú y se reunió con Yeltsin, el presidente le desconcertó al decir que «Putin me parece un buen tipo, pero es algo bajito». La frase, más allá de su escasa profundidad, revelaría algunas cosas. La menos importante: que a Yeltsin le seguía pareciendo políticamente relevante su propia e imponente estatura que, en su opinión, epataba a sus interlocutores. Y la más importante: Yeltsin parecía conocer poco a quien era el jefe de sus servicios secretos e inminente primer ministro. En ese momento de su ya decadente mandato, había gente a su alrededor que tomaba las decisiones por él.

La conversación de Biarritz se desarrolló en julio, dos meses después de que Serguéi Stepashin fuera nombrado primer ministro, y un mes antes de

que fuera destituido para situar en el puesto a Putin. El 8 de agosto de 1999, Yeltsin convocó a su despacho a Stepashin, a su viceprimer ministro Nikolái Aksenenko y al jefe del FSB Vladímir Putin.

—¿Qué se supone que yo podía decir allí? ¿Que «Serguéi, te van a despedir»? —explicó Putin cuando le preguntaron por aquel episodio.

«Serguéi era mi colega», porque había sido jefe de los servicios secretos, al igual que lo era Putin en ese momento.

—Fue muy desagradable.

Al terminar, solo se despidieron con cordialidad mecánica. Stepashin se consideraba víctima de un complot político. Había sido primer ministro durante apenas tres meses. Y, cuando se lo comunicaron, allí estaba sentado el jefe de los espías que, además, le iba a sustituir. Todo le parecía muy evidente.

A partir de ahí los acontecimientos se aceleraron, porque de inmediato Yeltsin dijo en televisión que el nuevo primer ministro Putin podría ser el futuro presidente. Y cuando preguntaron al interesado, respondió que «si lo dice el presidente, eso es lo que haré». Nadie podía tener mucha seguridad de que los planes se fueran a cumplir, teniendo en cuenta el caos permanente que se vivía en el Kremlin: Putin era el tercer primer ministro nombrado por Yeltsin en el último año y medio. Para aquellos que auguraban una corta vida política a Putin cometieron un error. Quien llegaba al Kremlin a mediados de 1999 sería nombrado presidente interino de Rusia el primer día de 2000, ganaría las elecciones presidenciales tres meses después, se mantendría en el cargo hasta 2008, cuando volvería a ser primer ministro —la Constitución impide tres mandatos presidenciales consecutivos—, antes de recuperar la presidencia en 2012, cambiar la Constitución para que los mandatos duren seis años, y conseguir una nueva victoria electoral en marzo de 2018 que le permitiría, si así lo deseaba, mantenerse en el poder hasta 2024, y quién sabe si más allá. Lo tenía todo en su mano.

BEREZOVSKI CAE EN DESGRACIA

En muy poco tiempo los planetas se habían alineado a su favor. Había llegado a la presidencia porque, quizá, quienes le auparon dieron por hecho que Putin sería manejable. Y, muy importante, porque se había comprometido a proteger el futuro de Yeltsin. De hecho, uno de los primeros decretos que firmó como presidente fue la inmunidad judicial de Boris Yeltsin.

Boris Abramovich Berezovski era un hombre equivocado. Erró al creerse más inteligente de lo que era. Erró al pensar que podía manejar toda Rusia desde las sombras. Erró al pretender que pondría y quitaría presidentes. Erró al dar por hecho que, si ponía a un presidente, ese presidente estaría a sus órdenes. Erró al entender que podía cambiar de esposa sucesivamente sin que eso le costara una fortuna. Erró al pensar que dañaría a Putin ganando en Londres un juicio que terminó por perder contra Roman Abramovich, el hombre de Putin en el Reino Unido. Sí, Berezovski era un hombre equivocado.

Pero no lo parecía cuando asistió a la toma de posesión de su protegido Putin en mayo de 2000, contemplando en un horizonte imaginario las riquezas que podría amasar recibiendo favores ventajosos desde el Kremlin. Pronto tropezó con una realidad que siempre se produce en política, sea en Rusia, en Europa, en América, en Asia o en Groenlandia: quien ocupa el despacho con mayor poder termina por sentirse poderoso e imponer ese poder a los demás. El hijo siempre mata —políticamente— al padre. Es ley de vida. Y de muerte.

El primer desencuentro entre Putin y Berezovski se produjo cuando el presidente decidió establecer un mayor control sobre los gobernadores de las regiones que conforman la federación. Los ataría en corto. No se fiaba de ellos. Ahí empezaron las críticas a Putin en los medios de comunicación de Berezovski. Y continuaron, con más intensidad, con el desastre del Kursk.

A media mañana del 12 de agosto de 2000, tres meses después de la toma de posesión de Putin, los centros sismológicos de varios lugares del

mundo detectaron un temblor de magnitud 1,5 en la escala Richter. El epicentro estaba en medio del mar de Barents, en el Ártico, no lejos de las costas de Noruega. Sin embargo, todo empeoró apenas ciento treinta y cinco segundos después, cuando los detectores registraron un segundo temblor de 4,2. Aquel episodio parecía ser mucho más serio. Y lo era. La explosión que alteró la línea plana de los sismógrafos se había producido dentro de un enorme submarino nuclear ruso que participaba en unas maniobras militares. El Kursk había estallado, se hundía hacia el fondo del mar, y dentro había ciento dieciocho marineros.

Las explosiones provocaron la muerte inmediata de casi toda la tripulación. Pero sobrevivieron veintitrés muchachos que encontraron refugio en una zona del submarino que había soportado el impacto de los incidentes previos. Eran optimistas. Querían serlo. Disponían de víveres, agua y oxígeno para unos días, tiempo que consideraban más que suficiente para que alguno de los barcos que participaba en las maniobras realizase una operación de rescate y les sacase de allí. Pero la reacción del mando ruso fue lenta y, como consecuencia, letal. Tardaron nueve horas en empezar a moverse. Era el resultado de un estamento militar atolondrado, heredado del régimen soviético, sobrepasado por los cambios políticos, y semiarruinado por la escasez económica que apenas permitía sostener el coste que suponía el mantenimiento de aquellos navíos.

Imaginar lo que sufrieron esos veintitrés héroes solo puede provocar terror: estaban a oscuras en el fondo del mar, esperando y esperando y esperando, horas y horas y horas. Cada cierto tiempo daban golpes en las paredes del submarino, en la confianza vana de que sus compañeros de armas acudieran pronto al rescate. La ineptitud de los responsables de la operación tuvo efectos catastróficos. Y las decisiones adoptadas desde el poder político no fueron mejores. Putin estaba de vacaciones en el sur, en la costa del mar Negro, mientras sus marineros morían lentamente en aguas del norte. Y cuando Noruega, Estados Unidos y el Reino Unido ofrecieron sus modernos equipos de rescate submarino, el mal entendido orgullo patriótico ruso mezclado con el prurito de no regalar información de inteligencia al enemigo, impidió que fuera aceptada. Solo al décimo día de angustiosa espera se accedió a que los noruegos bajasen hasta los fondos

marinos. En poco tiempo lograron entrar en la nave. Para cuando lo hicieron, los veintitrés supervivientes de las dos explosiones ya habían muerto. Mejor no imaginar cómo. Cuando el oxígeno ya casi no permitía respirar, los muchachos dejaron algún papel escrito a ciegas, sin luz, dirigido a sus seres queridos. Se despedían ante la evidencia de su muerte inmediata.

Las familias de las víctimas entraron en cólera ante la ineficacia criminal que había acabado con la vida de sus hijos, hermanos, novios o esposos. Putin asumió la responsabilidad que le correspondía y aceptó una reunión que, sin duda, iba a ser muy difícil. Lo fue. Le reprocharon que no hubiese aceptado antes la ayuda extranjera. Hubo gritos y acusaciones, y el presidente también respondió, a veces, con gritos y acusaciones. Todo era un desastre. Era la primera vez que Putin se había enfrentado cara a cara y a pecho descubierto a un grupo amplio de personas indignadas. En adelante se lo pensaría mucho antes de repetir una experiencia similar. De hecho, nunca más hubo una experiencia similar.

No había pasado ni un mes desde la tragedia, cuando el presidente concedió una entrevista al entonces famoso entrevistador de la CNN Larry King, el periodista que siempre aparecía en televisión vestido con unos tirantes. En un ejemplo desconcertante de falta de empatía con el sufrimiento de tanta gente, cuando King le preguntó «qué ocurrió con el submarino», Putin puso una sonrisa condescendiente, casi de perdonavidas, y se limitó a responder «se hundió». Se hundió. Sin más. El informe oficial sobre lo que ocurrió en el Kursk está archivado a buen recaudo con el sello de alto secreto. La ley establece que no se puede hacer público al menos hasta 2030.

El canal de televisión de Berezovski, el más visto de la época, decidió emitir una serie de reportajes en los que quedaba de manifiesto la cadena de errores cometidos por las autoridades políticas y militares en la gestión del desastre del Kursk. Los errores y, aún peor, las mentiras. Se acusaba al propio Putin de haber ocultado la verdad a las familias de las víctimas y al país. El presidente consideró que aquello tenía que terminar. Nadie podía desafiar su poder, ni en el ámbito político, ni desde el mundo de los negocios controlados por los oligarcas, ni desde los medios de

comunicación. Y quiso obligar a Berezovski a vender su cadena. Berezovski se negó. Ese día terminó la joint venture político-económica que ambos habían desarrollado en los últimos años. Y quien perdía era el oligarca, que tuvo que salir precipitadamente de su país, que perdió por la fuerza su control sobre el canal de televisión, y que se vio perseguido por los tribunales. El hombre que creía haber puesto a un presidente había sido devorado por ese mismo presidente. Y ese presidente empezaba a acumular todo el poder disponible. Con el paso del tiempo, nada quedaría fuera de su control. Control. Esa era la palabra.

Ya instalado en Londres, Berezovski utilizó el mucho dinero que había amasado gracias, sobre todo, a la corrupción desenfrenada que se desató en Rusia en los años posteriores a la caída del comunismo. En el Reino Unido se rodeó de otros exiliados rusos enemigos de Putin. Entre ellos, el exespía del KGB Alexander Litvinenko. Juntos conspiraron contra Putin en la distancia. Sin éxito. Litvinenko fue envenenado en 2006. Siete años después, en marzo de 2013, Berezovski apareció muerto en el baño de su hermosa residencia en Sunninghill, a una hora de Londres, apenas a unos minutos del castillo de Windsor, y muy cerca del famoso hipódromo de Ascot, donde cada mes de junio se celebra la famosa carrera de caballos en la que la principal diversión consiste en ver cuál de las damas de la alta sociedad británica pone sobre su cabeza el tocado más extravagante.

Berezovski tenía un nudo en el cuello. Murió por estrangulamiento. La versión oficial es que se suicidó colgándose él mismo, debido a una fuerte depresión después de haber perdido su batalla contra Abramovich en los tribunales. Se estaba arruinando de forma acelerada. Necesitaba vender casi todo lo que poseía para pagar sus inabarcables deudas. El intento de debilitar a Putin había fracasado. Sus sucesivos matrimonios habían terminado de forma desastrosa y onerosísima.

En una de esas inexplicables casualidades que tanto proliferan en Rusia, y en torno a Rusia, el mismo día en el que un guardaespaldas encontró el cuerpo sin vida de su jefe encerrado en un baño, la versión rusa de la revista Forbes publicaba una entrevista con Berezovski que llevaba por título una significativa frase del oligarca caído en desgracia: «No le veo sentido a la

vida». La entrevista se había realizado un día antes de su supuesto suicidio. El magnate aseguró que deseaba volver a su país, que nunca debió abandonarlo, que había reflexionado y que ahora entendía por qué las cosas eran como eran, que había sobrevalorado la democracia de estilo occidental, que ya no se quería inmiscuir en las cuestiones políticas, y que «no sé qué hacer ahora, a mis sesenta y siete años». No sabía qué hacer. El contenido de esa entrevista parecía bien coordinado con el relato difundido después por el Kremlin, según el cual Berezovski habría enviado una carta al presidente Putin pidiéndole «perdón por mis equivocaciones» y solicitando permiso para volver a Rusia.

Otra teoría, de las varias que circularon y aún circulan, extiende la sospecha de que Berezovski pretendía reconciliarse con Putin dándole información sobre un posible intento de golpe de Estado para derrocarle, que estaría siendo organizado por algunos oligarcas rusos con la ayuda de países occidentales. Y que esos países occidentales, o esos oligarcas rusos, o todos juntos, decidieron eliminar a Berezovski antes de que hiciera llegar al Kremlin los datos sobre ese complot. Y otra teoría conspirativa relata el conocido como caso Project Moscow, un negocio que resultaría ruinoso en el que habrían estado involucrados varios ciudadanos británicos, con Berezovski como coordinador, y elementos de la mafia rusa.

Diríase que una maldición decidió volcar todos sus esfuerzos sobre esos hombres porque, cuando el proyecto se hundió y las deudas multimillonarias afloraron, la mafia rusa habría querido recuperar su dinero. Se ignora si tuvo éxito en ese empeño. Pero sí se sabe que uno de los supuestos involucrados, Paul Castle, cayó debajo de un convoy del metro londinense en la estación de Bond Street. Era 2010. La versión oficial es que se suicidó. Se sabe que en 2012 otro miembro del grupo, Robert Curtis, fue atropellado por otro tren del metro, al noroeste de Londres. Se sabe que en marzo de 2013 murió Boris Berezovski del modo ya relatado. Se sabe que en noviembre de 2014 un amigo de algunos de los miembros del grupo —y quizá socio del proyecto, aunque no es seguro—, John Elichaoff, murió al caer desde el techo del centro comercial Whiteley's, en Bayswater, al oeste de Londres. Y se sabe que un mes después, en diciembre de 2014, el empresario Scot Young, amigo y/o colaborador de todos los anteriores,

envuelto en un conflictivo y carísimo divorcio, y supuestamente arruinado por el Project Moscow, cayó desde un cuarto piso en el centro de Londres. Los médicos dicen que la separación y su ruina económica habían hecho aflorar un desorden bipolar que había permanecido oculto e inactivo hasta entonces. Dos años antes de su muerte, emisarios de la mafia rusa poco dados al diálogo civilizado entraron en la habitación de un hotel, agarraron a Young, lo sacaron a través de la ventana, y le mantuvieron durante unos segundos colgado en el vacío y comprobando con pavor lo lejos que estaba el suelo, mientras le explicaban lo conveniente que sería que devolviera el dinero que les debía para asegurar su propia existencia. Nadie ha podido demostrar que haya una mano negra detrás de esta sucesión de desgracias.

Unas tesis y otras alimentan, todavía años después, las dudas sobre las verdaderas causas de la muerte de Berezovski. Dudas, por ejemplo, sobre las marcas en su cuello que, según algunas fuentes médicas, no serían propias de un suicidio, sino de un estrangulamiento realizado por otra persona. Un forense alemán llamado Bernd Brinkmann estudió el caso por petición de la familia del finado. Su conclusión fue que Berezovski pudo ser asesinado por varios individuos que, después de muerto, le colgaron de la barra de la ducha para simular un suicidio. La policía estableció que se trataba de una muerte «sin explicación», lo que obligaba a una investigación más exhaustiva.

Y esa misma categoría —«sin explicación»— fue utilizada por la policía cinco años después, en marzo de 2018, para la muerte en Londres de Nikolái Glushkov, otro millonario ruso que apareció estrangulado en su casa, apenas una semana después de que el exespía Serguéi Skripal y su hija fueran envenados en Salisbury. Glushkov estaba acusado en Rusia de robar dinero de varias compañías privatizadas. En 2013 había declarado en los medios su convencimiento de que «Boris —Berezovski— ha sido asesinado. Le han estrangulado. No ha sido un suicidio. Ya ha habido muchas muertes —de exiliados rusos—. Y solo quedo yo». Berezovski había colaborado con Badri Patarkatsishvili y con Nikolái Glushkov. Glushkov fue detenido en Moscú cuando Berezovski huyó a Londres. Después también él pudo huir. Los tres se hicieron en Londres una foto sonrientes y con gesto de camaradería. Los tres están muertos. La policía

británica terminó por confirmar que Glushkov había sido asesinado. Y el diario The Guardian publicó que en noviembre de 2013, después de culpar al Kremlin de la muerte de Berezovski, Glushkov había sobrevivido a un intento de envenenamiento perpetrado por dos individuos, rusos, que le invitaron a una copa de champán en el Grand Hotel de la ciudad de Bristol.

Desde Moscú, esta sucesión de acontecimientos se observaba con la obvia distancia kilométrica existente entre la capital rusa y el Reino Unido, con la obvia distancia emocional de no sentir una mínima preocupación, y con la obvia distancia política de quien se sabe poderoso e intocable. Si fuera cierta la tesis de que Berezovski llegó en sus últimos días a arrepentirse por haber desafiado a Putin, el magnate habría tenido tiempo para añorar aquellos tiempos ya pasados, de finales de los años noventa, en los que se paseaba con toda naturalidad por los despachos del poder moscovita.

EL CLAN DE SAN PETERSBURGO

Y Vladímir Putin, en 1998, llenó algunos de esos despachos, los del FSB, con sus amigos de San Petersburgo, que eran los mismos que le habían ayudado a instalarse en cargos públicos de relevancia en Moscú cuando terminó su época de poder político en el Ayuntamiento de su ciudad. El grupo se iba moviendo de un lado a otro, ocupando posiciones. Putin había trabajado a la sombra del alcalde Anatoli Sobchak, un populista que ascendió sumándose a la perestroika de Gorbachov y a las reformas de Yeltsin, aunque sus críticos aseguran que tanto él como Putin pasaron las horas que duró el golpe de Estado de agosto de 1991 escondidos en un búnker, a la espera de unirse con entusiasmo a quien resultara ganador.

Consiguió la alcaldía en las urnas y eligió a su lado a Putin, un exagente del KGB, en una decisión que resultó incomprensible para quienes llevaban años jugándose la vida por la democracia contra el régimen soviético. Allí, Putin aprendió lo que era ganar elecciones, y también perderlas. Y lo de perder no le gustó. La democracia es buena si ganas. Y si no ganas,

entonces hay que cambiar las normas para ganar. O bien, se incumplen las normas para ganar. Llegó a la conclusión de que el control de los procedimientos desde las instituciones era algo que el sistema soviético había establecido correctamente. Otras cosas no habían funcionado en la URSS, pero el control, sí. Había que recuperarlo. Y lo haría en cuanto alcanzara el despacho del Kremlin.

Con el paso de los años, Sobchak acabó en los tribunales por varios casos de corrupción, que le llevaron a instalarse en París. Era precavido. Putin le ayudó en aquellos momentos difíciles, facilitándole su salida de Rusia para recibir atención médica en el extranjero por una supuesta enfermedad de la que se recuperó de forma sorprendentemente fulgurante. En febrero de 2000, el ya entonces presidente interino Putin le llamó por sorpresa a Moscú. Le pidió que viajase a Kaliningrado, para hacer campaña a su favor para las elecciones que se celebrarían un mes después. Sobchak acudió con entusiasmo a la llamada, porque suponía recuperar su antigua condición de dirigente político y le situaba en la parrilla de salida para, quizá, ocupar algún cargo relevante en Rusia cuando Putin ya fuera presidente electo en marzo. Tres días después murió de un ataque al corazón.

Como tantas otras veces en Rusia, empezaron a circular versiones distintas de la oficial. Por ejemplo, que la muerte pudo deberse a un envenenamiento premeditado, lo que adquiría cierta verosimilitud al haber enfermado a la vez sus dos guardaespaldas, según algunas investigaciones independientes publicadas en la época. La esposa de Sobchak encargó su propia autopsia, pero nunca quiso revelar el resultado. De hecho, según su propio testimonio ante la BBC británica, el documento estaría en un lugar seguro fuera del país. En el funeral, la viuda lloró sobre el hombro de Putin, y Putin lloró con ella. Si Sobchak fue asesinado, nunca se supo quién lo hizo o lo ordenó. En 2018, Ksenia, hija de Anatoli Sobchak, se presentó a las elecciones presidenciales como candidata de la oposición. Tuvo más éxito como presentadora de televisión. En las urnas no llegó a conseguir ni el dos por ciento de los apoyos. Ksenia conocía a Putin desde pequeña, cuando el entonces principal colaborador de su padre llevaba poco tiempo de vuelta en San Petersburgo. Unos años antes, el joven agente Platov —ese

era su nombre en clave en el KGB— había sido destinado a la ciudad alemana oriental de Dresde.

MOSCÚ ESTÁ EN SILENCIO

No hay mejor gesto improvisado que aquel que se prepara concienzudamente. La añoranza de la grandeza soviética pasada nunca desaparece en Rusia. Y nunca se ha difuminado en la mente y el corazón de Vladímir Putin. Lazar Matveyev cumplía noventa años, y el presidente estaría ahí para darle su merecido homenaje. Noventa años, una larga vida al servicio de espionaje soviético.

Para la ocasión, Matveyev buscó en el armario su corbata roja con rayas. Aún la conservaba. Resaltaba sobre la blanquísima y cuidadosamente planchada camisa, a cuyos puños les había dado dos vueltas para restarle algo de formalidad a una cita entre viejos amigos. No se iba a poner la americana. Y no tanto por el nombre de la prenda, quizá inapropiado para la ocasión y el lugar —Moscú, capital de Rusia—, sino porque quien le iba a sorprender en aquella celebración escenificada tampoco la llevaría.

El gesto improvisado, y muy preparado, consistía en que las cámaras de la televisión, oportunamente advertidas, ya estuvieran frente a una puerta gris, metálica, y de doble hoja antes de que el presidente de la Federación Rusa llamara al timbre. La puerta se abrió, y el viejo y amable Lazar hizo como que se sorprendía. Se llevó las manos a la cabeza, maravillado por lo que veía, y abrazó a Vladímir. Le besó en la mejilla y palmeó su espalda como si tuviese pegado al cuerpo a su propio hijo, y no a quien había sido su subordinado. Putin le devolvió el cariño con un beso a cada lado de la cara, mientras el anciano exjefe del KGB en la ciudad germano oriental de Dresde emitía atiplados sonidos de agradecimiento.

Putin entró en el modesto hogar de Matveyev atravesando un frío pasillo ornamentado con un contador de la electricidad, una bicicleta y una muleta apoyada en la pared. Para la ocasión, el presidente había elegido vestir una chaquetilla de lana con cremallera y una corbata en tonos rojos y

con lunares negros. Llevaba para regalar una pequeña caja con un escudo de armas, y un ejemplar del diario Pravda fechado en 1927, el año en el que nació Matveyev. Lazar se había ocupado de que la mesa del pequeño salón dispusiese de algunas frutas y bebidas, y los presentes brindaron por los viejos tiempos: sus viejos tiempos como espías al servicio de la Unión de Repúblicas Socialistas Soviéticas, en la República Democrática de Alemania.

No era Dresde el destino soñado por el joven agente del KGB Vladímir Vladímirovich Putin. Pero no tenía opción. Las órdenes no se discuten. Llevaba años aburrido de recortar periódicos y hacer informes para la jefatura en Leningrado, y soñando con ser enviado al extranjero. Quería ir a Occidente, a la República Federal de Alemania. Espiar detrás de las líneas enemigas era una opción excitante. Podría así emular a su padre, que durante la Segunda Guerra Mundial había formado parte de un comando del Ejército Rojo lanzado sobre el territorio ocupado por las fuerzas alemanas, para realizar ataques contra soldados e infraestructuras vitales para el avance de las fuerzas invasoras de Hitler. Esta es también la verdad oficial, que relata el heroísmo de padre del presidente, entregado a los nazis por residentes estonios, y cuyo destino era ser eliminado. De hecho, según esta versión de los hechos, solo sobrevivieron cuatro de los veintiocho miembros de aquel pelotón ruso. Uno de los cuatro era el padre de Putin. Ahora, cuatro décadas después, en 1985, un joven agente del KGB, ya casado con Liudmila, tendría como objetivo profesional combatir a las fuerzas occidentales en la Alemania comunista, de la mano de Lazar Matveyev. El trabajo terminaría de forma abrupta e inesperada cuatro años más tarde, cuando Putin llegó a temer por su vida.

A Vladímir y Liudmila les habían asignado un apartamento en un edificio que, como casi toda la arquitectura comunista, carecía de cualquier ínfula estética. Se trataba de un enorme bloque pintado de amarillo, con alguna franja azul, a unos cinco minutos a pie de la oficina. Todos los vecinos eran agentes del KGB o de la Stasi, el temido servicio de seguridad e inteligencia de la RDA. Era una vivienda sin excesos, pero bastante mejor que la que habían dejado en Leningrado. En la RDA disfrutaban de algunos

electrodomésticos que no tenían en Rusia y de un sueldo más alto. Pero el trabajo era aburrido.

No era lo que Putin había soñado cuando, a finales de los años sesenta, siendo poco más que un niño, vio una serie titulada El escudo y la espada, en la que se mostraba el heroísmo de los agentes de inteligencia soviéticos. El relato oficial cuenta que un adolescente Vladímir se presentó un día, por su propia cuenta, en las oficinas del KGB en su Leningrado natal, y preguntó qué tenía que hacer para ingresar en la agencia. Las interpretaciones difieren sobre si el funcionario que le atendió se quiso quitar de encima a aquel muchacho o, en realidad, tomó nota del interés por si fuese oportuno tener en cuenta su petición más adelante. Le dijo que debía formarse en la universidad, y que estudiar Derecho podía ser una buena opción. La leyenda asegura que el poco aplicado estudiante que había sido Putin antes de la universidad, se convirtió en alguien mucho más predispuesto al estudio cuando se puso como objetivo ser espía. Y que cuando el periodo universitario llegaba a su final, el KGB le fue a buscar y le encontró. Durante años, ocupó un poco emocionante puesto semiburocrático en Leningrado. Nada que se pareciera a las aventuras de espías de El escudo y la espada. Y en 1985, con treinta y tres años, acabó en aquel apartamento del bloque amarillo de Dresde. Fue allí donde analizaba las debilidades de Occidente, y trataba de encontrar grietas por las cuales crear problemas a la Alemania Federal. Pero también fue allí donde asistió al desmoronamiento del castillo de naipes en que se había convertido el sistema comunista en la Europa del Este.

El 18 de octubre de 1989, el líder de la RDA Erich Honecker era destituido por el politburó del Partido Comunista. Su lugar como secretario general del Comité Central lo ocupó Egon Krenz. Tanto él como otros dirigentes del partido llevaban tiempo esperando que la biología resolviera el problema sucesorio. Pero el enfermo Honecker se resistía a morir. Krenz prometió reformas a un país que ya había sobrepasado, con mucho, cualquier promesa que sus líderes pudieran hacer. En esos días, miles de alemanes orientales, muchos de ellos procedentes de Dresde, viajaron —huyeron— a Checoslovaquia. Solo podían salir de la RDA si era para ir a otro país comunista. Allí, en Praga, se encerraron en la embajada de la

República Federal de Alemania. Querían ir a Occidente. Y el Gobierno comunista checo se lo permitió.

Se organizó un viaje en tren desde Praga, pasando por Dresde, hasta Berlín Occidental. Los vagones habían sido sellados, para que nadie más pudiera entrar en su recorrido por Alemania Oriental. Pero cuando el tren llegó a Dresde, una multitud se enfrentó a los cordones policiales que vigilaban el convoy. Hasta las unidades militares soviéticas destinadas en la ciudad estaban a la espera de una orden de Moscú para intervenir contra la gente, si era necesario. Pero no llegó ninguna orden desde el Kremlin. Gorbachov observaba los acontecimientos y dejaba que pasaran.

El 6 de noviembre, ante la evidencia de que miles de alemanes orientales huían hacia Checoslovaquia y Hungría para después pasar a Austria y desde allí a la RFA, el Gobierno de Egon Krenz anunció una liberalización en los permisos de viaje. Intentaba relajar la presión. Pero ya era tarde para medidas cosméticas. El 7 de noviembre se ampliaron los permisos de viaje. Y el 9 de noviembre de 1989 se hizo historia.

El jefe del Partido Comunista en Berlín Oriental, Günter Schabowski, dio una rueda de prensa con presencia de periodistas occidentales. Uno de ellos preguntó cuándo entraría en vigor la nueva regulación liberalizadora. Y, sin saber muy bien qué responder, dijo que «hasta donde yo sé, de inmediato». Aquella frase fue emitida por las cadenas de televisión de Berlín Occidental, que podían verse sin mucho problema en la zona oriental. Y, efectivamente, de inmediato una masa humana se congregó junto a la frontera para cruzar al otro lado. Los soldados no sabían qué hacer, porque no recibieron la orden de enfrentarse a la multitud. Y la multitud terminó por sortear las alambradas, abrir las puertas y derribar el Muro de Berlín a martillazos.

Aquella noche, miles de alemanes orientales pasearon por la famosa Kurfürstendamm de Berlín Oeste —conocida por cuestiones de economía verbal como Ku'Damm—. Las autoridades occidentales aceptaron cambiar moneda oriental por marcos occidentales casi de regalo, para que sus compatriotas del Este pudieran comprar algo y llevárselo de vuelta a casa. Algunos nunca volvieron, por si acaso. Con buen sentido comercial, la marca de tabaco West les regaló cajetillas de cigarrillos metidas en bolsas

con el logo de la compañía, y un lema publicitario bien visible y extraordinariamente oportuno para la ocasión: *Let's go West!* —¡Vamos a Occidente!—. Egon Krenz dimitió el 6 de diciembre. En 1997 fue condenado a seis años y medio de prisión, de los que cumplió cuatro.

El 5 de diciembre de 1989, un día antes de la dimisión de Krenz y veinticinco después de la caída del Muro, un grupo de personas asaltó el cuartel de la Stasi en Dresde. La RDA había entrado en situación de caos. Y los primeros en sufrir las consecuencias iban a ser los temidos y odiados agentes de la policía política. Desde allí, parte de los asaltantes decidió terminar su trabajo. Y eso significaba asaltar también las oficinas que el KGB tenía en la ciudad.

El cuartel general del servicio secreto soviético en Dresde estaba en un chalet de dos plantas, con una fachada pintada en color pastel y un jardín, en el número 4 de la calle Angelika, en un barrio que hoy es una agradable zona residencial con casas bien cuidadas y muchos árboles. Ese edificio es ahora la sede de un centro dedicado a la memoria y la obra del filósofo austriaco Rudolf Steiner, y su «antroposofía». Pero en 1989, allí había un amplio archivo con datos sobre las actividades del KGB, con el nombre de las personas que habían sido investigadas por los espías soviéticos y, aún más importante, con el nombre de los espías soviéticos en Alemania Oriental y Occidental.

El agente que estaba de vigilancia en la puerta vio que se acercaba una masa de gente y huyó. No había con qué enfrentarse a aquello. Putin se quedó. Años después contó su versión de lo ocurrido. Salió al jardín con una pistola en la mano y se acercó a los manifestantes.

—No se les ocurra entrar aquí. Mis compañeros están dentro y tienen autorización para disparar si hay una emergencia —les dijo Putin en alemán.

Dentro no había nadie. Estaba solo.

—¿Y tú quién eres? —le preguntaron.

—Soy un traductor —respondió.

Después de unos momentos de enorme tensión, y temiendo por su vida, Putin vio cómo los manifestantes se alejaban.

—Eran una amenaza real, muy agresivos —aseguró al explicar que cuando volvió al interior del edificio descolgó el teléfono para llamar a los responsables militares soviéticos en Dresde y pedir ayuda.

—No podemos hacer nada sin órdenes de Moscú. Si Moscú lo ordena, sacaremos los tanques. Pero Moscú está en silencio —le respondieron.

Moscú estaba en silencio. Gorbachov dejaba hacer. Que pasara lo que tuviera que pasar.

—Entonces tuve la sensación de que mi país ya no existía. Que había desaparecido, y tenía una enfermedad terminal sin cura posible. Había una parálisis de poder —dijo Putin.

Con el paso del tiempo, Putin concluiría que la desaparición de la Unión Soviética fue «la mayor catástrofe geopolítica del siglo XX». Cuando llegó al Kremlin en el año 2000, el joven presidente sabía que no iba a poder reconstruir lo ya destruido. La URSS no volvería a existir. Pero Rusia sí podía ser grande otra vez —Donald Trump no fue el inventor del lema, solo se limitó a aplicarlo a Estados Unidos—. Ese era el objetivo de Putin: que el mundo reconociera la grandeza de Rusia. Era la educación que había recibido en el KGB, donde los agentes son instruidos en el derzhavniki y el gosudarstvennik, conceptos referidos al esplendor de su país, a su poderío.

Pero en 1989, en aquel edificio del KGB en Dresde, el agente Platov —nombre en clave de Putin— dedicó las horas siguientes a quemar en una estufa todos los papeles que pudo. La estufa estalló.

Dos semanas después, el canciller de la Alemania Federal Helmut Kohl cruzaba la frontera y se presentaba en Dresde para ofrecer un discurso ante miles de personas frente a las ruinas de la Frauenkirche, la iglesia luterana de Nuestra Señora, destruida por el fuego en los terribles bombardeos que sufrió la ciudad en 1945, cuando los aviones aliados liquidaban los restos del imperio hitleriano. Aquel 19 de diciembre de 1989, mes y medio después de la caída del Muro y catorce días después del episodio de Putin en el edificio del KGB, el canciller Kohl daba por terminado el régimen comunista y se lanzaba a pasar a la historia como el reunificador de Alemania.

—Somos un solo pueblo —gritaba la multitud.

Putin vio llorar a sus vecinos de piso que trabajaban para la Stasi, ante la evidencia de que su país, el supuesto paraíso comunista que habían construido y a cuya defensa habían dedicado sus vidas, se derrumbaba. Vio cómo el general de la Stasi Horst Böhm, con quien mantenía una estrecha relación profesional y personal, se suicidaba.

La experiencia en Dresde le había servido a Putin para comprobar el pavor que le genera la posibilidad de sucumbir ante un levantamiento popular, el temor a que el Estado muestre debilidad, la necesidad de que la democracia sea sometida a un férreo control desde el poder, y de ejercer ese control empezando por los medios de comunicación. Y ahora, en los tiempos modernos, por el control de internet y las redes sociales. Putin no permitirá, si puede evitarlo, que las masas se levanten en Rusia a golpe de tuit, como lo hicieron en la plaza Maidan de Kiev en Ucrania, o en la Primavera árabe.

Dos meses después, en febrero de 1990, Vladímir y Liudmila hicieron las maletas. Los vecinos les regalaron una lavadora, y se la llevaron de vuelta a Leningrado. Atrás quedaba Dresde, donde Putin aprendió mucho y estableció contactos que le servirían años después. Varios de sus compañeros de entonces acabarían ocupando puestos relevantes. La lealtad es lo primero.

EL ROBO DE DOSCIENTOS TREINTA

MILLONES DE DÓLARES

Bill Browder ha contado su historia miles de veces. Y lo seguirá haciendo mientras pueda, porque considera que es la deuda que tiene con Serguéi Magnitski.

Browder tiene una característica que le distancia de su abuelo paterno. Bill no es comunista. Su abuelo Earl Browder fue famoso por su condición de líder del Partido Comunista de Estados Unidos. Sufrió prisión por actividades contrarias a la participación de su país en la Primera Guerra Mundial, asistió a la Internacional Comunista, aspiró a la presidencia de

Estados Unidos hasta en dos ocasiones —1936 y 1940—, fue acusado de espiar para la Unión Soviética, volvió a ser encarcelado en los años cuarenta, y acabó siendo expulsado del partido que lideró. Murió en 1973. Uno de sus tres hijos, Felix, fue un matemático muy laureado. Nació en Moscú en 1927, cuando su padre Earl estaba en la Unión Soviética colaborando con el régimen al que defendía. La vida de Felix no fue fácil cuando su familia regresó a Estados Unidos. Tener un padre comunista en los tiempos del mccarthismo resultaba poco ventajoso. Felix es el padre de Bill Browder. Ninguno de los dos heredó la pasión comunista de Earl. Pero Bill sí comparte con su abuelo el amor por Rusia, aunque con objetivos diferentes.

William Felix Browder nació en Chicago en 1964. En los primeros años noventa se especializó en inversiones en la Rusia posoviética, al servicio de Salomon Brothers, y trabajaba entre Londres y Moscú para una compañía con sede en Boston. En 1998 renunció a la ciudadanía estadounidense para asumir la británica. Para entonces, ya había creado la Hermitage Capital Management para invertir en Rusia, aprovechando la apertura económica iniciada por el presidente Yeltsin. Invirtió en compañías importantes, que le llevaron a tener un conocimiento detallado de cómo funcionaba el corrupto sistema económico que se había establecido en Rusia después de derrumbarse la URSS. Browder ganó mucho dinero durante una década en la que trabajó en un país diferente al que había conocido y admirado su abuelo Earl. Pero en 2006 se convirtió en un enemigo oficial del Kremlin.

El 17 de julio de 2017, ante una comisión del Congreso de los Estados Unidos, Bill Browder explicó cómo descubrió «que los oligarcas rusos robaban el dinero de los inversores, incluidos aquellos a los que yo asesoraba. Como consecuencia, decidí luchar contra esa corrupción endémica […]. Durante un tiempo, esa campaña para señalar y avergonzar —a los corruptos— funcionó muy bien y facilitó que disminuyera la corrupción […]. ¿Por qué? Porque en aquel momento el presidente Vladímir Putin y yo compartíamos los mismos enemigos. Cuando Putin fue elegido por primera vez en el año 2000 se dio cuenta de que los oligarcas se habían apropiado de buena parte del poder político de la presidencia. Le robaban el poder a él, mientras robaban el dinero a mis inversores. En

Rusia, el enemigo de tu enemigo es tu amigo. Y, aunque nunca había tenido contacto personal con Putin, el presidente intervino varias veces en mis batallas con los oligarcas y los reprimió. Eso cambió en julio de 2003, cuando Putin arrestó al mayor oligarca de Rusia y al más rico, Mijaíl Jodorkovski». Y al más temido por Putin, por su atractivo personal y, quizá, político. Jodorkovski fue el que mejor supo aprovechar su pertenencia a las juventudes del Partido Comunista para escalar posiciones durante la etapa de Gorbachov, hasta encontrar la fórmula mágica del éxito económico a través de la empresa petrolera Yukos, en las alocadas privatizaciones de los años noventa.

Después del desplome y troceamiento de la Unión Soviética, el débil presidente Boris Yeltsin había permitido que tipos jóvenes y avispados, buenos conocedores de los entresijos del Estado y de la economía, compraran a precios irrisorios muchas empresas públicas. Se convirtieron en multimillonarios. Cuando Putin asumió el poder sabía que esos nuevos ricos podían ser aliados o enemigos, y optó por llegar a un acuerdo con ellos. Reunió a veintiuno de los más reputados hombres de negocios rusos y les propuso un pacto de caballeros: el Estado no les llevaría ante la justicia a pesar de su nada legal forma de enriquecerse, siempre que ellos aceptaran pagar sus impuestos, cumplieran con la ley y, lo más importe, se mantuvieran bien alejados de la política. Podrían disfrutar de su dinero, siempre que dejaran a Putin disfrutar de su poder. Pero no todos cumplieron el pacto, según el criterio del presidente.

Tres años después, en febrero de 2003, Vladímir Putin convocó de nuevo a los oligarcas en el Kremlin. Esta vez lo hizo con mente de agitador político brillante: en el impresionante salón de Santa Catalina, con sus majestuosas columnas, y delante de las cámaras de televisión emitiendo en directo. Putin se hizo grabar bajando en solitario —como le gusta aparentar que hace las cosas— las hermosas escaleras del palacio construidas en mármol y vestidas con llamativas alfombras. Para entonces, el presidente ya se consideraba asentado en ese poder que reclamaba. Pero quería más. Lo quería todo. Mientras atacaba con brío los escalones, se abrochó el botón de la americana al tiempo que parecía mirar con extraordinaria seriedad al objetivo de la cámara que captaba el momento en directo para toda Rusia.

Sus invitados ya estaban en la sala. No se hace esperar al presidente. El presidente no espera por nadie. Hablaban en corrillos, intercambiaban datos, confidencias y sonrisas. La vida les había regalado el lujo que la generación de sus padres no tuvo bajo el yugo del régimen soviético, aunque la mayoría de sus compatriotas siguieran instalados en la pobreza. Si no habían sabido aprovechar las oportunidades, allá ellos.

Allí, entre los más ricos de Rusia, estaba el más rico de todos ellos: Mijaíl Jodorkovski, cuarenta años, antiguo dirigente del Komsomol —las juventudes del Partido Comunista soviético— y máximo responsable de la compañía petrolera Yukos. Ese día cometió un error fatal: quiso sobresalir por encima de los demás, y aprovechó las cámaras de televisión en directo para lanzar un duro mensaje que ponía en apuros a Putin. Aseguró ante toda Rusia que importantes miembros del Gobierno eran corruptos, y exigían el pago de grandes cantidades de dinero a las empresas.

Ocho meses después, el 25 de octubre, un grupo de agentes entró al asalto en un avión de la compañía Yukos estacionado en un aeropuerto de Siberia. Allí estaba Jodorkovski, que fue detenido a punta de pistola. Horas más tarde, la televisión rusa mostró al oligarca encerrado en una jaula, en presencia de un juez que le preguntaba su nombre y su nacionalidad, para que quedara constancia. Se le acusaba de fraude y evasión de impuestos. Pasados dos meses, el partido de Putin ganó las elecciones legislativas. Pasados cinco meses, el propio Putin ganó las presidenciales. En 2005, Jodorkovski fue declarado culpable. En 2013, la presión de Alemania hizo que el presidente ruso permitiera al preso salir en libertad y pedir amparo en Suiza. En 2015, las autoridades de Moscú volvieron a la carga, acusándole de nuevos delitos. En 2018, después de varios episodios de desertores rusos atacados o asesinados fuera de su país, Jodorkovski dijo que había optado por no aumentar su protección.

—Si me quieren matar, ninguna medida de seguridad podrá evitarlo.

Bill Browder explicó a los congresistas americanos en 2017 que, a partir de la detención de Jodorkovski en 2003, los oligarcas entraron en pánico ante la posibilidad de acabar igual, y pactaron con Putin que el presidente se convertiría en el primer oligarca de Rusia y «nunca más se tolerarían las actividades anticorrupción». Y Browder lo sufrió en primera persona.

Porque dos años después, el 13 de noviembre de 2005, fue detenido en el aeropuerto de Sheremetyevo, donde acababa de aterrizar. Le hicieron subir a otro avión y le expulsaron del país al ser declarado una amenaza para la seguridad nacional. Tiempo después, agentes del Ministerio del Interior ruso entraron en las oficinas de su compañía en Moscú y se lo llevaron todo. Ya desde Londres, Browder contrató al abogado Serguéi Magnitski, de treinta y cinco años, para frenar ante la justicia las actuaciones del Gobierno ruso en su contra. Con el paso de los meses, Browder supo que aquella había sido una decisión bienintencionada, pero con resultados dramáticos.

Las investigaciones de Magnitski alcanzaron una conclusión muy grave: el Ministerio del Interior había utilizado los documentos requisados en las oficinas de la compañía para cambiar el registro y traspasar la titularidad de las inversiones a Víctor Markélov, un personaje poco recomendable, condenado años antes por homicidio y colaborador de las cloacas policiales. Pero, según Browder, Markélov no sería el destinatario último de todo el dinero. Varios funcionarios se encargaron de utilizarle como hombre de paja para saquear doscientos treinta millones de dólares en impuestos pagados al Estado ruso por los inversores que trabajaban con Hermitage.

Bill Browder y Serguéi Magnitski tenían, aún por entonces, la ingenua confianza de que Putin actuaría para frenar el robo. Elaboraron nuevos informes, y el abogado llegó a comparecer para dar testimonio ante los responsables del Comité Estatal Ruso de Investigación, un equivalente al FBI en Estados Unidos.

—Pero, en vez de arrestar a quienes habían cometido el crimen, el detenido fue Serguéi —relató Browder ante el Congreso en Washington.

Le esposaron los mismos agentes ante los que había prestado declaración. Y lo hicieron en su casa, delante de su mujer y de sus dos hijos.

Fue encarcelado en la prisión de Butyrka. Nadie quiere ir a la cárcel. Pero quienes no tienen más remedio y van a estar en prisión en Rusia, rezan por ir a cualquier sitio menos a Butyrka. Magnitski enfermó por las condiciones de su confinamiento y recibió palizas, según denunciaron organizaciones de derechos humanos. Durante los interrogatorios le presionaban para que reconociera que había acusado falsamente a los agentes del Ministerio del Interior, para que dijera que era él quien se había

quedado con los doscientos treinta millones de dólares evaporados, y para que acusara a Browder de ser el cerebro de la operación. Pero Magnitski nunca aceptó.

Seis meses después de su encarcelamiento su estado de salud empeoró. Las autoridades de la prisión enviaron a Magnitski a otras instalaciones en las que sí había un mejor servicio médico. Pero allí le encerraron en una celda de aislamiento en la que, según el testimonio de Browder, le golpearon. «Aquella noche le encontraron muerto en el suelo de la celda».

Estaba a punto de expirar el plazo legal que rige en Rusia para que alguien permanezca en prisión sin haber sido sometido a juicio. El Gobierno ruso asegura que el deceso se debió a un ataque al corazón. Uno más. Era el 16 de noviembre de 2009. Tenía treinta y siete años.

—Si Serguéi no hubiera sido mi abogado ahora estaría vivo —dijo Browder.

EL VIOLONCHELISTA DE PUTIN Y

LOS PANAMA PAPERS

En 2010, Browder contó su historia a los senadores de Estados Unidos Benjamin Cardin y John McCain. Entre ambos hicieron una propuesta legislativa que pretendía congelar los bienes y prohibir los visados a aquellos que directa o indirectamente hubieran estado implicados en la muerte de Magnitski o en otras violaciones de los derechos humanos en Rusia. La nueva norma quebró durante años el intento de Barack Obama de poner el contador a cero en las relaciones con Rusia. La ley Magnitski fue aprobada en noviembre de 2012 por el Congreso de los Estados Unidos, con una mayoría aplastante de las dos cámaras. Obama la firmó y la convirtió en efectiva el 14 de diciembre.

Las autoridades rusas entraron en estado de cólera, porque esa ley suponía cortocircuitar el sistema que durante años había permitido a su clase dirigente esconder y proteger en Occidente las enormes sumas de dinero que conseguían «distraer» de las arcas públicas de su país. Buena

parte de los altos jerarcas del Kremlin y quienes les rodean en empresas públicas y privadas tienen a sus familias instaladas en Londres, o en París, o en Miami, o en Nueva York, o en Los Ángeles. Y también tienen su dinero en bancos de esos lugares y, por supuesto, en Suiza. Una vez que entrara en vigor la ley Magnitski su dinero quedaría congelado en las cuentas bancarias. Lo tendrían a su nombre, pero no podrían ni siquiera sacar una pequeña cantidad del cajero automático. Miles de millones de dólares, sacados de Rusia para nada. Y, además, sin visados para viajar, ¿quién puede disfrutar de las carísimas casas adquiridas en los lugares más lujosos de Occidente?

Putin respondió de inmediato a la ley Magnitski con una decisión que cambió la vida de muchos niños rusos muy necesitados, y de muchas parejas americanas ansiosas por tener un hijo: prohibió la adopción de huérfanos rusos por familias de Estados Unidos. Browder relató en el Capitolio detalles de las consecuencias provocadas por esta decisión del Kremlin:

—Rusia no permite la adopción de niños sanos, solo de los enfermos. A pesar de eso, familias americanas muestran su gran corazón y les abren sus brazos adoptando a niños con el virus VIH, con síndrome de Down, con espina bífida y con otras enfermedades. Los llevan a Estados Unidos, se ocupan de ellos y les dan cariño. Como el sistema de orfanatos ruso no dispone de los recursos, muchos de los niños que no han tenido la suerte de ser adoptados permanecerán en Rusia y morirán antes de cumplir los dieciocho años. En la práctica, esto significa que Vladímir Putin ha sentenciado a morir a sus huérfanos más vulnerables, con tal de proteger a los funcionarios corruptos de su régimen.

Estas durísimas palabras de Browder resonaron en la sala de la comisión en el Capitolio, ante el silencio inquietante de quienes las escuchaban. Pero Browder no había terminado su intervención. Después de ocuparse de los huérfanos, acusó directamente a Putin de ser el «beneficiario de los doscientos treinta millones de dólares robados» de su empresa. Y señaló a Serguéi Pavlovich Rodulgin.

El violonchelo no tiene secretos para un virtuoso como él. Los negocios, tampoco. Serguéi nació en la isla de Sajalin, en el extremo oriental de

Rusia, en aguas del Pacífico, a nueve husos horarios de Moscú, y a pocos kilómetros al norte de Japón. Chéjov hizo que el mundo conociera que en aquella isla remota había un penal poco recomendable, en un lugar donde ignoran la existencia del verano. Rodulgin trasladó su residencia a un territorio también frío, pero menos inhóspito, como San Petersburgo. Y allí conoció en los años setenta a un joven Putin. Serguéi y Vladímir pasan por ser uña y carne. Serguéi pertenece a ese exclusivo y limitado grupo de personas que tienen el derecho de llamar a Putin por su apelativo cariñoso de Volodia. Su hermano, Yevgueni Rodulgin, fue agente del KGB, como Putin. Serguéi es el padrino de María Putina, hija del presidente. Tiempo antes, fue Rodulgin quien presentó a Vladímir y a Liudmila, la azafata que luego se convertiría en la esposa del líder ruso. Y es Rodulgin, según la grave acusación del OCCRP (Organized Crime and Corruption Reporting Project), el hombre que guarda a buen recaudo, al menos en parte, las riquezas de Vladímir Putin.

El OCCRP es un consorcio de periodistas de investigación que tiene como objetivo desvelar tramas de corrupción y crimen organizado. Fundamentaron sus acusaciones en datos aparecidos en los conocidos como Panama Papers, que desvelaron los nombres de miles de personajes de todo el mundo que evitaban el pago de impuestos en sus países de origen o residencia. Y, según Browder, esos documentos probarían que Rodulgin habría recibido parte del dinero que el abogado Magnitski había descubierto que fue robado de su empresa por los funcionarios rusos.

Serguéi Rodulgin siempre ha negado haberse convertido en un hombre rico gracias a su cercanía con el presidente de Rusia. En 2014 declaró al diario The New York Times que solo tenía «un apartamento, un coche y una dacha. No tengo millones». Pero poco después, la aparición de los Panama Papers puso de manifiesto que el violonchelista Rodulgin ingresaba unos siete millones de euros anuales, y había acumulado una fortuna que superaba los veinte millones, solo en dinero en efectivo, a través de un negocio televisivo. Se citaban otros ciento diez millones por los beneficios obtenidos gracias a sus intereses en el fabricante ruso de camiones Kamaz. En los papeles aparecen cinco firmas offshore supuestamente relacionadas con operaciones de Rodulgin, a través del despacho Mossack Fonseca. «Por

supuesto, siempre pido donaciones a todo el que puedo» para su fundación. Así justificó Rodulgin sus ingresos cuando le preguntaron en la televisión estatal rusa. Era la misma televisión que informó de los Papeles de Panamá como de un nuevo ataque de Occidente hacia Rusia, que fue calificado por el portavoz de Putin como de «putinofobia», mientras desde fuentes oficiales se aseguraba que los papeles eran una filtración americana, posterior a un intento de la CIA por controlar medios de comunicación rusos.

Putin defendió a su amigo asegurando que casi todo el dinero que gana en el extranjero gracias a la música lo lleva a Rusia y lo gasta en adquirir instrumentos musicales. Pero las compañías offshore que aparecieron en los papeles panameños tienen una conexión común: un grupo de abogados suizos que trabaja para el Rossiya Bank —Banco de Rusia—, fundado en 1990 y con sede en San Petersburgo.

Bill Browder pudo comprobar en mayo de 2018 que la persecución de las autoridades rusas podría no terminar jamás. Estaba en Madrid para reunirse con el fiscal José Grinda. Le iba a dar información sobre grandes cantidades de dinero robadas en Rusia, y relacionadas con el caso Magnitski, que habrían terminado siendo lavadas en España. La policía española detuvo a Browder en su hotel madrileño en cumplimiento de una orden de Interpol cursada por Rusia. Horas después fue puesto en libertad, sin que las autoridades españolas quisieran informar sobre los motivos de la detención, ni de la puesta en libertad. «Es la sexta vez que Rusia abusa de Interpol en mi caso», tuiteó Browder.

LA COOPERATIVA Y EL BANCO

Solovyovka es una hermosa zona natural a menos de dos horas de coche al norte de San Petersburgo, no lejos de la frontera entre Rusia y Finlandia. El Otradnoye es uno de los lagos de este territorio perteneciente al distrito conocido como Leningrado Priozersk. El lago tiene trece kilómetros de largo y casi nueve de ancho, y en su interior hay varios islotes. El

Otradnoye está al este de Solovyovka. Al oeste se encuentra el lago Komsomolskoye, más alargado y estrecho. No es fácil transitar por esa zona. Las leyes prohíben el acceso a determinados lugares especialmente sensibles, y allí tienen propiedades personas principales.

En 1996 se inscribió en los registros una cooperativa de dachas con el nombre de Ozero —lago, en ruso—. La conformaron ocho hombres. En la lista figura Vladímir Alexeyevich Smirnov, ingeniero, hombre de negocios exitoso, y amigo de Vladímir Putin. En la lista figura Víctor Myachin, cofundador del Rossiya Bank, y amigo de Vladímir Putin. En la lista figura Nikolái Shamalov, también cofundador del Rossiya; su hijo Kirill está casado con Katerina, hija del presidente de Rusia, y también es amigo de Vladímir Putin. En la lista figura Vladímir Ivánovich Yakunin, hombre de negocios, tanto en el sector público como en el privado, y amigo de Vladímir Putin. En la lista figura Andréi Aleksandrovich Fursenko, ministro de diferentes carteras durante casi una década, hombre de negocios, y amigo de Vladímir Putin. En la lista figura Serguéi Aleksandrovich Fursenko, hermano de Andréi, hombre de negocios relacionados con el petróleo, presidente del Club de Fútbol Zenit de San Petersburgo, y amigo de Vladímir Putin. En la lista figura Yuri Valentinovich Kovalchuk, uno de los hombres más ricos de Rusia, máximo accionista y principal responsable de Rossiya Bank, conocido como «el banquero —o el cajero— del presidente», y amigo de Vladímir Putin.

Ozero dispone de una cuenta bancaria en el Leningrad Oblast Bank. Cualquiera de los miembros de la cooperativa puede ingresar y sacar dinero de ese banco. Los críticos con Putin creen que esa cuenta se utiliza para que el presidente y sus amigos dispongan en ella de fondos, incluidos los poco confesables. O, especialmente, los poco confesables. Esto tampoco ha podido nunca ser confirmado. Ni lo será. Varios de los cooperativistas de Ozero figuran en la lista de sancionados por las autoridades de Estados Unidos, acusados de ser «funcionarios rusos o miembros del círculo más cercano al liderazgo ruso». En este caso, por la participación de Rusia en la crisis de Ucrania. También fue sancionado el Rossiya Bank, «el banco para altos responsables de la Federación Rusa», en palabras textuales del Departamento del Tesoro norteamericano.

Francesco Bartolomeo Rastrelli no fue profeta en su tierra florentina. Su padre, Carlo Bartolomeo, se lo llevó de Italia a Rusia cuando tenía quince años, allí hizo carrera y se nacionalizó ruso. Francesco participó en el diseño del impresionante palacio de Invierno de San Petersburgo y del espléndido palacio de Catalina, la Villa de los Zares. Hoy, Rastrelli da nombre a una hermosa plaza ajardinada, a dos minutos de agradable paseo del río Neva, en la que se erigió un enorme edificio con columnas corintias y materiales de construcción entre amarillentos y pastel, que es la sede del Rossiya Bank. Su logo luce en lo más alto de la fachada principal, con la palabra bank en letras azules, y el nombre del país, Rossiya, en letras rojas.

Cuando Vladímir Putin se concedió a sí mismo el derecho a tomar el control de la península de Crimea en 2014, el Gobierno estadounidense de Barack Obama, incapaz de evitarlo por vías diplomáticas y decidido a ni siquiera intentarlo por vías militares, optó por las represalias económicas. La Oficina de Control de Activos Económicos Extranjeros —*Office of Foreign Assets Control*— incluyó al Rossiya Bank en la lista de entidades, organizaciones o personas con las que los ciudadanos de Estados Unidos o los residentes en el país tienen prohibido hacer negocios.

Las sanciones se habían convertido ya en un elemento principal en las cada vez peores relaciones entre Estados Unidos y Rusia. Crimea, la guerra en el este de Ucrania y, previamente, la ley Magnitski marcaron líneas de desconfianza mutua que no harían otra cosa que aumentar con el odio creciente entre Putin y Hillary Clinton —primero como secretaria de Estado, cuando mostró simpatía por las manifestaciones antiKremlin de 2011 y 2012, y después como candidata a la Casa Blanca—, la injerencia rusa en las elecciones presidenciales de Estados Unidos en 2016, y las investigaciones sobre esa injerencia y las supuestas conexiones de Donald Trump y su entorno con el entorno de Putin, para perjudicar hasta donde se pudiera —y fue mucho— la que entonces parecía inevitable victoria de Hillary.

HILLARY, TE ODIO…

Big Brother is watching you —El Gran Hermano te vigila—. Estaba escrito así, a mano y en inglés, en un cartel pegado a un palo de madera. Un manifestante lo mostraba con vigor a pesar del intenso frío de los últimos días del año 2011. Moscú con dificultad ofrece temperaturas superiores a cero cuando está a punto de empezar el invierno. Vladímir Putin llevaba tres años y medio como primer ministro, y esperaba a que pasaran tres meses más para, en marzo de 2012, presentarse a las elecciones presidenciales y, por supuesto, ganarlas. Todos sabían que se iba a presentar, y todos sabían que las iba a ganar. Terminado el verano de 2011, el fiel Dmitri Medvédev había hecho eso que nadie en el mundo suele hacer, pero que a él le ha permitido ocupar cargos principales, siempre a la sombra y siempre un paso por detrás de Putin: renunciar al poder pudiendo no hacerlo. O, quizá, es que no pudiera no renunciar.

En 2008 Putin había completado sus primeros ocho años al frente de la presidencia de Rusia. La Constitución no le permitía sumar un tercer mandato consecutivo. La solución que encontró es impropia de un país con tradición democrática, pero resultó muy efectiva en Rusia: Putin designaba candidato a presidente a su primer ministro Medvédev que, a su vez y en un pacto ni escrito ni público pero evidente y firme, se comprometía a devolver el favor cuatro años después. Y así fue: el 24 de septiembre de 2011, el presidente Medvédev pedía formalmente al partido Rusia Unida que designara al primer ministro y expresidente Putin como candidato a la presidencia del país en las elecciones a celebrar el 4 de marzo de 2012. Putin aceptaba el ofrecimiento como si el operativo político para llevarle de vuelta al principal despacho del Kremlin nada tuviese que ver con él. Medvédev renunciaba a su reelección en el más alto cargo del país, renovaba su fidelidad incuestionable a Putin, y Putin le devolvía al puesto de primer ministro. La operación se sustanció con el éxito esperado el 7 de mayo de 2012, en la investidura solemne del nuevo presidente, que recuperaba el cargo. Su cargo. Además, se modificó la Constitución para que el mandato presidencial durara seis años, en lugar de cuatro. Así, en el

caso —después confirmado— de que ganara la reelección en 2018, estaría en condiciones de mantenerse en la cúpula del poder hasta 2024 y completar así veinte años como presidente, además de otros cuatro como primer ministro: veinticuatro años al mando de Rusia. Pero, aunque el camino de vuelta hacia la cumbre parecía expedito, Putin se encontró con un obstáculo inesperado, y el que más teme: la movilización popular en las calles.

El 4 de diciembre de 2011, las urnas se desplegaron por el inmenso territorio de Rusia para que fueran elegidos los miembros del Parlamento, la Duma. Estados Unidos y la Unión Europea habían planteado serias dudas sobre la limpieza de ese proceso electoral, en una de esas actitudes que irrita tanto a Putin cuando le llegan desde Occidente. A esas dudas occidentales se sumó el grueso de la oposición rusa. La Comisión Central Electoral de Rusia reconoció un porcentaje de fraude de algo más del once por ciento. Pero los organismos internacionales y un buen número de medios de comunicación consideraban que había sido mucho mayor.

Las manifestaciones de protesta se extendieron por el país, desde Moscú hasta Vladivostok, en el extremo oriental. El todavía primer ministro, e inminente presidente, podía ver algunas desde las ventanas de su propio despacho. Empezaron con cierta timidez el 5 de diciembre. Se repitieron el día 7. Y el 10, en la plaza Bolonaya, frente al Kremlin pero al otro lado del río Moscova, se celebró la que fue la protesta más numerosa que se había visto en Rusia desde la caída del régimen soviético. Las manifestaciones volvieron el 17, el 18 y el 24 de diciembre. Acusaban al Gobierno de celebrar unas elecciones fraudulentas, exigían la anulación de los resultados y la convocatoria de otra votación verdaderamente democrática. Más de mil personas fueron detenidas por las fuerzas de seguridad. Putin veía en aquel movimiento incipiente la posibilidad de que terminara por convertirse en la versión rusa de la exitosa Revolución Naranja de Ucrania, contra el líder prorruso Víctor Yanukóvich. Las manifestaciones se repitieron en la víspera de la toma de posesión de Putin como presidente, en mayo de 2012. Y hubo más, aunque de menor importancia, en 2013. Para entonces, Putin ya amarraba con fuerza todos los resortes del poder, aunque nunca había dejado de tenerlos en su mano. Y eso, a pesar de Hillary Clinton.

La secretaria de Estado de los Estados Unidos cursaba en aquellos días de finales de 2011 una visita a Lituania, república exsoviética de las que proclamó su independencia sin pedir permiso a Moscú.

—El pueblo ruso merece que se escuche su voz y se cuenten sus votos, y eso significa que merece elecciones justas, libres y transparentes, y líderes que asuman sus responsabilidades.

En poco más de treinta palabras —en el original en inglés—, Clinton cuestionaba las elecciones convocadas por el Gobierno de Putin y al propio Putin, y eso era mucho más de lo que el líder ruso iba a soportar.

La respuesta fue rotunda y hasta iracunda. Acusó al Departamento de Estado norteamericano de dar apoyo político y económico a los manifestantes con la finalidad de quebrantar el liderazgo del Gobierno de Moscú y de inmiscuirse «en nuestros asuntos internos». Putin elevó sus quejas hasta el presidente Barack Obama, lo que no hizo que Hillary Clinton modificara su opinión. A principios del siglo, el presidente George Bush se había sentido arrebatado por la personalidad del presidente ruso y llegó a decir que pudo «entender su alma» mirándole a través de los ojos. Esta cursi irrupción en la rapsodia le resultó cara a Bush con el paso del tiempo, cuando no encontró el apoyo político que esperaba en el «alma» de Putin, por ejemplo, en la guerra de Irak. Clinton se mofó de ambos asegurando que «Putin no tiene alma», como agente que fue del KGB. Y Putin respondió que Clinton «no tiene cabeza». La lírica no suele abrirse camino en la lista de virtudes que adorna a los políticos.

Las relaciones entre Rusia y Estados Unidos tendían a empeorar. Llegarían después las sanciones económicas a rusos prominentes que ponían límites por primera vez al sistema del roba-todo-lo-que-puedas-mientras-puedas-y-guarda-el-dinero-en-Occidente. Se había terminado la seguridad de que lo robado estaba a salvo si se guardaba en bancos de Suiza, Reino Unido, Francia o Estados Unidos. Irónicamente, el veterano y muy bragado senador John McCain dijo que las sanciones no eran contra Rusia, sino a favor de Rusia, porque podían detener el saqueo del dinero público y su salida del país, en beneficio del pueblo ruso. Y el opositor Boris Nemtsov se sumó a esa tesis cuando habló ante los congresos de Canadá y Estados Unidos, y ante el Parlamento Europeo.

CUATRO TIROS POR LA ESPALDA

FRENTE AL KREMLIN

En 2011, Nemtsov se sentó junto a varios eurodiputados ante la prensa europea en la sede de la asamblea comunitaria. Pelo entrecano, traje oscuro, sin corbata, y con gafas sujetas a media nariz para contrarrestar los incómodos efectos de la presbicia. Se dirigía al público asistente por encima de las lentes, y veía sus notas bajando la mirada a través de esas mismas lentes. Nemtsov quiso ser expeditivo:

—El Gobierno ruso siempre dice que, si se imponen sanciones contra los burócratas, se están imponiendo sanciones contra Rusia. Eso no es cierto. Ustedes deben diferenciar entre Rusia y la corrupción, entre Rusia y los funcionarios corruptos. […] Las sanciones contra los corruptos sí son efectivas —remató.

Para entonces, la batalla de Nemtsov contra Putin había descrito ya un largo recorrido. Siendo apenas un treintañero había trabajado como viceprimer ministro por la liberalización de la economía rusa en los primeros tiempos de la presidencia de Boris Yeltsin. A mediados de los 2000 empezó a significarse como un dirigente opositor capaz de crearle problemas a Putin. Fue Nemtsov uno de los primeros rusos que se atrevió a denunciar el régimen de corrupción que se fraguaba en el entorno del Kremlin. Y se opuso también a las ensoñaciones imperiales del presidente cuando se inició la intervención en Ucrania. El viernes 27 de febrero de 2015, Nemtsov convocó una marcha a celebrar dos días después, el domingo 1 de marzo, en Moscú para protestar contra esa injerencia.

Esa misma noche invitó a cenar a Anna. Les gustaba ir de vez en cuando al Bosco Bar, un lugar de moda, situado en un hermoso edificio de estilo neoclásico en la Plaza Roja, frente por frente con el mausoleo de Lenin: es un edificio construido en tiempos de la emperatriz Catalina la Grande, que durante la era soviética era la sede de los grandes almacenes GUM, conocidos en toda Rusia. Hoy es un centro comercial privado. Cuando se aproximaba la medianoche, Boris y Anna salieron del local agarrados de la mano y en dirección sur. Ella quería ir en taxi, pero él tenía ganas de

caminar. Anna Duritskaya es una modelo ucraniana con un rostro angelical, casi infantil. Aquel día de febrero de 2015 tenía veintitrés años, casi la mitad que Nemtsov —cincuenta y cinco—. Su relación duraba ya unos dos años y medio, según confesión de la propia joven.

Anna y Boris llegaron hasta el Bolshói Moskvoretski, un puente construido con hormigón en los años treinta. El Bolshói no es la obra pública más bella de Moscú, pero sí tiene una hermosa vista de la magnífica catedral ortodoxa de San Basilio, situada a pocos metros de la muralla del Kremlin. Cuesta imaginar un buen motivo para que alguien decida atravesar ese puente caminando, con el frío extremo que puede hacer una noche de febrero a las once y media. Pero eso es exactamente lo que hacían. Nemtsov quería ir a pie hasta su piso en la calle Malaya Ordinka, a una media hora de paseo. La resistencia de un ruso al frío está fuera de duda y, de hecho, Nemtsov y Anna no eran los únicos paseantes del puente ese día y a esa hora, como se podía apreciar en las imágenes grabadas por una lejana, muy lejana, cámara con la que la cadena de televisión Tsentr enfocaba al Kremlin desde sus estudios. El Servicio Federal de Protección, que está al cargo de la seguridad del presidente, dijo que ninguna de las muchas cámaras de vigilancia que tienen en esa zona captó el momento del crimen, «porque sus objetivos están dirigidos hacia el Kremlin», no hacia el puente que está junto al Kremlin. Otra versión, igual de oficial, matizó lo ocurrido asegurando que, lastimosamente, esa noche todas las cámaras de la zona estaban sometidas a mantenimiento técnico y, por tanto, no funcionaban. Es decir, la providencia quiso que precisamente el día en el que algo grave iba a pasar junto al Kremlin, el Kremlin no dispusiera de una de las herramientas de seguridad más importantes, siendo ese uno de los edificios de Rusia —se podría decir que del mundo— que mayor nivel de seguridad requiere.

En un momento de la única grabación que se ha hecho pública —la del canal de televisión Tsentr— se aprecia cómo desde el lado del puente más cercano a la Plaza Roja se acerca lo que parece ser un camión municipal de limpieza. A menudo, esos camiones se dedican a retirar la nieve de las calles, pero aquella noche la nieve no cubría Moscú. Tampoco había nieve en el puente. El camión avanza despacio hasta situarse a la altura de

Nemtsov y su novia, momento en el que se interpone en la imagen de la cámara, impidiendo ver lo que ocurre detrás. Quizá, por casualidad. Lo que ocurre detrás, y no se ve en la imagen, es que un individuo espera a la pareja escondido junto a una escalera. Y cuando llegan a su altura, salta hasta ellos y dispara contra Nemtsov. Una versión habla de seis disparos. Otra, de ocho. Boris se tambaleó y cayó al suelo. Cuatro balas acabaron con su vida. La pistola utilizada en el crimen nunca se encontró. Los investigadores creen que pudo ser una Makarych o una Makarov. Hay que tener mucho valor mal entendido, o ser un trastornado, para atreverse a cometer un crimen a pocos pasos de uno de los lugares más protegidos del mundo. O, simplemente, hay que creerse impune.

De inmediato, el asesino aparece en la imagen captada por la cámara. Va a la carrera saliendo desde detrás del camión municipal, salta a la calzada y se introduce de forma precipitada en un coche que se ha detenido a esperarle a unos pocos metros de distancia.

—Era un coche que parecía ruso —dijo después un testigo presencial, en una información que poco aportaba sobre lo sucedido.

En la investigación se citó un coche de fabricación coreana ZAZ Chance, aunque al día siguiente la policía encontraría un Lada de color blanco con matrícula de Ingusetia. Por el contrario, otro testigo dijo que el coche no tenía placas. Ese mismo testigo aseguró que el asesino era un hombre de aproximadamente uno setenta metros de estatura, con pelo oscuro y corto, un jersey marrón y pantalones vaqueros. Tampoco estos datos eran de mucha ayuda.

—Los asesinos no son profesionales —declaró casi de inmediato una supuesta fuente policial.

«¡MAMÁ, HAN MATADO A BORIS!»

El reloj digital de la cámara de Tsentr marcaba las veintitrés horas, treinta y un minutos, veintiún segundos de la noche del 27 de febrero de 2015. Anna no resultó herida. La joven ucraniana, en pleno *shock*, buscó su móvil en el

bolso y llamó a la policía. Después, sin soltar la mano de Boris, llamó a su madre, en Kiev:

—Mamá, ¡han matado a Boris! Le han disparado en la espalda, está aquí tirado en el suelo, a mi lado.

Esta es la conversación que recuerda Inna, la madre de Anna. Poco aportó a las pesquisas policiales durante los largos interrogatorios a los que fue sometida, porque aseguraba no haber visto apenas nada: solo un coche de color claro que se alejaba del lugar. Tres días después, Anna estaba de vuelta en Kiev con su familia. Aterrizó en el aeropuerto de la capital ucraniana y entró a la carrera en un coche que la esperaba. No dijo palabra. Sí concedió una entrevista vía Skype a una cadena de televisión en la que aseguró que la policía de Moscú había registrado todas sus pertenencias y revisado sus llamadas de teléfono.

Pocos días después, Vladímir Putin, cuyo despacho está a cinco minutos de paseo del lugar del crimen, dijo que se trataba de un «asesinato cruel» y de una «tragedia vergonzosa», y se comprometió a involucrarse personalmente en la investigación. Lo dijo así porque, en un tono autocrítico poco común, mostró su desazón por la cantidad de crímenes que quedan sin resolver en Rusia, especialmente crímenes políticos. No mentía Putin. Nadie como él disponía de los datos para corroborarlo. Y lanzó tales aseveraciones ante un auditorio repleto de funcionarios uniformados, mientras en otro lugar de Moscú, cientos de personas honraban a Nemtsov en su capilla ardiente. El portavoz del Kremlin, el eficaz y nunca apocado Dmitri Peskov, avanzó que el responsable debió ser un pistolero contratado al efecto. Ya había dejado de ser un «asesino no profesional». Y después se explayó. Según su versión, el crimen era una «provocación política» en medio de las protestas de la oposición por lo que ocurría en Ucrania. Y Peskov se soltó por completo para establecer que, «con el debido respeto a la memoria de Boris Nemtsov, en términos políticos él no era ninguna amenaza para el liderazgo de Vladímir Putin». Peskov no lo expresó con palabras inequívocas, pero lo que pretendía dar a entender es que Putin no tenía el más mínimo interés en que Nemtsov muriera, porque para el presidente resultaba irrelevante.

—Se le echará de menos —dijo uno de los hombres de Putin, Dmitri Kiselev, director del canal de televisión oficialista Rossiya-1.

Se le adivinó la sorna al completar su argumentario, asegurando que «cuando Nemtsov estaba vivo no era especialmente útil para Occidente, porque no tenía perspectivas políticas; pero muerto es mucho más interesante».

—Cualquiera que esté contra Putin debe tener mucho cuidado —había declarado Nemtsov tiempo atrás a la cadena de televisión estadounidense ABC.

En las horas que siguieron al crimen, la policía hizo ver que trabajaba con intensidad en la resolución del caso, y aseguró tener hasta cuatro líneas de investigación simultáneas. La cadena semioficial Russia Today las enumeraba: podía ser un crimen político, o tratarse de un atentado islamista, o una provocación de los radicales ucranianos, o bien una venganza por problemas personales o de negocios. Los servicios de seguridad informaron de que los asesinos habían utilizado varios coches durante el día para vigilar a Nemtsov. Por ejemplo, cuando recogió a Anna en el aeropuerto de Sheremetyevo a media mañana. Los investigadores concluyeron que tres vehículos habían seguido a la pareja camino de la ciudad. Y varios individuos estaban pendientes de ellos por la noche, cuando salieron a cenar y cuando después abandonaron el restaurante.

LA SOMBRA CHECHENA DE KADIROV

Las autoridades tenían prisa por resolver el caso y pasar a otra cosa. De manera que el 7 de marzo, una semana después del crimen, se anunció la detención de Zaur Dadayev y Anzor Gubashev, naturales de Ingusetia según una versión, y de Chechenia, según otra. Se supo de inmediato que Dadayev era un hombre cercano al líder checheno Ramzan Kadirov quien, a su vez, es el hombre de Putin en esa república tan compleja. Kadirov gestiona Chechenia con amplitud de manga gracias al apoyo expreso del Kremlin, que le deja hacer a cambio de una fidelidad ilimitada hacia Putin. Las

muertes «accidentales» de personas incómodas para el líder no son extrañas. Algunos mueren, incluso, en el exilio. Son buscados allá donde estén.

De Gubashev solo se informó de que era un agente de seguridad privada. Otros tres individuos, uno de ellos hermano de Gubashev, fueron detenidos como posibles colaboradores. Y un sexto sospechoso se inmoló con una granada antes de ser detenido, cuando la policía entraba en su casa de Grozni, la capital de Chechenia. Kadirov, obsequioso con asesinos potenciales o reales, informó al mundo de que el muerto era un tal Beslan Shavganov, y que era un «valiente guerrero».

Por si alguien no tenía clara la conexión de Dadayev con Kadirov, el líder checheno la confirmó cuando en esos días publicó en una red social que «Dadayev es un patriota ruso, un hombre sin miedo y uno de los soldados con más coraje del regimiento». Pero lo más clarificador de aquel mensaje venía después. Kadirov insinuaba, sin abrir muchos espacios a la duda, que «todo el que conoce a Zaur —Dadayev— dice de él que es una persona profundamente religiosa y, como todos los musulmanes, se sintió conmocionado por las caricaturas publicadas por Charlie Hebdo —la revista satírica francesa— y por las muestras de apoyo que recibió la revista».

El día en que Nemtsov fue asesinado no habían pasado ni dos meses del atentado sufrido por los periodistas y viñetistas de Charlie Hebdo en su sede de París. Dos terroristas islamistas asesinaron a doce personas —entre ellas, dos policías— y provocaron heridas graves a cuatro. Tiempo antes, el semanario había publicado caricaturas del profeta Mahoma. Nemtsov escribió en Facebook varios mensajes de apoyo a la revista y de crítica al islamismo radical, muy extendido en algunas regiones de Rusia como Chechenia. Kadirov criticó con dureza —e incluso amenazó— a quienes en Rusia dieron respaldo a la revista francesa. Nemtsov respondió que «todo el mundo está harto de las amenazas de Ramzan —Kadirov—, pero él sabe que Putin no dejará que nadie le toque y se muestra más desafiante cada día». La pista islamista del asesinato de Nemtsov ganaba enteros como versión oficial. Y la conexión del supuesto asesino con Kadirov, y la de Kadirov con Putin permitía —y permite— que los enemigos del presidente sigan pensando como la hija del asesinado, Zhanna Nemtsov, que en

declaraciones a la BBC aseguró que «Putin es el responsable político de la muerte de mi padre».

¿QUIÉN MATÓ A NEMTSOV?

Seguidores de Putin pusieron el dedo acusador sobre Occidente, dando por hecho que alguna agencia de inteligencia extranjera había diseñado el asesinato para culpar de él al presidente ruso y crearle problemas políticos internos. Esta vez no pudieron culpar a Boris Berezovski, el oligarca y enemigo declarado de Putin. Cada vez que se producía un crimen político en Rusia, como el de Anna Politkóvskaya en 2006, desde el entorno del Kremlin se señalaba a Berezovski como posible mente organizadora. La justicia condenó por la muerte de Politkóvskaya a cinco individuos, pero nunca se aclaró quién fue el cerebro del crimen. Y para el día en el que Nemtsov recibió cuatro balas por la espalda, Berezovski ya llevaba casi dos años muerto. En el caso del asesinato de Nemtsov, lo menos relevante era encontrar, enjuiciar y condenar al pistolero y a sus ayudantes. Lo importante era saber quién los había contratado o dado las órdenes. Alexéi Navalni, otro líder opositor, se atrevió a dirigir la acusación hacia lo más alto:

—Creo que fue asesinado por miembros de alguna organización del Gobierno o partidaria del Gobierno, por orden de los líderes políticos del país, incluido Vladímir Putin.

La acusación, con el nombre y el apellido del presidente, no aportaba prueba alguna. Pero la oposición no necesitaba pruebas para mantenerse firme en esta creencia.

Más glamurosa fue la versión que circuló sobre la posibilidad de que se hubiese tratado de un crimen pasional. Nemtsov tenía fama de mujeriego. Estaba separado de su esposa y mantenía una relación con la joven ucraniana que le acompañaba la noche del crimen. Pudo tratarse también de la venganza de algún empresario o dirigente político de la región de Yaroslavl que hubiera sido acusado de corrupción por Nemtsov. Y eran unos cuantos. Pudieron ser los ucranianos, sugirió el diario moscovita Izvestia,

como respuesta para perturbar al Kremlin por su intervención en el vecino del oeste. Pudo ser la CIA que, según los partidarios de Putin, querría desestabilizar a Rusia con un crimen político como este, para provocar un levantamiento de la oposición. Pudieron ser los islamistas, irritados por el apoyo de Nemtsov a la revista Charlie Hebdo cuando publicó las viñetas de Mahoma. Pudieron ser los nacionalistas rusos de ultraderecha, que odiaban el pensamiento liberal de Nemtsov y, aún más, su campaña contra la injerencia rusa en Ucrania, tierra que consideran suya. O, quién sabe, pudieron ser elementos incontrolados —o perfectamente controlados— de los servicios de seguridad rusos, dispuestos a impedir que Nemtsov hiciera públicas las conclusiones de un informe que llevaba tiempo preparando, con supuestas evidencias de la intervención rusa en Ucrania. Horas después del crimen, los servicios de seguridad de Rusia registraron la casa del asesinado y se llevaron documentos y material informático. Se ignora su contenido, pero la sospecha es que se llevaron ese informe. Y quizá otros, con datos sobre el rastro del dinero en la Rusia de Putin.

El relato de la investigación oficial fechaba en la segunda mitad de 2014 el inicio de la conspiración para asesinar a Nemtsov. Ante el juez, Dadayev declaró que en esos días él no estaba en Moscú, sino en Chechenia. Pero sí estaba en la capital rusa el día del crimen. Concretamente, en casa de Ruslan Geremeyev, que era el comandante del batallón Sever al que pertenecía. Dadayev aseguró que no salió de la vivienda salvo para ir a la mezquita con Geremeyev. Después se refugió en el piso porque, según su testimonio, estaba resfriado. El 1 de marzo, Dadayev volvió a Chechenia.

—Yo no maté a Nemtsov. Ni siquiera sabía quién era. Cuando vi la noticia del asesinato le confundí con Berezovski —el multimillonario— y me sorprendí, porque creía que ya estaba muerto —declaró Dadayev, tratando de parecer un ignorante mal informado.

En junio de 2017, dos años y cuatro meses después del crimen, los cinco acusados fueron declarados culpables. La sentencia estableció que Dadayev había disparado contra Nemtsov, después de que le prometieran el pago de quince millones de rublos. ¿Quién iba a pagar ese dinero? Se ignora. Los otros cuatros fueron condenados por colaborar en el asesinato. La familia protestó por la decisión del tribunal de no permitir durante el juicio

preguntas sobre cuestiones políticas. Los jueces habrían tratado así, en opinión de la hija de Nemtsov, de dejar fuera la búsqueda del responsable último, y quedarse solo con los ejecutores del crimen: el pistolero y sus ayudantes.

El intento de investigar al líder checheno Kadirov y a su entorno quedó en nada. Se pidió que testificara Ruslan Geremeyev, el militar de Kadirov que dio acogida a Dadayev en su casa de Moscú. La policía declaró ante los jueces que fueron a buscar a Geremeyev a su residencia en Chechenia, «pero nadie abrió la puerta». Y no buscaron más. En alguna esquina del proceso apareció el nombre de Ruslan Mujudinov, de quien se dijo que era el chófer de Geremeyev. Nadie se lo pudo preguntar a Geremeyev porque, como ya se ha explicado antes, cuando llamaron a su puerta nadie abrió. Se llegó a señalar a Mujudinov como el cerebro del crimen, en lo que la oposición rusa entendió como un intento por parte de las autoridades de poner límite a la búsqueda de responsables de mayor nivel. Es decir, un encubrimiento en toda regla. Daba igual. La policía tampoco encontró a Mujudinov.

Suponiendo que esta tesis del asesinato fuera la cierta, Dadayev era un hombre de Mujudinov, Mujudinov era un hombre de Geremeyev, Geremeyev era un hombre de Kadirov, y Kadirov era —y es— un hombre de Putin. Y, para no engañar a nadie sobre el buen trato mutuo que se dan Putin y Kadirov, nueve días después de que un juez ordenase el levantamiento del cadáver de Nemtsov del puente junto al Kremlin, el líder ruso honró al líder checheno con la medalla a la Orden de Honor de Rusia «por sus muchos años de trabajo concienzudo». La medalla, en tonos azul, blanco y plateado, suele concederse poniendo en valor los logros en la labor de Gobierno, en la gestión económica, en la ciencia o en otros ámbitos. Gorbachov la tiene. Y Putin, también. La imposición de tan alta gloria a Kadirov se produjo veinticuatro horas después de que el jefe checheno alabara el patriotismo de Zaur Dadayev, que ya en ese momento estaba bajo arresto como sospechoso del asesinato de Nemtsov. Putin declaró después que nunca había hablado con Kadirov sobre la muerte de Nemtsov. Preguntado por el motivo de haber evitado esa conversación, el presidente respondió con soltura que «era algo inapropiado».

Nunca un antiguo alto cargo de tanto rango había sido asesinado en Rusia: Boris Nemtsov fue viceprimer ministro de Rusia. Vladímir Putin dijo que conoció personalmente a Nemtsov, y que su relación «no siempre había sido mala. Nunca me peleé con él, aunque eligió este camino de lucha política con ataques personales, y cosas así… Pero eso no significa que debiera ser asesinado. En absoluto». En absoluto.

Nemtsov se oponía a la injerencia rusa en Ucrania, acusaba a Putin de no frenar la corrupción y de enriquecerse, de no respetar los derechos humanos, de criminalizar a la oposición, del asesinato de otros opositores, y también de los malos tratos que derivaron en la muerte de Serguéi Magnitski. Tiempo después de que el corazón de Magnitski se detuviera en 2009 en una prisión rusa, el abogado Nikolái Gorojov tomó el relevo. En marzo de 2017, horas antes de comparecer y testificar ante un tribunal en Moscú, Gorojov cayó al vacío desde una cuarta planta. Milagrosamente, sobrevivió. Los medios oficiales rusos se apresuraron a confirmar que la caída había sido accidental.

Pero la pasión de rusos prominentes por perder la vida de forma violenta o inexplicada aporta a la historia del país una lista aún mayor de damnificados.

LA TENDENCIA A MORIR

En 2014, el economista Alexander Pochinok, exministro de Impuestos, Trabajo y Desarrollo Social, y viceministro de Finanzas, cuestionó la invasión rusa de Crimea en una entrevista en televisión. Dijo que costaría «trillones de rublos». Las declaraciones las realizó el 11 de marzo. El día 17 sufrió un ataque al corazón. Tenía cincuenta y seis años.

Mijaíl Lesin fue un hombre importante en el círculo del Kremlin. Era conocido como el zar de la información. Había sido ministro de Prensa. Pero su gran obra fue poner en marcha la cadena de televisión Russia Today, que emite en varios idiomas a buena parte del mundo, proclamando la buena nueva de Moscú. Lesin se hizo multimillonario, pero perdió el

favor de sus jefes y decidió poner distancia trasladando su residencia a Estados Unidos. Fue acusado de fraude, corrupción y lavado de dinero. En América construyó un imperio de propiedades: tenía varias casas enormes y lujosas en Beverly Hills y en otras zonas de California. El 4 de noviembre de 2015, Lesin llegó al hotel Dupont Circle de Washington. Se encerró en su habitación, y solo salió de allí al día siguiente, ya sin vida. Por supuesto, el óbito fue debido a un ataque al corazón. Con el paso de las semanas, las investigaciones encontraron motivos menos simples. Lesin había sufrido varios golpes, algunos en la cabeza. Al cabo de los meses, cuando ya nadie se hacía preguntas sobre su muerte, el informe final estableció que Mijaíl Lesin había bebido hasta el punto de sufrir una intoxicación etílica. La borrachera hizo que cayera dentro de su habitación de hotel y sufriera golpes en varias zonas de su cuerpo que le provocaron la muerte. Tenía cincuenta y siete años.

Igor Sergun era el responsable del servicio ruso de inteligencia militar, el GRU. Tuvo una participación determinante en la toma de Crimea en 2014. A finales de 2015, el Gobierno le envió a Siria en plena guerra en ese país de Oriente Medio. Tenía el encargo de hablar con el presidente Bashar el Asad. El prestigioso diario *Financial Times* publicó que a Sergun se le había encomendado la delicada misión de convencer al dictador sirio para que abandonara el poder. El FT citaba fuentes de la inteligencia de un país europeo, convencidas de que Putin quería quitar del medio a El Asad para negociar después con los rebeldes. El portavoz de Putin negó que tal operación estuviera en marcha. Tres semanas después de su encuentro con El Asad en Damasco, el general Igor Sergun murió, según el Kremlin, el 3 de enero de 2016. No se especificó el lugar. Se dijo que se había tratado de una «muerte inesperada» por un ataque al corazón. Otras fuentes sitúan el último día de vida de Sergun el 1 de enero en Líbano. Según el diario libanés Al-Akhbar, cercano al régimen sirio y a los terroristas de Hezbollah, Sergun fue asesinado en una misión secreta, dirigida por varias agencias de inteligencia de países árabes. El Gobierno ruso dijo de él que fue «un hombre de gran coraje y un verdadero patriota». Igor Sergun tenía cincuenta y ocho años.

En noviembre de 2015, la Agencia Mundial Antidopaje hizo público un informe en el que desvelaba el dopaje organizado y masivo promovido por la Rusada, la agencia rusa que tenía como obligación, precisamente, impedir que sus deportistas se doparan. La Rusada había ocultado un número muy elevado de positivos en controles a atletas rusos. Viacheslav Siniyev había sido el responsable de ese organismo entre 2008 y 2011. Nikita Kamayev ocupó el cargo desde 2011. Kamayev dimitió a finales de 2015 debido al escándalo. Siniyev murió el 3 de febrero de 2016. No se explicaron los motivos. Kamayev murió dos semanas después por un ataque al corazón. Quienes le conocían ignoraban que sufriera problemas coronarios. Tenía cincuenta y dos años.

El 7 de septiembre de 2016, la avenida Kutuzovsky, al oeste de Moscú, se convirtió en el último lugar que vio con vida alguien a quien solo se conocía por las letras MK. Era uno de los conductores oficiales del presidente Putin. Esa avenida es una vía muy transitada, que en parte de su recorrido tiene hasta siete carriles en cada sentido. Pero carece de mediana. Los coches que circulan por el carril situado más a la izquierda apenas están a dos metros de distancia de los que circulan por la misma carretera, pero en dirección contraria. MK conducía un BMW por el último carril de la izquierda. Otro coche que circulaba en sentido inverso abandonó su carril y se estrelló con violencia contra el costado izquierdo del BMW, en un brutal choque frontolateral. Fue el último viaje de MK.

El 28 de abril de 2014 «nació» un nuevo país llamado República Popular de Lugansk. Ocupa un pequeño territorio al este de Ucrania fronterizo con Rusia. De hecho, pertenecía a Ucrania, y Ucrania sigue considerando que le pertenece. La tal república es un Estado fantasma, dependiente de la autoridad rusa que mantiene ocupada una parte del este ucraniano. Allí se organizó un pseudoreferéndum para establecer una pseudoindependencia ignorada por la comunidad internacional. La República Popular de Lugansk solo es reconocida por la República de Osetia del Sur —que trata de ser independiente de Georgia— que, a su vez, solo es reconocida por Rusia, Nicaragua, Venezuela y Nauru —una agradable islita del Pacífico, con trece mil habitantes—. Valeri Bolotov fue el primer responsable de la Lugansk independiente. Nació en la ciudad rusa

de Rostov, pero tenía nacionalidad ucraniana porque sus padres se mudaron a Lugansk cuando él era un niño, a principios de los años setenta, en plena era soviética. Fue militar en el ejército ruso, montó un negocio, se casó, tuvo dos hijos, y quiso ser el líder del levantamiento prorruso en el este de Ucrania. Se hizo proclamar «gobernador del pueblo de Lugansk» en mayo de 2014, pero pronto tuvo que dejar el puesto al resultar herido en una acción violenta de las varias en las que participó. De paso, en aquel momento inicial de la intervención en Ucrania, a las autoridades del Kremlin no les interesaba aparentar lo que todo el mundo sabía: que era una invasión. De manera que empezó a retirar de los cargos más visibles a quienes eran claramente hombres de Moscú.

Valeri Bolotov murió el 27 de enero de 2017 en la capital rusa, de un ataque al corazón. Tenía cuarenta y siete años. Algún medio publicó que quizá alguien le había envenado, pero no aportó pruebas concluyentes.

Meses antes, en septiembre de 2016, un —así autodenominado— ex primer ministro de la Lugansk independiente, llamado Gennadi Tsyplakov, apareció colgado por el cuello en la celda en la que estaba recluido, acusado de organizar un golpe de Estado contra otro lidercillo de la «república independiente», Igor Plotnitski. La versión oficial es que Tsyplakov sentía remordimientos insoportables por «la gravedad de su crimen», y decidió heroicamente poner fin a su vida. Tenía cuarenta y tres años.

En esos mismos días de septiembre, Yaroslav Zhilin departía amistosamente con otras personas en un restaurante de Moscú. Zhilin era un entusiasta de las peleas y organizó un club de lucha prorruso conocido como Oplot, contrario al movimiento del Maidan en Kiev y colaborador del presidente Yanukóvich. A este grupo, sin veleidades intelectuales de ningún tipo, pertenecía también Alexander Zajarchenko, «elegido» en 2014 como presidente de la República Popular de Donetsk. Un héroe, según los prorrusos. Un terrorista, según los ucranianos. Zajarchenko sentía un inusitado placer vistiendo uniforme de combate y amenazando a la humanidad. Desde su púlpito presidencial aventuró que caería Kiev y se implantaría la República de Malorossia, Rusia Menor, sobre el actual territorio ucraniano. Pero sus aspiraciones no solo eran domiciliarias.

Predijo que sus tropas y las de la Madre Rusia avanzarían hacia el oeste, dejarían atrás Berlín y conquistarían el Reino Unido.

—Los anglosajones son el mal de nuestro destino ruso. Si lo logramos, la edad de oro de Rusia llegará —aseguró muy serio ante un «periodista» que le entrevistó y que se mostró incapaz de evitar una risa nerviosa.

Zajarchenko tomó posesión con su mano derecha sobre la Biblia y con unos cuantos cosacos detrás. Sus hazañas bélicas eran muy celebradas en los foros de YouTube por un sector de la extrema izquierda de Europa Occidental. Oplot, donde se formó en artes violentas, hacía el trabajo sucio que la policía prefería evitar. Su compañero Yaroslav Zhilin recibió varios disparos mientras se alimentaba. Una versión asegura que fue un crimen político. Otra, que fue un ajuste de cuentas por cuestiones de negocios. Además de dar palizas, también lavaba dinero.

Sin haber terminado el mes de septiembre de 2016, un responsable de la milicia de Lugansk, Vitali Kiseliov, murió en el calabozo al que le habían conducido. Según algún medio ruso, a sus interrogadores se les fue la mano con las preguntas. Se le conocía por el alias de El Comunista, porque siempre llevaba una gorra con la estrella roja de la URSS adornada con la hoz y el martillo, al estilo soviético.

Un mes después, otro héroe ruso considerado como un terrorista mercenario por el Gobierno de Ucrania y llamado Arseni Pavlov voló por los aires por una bomba colocada en un ascensor. Era conocido con el apodo de Motorola. Decían que torturaba con gusto a los ucranianos a los que apresaba.

—He ejecutado a quince prisioneros y me importa una mierda lo que opinen de mí —declaró con elevado nivel dialéctico al diario *Kyiv Post*.

Los rusos dicen que fue asesinado por terroristas ucranianos. Los ucranianos dicen que fue asesinado por orden del Kremlin. Tenía treinta y tres años.

Días antes de que terminara el año 2016, «el corazón de Serguéi Litvin dejó de latir de forma inesperada», según el melodramático testimonio de un amigo ruso. Ciertamente, era poco esperable que un corazón de solo cuarenta y tres años dejara de hacer su trabajo de forma tan abrupta y temprana. Litvin había sido «ministro» de la República de Lugansk.

El 4 de febrero de 2017, una bomba dejó un coche reducido a un espantajo de hierros doblados y retorcidos. Dentro del coche estaba Oleg Anashchenko, coronel de la milicia de Lugansk. Tenía cuarenta y nueve años.

A Mijaíl le gustaba YouTube. De cuando en cuando, entre ejecuciones, palizas, torturas y combates a campo abierto, se hacía grabar en vídeo para subir sus heroicidades a internet. A veces, la egolatría es la perdición de los ególatras. Era tan violento, que ni siquiera sus ya de por sí violentos jefes podían consentir tanta sobreexposición de malos modos. Mijaíl Sergeyevich Tolstij era un tipo bien parecido, natural de la localidad ucraniana de Ilovaisk, al este del país, en la zona fronteriza con Rusia. Había hecho carrera en el ejército de Ucrania, pero pronto se unió a las milicias de la levantisca República Popular de Donetsk. Allí ascendió hasta el rango de teniente coronel, y se le asignó el mando de un grupo de mercenarios muy temidos en la zona: el llamado Batallón Somalí. En uno de sus vídeos que circulan por la red, el joven Mijaíl aparece maltratando a un grupo de soldados ucranianos capturados en combate. Los empuja, los golpea, les obliga a ponerse de rodillas, les arranca la bandera de Ucrania de sus uniformes y se las hace tragar. Uno de ellos, un coronel, es maniatado y entregado a un grupo de civiles para su linchamiento después de haber sido abofeteado de forma humillante cuando tenía las manos sujetas a la espalda. Aquel episodio épico hizo que el nombre de Tolstij fuera incluido en la lista de individuos sancionables por el Consejo de Europa, acusado de varios crímenes. Se le conocía por el sobrenombre de Givi. El 8 de febrero de 2017, su cuerpo quedó destrozado cuando estaba en su oficina de la base del Batallón Somalí. Una explosión —una bomba o un proyectil, no se aclaró— pusieron fin a sus escasos treinta y seis años de existencia.

Le ocurrió lo mismo que a otros tres compañeros de armas dos años antes. Alexander Bednov, jefe del Batallón Batman, había sido asesinado en enero de 2015 en una emboscada. Aleksei Mozgovoi, líder del Batallón Fantasma, murió en mayo de ese mismo año en una extraña operación de comando. Y el 12 de diciembre, Pável Driomov, de los Cosacos de Lugansk, dejó de existir veinticuatro horas después de contraer matrimonio con una joven de San Petersburgo. Una bomba explotó junto a su coche. En

julio de 2016, otro artefacto reventó también el coche y el cuerpo del coronel Alexander Bushuev. Y en septiembre murió el comandante de la Brigada Kalmius de Donetsk, Alexander Nepomagay, aunque en este caso no se especificó el motivo de su fallecimiento.

A finales de agosto de 2018, una docena de hombres fornidos y desafiantes se disponía a entrar en el restaurante Separ, en el céntrico y arbolado bulevar Pushkin de Donetsk. El nombre del local ayuda a conocer la personalidad de sus clientes, porque Separ es la abreviatura de «separatista». Quienes degustan sus platos suelen ser prorrusos partidarios de la independencia frente a las autoridades de Ucrania. Y eso lo sabía bien quien poco antes ocultó allí una bomba con esmero criminal. Entre aquellos hombres —había también una mujer— uniformados, armados con fusiles de asalto y protegidos con chalecos antibalas que iban a entrar en el restaurante estaba Alexander Zajarchenko. Sí, el ya citado presidente autoproclamado de la, a su vez, autoproclamada República Popular de Donetsk. Habían llegado en tres enormes coches que aparcaron casi a las puertas del local. La pericia del asesino resulta sorprendente, porque su objetivo era Zajarchenko, y fue a él a quien mató, aunque varios de sus acompañantes volaron varios metros arrastrados por la intensidad de la onda expansiva provocada por la explosión de una bomba camuflada en la puerta. Tenía cuarenta y dos años. Había dedicado los últimos a guerrear contra el ejército ucraniano y sufrió heridas en combate. Ser amante de las armas y llevar siempre varias encima no le libró de su trágico final, considerado por el Gobierno de Moscú como un ataque a la paz por parte de las autoridades de Kiev, y considerado por las autoridades de Kiev como un nuevo ejemplo de las luchas internas entre los independentistas, y de estos con el Kremlin por, según ese testimonio, tener demasiadas ideas propias y actuar por libre.

Pudo llamarse Artur Denisultanov Kurmakayev, o quizá Oleksandr Dakar. Quién sabe… Vestía con elegancia. Utilizaba su notable estatura, su seriedad y su buen porte para ganarse la confianza de sus interlocutores. Pero esos interlocutores creían que se llamaba Alex Werner, y que era periodista del diario francés Le Monde, destacado en Ucrania en misión informativa. Con ese propósito contactó con Adam Osmayev y Amina

Okuyeva, musulmanes de origen checheno, pero instalados en Ucrania. Osmayev fue acusado por el Gobierno ruso en 2012 de intentar asesinar a Vladímir Putin. De hecho, fue detenido por ello, pero el Tribunal Europeo de Derechos Humanos impidió la extradición a Rusia. Aun así, permaneció tres años en prisión por posesión ilegal de explosivos. Para entonces, Osmayev pertenecía a un batallón de voluntarios chechenos en la guerra contra el bando prorruso. Acabó siendo el jefe del grupo. En la guerra de Ucrania hay chechenos que pelean en favor del Gobierno de Kiev y otros chechenos que pelean en favor del Gobierno de Moscú. A principios de junio de 2017, en un exceso de confianza impropio de alguien curtido en tanta batalla, Osmayev y su esposa Amina aceptaron una entrevista con el supuesto Alex Werner. Incluso se subieron a un coche con él. Ya dentro del vehículo, Werner sacó un arma y disparó varias veces contra Osmayev. Amina llevaba otra pistola —siempre la tenía encima por precaución— y respondió al fuego contra Werner hasta cuatro veces. Osmayev y Werner quedaron malheridos, pero ambos sobrevivieron. Amina resultó ilesa. El pistolero fue acusado de trabajar al servicio de Moscú, aunque nadie lo pudo demostrar.

Días después, el 27 de junio de 2017, un alto cargo del servicio ucraniano de inteligencia subió de buena mañana a su Mercedes Benz en Kiev. Quiso arrancarlo, pero lo que hizo fue activar la bomba que acabó con su vida. Se llamaba Maksim Shapoval. El coche y su propietario quedaron irreconocibles debido a la explosión. El coronel Shapoval tenía treinta y ocho años. Llevaba tiempo recopilando datos sobre la actuación rusa en el este de Ucrania para llevar a las autoridades de Moscú ante la Corte Internacional de Justicia de La Haya.

También Arkadi Bábchenko había investigado sobre la injerencia rusa en Ucrania, país en el que se exilió huyendo, según decía, de la persecución de Putin. Bábchenko, moscovita, relató en varios libros sus experiencias como soldado del ejército ruso en las guerras de Chechenia, y en sus artículos en Novaya Gazeta criticó al Kremlin por su intervención en el este ucraniano. Asegura que recibió amenazas de muerte. El 28 de mayo de 2018, Bábchenko apareció muerto en su apartamento con una herida en la espalda. Su mujer, aterrada, dio el aviso a los servicios de emergencia. En

un ejemplo especialmente grotesco del funcionamiento de los servicios secretos en esa zona del mundo, pocas horas después Bábchenko «resucitó» para dar una rueda de prensa junto con responsables del espionaje ucraniano. Gozaba de una salud envidiable. Habían simulado el crimen, dicen, para detener a unos agentes rusos que pretendían acabar con su vida. Ni siquiera su esposa estaba al tanto de la pantomima —necesitó tratamiento psicológico—, lo que hace suponer que la relación entre ambos debió pasar por algún momento delicado.

El 7 de febrero de 2018, en la provincia siria de Deir ez-Zor, se produjo un enfrentamiento armado con resultados inquietantes debido a la identidad de sus protagonistas. Las autoridades rusas trataron de que pasara lo más inadvertido posible, porque había supuesto la muerte de un número indeterminado, pero no menor, de ciudadanos rusos involucrados en la guerra civil de ese convulso país árabe. El episodio bélico es confuso, pero lo que trascendió es que fuerzas leales al presidente sirio El Asad habían atacado una base de las fuerzas de la oposición. Las tropas del régimen iban en compañía de efectivos rusos. Las tropas rebeldes tenían el apoyo del aparato militar de Estados Unidos: aviones de guerra americanos. Después trascendió que los rusos eran, previsiblemente, miembros del denominado Grupo Wagner, una unidad paramilitar compuesta por mercenarios, y presente allí donde Rusia quiere intervenir, pero prefiere que no parezca que lo hace, o busca una coartada para evitar que su ejército regular sea acusado de actuaciones ilegales. Había sido una batalla entre rusos y americanos, con sirios de dos bandos como coprotagonistas. Y habían ganado los americanos. Humillante. De ahí el silencio oficial.

El periodista Maxim Borodin se dedicaba a investigar asuntos turbios. Por ejemplo, la relación del oligarca Oleg Deripaska con la joven Nastia Ribka, y lo que aquello afectaba al Kremlin. También quiso averiguar quiénes eran los mercenarios muertos y qué hacían en Siria. Dos meses después, Borodin se precipitó desde el balcón de su apartamento, en la quinta planta de un edificio en Ekaterimburgo.

Pasados tres meses de la muerte de Borodin, otros tres periodistas rusos se desplazaron a la República Centroafricana siguiendo el rastro de los mercenarios de Wagner. A finales de julio, Alexander Rastorguyev, Kirill

Radchenko y Orkhan Dzhemal murieron en una emboscada en la localidad de Sibut.

Unos días antes, Pyotr Verzilov había sido detenido en Moscú durante dos semanas, después de lanzarse al césped del estadio en el que se disputaba la final de la Copa del Mundo de fútbol. Con él estaban las componentes del famoso grupo Pussy Riot, que pasaron tiempo en prisión por su peculiar forma de protestar contra Vladímir Putin. El 11 de septiembre, según el testimonio de su esposa, Verzilov recibió un misterioso informe sobre la muerte de los tres periodistas rusos en África. Un día después fue envenenado. Su familia le sacó precipitadamente del país y se lo llevó a un hospital alemán. Había llegado casi en estado vegetal: temporalmente, no veía, no oía y no se podía mover. Pero salvó la vida.

La mayoría de estos episodios no se aclararán jamás. En muchos casos, es difícil encontrar a alguien que tenga un interés especial en aclararlos. Y, por supuesto, nadie ha podido reunir las evidencias suficientes para responsabilizar a las autoridades rusas bajo el mando de Vladímir Putin. Tampoco lo pudo aclarar Clinton Watts, cuando aquella mañana de marzo de 2017, ante el Comité de Inteligencia en el Capitolio, con sus gafas de pasta, su tez afeitada y su corbata de lunares, miró con toda la formalidad debida a los senadores que tenía delante. Uno de ellos, el demócrata por Oregón Ron Wyden, casi deletreaba cada una de sus palabras al plantear su duda:

—Háble me sobre la corrupción en Rusia, de manera que nos ayude a seguir el rastro del dinero en nuestra investigación. Y esta es mi pregunta concreta: ¿cómo puede este comité rastrear esta línea borrosa entre los oligarcas rusos, el crimen organizado ruso y el Gobierno ruso?

Watts estiró el dedo índice derecho para encender su micrófono, pulso el botón y dijo que sí, que «hay un rastro del dinero que hay que seguir»; «es importante seguir lo que hace la elite rusa»; «hay un número desproporcionado de noticias falsas y webs dedicadas a las conspiraciones que nos llegan desde la Europa del Este; hay muchos periodistas prorrusos que han sido entrenados en Rusia. ¿Cómo se financian? Creo que hay fondos de la inteligencia rusa dedicados a eso». Y después llegó la frase del

día, la que más fortuna hizo en la propia comisión y ante los medios americanos:

—La otra parte a la que tenemos que mirar es seguir el rastro de los rusos muertos. Hay varios rusos que han muerto en los últimos tres meses y que están relacionados con esta investigación —la del Congreso de los Estados Unidos sobre la conexión rusa con la campaña de Donald Trump— y que tienen bienes en bancos de todo el mundo. Han caído muertos incluso en países occidentales.

Cuatro décadas atrás, en los años setenta, Mark Felt, agente del FBI y número dos de la agencia, se hizo famoso sin que se conociera todavía su nombre. Solo se sabía de él que era un alto cargo público que estaba filtrando información determinante del caso Watergate al periodista de *The Washington Post* Bob Woodward. Fue conocido como el Ronco o como Garganta profunda, por las características de su voz —en aquel tiempo se hizo muy conocida la película pornográfica con ese mismo título, aunque la profundidad de la garganta tenía otras referencias—. Y quedó de él una frase enigmática:

—Siga el rastro del dinero.

Al parecer, Felt jamás dijo tal cosa, pero la frase se incluyó en la versión cinematográfica del libro Todos los hombres del presidente, escrito por Bob Woodward y Carl Berstein. Era una forma de resumir en pocas palabras la idea general de las indicaciones de Felt a Woodward para que averiguara por dónde circulaba el dinero del caso Watergate, porque siguiendo esa pista llegaría a descubrir la verdad.

Ahora había que seguir el rastro del dinero ruso… y también el rastro de los rusos muertos en los meses inmediatamente anteriores a esa sesión del Congreso, e inmediatamente posteriores a la victoria electoral de Donald Trump: Serguéi Krikov, Andréi Kárlov, Petr Polshikov, Oleg Erovinkin, Roman Skrylnikov, Andréi Malanin, Alexander Kadakin, Vitali Churkin, Denís Nikoláievich Voronénkov, Mirgayas Shirinski… Y todos los demás.

LOS OPOSITORES DESAPARECIDOS

El docente Nikolái Girenko murió violentamente junto a la puerta de su casa de San Petersburgo en junio de 2004, de varios disparos de rifle, al parecer por un grupo terrorista neonazi.

Serguéi Yushenkov, político de la oposición liberal, también recibió disparos cerca de su casa de Moscú en abril de 2003. Había investigado la posible conexión de los servicios secretos rusos en la cadena de explosiones que se produjo en el país pocos años antes. El mismo destino había tenido Natalia Estemirova. En julio de 2009, esta periodista defensora de los derechos humanos fue sacada a la fuerza de su casa y nunca volvió. Tres años antes, Anna Politkóvskaya había sido asesinada en el ascensor de su casa de Moscú, después de publicar un libro en el que relataba con minuciosidad los atentados contra los derechos humanos que se cometían en Chechenia. En septiembre de 2006 fue asesinado Andréi Kozlov, empeñado en denunciar a quienes blanqueaban dinero.

En julio de 2004, otro investigador del blanqueo de capitales sufrió un oportuno disparo que acabó con su vida. Se llamaba Paul Klebnikov. Tenía cuarenta y un años. Era periodista de investigación. Nació en Nueva York de padres rusos. Había denunciado que la trama de dinero negro alcanzaba a algunos despachos del Kremlin. Entre sus enemigos había personajes principales, desde la cúpula del poder político hasta la del económico, si es que esa diferencia se puede establecer en Rusia. Le odiaba Berezovski, al que Klebnikov había bautizado en sus artículos como «el padrino del Kremlin». Le odiaban algunos de los rebeldes chechenos, como Jozh-Ahmed Noujayev, al que calificó como «bárbaro» en el título de un libro, redactado después de mantener una larga entrevista con él. Klebnikov fue asesinado cuando salía de la oficina de la revista Forbes en Moscú, camino del metro, adonde no llegó. Estaba casado y tenía tres hijos pequeños. Noujayev parecía el sospechoso número uno de haber ordenado el crimen, pero nunca fue procesado, y pasaban los días, los meses y los años sin que se conociera su paradero o, incluso, si estaba vivo. Tres chechenos fueron detenidos por el crimen. Los tres fueron absueltos.

La investigación —en realidad nunca hubo algo que mereciera tal nombre— por el asesinato de Klebnikov se había embrollado más aún cuando en 2013 un expolicía llamado Dmitri Pavliuchenkov desmontó toda teoría anterior al asegurar que dos de los implicados en el asesinato de Anna Politkóvskaya también estaban involucrados en el asesinato de Paul Klebnikov. Y lo decía con conocimiento de causa, porque uno de esos dos implicados era él mismo: reconoció que le habían contratado para seguir los movimientos del periodista de Forbes, cosa que hizo durante un tiempo. Esa misma tarea de vigilancia es la que Pavliuchenkov —que fue condenado por ello a once años de prisión— había realizado para quien pasa por ser uno de los responsables del crimen de Politkóvskaya: un checheno llamado Lom-Ali Gaitukaev, que murió en prisión en junio de 2017, «debido a una larga enfermedad», según la versión oficial. Pavliuchenkov aseguró también que Gaitukaev era la persona que había negociado el precio con el cerebro del crimen, cuyo nombre no conocía, aunque dijo sospechar que había sido el oligarca Boris Berezovski. El juez del caso reconoció desconocer quién había pagado los ciento cincuenta mil dólares que recibieron los asesinos. Pero dejó claro que la periodista había sido asesinada por motivos políticos, al «exponer las violaciones de derechos humanos, la malversación y el abuso de poder».

Tres años después, cuando aún no había terminado el juicio por ese crimen, los cuerpos del abogado de treinta y cuatro años Stanislav Markélov y de la periodista de veinticinco años Anastasia Baburova quedaron tendidos sobre la nieve en una calle de Moscú a menos de un kilómetro del Kremlin. Markélov era conocido en Rusia como defensor de los derechos humanos. Había trabajado para llevar ante los tribunales a los responsables de las violaciones de la ley en Chechenia. En ese ámbito había trabajado con Anna Politkóvskaya. Pero también era el responsable de provocar problemas judiciales a organizaciones neonazis rusas, o a jefes policiales que se habían excedido en el uso de la violencia contra activistas políticos de la oposición.

Aquel 19 de enero de 2009, Markélov había dado una rueda de prensa para informar de su nuevo objetivo: conseguir que los tribunales devolvieran a prisión a Yuri Dmitrievich Budanov. El coronel Budanov del

ejército ruso había alcanzado una gran fama por sus —supuestas— hazañas bélicas en la guerra de Chechenia. No es fácil encontrar una foto en la que sonría. Su porte habitual pretendía atemorizar. Era su trabajo. Pocas veces se controlaba. No lo pretendía. Pero un día de marzo del año 2000 la ausencia de autocontrol tuvo resultados fatales. Se presentó con un carro de combate en la casa de Elsa Kungáyeva, una joven chechena de dieciocho años. Budanov estaba convencido de que esa chica era una francotiradora que había acabado con la vida de dos militares rusos. Elsa fue torturada, violada y asesinada. Budanov reconoció haberla estrangulado con sus propias manos en un ataque de ira y desviación mental. En el juicio alegó haber sufrido un estado temporal de locura. Un informe médico avaló la excusa. Pero ese comportamiento era parte habitual de su trato incluso con sus subordinados, y hasta con sus superiores. Budanov fue primero absuelto, pero después de un recurso y de un segundo juicio acabó por ser condenado a diez años de prisión por un tribunal militar, en medio de una gran controversia nacional. Muchos rusos le apoyaban, según los sondeos que se publicaron. Los máximos jefes del ejército le despreciaron, pero un buen número de militares de menor rango le dio su apoyo en público. El juez que emitió la condena, Vladímir Bukreyev, sufrió una peripecia que acabó con su carrera profesional: fue condenado a prisión por aceptar un soborno de cuarenta mil dólares. Bukreyev siempre se declaró inocente, y acusó a militares próximos a Budanov de haber orquestado las acusaciones como venganza.

Hubo muchos intentos de conseguir la libertad de Budanov por parte de quienes le consideraban un héroe y no un asesino. Uno de esos intentos tuvo éxito. En diciembre de 2008, un tribunal ordenó su salida de prisión por buen comportamiento. Aún faltaban casi dos años para que cumpliera su condena. El 15 de enero de 2009, Budanov era un hombre libre. Cuatro días después, el abogado de la familia de Elsa Kungáyeva, Stanislav Markélov, recibía un disparo en la cabeza cuando acababa de anunciar un recurso contra la libertad del coronel. A su lado yacía el cuerpo sin vida de Anastasia Baburova, periodista del periódico opositor Novaya Gazeta, el mismo en el que trabajaba Anna Politkóvskaya. Dos jóvenes ultranacionalistas, Nikita Tijonov y su novia Yevguenia Jasis, fueron

condenados por el crimen. Tiempo después fue detenido el supuesto autor intelectual, Ilia Goriachev. Había huido a Serbia cuando su nombre fue vinculado con el doble asesinato, pero fue extraditado. El juez que le sentenció escribió en la sentencia que Goriachev sentía «odio ideológico» por Markélov, al haber defendido a militantes antifascistas. Era uno de los fundadores de un grupo ultraderechista conocido como BORN, al que se atribuyen hasta ocho asesinatos, entre ellos el de un juez.

Dos años y medio después de salir en libertad, el viernes 10 de junio de 2011, el excoronel Yuri Budanov, del 160 Regimiento de Tanques, tenía cita con un notario de Moscú. Llegado el mediodía sintió la necesidad de saborear el aroma de un cigarrillo y salió a la calle. Pantalón negro y camisa azul de manga corta. El verano estaba a las puertas. Poco después, Budanov yacía sin vida en un parque, con cuatro disparos en la cabeza. Un pistolero salió de un coche y utilizó su arma con silenciador.

—Un perro merece morir como un perro —declaró desde su exilio en Noruega Visa Kungayev, padre de Elsa, la joven chechena estrangulada hasta que dejó de respirar por culpa de Budanov, once años atrás. En 2013, un tal Yusup Temerjanov fue sentenciado por el asesinato de Budanov. Según el tribunal, Temerjanov habría vengado así la muerte de su padre en el año 2000, durante la guerra de Chechenia, a manos de un grupo de soldados rusos borrachos. Fue condenado a quince años de prisión, cinco más que Budanov por acabar con la vida de Elsa Kungáyeva.

Todo había empezado trece años atrás con el asesinato de Elsa por Budanov; seguido del asesinato del abogado de la familia Kungayev, Stanislav Markélov, y la periodista Anastasia Baburova en 2009; seguido del asesinato del propio Budanov, en 2011. Se cerraba el círculo. Aunque el círculo de las muertes violentas en Rusia no se ha cerrado desde hace décadas.

7.
EL RASTRO DE LA INJERENCIA
AMERICANA EN RUSIA

ALCOHOL, CALZONCILLOS, PIZZA Y VLADÍMIR

Era su quinto viaje a la capital rusa desde que asumió su cargo hacía siete años y medio. Era también el último que haría como presidente. Cuando Bill Clinton entra en modo nostálgico o emotivo es habitual que se muerda el labio inferior, en un gesto tan característico en él que ha sido inmortalizado miles de veces por las cámaras. Ese día lo volvió a hacer.

Había llegado la hora de decir adiós. En realidad, no habría más momento que aquel. Las visitas de presidentes de Estados Unidos a la Unión Soviética fueron pocas y, por tanto, se convertían en acontecimientos históricos. Con la caída de la URSS, las relaciones entre los dos países se destensaron en alguna media, y Clinton convirtió sus viajes a Moscú en algo más natural y menos extraordinario, aunque ninguno de ellos fuera asunto menor. Aquel tenía la importancia de ser el último que hacía como presidente y el primero en el que se iba a reunir con el nuevo líder ruso, Vladímir Putin. Por eso, al terminar las reuniones, al cerrarse las puertas, al sonar el acorde final de los himnos y al darse por concluidas las pretenciosas escenografías de los encuentros oficiales, ya solo quedaba el recuerdo. Evocación de lo que fue y estaba a punto de dejar de ser.

Había conocido a Boris Yeltsin ocho años antes, en junio de 1992. La campaña electoral estaba en pleno apogeo en Estados Unidos, a la espera de que los americanos decidieran en noviembre si el presidente seguiría siendo George H. W. Bush o si sería Bill Clinton. Por aquel entonces, la apuesta más extendida es que Bush conseguiría la reelección, después de la guerra del Golfo. El propio Clinton daba por hecho entonces que también Yeltsin

prefería que se mantuviera en la Casa Blanca el presidente en ejercicio. Pero el líder ruso, de visita en Washington, aceptó reunirse con el aspirante demócrata, como gesto de cortesía. «Le dije que si yo ganaba las elecciones le apoyaría —asegura Clinton en sus memorias—. Yeltsin había destruido el viejo sistema, pero aún no había tenido tiempo de construir uno nuevo», y le quería ayudar a construirlo. No había pasado todavía un año, y Clinton ya era presidente de los Estados Unidos. El líder ruso tenía sus dudas sobre él. Con Bush no le había ido mal.

Tuvieron un encuentro inicial relativamente privado. Sin asesores. Lo importante era establecer una buena sintonía personal entre los dos y, a partir de ahí, un canal de comunicación estable y productivo. Y lo productivo era el dinero. Yeltsin necesitaba ayuda económica, y la necesitaba de forma urgente. Desmontar la Unión de Repúblicas Socialistas Soviéticas después de siete décadas de poderío mundial no resultaba gratuito. Pero, al mismo tiempo, no quería dar la impresión de que se dejaba mecer en brazos de Estados Unidos. Muy especialmente no quería que sus conciudadanos rusos le imaginaran entregado a los deseos del presidente de su enemigo histórico, porque sus rivales políticos podrían acabar con él de un plumazo. Todavía era un líder débil. En realidad, nunca dejaría de serlo. Necesitaba, al menos, dar imagen de dignidad nacional.

Clinton llevaba en mente un amplio operativo que ayudara a poner en pie la desplomada economía rusa, con la colaboración —nada desinteresada — de las empresas americanas, ávidas de encontrar buenos negocios en la Rusia poscomunista. Pero Yeltsin tenía una necesidad mucho más urgente y bastante más prosaica que esa: no disponía de casas suficientes para todos los militares que volverían a Rusia desde las repúblicas bálticas. La petición resultaba casi patética. ¿Cómo era posible que el glorioso Ejército Rojo de la gran Unión de Repúblicas Socialistas Soviéticas ni siquiera tuviera casas para que vivieran sus militares? Y, peor aún: ¿cómo se podía asumir que las casas de los militares rusos se construyeran con dinero prestado por Estados Unidos? Parecería una limosna. Y para evitar esa sensación, Yeltsin necesitaba hacer ver a Rusia y al mundo que había forzado a Clinton a ceder en algo. Necesitaba una victoria para disfrazar una derrota.

Esa tarde, las dos delegaciones habían programado un agradable paseo primaveral en barco por el puerto de Vancouver. Fue en esa corta travesía, y en la cena posterior, cuando Clinton descubrió —o confirmó— una de las circunstancias que habría de tener en cuenta en su relación con Yeltsin. El presidente ruso agotó las reservas de *whisky* en el aperitivo, y las reservas de vino en la cena. Bebió mucho y apenas comió. Algunos miembros de la delegación rusa se plantaban delante de los camareros para pedirles que no llevaran más botellas a su presidente, mientras el habla se le desviaba cada vez más debido al alcohol ingerido. Aquella situación en Vancouver ya resultó clarificadora sobre el estado etílico habitual de Yeltsin, aunque nada podía superar a la escena que se produciría un año después, cuando visitó a Bill Clinton en Washington.

LOS CALZONCILLOS DE YELTSIN

El protocolo de la presidencia de los Estados Unidos suele ser muy afectuoso y detallista con sus invitados extranjeros. Los presidentes americanos son poderosos y les gusta que se note. Pero también quieren mostrarse amables y cordiales con el prójimo. Disfrutan cuando aparentan afabilidad y simpatía; cuando hacen como que descienden a tu nivel en una muestra de amistad. Y saben que, además, en política ese tipo de gestos son muy útiles. Porque nada deslumbra más a un dignatario extranjero invitado a Washington que notar la atención personalizada y pretendidamente cómplice del presidente de los Estados Unidos.

Bill Clinton fue un artesano virtuoso en el uso de esa cualidad casi estratégica en política exterior. Era capaz de hacer sentir a sus invitados que no existía nadie más en el mundo, y que de verdad estaba interesado en lo que hablaba con ellos. Les llevaba por las estancias menos conocidas de la Casa Blanca, y les contaba los pequeños y grandes secretos que escondían sus rincones. Algunos de esos secretos los había protagonizado el propio Clinton con una becaria, aunque sobre eso era más oportuno no hacer mención. Además, el presidente tenía a su disposición otra herramienta que

ha sido muy útil para los presidentes americanos: la Blair House. Es un hermoso edificio situado frente a la fachada norte de la Casa Blanca, y apenas a veinte pasos de la valla que separa la residencia presidencial de la avenida Pensilvania, en su recorrido por la plaza Lafayette. Sus habitaciones han acogido a lo largo de décadas a los presidentes electos que están a punto de ser investidos. Y es el lugar al que se invita a los mandatarios llegados de otros países que van a ser recibidos en el despacho oval. Allí se celebró en 1992 el primer encuentro entre el presidente Yeltsin y el candidato Clinton.

Hospedarse en la Blair House suele ser el inicio de unas jornadas de ensueño para quienes las protagonizan. Pero para Boris Yeltsin fueron unas jornadas para olvidar. De hecho, quizá no llegó nunca a recordar del todo lo que allí ocurrió. Es el efecto que suele tener un exceso de alcohol.

El Servicio Secreto es el organismo que se ocupa de dar protección al presidente de los Estados Unidos y, también, a las autoridades extranjeras que visitan el país. Por supuesto, que esas autoridades extranjeras llevan, además, a sus propios encargados de la seguridad. El Servicio Secreto vigila la Blair House cuando la casa acoge a un huésped, como era el caso aquella noche de septiembre de 1994, en la que el presidente de la Federación Rusa visitaba Washington. Poco antes, cuando bajó las escalerillas de su avión oficial en la base militar de Andrews, Yeltsin estuvo a punto de caer al suelo al dar un mal paso. Horas después ya estaba instalado en la Blair House.

Varios agentes americanos se habían repartido entre la puerta y, más abajo, a los pies de los diez escalones que dan acceso a esa puerta. En algún momento se empezaron a escuchar gritos en el interior de la residencia. Eso no suele ocurrir. Si ocurre, es que hay problemas. Y si esos problemas se producen cuando dentro está el presidente de una superpotencia, la tensión se torna máxima. Lo que allí sucedió aquel día quedó durante años sumido en el silencio de quienes lo habían vivido. Mantener el secreto es parte consustancial de su labor profesional. Pero el secreto no es obligación de un político. Y años después, el presidente de los Estados Unidos contó la historia, tal y como a él se la habían relatado, a Taylor Branch para su libro The Clinton Tapes: Conversations with a President, 1993-2001.

Solo la enorme dimensión corporal de Yeltsin, tanto en estatura como en peso, puede explicar que el líder ruso pudiera zafarse de sus guardaespaldas dentro de la casa, hasta llegar ante la puerta de salida de la Blair House, abrirla y plantarse en la calle, vestido únicamente con sus calzoncillos. La escena, vista en términos de análisis político-histórico es esta: el presidente de la Federación Rusa —una superpotencia que disponía de misiles cargados con cabezas nucleares—, sucesor de zares y de secretarios generales del todopoderoso Partido Comunista de la Unión Soviética, estaba a pocos metros de la Casa Blanca de Washington —residencia del presidente de la superpotencia nuclear rival, y tradicional enemigo—, borracho, apenas cubierto por unos calzoncillos, y pidiendo un taxi para ir a comprar *pizza*.

—¡¡*Pizza*, *pizza*!! —gritaba al viento de la capital de los Estados Unidos, mientras varios aterrorizados agentes del Servicio Secreto le agarraban para devolverlo, escaleras arriba, sano y salvo al interior de la Blair House.

No hay noticia alguna de que Bill Clinton comentara aquella escena ridícula con Boris Yeltsin a la mañana siguiente, cuando se reunieron en el despacho oval de la Casa Blanca. Hubiera sido inapropiado en términos de pura educación, y Clinton siempre fue un hombre educado. Pero si se analiza en el ámbito de las siempre inhóspitas relaciones internacionales, en las que no hay amigos, sino intereses, el presidente de los Estados Unidos hubiera podido aprovechar aquel episodio grotesco para chantajear a Yeltsin con hacerlo público si Rusia no aceptaba las exigencias de Estados Unidos. Y quizá lo hizo, aunque solo fuera de forma insinuante. Determinadas cosas no hace falta relatarlas en toda su extensión para que sean fácilmente comprendidas.

Clinton y Yeltsin siempre han hablado de su relación política, unida a su relación personal. Se caían bien. Eso hacían ver al mundo. Clinton solía decir medio en broma que le gustaba Yeltsin porque no tenía que mirar hacia abajo para verle los ojos. Se miraban cara a cara, porque ambos rondaban los casi ciento noventa centímetros de estatura. Se sentían poderosos frente al mundo de los bajitos. Aunque quizá su buena conexión se fundamentaba más en que había dos características en las que se parecían

mucho. Ambos eran animales políticos, capaces de apabullar a sus rivales con su enorme disposición para la empatía, su dominio de los tiempos y su carácter implacable frente a los enemigos. Y cada uno de los dos tenía —sufría— una debilidad que condicionó sus vidas personales y políticas.

Yeltsin era incapaz de controlarse delante de una copa que contuviera una bebida alcohólica. Clinton era incapaz de controlarse delante de una mujer que le gustara. La tendencia de ambos a cometer errores no forzados fue siempre proverbial. Los escándalos provocados por la irrefrenable pasión por la bebida, en un caso, y por el indómito ardor que le provocaban las mujeres, en el otro, convirtieron en un proceso infernal buena parte de su periodo como presidentes. Y, sin embargo, ambos consiguieron llevar a término sus mandatos. Clinton sobrevivió a un intento de impeachment —destitución del presidente por el Congreso de los Estados Unidos— en 1999. Yeltsin sobrevivió a dos: uno en 1993 y otro, también en 1999. Vidas parcialmente paralelas, salvando las muchas distancias políticas y personales.

Llegados a finales de ese año 1999, Clinton ya estaba en la cuenta atrás de su presidencia. Yeltsin sí podía luchar por la reelección, pero políticamente apenas se sostenía, algo que también le ocurría a su enorme cuerpo, debido a la debilidad de su salud. Al menos, el ruso consiguió que pareciera que era él quien ponía fin a su carrera política cuando lo creyó conveniente, eligiendo a un, entonces, casi desconocido Vladímir Putin. Y Putin llegó al poder encolerizado por el hundimiento de la URSS, y por lo que consideraba el sometimiento de Yeltsin y los suyos hacia los intereses de Estados Unidos. Tenía la firme determinación de acabar con eso. Y de inmediato.

MÁS ALCOHOL Y CARCAJADAS

Un año después de la incalificable escena de la *pizza*, en octubre de 1995, Yeltsin y Clinton habían concertado una reunión bilateral, en la casa-museo de Roosevelt en Hyde Park, a hora y media de coche al norte de la ciudad

de Nueva York, para buscar una solución a la guerra de Bosnia, sobre cuyo desarrollo discrepaban. Terminado el encuentro, ambos mandatarios comparecieron ante los medios de comunicación, que se habían mostrado escépticos, casi incrédulos, sobre la posibilidad de un acuerdo. Yeltsin tomó la palabra en primer lugar. Aquel día, el presidente de Rusia tampoco parecía muy centrado. Y no lo estaba. Empezó hablando con firmeza y con cierta capacidad de síntesis, utilizando frases cortas que de inmediato eran traducidas al inglés por un intérprete. Lo primero que hizo fue reconocer que había llegado a esa cumbre con menos optimismo del que salía, frase que fue acogida por Clinton con un gesto de aprobación, incluso exagerado, para que no pasara inadvertido ante la prensa internacional. Pero, de inmediato, Yeltsin culpó de su propio pesimismo inicial a los periodistas por aventurar en los días previos que la reunión entre ambos «iba a ser un desastre». Clinton empezó a reír de forma algo aparatosa, como tratando de rebajar la tensión que amenazaba con instalarse en el ambiente. Una cumbre exitosa no lo es si los medios dicen que no lo ha sido, y eso era lo último que necesitaba el presidente de los Estados Unidos.

Ante las risas de su colega americano, y las de algunos periodistas, Yeltsin se vino arriba:

—¡El desastre sois vosotros! —espetó con ira a los representantes de la prensa, como si fueran enemigos que habían intentado hundirle anunciando grandes catástrofes.

Clinton, con el instinto de supervivencia política que siempre atesoró, vio que aquello podía acabar muy mal si no le ponía remedio, y reaccionó con una gran carcajada, quizá impostada, que fue seguida con entusiasmo por los allí presentes. El presidente americano se doblaba sobre sí mismo, y hacía ademán de secarse las lágrimas provocadas por aquella risa incontenible que parecían suscitarle las palabras del líder ruso.

—Estén seguros de atribuir bien la frase a su autor —bromeó Clinton con los informadores en plena risotada, no fuera a ser que algún periodista dijera después que la bronca a la prensa era obra del americano y no del ruso.

Clinton incluso daba gritos, en medio de un jolgorio inacabable, mientras los dos líderes se golpeaban las espaldas mutuamente con las

palmas de las manos, como si fueran amigos desde la infancia.

Cuando Clinton pudo, por fin, calmarse, Yeltsin retomó su discurso. Y pareció entonces uno de los antiguos líderes de la gerontocracia soviética: gesto desabrido, de desaprobación, dedo índice enhiesto y acusativo, y voz retadora de hombre mayor y castigado por una salud delicada.

—Nuestra colaboración no está calculada por un año o por cinco años, sino por los años que han de venir, por decenas de años, por un siglo; somos amigos —se explayó el presidente ruso, en una declaración poco hilvanada, y con escasos precedentes en la historia de la relación entre Estados Unidos y Rusia.

Yeltsin siguió abroncando a los medios de comunicación, incapaz de poner fin a una intervención que, pasados los minutos y las carcajadas, empezaba a carecer de sentido, si se tiene en cuenta que todo el mundo reía cuando se acababa de discutir sobre una guerra sangrienta en Bosnia y sobre la posibilidad de llegar a un acuerdo para frenar la escalada nuclear en el mundo. Boris Yeltsin dio, incluso, las gracias a Bill Clinton. Gracias, Bill. Memorable.

Algunas personas que aseguraban conocer de forma directa lo ocurrido intramuros de la casa de Roosevelt contaron después que, en los minutos previos a la conferencia de prensa, Yeltsin había consumido casi una botella entera de vino durante la comida, que pidió una copa al terminar el almuerzo, y que como postre se tomó un coñac. Esta versión podría no ser del todo cierta, pero tratándose de Yeltsin era perfectamente verosímil. Sus costumbres habituales no distaban mucho de ese relato alcohólico.

Minutos antes de la pintoresca rueda de prensa que iban a dar, Clinton se mostró obsequioso con su invitado. Le regaló unas botas de *cowboy* hechas a mano. Yeltsin se quitó los zapatos para probárselas. Le quedaban bastante bien. Bill las había ordenado confeccionar sobre la base del tamaño de sus propios pies, suponiendo que los de Boris serían parecidos. Y acertó. Con el alcohol realizando su trabajo habitual en contacto con la sangre, a Yeltsin se le ocurrió la idea de intercambiar sus zapatos con los de Clinton, y salir así ante la prensa, con los zapatos cambiados. Vladímir Shevchenko era entonces el responsable del protocolo diplomático ruso. *De facto*, era el hombre que se ocupaba de proteger a Yeltsin de sí mismo cuando Yeltsin se

dejaba. La idea de intercambiar zapatos tuvo un efecto inmediato en el rostro de Shevchenko, que entró en pánico.

—Boris Nikoláievich —dijo con el respeto debido a su presidente—, quizá los medios dirían cosas poco favorecedoras sobre esto.

No hubo intercambio de zapatos, pero las carcajadas que se produjeron después hicieron historia.

CLINTON, EN SILLA DE RUEDAS

Hacía días que había dejado de nevar, pero el mes de marzo en Helsinki sigue sin ser un mes en el que resulte agradable mantenerse mucho tiempo sin refugio. El majestuoso Air Force One, con su morro azul, su panza blanca, sus letras negras y el escudo del presidente, acababa de aterrizar después de un largo viaje, y un camión de Finnair, las líneas aéreas nacionales de Finlandia, se apresuraba a llegar hasta la puerta de la aeronave para acoger al ilustre invitado que llegaba sentado en una silla de ruedas.

Nueve días antes, el 13 de marzo de 1997, Bill Clinton disfrutaba de una agradable velada en el hogar de uno de sus ídolos: el mítico campeón de golf Greg Norman. Al día siguiente iban a jugar unos cuantos hoyos, lo que no evitó que la charla se alargara hasta la madrugada. Cuando el presidente decidió que había llegado la hora de descansar, todos bajaron las escaleras de la casa en dirección a la puerta. Clinton, somnoliento o despistado o ambas cosas, no vio el último peldaño. «Mi pie no encontró el suelo donde esperaba», contó tiempo después en sus memorias. Su enorme cuerpo se desestabilizó y algo crujió. Era el cuádriceps de su pierna derecha, desgarrado en un noventa por ciento. El presidente recuerda haber sufrido «un día de horrible dolor», y la desagradable promesa de seis meses de rehabilitación durante los cuales no podría jugar al golf, entre otros placeres mundanos. Además, le esperaban ocho semanas de muletas, en el mejor de los escenarios posibles. «Cuando regresé a casa desde el hospital tenía

menos de una semana para preparar la reunión con Boris Yeltsin en Helsinki».

Clinton viajó a Finlandia, y apareció ante el mundo sentado en la silla de ruedas, con la pierna derecha estirada en toda su longitud.

Por el contrario, Yeltsin ofrecía un poco habitual aspecto saludable cuando bajó las escalerillas de su avión oficial, del brazo de su esposa. Solo habían pasado cuatro meses de su última operación: siete horas en el quirófano de Centro Cardiológico de Moscú —uno de los orgullos científicos nacionales—, para ser sometido por el doctor Renat Akchurin a una compleja cirugía coronaria para un baipás múltiple. El cirujano llegó a parar el corazón del presidente durante sesenta y ocho eternos minutos. Era parte de la operación. En ese tiempo, la sangre era bombeada por una máquina. Días antes se llegó a rumorear que Yeltsin sería operado en Estados Unidos, donde la experiencia en este tipo de cirugías era mucho mayor que en Rusia. Pero el orgullo nacional no podía permitir tal cosa. El líder ruso ya había sufrido varios ataques al corazón debidos a problemas en el flujo sanguíneo de sus arterias. Sus enemigos confiaban en que la operación dejara para la posteridad a un Yeltsin débil y, por tanto, más fácil de derribar. Es la mala fe propia de la política profesional, que entiende poco de asuntos humanos. Pero la operación resultó ser exitosa, y el presidente se recuperó más rápido y mejor de lo previsto por los agoreros.

El líder ruso, bien asesorado y muy responsabilizado ante la tarea histórica que le correspondía gestionar, consiguió esos días no dar la impresión de haber acabado con todo el vodka disponible. Aprovechó la situación. Tenía buen aspecto, en comparación con su contraparte. Parecía asumir correctamente las circunstancias y haberlas puesto bajo su control. Aún perduraba el éxito que había conseguido pocos meses antes, al lograr en las urnas la reelección como presidente de Rusia, en unos comicios en los que Clinton movilizó todos los recursos en su mano para que Yeltsin se mantuviera en el poder.

En aquel tiempo, Clinton había contratado al asesor Dick Morris, próximo al Partido Republicano, y conocido por considerar, como casi todos los asesores, que en política hay poco margen para los escrúpulos. Se trata de ganar. Da igual cómo. Morris recuerda que Clinton le consultó qué

podían hacer para ayudar a Yeltsin en las elecciones de Rusia, «porque su popularidad se ha desplomado, y tenemos que conseguir su reelección», en palabras del expresidente citadas por el propio Morris. El asesor buscó a un experto para que controlara la evolución de la opinión pública rusa mediante sondeos poco baratos, que se analizaban en la Casa Blanca, y después se entregaba a Yeltsin una lista de recomendaciones. Según Morris, Clinton descolgaba el famoso teléfono rojo para hablar directamente con Yeltsin y asesorarle:

—Clinton dirigió la campaña de Yeltsin; incluso consiguió que Arabia Saudí perdonara una deuda a Rusia, para que ese dinero se utilizara en la campaña electoral.

El presidente de Estados Unidos estaba obsesionado con evitar la caída del líder ruso «porque volvería la Guerra Fría». Su sustituto podía ser un comunista o un fascista, y era difícil saber cuál era la peor opción de las dos. Yeltsin ganó. Y sí, hubo injerencia de Estados Unidos en las elecciones presidenciales rusas de 1996.

Esa misma intención y empeño tendría años después Vladímir Putin para ayudar a Donald Trump a vencer a Hillary Clinton. Clinton y Clinton, con Rusia por el medio. Injerencias las ha habido siempre, y en todas las direcciones. Yeltsin tenía muchas dificultades en su país, pero también disponía del refrendo mayoritario para seguir adelante con su plan de reformas. No siempre había sido igual.

EN LA DACHA DE YELTSIN

Había llegado el final. Terminaba el difuso y agreste camino desde el colapso del comunismo soviético hasta el establecimiento de una endeble y enfermiza democracia formal. En realidad, afirmar que se había conseguido el establecimiento de una democracia, aunque solo fuese en términos de apariencia, se podría considerar una expresión de optimismo desmedido y poco coherente con la realidad de los hechos. Analizar si lo conseguido había sido un éxito o un fracaso sería obra de los historiadores. Pero nadie

podría apartar de su mente el recuerdo de los logros alcanzados, y de la dureza del trabajo que fue necesario para alcanzarlos. Boris Nikoláievich Yeltsin, nacido en 1931 en Butka, dos mil kilómetros al este de Moscú, ya era el expresidente de la Federación Rusa, el primero que había tenido después del desmembramiento de la URSS en una miríada de Estados independientes.

Para aquel mes de junio de 2000, Yeltsin vivía —casi se refugiaba— en su dacha de las afueras de la capital. Todas las herramientas del poder que habían sido suyas durante casi una década estaban para entonces en manos de Vladímir Putin, aquel al que Yeltsin había elegido. ¿Por qué Putin y no otro? ¿Qué hizo que un espía, educado en las tuberías más profundas del Estado soviético, fuese la opción del presidente ruso para ocupar su lugar? ¿Quién era Putin? ¿Qué había conseguido hasta llegar al poder? ¿Cómo lo había conseguido? ¿Por qué?

Quizá Bill Clinton planteó a Yeltsin estas preguntas un luminoso lunes del mes de junio del año 2000, en el que Moscú amaneció cubierto por una delgada capa de nubecillas blancas. Era la quinta visita de Clinton a Moscú como presidente de los Estados Unidos. Era la primera vez que lo hacía con Yeltsin fuera del poder. Y, tan importante como eso, era la primera y la última vez que lo haría con Vladímir Putin al mando del Kremlin. Se volverían a ver unos meses después, pero ya no sería en Moscú. El avión presidencial Air Force One aterrizó en el aeropuerto de Vnukovo a primera hora de la tarde. El ministro de Asuntos Exteriores ruso Igor Ivanov se encargó del recibimiento protocolario a pie de pista. Su colega americana, la secretaria de Estado Madeleine Albright, facilitó la comunicación con su conocimiento del idioma local.

Una larguísima caravana de más de quince coches partió desde el aeropuerto, con destino al Grand Hotel Marriot, situado a cinco minutos del Kremlin. La caravana avanzaba a toda velocidad por calles que habían sido vaciadas de tráfico previamente. En algunas sí había peatones que aspiraban a ver al presidente americano, aunque fuese en un fugaz golpe de vista. No eran muchos. La expectación popular estaba controlada.

Putin apenas llevaba seis meses en la presidencia, aunque en realidad controlaba todos los resortes del país desde hacía casi un año, cuando

Yeltsin, por sorpresa, optó por él para el cargo de primer ministro. El 1 de enero de 2000 había asumido la presidencia de forma provisional, a la espera de las elecciones que se habrían de celebrar el 26 de marzo. Y después de ganarlas, el 6 de mayo juraba su cargo. Rusia iniciaría el nuevo milenio con otro líder al frente. Un líder con una ambición inabarcable.

No había pasado todavía un mes cuando Putin abrió las puertas del Kremlin a Bill Clinton para negociar sobre los misiles nucleares. Organizó una cena solemne, terminada la cual el presidente ruso quiso conmover al americano con la música que más le gusta: un concierto de *jazz*, con artistas de todas las edades. Clinton relata la escena con delectación en sus memorias: «El final del concierto empezó con el escenario a oscuras y con una hechizante serie de melodías de mi saxofonista favorito, Igor Butman. John Podesta —jefe de Gabinete de Clinton—, al que le gustaba el *jazz* tanto como a mí, coincidió conmigo en que jamás había oído una actuación en directo mejor que esa». Dieciséis años después de aquella conmovedora escena en Moscú con Putin como anfitrión, a John Podesta le hackearon su cuenta de correo electrónico cuando era el responsable de la campaña de Hillary Clinton para la presidencia de los Estados Unidos, frente a Donald Trump. Los *emails* robados fueron publicados por WikiLeaks. Y, según las investigaciones realizadas por la CIA, esos *emails* pudieron llegar hasta WikiLeaks entregados por agentes del servicio ruso de inteligencia. Bill Clinton y John Podesta en el año 2000, y Hillary Clinton y John Podesta en el año 2016. Son las vueltas que dan la vida, la política y la historia.

Putin también organizó una suntuosa ceremonia con público para firmar los acuerdos sobre armamento que, a la vista de las expectativas, parecían menores. Aun así, el relator del acto vociferaba por los altavoces de la sala, en inglés y en ruso, las bondades que los dos mandatarios estaban rubricando en aquel momento histórico. Histórico para Vladímir, por ser el primero, y para Bill, por ser el último. Quisieron darle valor al curioso pacto alcanzado entre ambos, y consistente en que si estaban en desacuerdo se lo podían decir el uno al otro, como si fueran buenos amigos. Y, sí, estaban en desacuerdo. Y, no, no eran amigos. De hecho, Clinton no quiso terminar la conferencia de prensa sin dejar claro para la historia que no le gustaba cómo Putin gestionaba la guerra de Chechenia, con la violación

sistemática de los derechos humanos que allí se producía. Podía darse ese lujo porque estaba terminando su mandato, y ya no tendría que negociar muchas más veces con el presidente ruso. Putin escuchaba con atención, a pocos centímetros a la izquierda de su colega americano, sin perder detalle, y sin importarle demasiado la acusación de un presidente que estaba de salida. Ya se lo cobraría. Y se lo cobró en la campaña electoral americana de 2016. Las palabras de concordia y camaradería entre ambos no pudieron esconder el inicio de un lento pero inexorable cambio a peor en la relación entre Rusia y Estados Unidos establecida por Yeltsin y Clinton durante los años noventa.

Terminado el acto, Putin y Clinton estrecharon las manos mientras el público asistente aplaudía en pie. Como buen gestor de imagen, el presidente americano parecía acercarse al ruso más de lo que resultaba natural, como si quisiera que quedara de manifiesto la evidente diferencia de estaturas: el casi metro noventa del americano, frente a los ciento setenta centímetros del ruso. Le sobraba una cabeza. ¿Servía de algo la foto? Quizá, para alimentar su ilimitado ego, y el subconsciente de los admiradores que aún le quedaran en el mundo y que, a pesar del escándalo Lewinsky, aún eran muchos. Presumir de estatura no deja de ser un ejercicio fatuo, pero inevitable para quienes no están escasos de vanidad. Y a Clinton nunca le escasearon la vanidad, ni la brillantez. Siempre fue vanidoso por brillante.

El presidente ruso acompañó a su colega americano hasta la llamada Puerta de los Zares, del fabuloso y esplendoroso Gran Palacio del Kremlin. Impresiona. Hoy es la residencia oficial del presidente de la Federación Rusa, aunque eso no significa que siempre se utilice con ese fin. De hecho, no es el equivalente exacto a la Casa Blanca de Washington. Putin y Clinton se despidieron con la cordialidad obligada. Estaban de acuerdo en lo menos, y discrepaban en lo más. Eso a Putin no le preocupaba. De hecho, le satisfacía dar esa imagen de lejanía política con el líder americano, porque el tiempo corría a su favor. Él acababa de llegar al poder, mientras que Clinton estaba de salida.

Desde el primer minuto de su mandato, el nuevo líder ruso quería mostrar al mundo que las cosas habían cambiado en el Kremlin, que la debilidad de Rusia era una circunstancia de la que a partir de entonces solo

debería hablarse utilizando verbos en tiempo pasado. La vieja Madre Rusia quería volver desde el abismo. Putin estaba comprometido a hacerla volver. Y el primer paso para conseguirlo sería hablar como habla el líder de una superpotencia, aunque muchos en el resto del mundo, y en la propia Rusia, dieran por seguro que había dejado de serlo.

AHORA MANDO YO

Vladímir Putin no había alcanzado el mando para ser una versión joven de Yeltsin, un nuevo líder débil y entregado al poderío de Estados Unidos y de sus aliados de Occidente. Para empezar, nunca se vería a Putin borracho en una rueda de prensa, ni en calzoncillos pidiendo un taxi en Washington para ir a comprar *pizza*. Putin tenía la determinación de reequilibrar la partida que, poco a poco, la Unión Soviética había empezado a perder en tiempos de Leónidas Breznev, que empeoró con los breves y frágiles liderazgos de Yuri Andropov y Konstantin Chernenko, que entró en fase de derrota ineludible con Mijaíl Gorbachov, y que terminó en ruina con Boris Yeltsin. De continuar ese recorrido acelerado hacia lo más profundo del precipicio, a Putin le correspondería jugar el papel de enterrador de Rusia. Pero no estaba dispuesto a aceptarlo.

Por eso, apenas un momento después de estrechar la mano de Clinton y despedirse de él a las puertas del Kremlin, Putin descolgó el teléfono. Sabía que el destino inmediato del presidente americano no era el aeropuerto. La caravana oficial se encaminaba hacia una casa de campo, una dacha, al oeste de Moscú: el hogar de Boris Yeltsin. En el Cadillac de Clinton, además del jefe de Gabinete John Podesta, también iba un amigo de juventud del presidente. Strobe Talbott y Clinton se conocieron en la Universidad de Oxford. Ambos disfrutaban de una beca Rhodes. Ambos compartían habitación en el campus. Strobe y Bill congeniaron pronto. Compartían inquietudes similares. Talbott las encauzó por la vía del periodismo, mientras Clinton optó por la política profesional.

En aquellos primeros años setenta, en plena Guerra Fría, Strobe Talbott se convirtió pronto en un gran experto en la Unión Soviética. Aprendió ruso, y escribió sus reportajes y análisis en la prestigiosa revista Time. Cuando Clinton llegó a la cúspide del poder en Washington quiso llevar consigo a su amigo. Quería que fuera él quien diseñara la política de su administración sobre la Rusia nacida de la defunción de la Unión Soviética. Como no existía ningún cargo específico que sirviera para ubicar a Talbott en el Departamento de Estado, se inventó uno al efecto: embajador honorífico y asesor especial del secretario de Estado para los nuevos Estados independientes de la ex Unión Soviética. Todo eso. Cuando no se sabe qué hacer con un cargo, se suele empezar por darle un nombre suntuoso e interminable. Con afán de síntesis, tal cosa se resumió en nombrarle adjunto al secretario de Estado. Y era, en definitiva, lo que Clinton definió en un titular sencillo, casi periodístico: «Mi hombre en Rusia». Su hombre en Rusia iba con él en aquella limusina que se desplazaba a gran velocidad por las calles que encauzaban el tráfico en la salida de Moscú. Acababa de constatar, aunque solo fuera por el «lenguaje corporal», que su jefe y Putin no congeniaban. Al menos, no congeniaban como lo habían hecho Clinton y Yeltsin.

Cuando la caravana presidencial se acercaba a la dacha, el líder retirado ya estaba en la puerta. Le acompañaban su esposa Naína, y su hija pequeña Tatiana, la mujer más poderosa de Rusia durante el mandato de su padre. Talbott asegura haber visto a un Yeltsin muy desmejorado, con «la cara hinchada, la piel oscura, y muy rígido». También daba la sensación de haberse encogido, como si hubiera perdido parte de la estatura que durante años había permitido a los dos líderes mirarse a los ojos sin tener que bajar o levantar la cabeza. De frente.

Clinton salió del coche y se abrazó a Yeltsin. Estuvieron así, abrazados, durante cerca de un minuto, según el testimonio del asesor del presidente americano. Un largo e intenso minuto. El ex primer ministro británico Tony Blair cuenta en su libro de memorias —A journey—, que en una cumbre internacional Yeltsin le abrazó con diplomática felicidad: «Los primeros diez segundos —del abrazo— fueron, creo, muy amistosos. Los siguientes diez empezaron a ser un poco incómodos. Los siguientes diez me

provocaron problemas respiratorios. Finalmente me liberó después de un minuto y me retiré en busca de una bebida fuerte».

—Amigo mío, amigo mío —le dijo Yeltsin a Clinton, justo antes de comunicarle que acababa de recibir una llamada de Putin.

La conversación, que pretendía ser solo una charla entre amigos, tornó de inmediato en algo menos amistoso y mucho más político. La vida y la política, valga la redundancia. El nuevo presidente ruso quería hablar con su antecesor en el cargo antes de que llegara el invitado americano. Putin no iba a permitir que hubiera dudas. Las cosas habían cambiado. Mandaba él. Los conciliábulos fuera del Kremlin deberían ser, únicamente, charlas entre viejos amigos que hablan de viejas cosas. Iba a quedar claro que la política de Rusia ya no se establecía en la dacha de Yeltsin, sino en el despacho de Vladímir Putin.

El presidente advirtió a Yeltsin de que defendería los intereses nacionales e internacionales del país sin someterse a la presión de nadie, y de que no aceptaría ninguna decisión de Estados Unidos que pudiera suponer una amenaza para la seguridad de Rusia.

Clinton, con su bien contrastada capacidad intuitiva, decidió esperar a que pasara la tormenta. Después de muchas reuniones con Yeltsin, sabía que su amigo ruso solía empezar con ímpetu y dureza, para después entrar en fase de relajo. Cuando Yeltsin bajó la guardia, Clinton también le lanzó el anzuelo, diciéndole:

—Aún no estoy seguro de qué entiende por fortaleza este muchacho nuevo que tenéis —en clara y poco cortés referencia a Putin.

El presidente americano dijo reconocer que su colega ruso parecía ser un hombre capaz de llevar a Rusia por la buena dirección, pero se mostró poco convencido de que tuviera los valores y las convicciones para usar esa capacidad en hacer el bien. Clinton planteaba esas dudas, a la vista de que Putin parecía dispuesto a llegar a pactos con los mismos comunistas que le habían hecho la vida imposible a Yeltsin, y no mostraba especial respeto por la libertad de prensa, que es fundamental en una sociedad abierta y democrática. Talbott asegura que «Yeltsin asintió, pero no respondió».

Fue entonces cuando Clinton sacó de sí la habilidad política que le llevó a ser el hombre más poderoso del mundo, y a seducir con su talento y su

carisma a decenas de millones de americanos:

—Boris, llevas la democracia en el corazón. Has tenido la confianza de tu pueblo. Llevas en tus entrañas a un verdadero demócrata y a un verdadero reformador. Y no estoy seguro de que Putin tenga nada de eso. Quizá sí. No lo sé. Tendrás que vigilarlo y usar tu influencia para asegurarte de que se mantenga en el camino correcto. […]

—Gracias, Bill —respondió Yeltsin, mientras agarraba las manos de su amigo—. Entiendo lo que quieres decir, Bill. Lo pensaré.

—Sé que lo harás, Boris —dijo Clinton mientras acercaba su mano derecha al pecho de Yeltsin. Justo a la altura de su corazón enfermo, según testimonio directo de Talbott, reflejado en su libro The Russia Hand: A Memoir of Presidential Diplomacy.

Minutos después, Bill Clinton acomodó su extenso corpachón en la parte trasera derecha del Cadillac presidencial, como solía hacer casi siempre. Ese era su sitio. El hombro estaba apoyado en la puerta blindada. A través de los cristales tintados, sus ojos se fijaron en la figura de Yeltsin, que le despedía desde la puerta de la dacha. Melancolía. Melancolía por lo vivido. Melancolía por lo que no se volvería a vivir. Un episodio de la historia del mundo se cerraba al tiempo que se cerraba la puerta de aquella dacha cuando Boris volvió al interior de su hogar.

—Hicimos cosas buenas, Boris. —Sí, Bill, las hicimos.

Aún resonaban esas palabras en los oídos de ambos. Yeltsin era historia desde el 1 de enero de 2000, cuando entregó el mando a Vladímir Putin. Habían pasado seis meses. Bill sería historia seis meses después, en enero de 2001, cuando entregaría el mando a George W. Bush, el hijo del hombre al que había sucedido en el cargo ocho años antes. Clinton acababa de ver en Yeltsin su propio futuro inmediato: el de un hombre que había sido poderoso, y que ahora se tenía que conformar con la satisfacción de que alguna vez le llamara el nuevo presidente para darle instrucciones o hacerle una consulta. Melancolía del poder. Bill estaría en esa misma situación más pronto que tarde.

La caravana recorría su camino, mientras el presidente de los Estados Unidos ponía sus ojos en el paisaje que rodea Moscú. Estaba en silencio, como afligido. Pasaban los minutos en medio de un espeso mutismo, solo

alterado por el ruido del motor. Finalmente, sin retirar la vista perdida en el horizonte, soltó un casi inapreciable hilo de voz:

—Puede haber sido la última vez que veo a Boris. Creo que le vamos a perder.

Y volvió el sombrío silencio. La evocación del amigo que quedaba atrás, y la dolorosa evidencia de que el propio poder llegaba a su fin, solo se alteraba y era superada por la aprensión que provocaba el temor a lo que podría estar por venir. El instinto político pocas veces le había fallado a Bill Clinton. No podía adivinar con precisión cada una de las situaciones que se escribirían en la historia del mundo a partir de la llegada al poder de Vladímir Putin. Pero su bien entrenado olfato político le decía que las cosas iban a cambiar, y no necesariamente en la dirección que él deseaba.

En los años siguientes, Vladímir Vladímirovich Putin siguió su propio camino. Era presidente de la Federación Rusa cuando vio salir de la Casa Blanca a Bill Clinton el 20 de enero de 2001. Ese mismo día vio entrar a George W. Bush. Desde el Kremlin, vio salir de la Casa Blanca a Bush el 20 de enero de 2009. Ese mismo día, vio entrar a Barack Obama. Con todo el poder en sus manos, el 20 de enero de 2017 vio salir de la Casa Blanca a Obama, y vio entrar a Donald Trump. Sí, con todo el poder de Rusia en sus manos. Para entonces, el anfitrión que había recibido a Bill Clinton en Moscú en junio de 2000, había conseguido que el mundo entero diera por hecho que era él quien había provocado la derrota de Hillary Clinton y había facilitado la victoria de Donald Trump. Si eso fuese cierto, el mundo habría asistido a la más exitosa operación de espionaje y sabotaje de la historia: Rusia, decidiendo quién sería el presidente de los Estados Unidos.

El día en el que Trump juró su cargo como presidente, en presencia del matrimonio Clinton, Bill bien pudo haber recordado lo que años antes le había dicho a Talbott, cuando aún era presidente y ambos volvían a casa en helicóptero, después de una cumbre rusoamericana:

—No debemos olvidar nunca que Yeltsin borracho es mejor que la mayoría de las otras alternativas sobrias.

Que Rusia influyó en la campaña electoral americana es un dato. Que esa influencia fuera tan importante como para cambiar el resultado, quizá

nunca pueda demostrarse. Pero en política lo que parece, es, lo sea o no. Y Putin consiguió que el mundo creyera que lo hizo. He ahí su poder.

El 18 de marzo de 2018 los rusos le renovaron en la presidencia por seis años más. El muchacho de Leningrado, que se hizo espía del KGB, se convertía en el dirigente ruso que más tiempo había ostentado el liderazgo en el país, después de Josif Stalin. Volodia, como le llaman en casa, era ya el espía que dominaba el mundo.

8.
EL RASTRO DE LA INJERENCIA RUSA

TENEMOS PORQUERÍA DE HILLARY

No debe de ser agradable comprobar cómo medios de comunicación de medio mundo sitúan tu nombre y la palabra «idiota» en la misma frase. No debe de ser agradable que quienes te acusan aseguren que eres un espía del enemigo, y quienes te defienden lo hagan dando por seguro que eres un tipo con tan poca importancia que resulta absurdo pretender que aquello sobre lo que puedas espiar le interese a alguien. Y no debe de ser agradable que, como consecuencia de todo esto, te conviertas en el objetivo de una investigación del FBI. Si Carter Page fuera alguien irrelevante, nada de lo que se escriba sobre él merecería ser leído. Pero, quién sabe, también pudiera ser que Page haya sido un elemento determinante de la injerencia rusa en las elecciones presidenciales de Estados Unidos en 2016; que haya sido una de las claves de la inesperada victoria de Donald Trump.

Tres años antes de esa victoria de Trump, el supuesto diplomático Víctor Pobodnyy de la misión rusa ante la Organización de las Naciones Unidas, conoció —hizo por conocer— a Carter Page, un especialista en asuntos energéticos que, en palabras del propio Pobodnyy, «vuela a Rusia más a menudo que yo». Page parecía interesado en relacionarse con la gran compañía rusa del gas, Gazprom. Aspiraba a hacer dinero. La realidad es que el «amigo» Víctor, de la delegación rusa ante la ONU, no era un diplomático, sino un espía del SVR, el servicio de inteligencia exterior de Rusia. Y su propósito no era ayudar a Page a hacer contactos que le generaran ingresos en rublos, sino reclutar a Carter Page para la causa de Putin. En ese esfuerzo contaba con la ayuda de Igor Sporishev, otro agente del SVR destinado en Estados Unidos.

Ninguno de los dos era consciente de que el FBI los tenía monitorizados casi de forma permanente, gracias a un aparato que captaba sus conversaciones en una sala en la que solían reunirse. Fue en una de esas charlas cuando Sporishev se sinceró al reconocer la dificultad de su labor. No conseguía encontrar americanos «reclutables». Lo había intentado con dos chicas jóvenes de una consultora financiera que se habían licenciado hacía poco tiempo en la Universidad de Nueva York. Pero sin éxito. Para reclutarlas «te las tienes que follar», le dijo a su compañero en una conversación de evidente tono testosterónico. Y Pobodnyy se sentía algo desilusionado porque el trabajo que le habían encomendado se parecía muy poco al de James Bond.

En una de esas conversaciones pretendidamente secretas fue cuando Pobodnyy pronunció las palabras que Carter Page ha visto reproducidas mil veces en los medios:

—Creo que es un idiota.

Más esperanzas tenía cuando estableció su primer contacto con él. Fue en un congreso sobre energía en Nueva York en 2013. Charlaron, intercambiaron sus *emails*, e iniciaron una relación de aparente confianza mutua. Se contaban sus cosas. Page tenía una oficina muy cerca de la Torre Trump. Oportuno. Desde allí envió algunos papeles sobre asuntos energéticos a funcionarios rusos. Incluso se vanagloriaba de haber ayudado a la administración Putin antes de una cumbre del G20 en San Petersburgo como «asesor informal». El FBI llamó a capítulo a Carter Page. Pero después de un interrogatorio, se supone que intenso, llegó a la conclusión de que Page no era un espía al servicio de Rusia. Y también llegó a la conclusión de que Page no sabía que Pobodnyy era un espía ruso.

En 2015, Víctor Pobodnyy, de veintisiete años, e Igor Sporishev, de cuarenta, ya no estaban en Estados Unidos. Habían escapado precipitadamente a Rusia. No volverían. Quien no había podido huir a tiempo era Evgeni Buriakov, de treinta y nueve años, que ni siquiera contaba con la inmunidad diplomática de la que sí se beneficiaban sus dos compañeros. Estaba en Estados Unidos como un ciudadano particular. A cambio, sus jefes aspiraban a que pudiese realizar su labor sin la sospecha que siempre recae sobre el personal diplomático acreditado. En eso consiste

ser un «ilegal». Fue detenido bajo la acusación «de actuar como un agente no registrado» de un Gobierno extranjero.

La investigación sobre estos tres ciudadanos rusos se había iniciado cinco años antes: el FBI empezó a tener algún dato sobre ellos en 2010, justo después de la captura del grupo de espías «ilegales» rusos de Anna Chapman. De hecho, sin esas detenciones hubiese sido más complicado para las autoridades americanas descubrir a Buriakov. No tenía ningún empleo oficial ni en la embajada ante la ONU, ni en el consulado de su país en Nueva York. Pero sí trabajaba en las oficinas de un banco ruso en Manhattan: el Vnesheconombank. Esa larga fila de letras significa Banco de Desarrollo y Asuntos Económicos Exteriores. Es una entidad dependiente del Estado ruso. En Wall Street llegaron a sospechar que Buriakov podría haber investigado si existía alguna fórmula con la que provocar el caos en la bolsa neoyorquina con el uso de herramientas informáticas. Estaba casado con Marina y tenía dos hijos de diez y siete años. Residía en una elegante casa de dos plantas, de ladrillo visto y con jardín en el barrio neoyorquino de Riverdale, en el Bronx, a pocos minutos a pie de un edificio perteneciente a la delegación diplomática rusa ante la ONU, en la calle 255. Se trata de una enorme construcción de unas veinte plantas, que apenas puede pasar inadvertida en un barrio arbolado y con residencias familiares que no suelen superar las dos alturas. Varias antenas enormes delatan su cometido. Un día helador de enero de 2015, al menos diez coches de la policía se personaron frente al hogar de los Buriakov. Allí terminó su sueño americano.

Evgeni Buriakov, alias Zhenya, se declaró culpable ante los tribunales americanos. A cambio, los tribunales americanos le impusieron una pena más llevadera de la que le hubiera correspondido: dos años y medio de prisión. Pero cumplió menos de dos años. Salió en libertad en marzo de 2017, dos meses después de la toma de posesión de Donald Trump. El 5 de abril, policías americanos escoltaron a Buriakov hasta un avión, allí ocupó un asiento junto al pasillo y fue deportado a Rusia.

Para entonces, Carter Page ya había reaparecido en los radares del FBI con supuestas reuniones con Igor Sechin, hombre de la máxima confianza de Putin, y con Igor Diveikin, coronel del FSB y asesor del presidente ruso.

Las sanciones de Obama a Rusia por el caso Magnitski estaban en primera línea de los intereses del Kremlin, y se trataría de que Page hiciera llegar a Trump el deseo de negociar un arreglo si el magnate inmobiliario alcanzaba la presidencia en noviembre de 2016.

Es aquí cuando se escucha por primera vez —y no última— una frase que ha dado la vuelta al mundo:

—Tenemos porquería de Hillary.

La realidad es que se ignora si Diveikin pronunció exactamente esas palabras, pero era la idea. Y no terminaron ahí sus explicaciones a Page. También le habría advertido de que Rusia tenía en su poder información comprometedora sobre Donald Trump, lo que convenía que fuera tenido en cuenta por el candidato si, finalmente, alcanzaba la Casa Blanca. Un remedo amable del conocido estilo siciliano de colocar una cabeza de caballo en la cama como advertencia.

Carter Page negó haber mantenido un encuentro con Diveikin y, por supuesto, no había escuchado tales afirmaciones. Aunque sí tuvo que aceptar la existencia de un *email* que envió desde Moscú al equipo de campaña presumiendo de haber accedido a informaciones «increíblemente detalladas y de gran alcance» aportadas por altos funcionarios del Kremlin. Page dice que esos altos funcionarios eran Arkadi Dvorkovich, viceprimer ministro, y Andréi Baranov, ejecutivo de Rosneft. Aquella información la recibieron Hope Hicks, que fue asesora de comunicación de Trump en la Casa Blanca, y Jeff Sessions, nombrado después fiscal general, acosado permanentemente por Trump debido a su empeño en mantener cierta independencia de criterio con respecto al presidente.

Llegado el mes de septiembre de 2016, a pocas semanas de las elecciones presidenciales, Carter Page dejó de ser miembro de la campaña de Trump. En diciembre, la petrolera rusa Rosneft vendió el 19,5 por ciento de sus acciones. Como ya se relató con detalle anteriormente, el nombre de Page aparece supuestamente ligado a esa operación porque en su visita a Moscú se le habría ofrecido participar en «la venta del diecinueve por ciento» de la compañía.

Page se convirtió entonces en uno de los elementos determinantes de la investigación abierta en Estados Unidos por un fiscal especial para

establecer hasta dónde fue cierto o no el intento de Rusia por interferir en el normal desarrollo de las elecciones presidenciales americanas de 2016. Su nombre se hizo público gracias a que el candidato Donald Trump lo citó, junto a otros cuatro, en su reunión con periodistas de *The Washington Post* en marzo de ese mismo año: Carter Page, de quien dijo que tenía la categoría académica de doctor; Walid Phares, de origen libanés y obsesionado con la supuesta implicación de Barack Obama con los «Hermanos musulmanes»; «el honorable Joe Schmitz», antiguo inspector general del Departamento de Defensa; el general retirado Keith Kellogg, nombrado después para el Consejo de Seguridad Nacional; y el «asesor sobre energía, y un tipo excelente», según definición de Trump, George Papadopoulos.

LA TRISTE VUELTA A CASA DEL «TIPO EXCELENTE»

—¿El señor George Papadopoulos? —preguntó alguien sin amabilidad alguna, con una perfecta pronunciación del «George», y serias dificultades para completar con corrección el «Papadopoulos».

—Sí, soy yo —respondió temeroso y sorprendido.

—Acompáñeme, por favor —sentenció uno de los dos individuos que le esperaban junto a los mostradores de la aduana.

Un minuto después, el joven George —de veintinueve años, nacido en Chicago de padres griegos, y asesor en materia internacional de la campaña de Donald Trump— estaba en una sala pequeña, con luz blanca, y una fea y desgastada mesa de oficina, acompañado por dos agentes del FBI que le miraban con muy mala cara. Eran poco más de las siete de la mañana del 27 de julio de 2017. George acababa de aterrizar en el aeropuerto de Dulles, en las afueras de Washington. Había volado desde Múnich en un avión de la compañía alemana Lufthansa.

Tardaron casi veinte horas en trasladar a Papadopoulos hasta una prisión de la ciudad de Alexandria, en el Estado de Virginia, al otro lado del río

Potomac y donde viven muchos funcionarios del Gobierno federal de Estados Unidos. En la foto carcelaria, tomada en la madrugada siguiente a su largo vuelo transatlántico, aparece con barba de un par de días, mirada de cansancio y una extrema seriedad. Tenía buenos motivos para ofrecer esa impresión. Se le acusaba de haber mentido al FBI seis meses antes, en enero, cuando se le interrogó por sus posibles contactos con representantes rusos, y por obstrucción a la justicia al clausurar su cuenta de Facebook justo después de mantener otro encuentro con los «federales» en febrero. En esa cuenta había datos sobre sus contactos con Rusia.

No hizo falta que el FBI esperase mucho para que George Papadopoulos expresara a las autoridades de la Fiscalía Especial su sobrevenido deseo de «cooperar con el Gobierno en la investigación en curso sobre el intento de Rusia por interferir en las elecciones presidenciales de 2016». A partir de ese momento, el «tipo excelente» se convirtió en «un joven voluntario de bajo nivel, llamado George, al que pocos conocían y que ha demostrado ser un mentiroso», según la renovada descripción de Trump, que nunca se siente incómodo dando una opinión y su contraria sobre cualquier asunto o persona.

En el mismo mes de marzo de 2016 en el que Trump hablaba ante los periodistas del *Post* sobre el «excelente» Papadopoulos, George mantenía un interesante encuentro con un peculiar personaje llamado Joseph Mifsud. Había nacido en Malta, y se dedicaba a dar clases en el Reino Unido. Aunque él lo negaba, eran conocidos sus contactos en Rusia. Fue en su boca donde por segunda vez aparece la frase de las vueltas al mundo: «Los rusos tienen porquería de Hillary»; «miles de *emails* que podrían tumbar a la candidata demócrata». Mifsud apareció en una de sus reuniones con George acompañado de una supuesta sobrina de Putin. Y Papadopoulos acudió después al encuentro de sus compañeros de la campaña de Trump asegurando que estaba en condiciones de formalizar un encuentro entre el candidato y el presidente de Rusia, o entre los responsables de la campaña de Trump y altos jerarcas del Kremlin. La «sobrina» de Putin habría asegurado en un *email* a Papadopoulos que «estamos muy ilusionados con la posibilidad de tener una buena relación con el señor Trump». Esa «buena relación» es la que investigaba el FBI. La sobrina no era tal. La supuesta

oferta rusa de promover un encuentro Putin-Trump en plena campaña electoral americana fue presentada por Papadopoulos en una reunión del equipo del candidato. Jeff Sessions —nombrado fiscal general por Trump en 2017 y colaborador de la campaña en 2016— aseguró bajo juramento ante el Congreso que tanto él como Trump se negaron a aceptar una reunión con Putin. Papadopoulos dijo ante un tribunal que Trump asintió con la cabeza, mientras Sessions parecía dar su visto bueno a tal posibilidad. Pero nunca se llegó a producir esa reunión, que se sepa. Para entonces, Joseph Mifsud ya estaba en paradero y estado físico desconocidos.

Tiempo después, el joven Donald Trump Jr., hijo del candidato Trump, no fue capaz de evitar el entusiasmo que se extendía por su cuerpo ante otro *email* que acababa de recibir en uno de sus dispositivos con acceso a internet. Apenas tardó unos minutos en responder. El correo de ida y el de vuelta acabaron con el paso del tiempo en manos de los investigadores de la injerencia rusa. El *email* de ida lo había enviado el promotor musical Rob Goldstone, hombre orondo y amante de los selfis —los publica sin parar en las redes sociales—, y con olfato natural para los negocios. A finales de los ochenta, siendo todavía un veinteañero, puso en marcha una empresa de servicios de márquetin. Entre sus clientes figura un azerbaiyano y pretendido aspirante a estrella del pop llamado Emin Agalarov, experto en poner en el mercado musical canciones discotequeras de usar y tirar. Su momento de mayor gloria internacional se produjo cuando actuó, fuera de concurso, en una pausa del festival de Eurovisión en 2012 que se celebró en Bakú. A Emin le sobran el tiempo —suyo— y el dinero —de su padre— para invertir en la construcción de su fama, porque lleva el apellido de un hombre extraordinariamente rico: el oligarca Aras Agalarov, que fue galardonado por Putin con la Orden de Honor por sus servicios al país.

Emin y Aras Agalarov establecieron una relación beneficiosa con Donald Trump en enero de 2013, cuando visitaron al magnate americano en Las Vegas. Allí se anunció que la competición de Miss Universo, propiedad de Trump, se celebraría en Moscú en noviembre de ese mismo año, a cambio de veinte millones de dólares. Aquel dinero, siendo una cantidad muy respetable, no podía resolver por sí solo los muchos problemas financieros que tenía Trump en aquel momento, debido a la crisis

económica que afectó, de forma muy directa, a su ámbito principal de actividad: al mercado inmobiliario. Pero supuso un respiro y, también, la esperanza de que la entente con esos rusos multimillonarios y bien conectados fuera la promesa de negocios a futuro. De hecho, estudiaron la posibilidad de construir una Torre Trump en Rusia, cosa que nunca ocurrió.

Pero mientras se tomaba la decisión sobre la torre y se analizaban las opciones, Donald Trump fue invitado a Moscú. En aquel momento, ni era candidato ni se sabía que fuera a serlo, pero sí era un personaje muy conocido en todo el mundo. Según el testimonio del interesado, allí no ocurrió nada excepcional. Según el *dossier* Steele —el ya citado informe del exespía británico Christopher Steele, lleno de datos incontrovertibles o de falsedades, según las opiniones—, el FSB le organizó una encerrona consistente en hospedar al invitado en la misma *suite* del hotel Ritz-Carlton de Moscú en la que ya había estado antes el matrimonio Obama. Lo habrían hecho así conociendo el odio de Trump por el entonces presidente de los Estados Unidos. El *dossier* hace mención a una supuesta noche loca en esa *suite*, en la que Trump habría recibido la calurosa compañía de un grupo de prostitutas que se habrían ocupado de regar con su orina el lecho en el que descansó la pareja presidencial americana, mientras Trump habría disfrutado del espectáculo. El *dossier* asegura que las cámaras instaladas por el FSB en esa habitación captaron la escena sin perder detalle. Y ese material tan explícito sería, al menos parcialmente, lo que justificaría que Igor Diveikin le hubiera dicho a Carter Page, ya en plena campaña electoral americana, que el FSB, además de «porquería de Hillary», también disponía de material comprometedor sobre Trump. Cabeza de caballo en la cama.

Años después, al poco de ganar las elecciones, el director del FBI James Comey se reunió con Trump para comentar el contenido del *dossier* Steele. Y cuando llegó el capítulo sobre las prostitutas y sus aguas menores, Trump le lanzó una pregunta retórica:

—¿Me ve usted acostándome con putas?

Comey evitó dar una respuesta concreta y directa a ese interesante interrogante, y en mayo de 2017 fue despedido por Trump en medio de un escándalo político de enorme magnitud, porque el FBI estaba dedicando recursos importantes a investigar la conexión entre la campaña de Trump y

las autoridades rusas —eso que el presidente suele definir sin mucho interés por la precisión, pero con enorme desprecio, como «esa cosa de Rusia»—.

Un año más tarde, Comey publicó un libro vitriólico sobre lo ocurrido. Trump respondió en Twitter que Comey es una «bola de baba mentirosa», a pesar de que el entonces director del FBI había puesto mucho de su parte para que Trump ganara las elecciones. En el Partido Demócrata nadie puede olvidar que fue Comey quien mantuvo abierta durante varios meses una investigación sobre los *emails* que Hillary Clinton, siendo secretaria de Estado, había intercambiado desde un servidor personal de correo electrónico en vez de hacerlo desde el servidor oficial de su Departamento, como era su obligación legal. La investigación se cerró con reproches éticos, pero sin llegar a ninguna acusación judicial. Cuando el asunto estaba en vías de quedar en el olvido, Comey reabrió la investigación a solo once días de las elecciones presidenciales. La volvió a cerrar dos días antes de la votación sin ningún resultado nuevo, pero para entonces el daño ya estaba hecho. Hillary Clinton siempre ha creído que esa investigación fue causa principal de su derrota. En resumen: Hillary, *emails*, Rusia, Comey, *dossier*, prostitutas, orines, Trump, Moscú y los Agalarov.

La relación entre los Agalarov y Trump fue tan amistosa que el joven Emin consiguió que Donald hiciera un cameo en el videoclip de su nueva canción, en la que el hijo del oligarca hace como que baila, como que canta y como que toca el piano, junto a varias participantes en el concurso de belleza. Trump hace lo que mejor sabe, de sí mismo. El magnate inmobiliario americano y el oligarca ruso conectaron en lo personal y trataron de hacer negocios juntos, en cuya negociación participó Michael Cohen, abogado de Trump. Su despacho fue registrado por el FBI en 2018 buscando datos que pudieran resultar interesantes para la investigación de «esa cosa de Rusia», entre otros muchos asuntos. El presidente entró en cólera. Una vez más. También entró en estado de pánico por lo que pudieran encontrar, y por lo que pudiera «cantar» Cohen.

El 3 de junio de 2016, Donald Trump estaba a punto de conseguir de forma oficial lo que ya era evidente de forma virtual: la nominación como candidato a la presidencia de los Estados Unidos por el Partido Republicano. Ese día, el muy activo Rob Goldstone envió un *email* a

Donald Trump Jr. Le explicaba que una representante legal del Gobierno ruso se ofrecía para «entregar a la campaña de Trump algunos documentos oficiales e información que incriminarían a Hillary». Otra vez la «porquería de Hillary», pero en esta ocasión en el buzón de correo electrónico del hijo mayor de Donald Trump. «Esta es, obviamente, información sensible y de muy alto nivel, pero es parte del apoyo a Trump de Rusia y de su Gobierno», escribió Goldstone. Y el hijo mayor de Trump respondía de inmediato con un entusiasmo muy revelador: «Si es lo que dices, ¡me encanta!». Y aquel entusiasmo indisimulado derivó en una reunión en la Torre Trump, de la que sus participantes no terminarán nunca de arrepentirse.

Solo seis días después del *email* de Goldstone, el 9 de junio de 2016, muy cerca del despacho de Donald Trump en su edificio de Manhattan, se sentaron en torno a una mesa Donald Trump Jr., Jared Kushner —yerno del candidato—, Paul Manafort —responsable de la campaña del candidato y con intereses profesionales-económicos en Ucrania y Rusia—, Natalia Veselnitskaya —abogada rusa y lobista en Estados Unidos al servicio de Rusia—, Rinat Ajmetshin —antiguo agente del FSB, nacionalizado americano y conectado con el Kremlin—, Ike Kaveladze —representante de los Agalarov—, el citado Goldstone y un traductor llamado Anatoli Samochornov. Es la reunión secreta más publicitada de la historia reciente. Veselnitskaya ofrecía «porquería sobre Hillary» a cambio de que Trump, si llegaba a la Casa Blanca, derogara la ley Magnitski que tanto daño estaba haciendo a quienes mandan en Rusia. Donald Trump no asistió a la reunión, pero después de celebrada se vanaglorió de disponer de datos que harían mucho daño a su rival demócrata.

Esta reunión en la Torre Trump se convirtió en una bomba de relojería para el presidente de Estados Unidos, sin que nadie supiera en qué fecha y a qué hora tenía previsto estallar. Pero, entre tanto, hizo mucho daño al poco crédito del que disponían las palabras de Trump sobre la injerencia rusa. Porque cuando se conoció la existencia de esa reunión, el hijo del ya entonces presidente aseguró que solo se había hablado del programa de adopción de niños rusos. A las pocas horas cambió su propio testimonio para reconocer que los rusos sí le habían ofrecido información para la

campaña, pero que él vio que se trataba de datos poco significativos. Un año después, en agosto de 2018, la situación judicial se complicó para Donald Trump Jr. Aquella reunión era el dinosaurio que seguía allí cuando se despertaba por las mañanas, como escribió Augusto Monterroso. Los nervios, siempre a flor de piel en la Casa Blanca, llevaron al presidente a cometer un error de consecuencias potencialmente serias para él: los dedos se le escaparon para publicar un tuit poco menos que autoinculpatorio. Volvía a acusar a los medios de publicar noticias falsas y fabricadas sobre su supuesta preocupación por «la reunión de mi estupendo hijo, Donald, en la Torre Trump. Fue una reunión para obtener información sobre un oponente, totalmente legal, como ya se ha hecho otras veces en política, y que no llevó a ninguna parte». Por las dudas, terminaba diciendo «yo no sabía nada». Pero su abogado Michael Cohen ya había declarado semanas antes que Trump sí estaba enterado de aquella cita. Y, desde luego, la afirmación de que «fue una reunión para obtener información sobre un oponente» desmentía la declaración inicial realizada por su hijo, y dictada por el padre: confirmaba que no se habló de la adopción de niños rusos. ¿Estaba Trump tratando de obstruir el trabajo de la justicia en la investigación de la injerencia Rusia en las elecciones de Estados Unidos? ¿Otra vez? Andrew Napolitano, el analista de la cadena Fox en asuntos legales —nada sospecho de ser enemigo de Trump, como tampoco lo es la propia cadena— proclamó que «si llegó a existir un acuerdo para obtener porquería de Hillary aportada por los rusos, incluso si esa porquería nunca llegó pero aquellos que se mostraron conformes […] dieron un paso más allá del acuerdo, entonces hay un potencial delito de conspiración». Tratando de salvar a su hijo, Trump podía haber dado un paso para que no se salvara ninguno de los dos.

Como ya se ha reseñado en un capítulo anterior, de nuevo esa «porquería de Hillary» aparecería algunas semanas después en la conversación que el oligarca Oleg Deripaska mantuvo en su yate con el viceprimer ministro ruso Serguéi Prijodko, en presencia de la joven prostituta rusa Nastia Ribka.

El 27 de julio de 2016, cuando ya eran oficiales las candidaturas a la presidencia de Trump y de Clinton, era el propio candidato republicano

quien alimentaba la sospecha sobre la injerencia rusa. Durante un mitin de campaña en Doral, Florida, Trump gritó ante sus entusiastas seguidores:

—¡Rusia, si me escucháis, espero que podáis encontrar los treinta mil *emails* —de Clinton— que se han perdido! Creo que será recompensado por nuestra prensa.

Un candidato presidencial americano pedía a otro país que espiara al suyo y, por tanto, que interviniera en el proceso electoral de Estados Unidos para beneficiar a un aspirante y perjudicar al otro. Y ese país era Rusia.

¿Dónde podía Rusia encontrar la «porquería de Hillary»? Lo primero que conviene indicar es que la «porquería» era, en buena parte, real. Por tanto, existía. Solo había que dar con ella. Y la buscaron. Una vez encontrada, la difundieron a través de las redes sociales los conocidos y temidos *hackers*, trolls y bots rusos que trabajan al servicio del Kremlin desde sus oficinas del número 55 de la calle Savushkina de San Petersburgo, ubicados en un edificio funcional, de aspecto moderno y frío, con tres plantas y un bajo, con nada de particular en su exterior y mucho de particular en su interior.

Los *hackers* consiguieron con bastante facilidad, por cierto, introducirse en los servidores de correo del Comité Nacional Demócrata. Allí encontraron *emails* comprometedores de los responsables de la campaña de Hillary Clinton. Los airearon, utilizando como una de sus herramientas a WikiLeaks. Los medios de comunicación tradicionales hicieron el resto. Y lo hicieron porque los *emails* eran reales, las conspiraciones internas que revelaban eran reales, y el interés informativo era real. Casi siempre, los escándalos políticos surgen porque a alguien le interesa que surjan. Pero si los datos son reales, la primera responsabilidad la tiene el protagonista del escándalo.

La otra parte de la maquinaria destructiva para Hillary Clinton era la fabricación de noticias falsas. Millones de personas en Estados Unidos y cientos de millones en todo el mundo accedieron a través de blogs, de Twitter y de Facebook a historias absurdas, pero que muchos, por odio político o personal, deseaban creer. Cuando lo absurdo coincide con los propios deseos, deja de considerarse absurdo. Creyeron las mentiras porque la estulticia humana carece de fronteras conocidas. E hicieron un daño

devastador a la campaña de la candidata demócrata, en buena medida por los errores de la propia candidata demócrata. Todo ello elaborado con maestría desde esas oficinas de San Petersburgo, y pagado con el dinero de Evgeni Pridozhin, conocido en Rusia y en el mundo como «el Chef de Putin» porque, además de cocinar fake news, cocina también viandas en algunos banquetes organizados por el Kremlin. Su relación con el presidente tiene largo recorrido.

Los efectos del trabajo de esa fábrica de bulos fueron importantes en las elecciones presidenciales americanas de 2016. Y para las elecciones legislativas de noviembre de 2018 se diseñó el Proyecto Lakhta, un plan para, según las autoridades americanas, «sembrar la discordia en el sistema político de los Estados Unidos y socavar la fe en nuestras instituciones democráticas». Lakhta estaba en funcionamiento desde 2014 y disponía de un presupuesto de treinta y cinco millones de dólares para gastar en propaganda y desinformación a través de todos los medios disponibles. De ese dinero, unos diez millones habían sido reservados específicamente para influir en las elecciones de mitad del mandato de Donald Trump. El FBI acusó de organizar este operativo a Elena Alekseevna Khusyaynova, de cuarenta y cuatro años, cuyo trabajo se desarrollaría en ese centro de *hackers* de San Petersburgo. Y desde allí también se lanzó propaganda para el referéndum del Brexit en el Reino Unido. Alemania, Holanda, Francia, Italia o España trataron de proteger sus propios procesos políticos internos. Y no solo en los procesos políticos. El Gobierno de los Países Bajos denunció en octubre de 2018 que cuatro agentes del GRU, el servicio de espionaje militar ruso, fueron descubiertos cuando lanzaban un ciberataque contra la Organización para la Prohibición de Armas Químicas (OPAQ), con sede en La Haya. Había ocurrido en abril, cuando allí se analizaba el envenenamiento un mes antes del exespía ruso Serguéi Skripal con novichok, un arma química. El mismo día en el que Holanda hizo esta denuncia, el Reino Unido acusó al Kremlin de realizar ataques informáticos contra empresas, contra un canal de televisión y contra el Partido Demócrata de Estados Unidos. Y, de inmediato, desde Washington se hicieron públicos otros ciberataques contra federaciones deportivas y

servicios contra el dopaje, que en su día hicieron campaña para que los atletas rusos no pudieran participar en competiciones internacionales.

El 21 de noviembre de 2018, el coronel general Igor Valentinovich Kórobov, de sesenta y dos años, héroe de Rusia y jefe del GRU, el servicio responsable de muchas de estas operaciones, murió después de «una larga y grave enfermedad», según la nota oficial. Había sido muy criticado en Rusia por quienes consideraban un fracaso que Skripal hubiese sobrevivido, o que se hubiera conocido la identidad real de sus atacantes, o por dejar demasiadas pistas en la trama de la injerencia en las elecciones americanas. Putin exaltó su figura como «servidor de la Patria» y mostró «su profundo pesar» por esa muerte inesperada. Algunos opositores rusos se desesperan cuando la prensa occidental da tanta relevancia a los servicios secretos de Putin y a esa fábrica de mentiras. Dicen que no se hace más que engrandecer sin motivo el temor que provoca el jefe del Kremlin. Sin motivo, aseguran, porque en su opinión resulta increíble que un país como Rusia en el que casi nada funciona bien, vaya a tener, sin embargo, los mejores espías, los mejores *hackers* y los mejores manipuladores sociales y políticos del mundo. Pero eso es, exactamente, lo que se piensa en Occidente. Es, según Putin y los suyos, el resultado de que sean incapaces de entender el alma rusa. Es, dicen, el fruto paranoico de la rusofobia que impera en Estados Unidos y en la Unión Europea, donde se empeñan en ver fantasmas inexistentes.

Pero esos fantasmas van ganando territorio. El putinismo es admirado por amplios sectores políticos y sociales en países con larga tradición democrática. El mito del líder fuerte es muy del gusto de la derecha más extrema en Estados Unidos, Holanda, Alemania o Reino Unido. Y los efluvios soviéticos que emite Putin encuentran una calurosa acogida en buena parte de la extrema izquierda nostálgica de países como Grecia, Italia, España o Francia. Húngaros y polacos ya han elevado al poder a líderes que abrazan el concepto de la llamada «democracia iliberal», en contraposición a la democracia liberal que soportó los embates del fascismo y del comunismo en el siglo XX, y que trata de sobrevivir en el XXI.

LA RIDÍCULA CUMBRE DE HELSINKI

María era una entusiasta de Putin, y por eso se afilió a las juventudes del partido Rusia Unida cuando tenía veintiún años. Colaboró con Alexander Torshin, un hombre del presidente, protagonista de un capítulo anterior por sus conexiones con mafiosos rusos que blanquean dinero en España. Y, muy importante: por su conexión con el hijo de Donald Trump, con quien se reunió en mayo de 2016, seis meses antes de las elecciones americanas.

María era una activista en favor del derecho al uso de armas. Así, estableció contacto con la Asociación Nacional del Rifle (ANR) de Estados Unidos. Después amplió su relación al Partido Republicano y a algunos de sus representantes más destacados, incluidos miembros del Congreso. María Butina fue detenida por el FBI el 15 de julio de 2018 en la casa de Washington en la que residía desde hacía tiempo. Estaba acusada de ser una agente de Moscú. Días después salieron a la luz sus refinadas tácticas de espionaje como, por ejemplo, ofrecer sexo a cambio de información. La detención de esta nueva Anna Chapman se producía cuando las autoridades policiales americanas llevaban tiempo investigando si la ANR había financiado la campaña de Donald Trump con treinta millones de dólares, y si una parte de ese dinero procedía, en realidad, de Rusia. No habían pasado ni veinticuatro horas de la detención de María Butina en Washington cuando Trump aprovechó una nueva ocasión que le ofrecía la historia para meterse en problemas. Y, otra vez, con Vladímir Putin como motivo.

El 16 de julio de 2018 fue un esplendoroso día de verano en Helsinki. La capital finesa se había preparado en las semanas previas para hospedar la cumbre entre los líderes de Rusia y Estados Unidos, igual que había ocurrido en ocasiones anteriores. El palacio presidencial siempre luce como recién pintado, con sus paredes en tono amarillento, y sus relucientes columnas blancas, inspiradas en el estilo jónico. Vladímir Putin fue el primero en llegar, según estableció el detallado y férreo protocolo pactado por ambos Gobiernos. El presidente finlandés recibió en la puerta a su colega ruso, que ni se esforzó en insinuar una sonrisa de compromiso. Solo parecía preocupado por colocarse bien la americana sobre sus hombros.

Minutos después, con igual talante serio, llegó Donald Trump con la chaqueta desabrochada, como es su costumbre, y acompañado de su esposa Melania, a la que apenas hizo caso, como es su costumbre.

Trump y Putin decidieron que la mejor forma de presentarse juntos ante el mundo era mirando a las cámaras con el gesto propio de dos personas que estuvieran a punto de firmar su divorcio delante de un juez. Tomaron asiento sin decirse una palabra. Cruzaron sus miradas una vez, en la esperanza de que fuera el otro el que tomara la iniciativa de declarar algo ante los medios. Ninguno lo hizo. Pasaron unos segundos y se miraron por segunda vez, ante la evidente tensión que provocaba aquel silencio masticable. Trump se decidió a animar a Putin para que dijera algo, el líder ruso asintió y, por fin, habló de la «atmósfera franca y de trabajo» en la que se desarrolló la reunión. Pero no fueron las declaraciones de Putin las que quedaron para la historia de esta cumbre. Nada de lo que dijera podía competir con las palabras que Trump estaba a punto de perpetrar.

Ya antes de la cita en Helsinki, dirigentes del Partido Demócrata, del Republicano e, incluso, sus propios asesores en la Casa Blanca, habían avisado al presidente de las malas —e inteligentes— artes de Putin cuando trata con líderes extranjeros. La sola advertencia ya permitía entender que muchos americanos temen y admiran las habilidades de Putin, y temen y abominan de las de Trump. Acertaban.

En la conferencia de prensa posterior a la reunión, un periodista recordó al presidente de los Estados Unidos que sus propios servicios de inteligencia daban por hecho que la Rusia de Putin se inmiscuyó en las elecciones americanas de 2016. Trump, mostrando una actitud inane impropia de alguien que ocupa un cargo de su nivel, respondió que el presidente ruso había negado tales acusaciones de una forma «intensa y poderosa». Una negativa intensa, poderosa y, para él, convincente.

—El presidente dice que Rusia no ha interferido. No veo ningún motivo por el que debería ser Rusia.

Traducción: Trump cree más a Putin que a los servicios de inteligencia de Estados Unidos. Los suyos.

La catastrófica intervención de Donald Trump hizo que los servicios de espionaje americano entraran en pánico, si es que no lo estaban ya antes de

la cumbre. Porque la reunión entre los dos presidentes se desarrolló a solas: Trump, Putin y los traductores. Nadie, salvo esas cuatro personas, sabía lo que había ocurrido en aquella sala del palacio presidencial de Helsinki. Nadie, salvo esas cuatro personas, sabía lo que Trump le había dicho a Putin, y viceversa. Y la traductora americana, Marina Gross, se convirtió, entonces, en el gran objetivo. Algunos legisladores llegaron a plantear la posibilidad de que Gross fuera llamada formalmente a declarar bajo juramento ante el Congreso de Estados Unidos o por el FBI. Tal cosa no ocurrió.

Trump fue acusado de «traición» por John Brennan, exdirector de la CIA, y por casi toda la prensa, la radio y la televisión del país. Se dijo de él que había realizado una actuación «vergonzosa, peligrosa y débil», en palabras del líder de la minoría demócrata del Senado Chuck Schumer. Y el veterano y respetado senador republicano John McCain llegó a declarar que «es difícil de calcular el daño provocado por la ingenuidad, el egoísmo y la atracción del presidente Trump por los autócratas. Pero es evidente que la cumbre de Helsinki ha sido un trágico error. Una de las actuaciones más vergonzosas de un presidente de Estados Unidos de la que se tenga memoria». McCain murió un mes después debido a un cáncer que le martirizaba desde hacía tiempo. Tenía ochenta y dos años. Está considerado como un héroe nacional. Cuando se acercaba su final, y sabiendo que era irremediable, ordenó que el presidente Trump no acudiera a su funeral, y que sí lo hicieran los dos hombres que le habían impedido llegar a la Casa Blanca, pero a los que sí tenía en alta consideración política y personal: George W. Bush y Barack Obama. En efecto, Trump no acudió. Días después se publicaron nuevas informaciones sobre el caos interno en la Casa Blanca, que había llevado a algunos colaboradores del presidente a ignorar su órdenes e, incluso, a organizar una resistencia interna para que Trump no llevara a Estados Unidos al desastre.

Para entonces, María Butina, seguía en situación de prisión provisional porque, según la juez del caso Tanya Chutkan, la ciudadana rusa aún era un peligro «muy real», y si fuera puesta en libertad sería tanto como «situarla en un coche con privilegios diplomáticos, que la llevaría al aeropuerto para subir a un avión con destino a Rusia». Estaba acusada de conspiración y de

ser una agente extranjera, delitos que podrían suponer penas de prisión de hasta quince años. Había sido detenida en Washington un día antes de que Trump se dejara convencer por Putin de que Rusia no tenía intención de interferir en los asuntos de Estados Unidos.

Pocas semanas después, Vladímir Putin se fotografiaba sonriente en Vladivostok junto al líder chino Xi Jinping. Asistían a unas maniobras militares, las más importantes desde la Guerra Fría, con más de trescientos mil soldados. Demostración de fuerza. Tanto el presidente ruso como el chino estaban recién reelegidos y sin oposición interna factible. Eran dos autócratas alardeando de su poder, mientras Trump intentaba mantenerse a flote en Washington acosado por los medios, por la oposición, por buena parte de su propio partido, por algunos de sus colaboradores en la Casa Blanca, por sus problemas personales para gestionar la presidencia de los Estados Unidos, y por la interminable investigación judicial sobre la conexión rusa.

9.
EL RASTRO DE LOS CAÍDOS POR LA CONEXIÓN RUSA

UN JODIDO PARANOICO ESQUIZOFRÉNICO

Un pequeño ejército de policías se había colocado ceremoniosa y ordenadamente unos pasos por detrás del atril. Les correspondía un rol puramente televisivo: ser el atrezo del presidente. Estarían a la espalda de Donald Trump mientras diera su discurso. Se vistieron con el uniforme de gala, incluidos los guantes blancos. Tuvieron suerte. No pasaron demasiado calor porque, a pesar de que estaban en pleno mes de julio de 2017, la temperatura no había subido ese día de los veinticinco grados y fuera del recinto llovía con intensidad, lo que refrescaba el ambiente. Aun así, aquellos uniformes de tanto ringorrango no fueron inventados para el verano. La transpiración de decenas de policías, todos juntos hombro con hombro, resultaba fatigosa para el olfato, porque tuvieron que esperar largo tiempo sin moverse a que empezara el evento. Fueron los primeros en llegar y los últimos en salir. De hecho, ya estaban situados en el lugar que les asignaron para hacer bulto, cuando el Air Force One aún no había despegado de la base aérea de Andrews, cerca de Washington.

No era un viaje largo. Apenas cuarenta y cinco minutos hasta el aeropuerto MacArthur de Long Island, unos setenta kilómetros al noreste de la ciudad de Nueva York. A bordo del avión presidencial iba el equipo más cercano de colaboradores del presidente, incluido Reince Priebus. Nunca más volaría en el Air Force One, aunque no quedó claro si él lo sabía al subir las escalerillas, entrar en el aparato y sentarse en el lugar reservado al jefe del Gabinete de la Casa Blanca. Si no lo sabía, al menos podía suponerlo.

Hacía una semana que había dimitido el portavoz del presidente, Sean Spicer, después de que Trump nombrara como director de Comunicaciones a Anthony Scaramucci. Spicer y Scaramucci no se soportan. Priebus y Scaramucci, tampoco. Un día antes, Scaramucci le había dedicado a Priebus una frase que debe ser enmarcada como parte de la historia de la administración Trump:

—Es un jodido paranoico esquizofrénico.

Lirismo y exaltación poética.

No resulta sencillo establecer si es mejor o peor ser un tipo jodido, un paranoico, o haber caído en la esquizofrenia. Pero si se domina el arte de las tres características a un tiempo, el resultado tiende a ser desalentador. ¿Cuánto duraría Priebus en su despacho si el «nuevo chico en la oficina», y empoderado con el apoyo del presidente, había expulsado tales argumentos por su boca en público? Y del gran asesor de Trump, Steve Bannon, Scaramucci había dicho que no es como él, porque «yo no intento chuparme mi propia polla». Otra oda sin rima. ¿Cuánto duraría Bannon? ¿Cuánto duraría Scaramucci?

Scaramucci es lo más parecido a Trump que Trump había encontrado a su alrededor. Uno de los mensajes del presidente durante su campaña electoral había sido acusar a Hillary Clinton de ser la candidata de los tiburones financieros de Wall Street, justo lo que Trump era desde siempre. Y Scaramucci, después de años de negocios, se había convertido, precisamente, en la quintaesencia del escualo neoyorquino que con una mano hace negocios en el New York Stock Exchange, mientras con la otra financia campañas políticas que le puedan ser beneficiosas. Con esta otra mano —la del dinero para políticos— dio cantidades relevantes a Hillary Clinton y a Barack Obama cuando ambos competían por la nominación demócrata en 2008. Pero también hizo incursiones en la campaña del republicano Mitt Romney en 2012, apoyó públicamente a Hillary en 2016 frente a Trump, después se puso del lado del precandidato republicano Jeb Bush también contra Trump, hasta terminar metido de lleno en la campaña de Donald Trump y, finalmente, en su caótica Casa Blanca. A Scaramucci cualquier traje le queda bien. Es capaz de jugar al tenis en los dos lados de la pista al mismo tiempo.

Scaramucci ama el dinero sobre todas las cosas, admira a quienes son capaces de conseguirlo en grandes cantidades y considera muertos de hambre a los demás. Por ejemplo, a quienes solo han dedicado su vida a la política, en lugar de compatibilizarla con los negocios. Trump quería tener cerca a Scaramucci porque le gustaba su forma de enfrentarse a las cámaras de televisión, y ese lenguaje tan suyo, carente de frenos ni límites. Y había algo que había encandilado aún más al presidente. Apenas un mes antes del nombramiento, la CNN emitió un reportaje sobre las conexiones de Trump con Rusia. En ese trabajo periodístico aparecía el nombre de Scaramucci ligado a un fondo de inversión ruso de diez mil millones de dólares. Scaramucci lo negó. La CNN pidió disculpas. Tuvo que reconocer que el reportaje no se había realizado sometiéndose a los estándares habituales de la cadena, y los tres periodistas que lo firmaron dimitieron. No se habían seguido los estándares, pero la CNN nunca dijo que el contenido de la información fuera falso. Aquel episodio provocó una explosión de placer en el despacho oval, porque Trump lo entendió como una gran victoria en su guerra declarada contra «las noticias falsas de los medios». De aquellos medios que le criticaban. Y la CNN era uno de sus tres principales enemigos, junto con *The New York Times* y *The Washington Post*.

Apenas unos días después de ocupar su nuevo cargo, Scaramucci ejecutó uno más de sus ataques de histeria. Vio publicado en la cuenta de Twitter de un periodista los nombres de algunas personas que estaban cenando en ese preciso momento con el presidente. Una vez más se reproducía la principal pesadilla de Trump desde que llegó a la Casa Blanca: las filtraciones a la prensa. Cada vez que aparecía en los medios algo que a Trump no le gustaba, los gritos del despacho oval se escuchaban en las estancias de toda la Casa Blanca. A esa cena pretendidamente discreta asistían el presidente, su esposa Melania, el periodista de Fox News Sean Hannity —uno de los grandes apoyos de Trump en los medios— y un antiguo ejecutivo de esa misma cadena de televisión llamado Bill Shine. En su angustia existencial, Scaramucci quiso que el periodista que contó la noticia le dijera quién había sido su fuente. Como es natural, el periodista se negó a decírselo, ante lo que Scaramucci prometió «eliminar a todo el equipo de comunicación» de la Casa Blanca. Acuciado por el escándalo

nacional que protagonizaba, hizo un amago de disculparse en Twitter, diciendo que en ocasiones utiliza un lenguaje «colorista».

Reince Priebus, el primer objetivo de Scaramucci, dejó su cargo como jefe de Gabinete de la Casa Blanca cuando bajó del avión presidencial que había llevado a Trump a Long Island. De vuelta en la base aérea de Andrews, el presidente se mantuvo unos minutos a bordo del Air Force One anunciando por Twitter que Priebus abandonaba su puesto. En ese mismo momento, Priebus bajaba las escalerillas del aparato y entraba en uno de los coches de la caravana. Al salir de la base, el coche dejó de formar parte de esa caravana. Lo llevó a casa. Era el 31 de julio de 2017. Priebus y Spicer habían tenido que lidiar, con suerte diversa, el escándalo de la injerencia rusa tratando de proteger a Donald Trump.

Ese mismo día, el presidente nombraba jefe de Gabinete al general retirado John Kelly, que se sentó en la silla de su oficina dispuesto a mandar. Y empezó por eliminar de su lado a quien no quería tener cerca. Anthony Scaramucci había asumido el cargo de director de Comunicaciones de la Casa Blanca el 21 de julio. La primera decisión que tomó Kelly fue exigir a Trump la destitución de Scaramucci. Duró diez días en su puesto. El 1 de agosto ya había recogido en una caja de cartón las pocas cosas que tuvo tiempo de colocar en su despacho. Batió el récord de brevedad establecido previamente por el general Michael Flynn.

Flynn, asesor de Seguridad Nacional, fue nombrado el 21 de enero de 2017. Dimitió veinticuatro días después, el 14 de febrero, por haber ocultado sus contactos con el embajador ruso en Washington, Serguéi Kisliak, y ante el riesgo de que pudiera ser sometido a chantaje por parte de Rusia. Katie Walsh, número dos del Gabinete de la Casa Blanca, duró un poco más: del 20 de enero al 30 de marzo de 2017. K. T. McFarland, colaboradora de Flynn en el Consejo de Seguridad Nacional, ocupó el puesto desde el 21 de enero al 19 de mayo. Michael Dubke fue director de Comunicaciones de la Casa Blanca del 6 de marzo al 2 de junio. Sean Spicer fue el portavoz del presidente desde el 20 de enero al 21 de julio. Cuatro días después dimitió su colaborador Michael Short. Ese mismo mes de julio dejó su cargo en el Consejo de Seguridad Nacional (CSN) Tera Dahl, aliada de Steve Bannon. También en esos días abandonó Mark

Corallo, portavoz del equipo legal de Donald Trump en la investigación de la injerencia rusa. No había llegado el mes de agosto cuando también tuvo que marcharse Derek Harvey, miembro del CSN. En agosto cayó Ezra Cohen-Watnick, también del CSN. Además, se fue Carl Icahn, asesor del presidente. Y dejó su puesto el todopoderoso ideólogo de Trump, Steve Bannon. Y esto ya era caza mayor. El jefe de Gabinete John Kelly se cobraba la pieza más preciada, después de acabar con Scaramucci.

Tras esos despidos o dimisiones hubo más. Se cuentan por decenas. Alguna, muy relevantes, como la de Jeff Sessions, el ultraconservador fiscal general, hombre entregado a la causa de Trump desde el principio de su campaña, aunque no lo suficiente como para jugarse su buen nombre —y/o el riesgo de acabar en prisión— obstaculizando que se investigara la injerencia rusa. El presidente fulminó a Sessions veinticuatro horas después de las elecciones de mitad de mandato, en noviembre de 2018. Antes había caído Hope Hicks, responsable de Comunicación de Trump. Hicks reconoció ante un comité del Congreso que algunas veces había mentido para proteger al presidente. Entre los asuntos sobre los que fue preguntada apareció la reunión de la Torre Trump entre el hijo, el yerno y el jefe de campaña del candidato, y varios ciudadanos rusos. Llegado el verano de 2018, Trump empezaba a estar rodeado de fantasmas, porque hasta cinco de sus antiguos colaboradores se habían declarado culpables ante los tribunales americanos o ya habían sido condenados: su exabogado Michael Cohen, su ex jefe de campaña Paul Manafort y su número dos Rick Gates, su ex asesor de seguridad nacional Michael Flynn, y su ex asesor de campaña George Papadopoulos.

No todos los caídos en la Administración Trump han tenido relación directa con el caso de la injerencia rusa. Muchos, sí. Y, en cualquier caso, la investigación del papel del Kremlin en las elecciones americanas de 2016 ha generado tal estado de nervios en el presidente y en todos aquellos que le rodean, que la Casa Blanca se instaló en el caos desde el primer día.

Y ese es el objetivo de Vladímir Putin: provocar el caos en Estados Unidos y en los países europeos para así reequilibrar la partida que Rusia empezó a perder en los años sesenta; alentar el extremismo de izquierdas y de derechas en las sociedades libres para dañarlas; fomentar el populismo

destructivo y provocar odios internos en los países rivales para empequeñecerlos; provocar situaciones límite que pongan a prueba la resolución de los líderes occidentales y su capacidad de respuesta ante los desafíos, a sabiendas de que enfrente solo encontrará división y pusilanimidad. En definitiva, trasladar al tablero político mundial la paradójica enseñanza del judo, el deporte que Putin ha practicado desde siempre: aprovechar las fortalezas del adversario en su contra. Aprovechar la tradición democrática de Occidente, para doblegar a Occidente. Sacar ventaja de las libertades de Occidente, para introducir discordias en Occidente. Utilizar las nuevas tecnologías inventadas en Occidente, para alimentar el extremismo y provocar enfrentamientos internos en Occidente.

Steven L. Hall fue durante años responsable de las operaciones de la CIA sobre Rusia. Su criterio es que «el objetivo de Putin es dividir a sus rivales. Es una reacción al complejo de inferioridad del presidente ruso y de Rusia en su conjunto; siempre hablan de que son una potencia y que por ello deben ser respetados». Estamos ante un tipo de guerra distinta de la tradicional, en la que las armas no siempre son de fuego. Hay herramientas más sutiles y etéreas que consiguen desestabilizar a los países democráticos.

—Los rusos están siendo muy efectivos, y han conseguido algunas victorias —asegura Hall.

El ejemplo más llamativo es el de las elecciones presidenciales americanas, «con un despliegue muy variado de "medidas activas" por todas las agencias rusas de inteligencia: el FBS, el SVR y el GRU. No estoy convencido de que consiguieran alterar el resultado, pero sí creo que esa era su intención. Sin duda, trataban de influir en los votantes americanos utilizando la propaganda. En cualquier caso, si finalmente lo lograron, eso sería también por culpa nuestra». Se trataría, en efecto, de una muestra más de la fortaleza de Occidente utilizada en su contra. Judo.

Está en la estrategia diseñada por el general Valeri Gerasimov, jefe del Estado Mayor ruso: adaptar el viejo método de las «medidas activas» a los instrumentos modernos que ofrece la tecnología. Y en todos los ámbitos, desde el militar hasta el de los medios de comunicación, la cultura o el comercio. Está también en la teoría plasmada por Vladislav Surkov, considerado uno de los ideólogos de Putin. Es el creador del concepto de

«democracia soberana», consistente en que se eleva al máximo la importancia de la soberanía y se disminuye hasta el mínimo el interés por la democracia. Es un sistema de control absoluto desde el poder central sobre las instituciones políticas, la economía y los medios. Nada escapa a la vigilancia del Kremlin. Sí hay varios partidos políticos, pero todos rinden pleitesía al presidente. Y, de hecho, el presidente se presenta a las elecciones sin el paraguas de ningún partido. Es el presidente de todos, y todos se entregan al servicio del presidente. También había varios partidos en la República Democrática de Alemania, en la que Putin trabajó como espía soviético. Ese era un ejemplo a seguir, adaptado a las circunstancias del siglo XXI. La clave es que los ciudadanos rusos crean que existe pluralidad, aunque sea desde la uniformidad. Y, sobre todo, que quede claro quién manda. Y que mande.

El analista británico Timothy Garton Ash definió el concepto con una comparación muy ilustrativa:

—La diferencia entre una democracia y una democracia soberana es la misma que entre una camisa y una camisa de fuerza.

Surkov se encargó de asegurarle a Putin que en Rusia nunca se producirá una revolución popular como la que derrocó Gobiernos en Ucrania o en algunos países árabes, y que en el Kremlin siempre han creído que fueron provocadas y organizadas por Occidente.

Valeri Gerasimov aparece en la lista de rusos sancionados por la Unión Europea. Vladislav Surkov figura en la lista de rusos sancionados por Estados Unidos tras la ocupación de Crimea.

Putin es un chequista, seguidor de la tradición de la Checa, el servicio de espionaje político originario de los inicios de la Unión Soviética. Quiere que la gente le tema. Putin manda desde el temor que provoca. Exige lealtad inquebrantable e inextinguible, sean cuales sean las circunstancias de cada momento. Y la lealtad no satisfecha tiene un precio.

Cada nuevo presidente o primer ministro de cualquiera de las potencias occidentales —Estados Unidos, Reino Unido, Francia, Alemania…— que ha llegado al cargo desde principios de siglo, lo ha hecho con el convencimiento de que, al contrario que sus predecesores, él o ella sí será capaz de establecer una relación correcta y beneficiosa con Rusia. Con

Putin. Esa es otra de las circunstancias de las que el presidente ruso sabe sacar provecho: la conmovedora ingenuidad, el equivocado adanismo, de los recién llegados al poder. Mientras, el presidente de Rusia observa el advenimiento y la posterior caída de los mandatarios americanos, británicos, franceses o alemanes, desde su atalaya firme e inalterable del Kremlin. Porque sí, en Rusia hay elecciones. Pero no, en Rusia no hay opciones para elegir, no hay verdaderos candidatos alternativos. O Putin, o Putin. Sus interlocutores occidentales tardan tiempo en percatarse de su propia candidez sobre esta realidad, y a veces eso ocurre cuando su mandato ha expirado y ya hay un nuevo y candoroso presidente en el cargo que empieza a recorrer el camino de su error desde el principio.

—Rusia nunca será un verdadero aliado. Y se comete el error de darle más importancia de la que tiene, porque ni su economía ni su ejército son tan poderosos —asegura Steve Hall.

Aun así, Putin ha sabido sacar provecho, por ejemplo, de la dependencia que buena parte de Europa Occidental tiene del gas ruso. Y ha desplegado su fuerza militar allí donde le ha interesado, sin que las potencias occidentales hayan dado una respuesta armada. Putin sabía que nunca lo harían, porque las sociedades occidentales no podrían asumir un conflicto de ese tipo. La rusa, sí. Putin es más poderoso en su país gracias, también, a esas intervenciones militares. Rusia ha desafiado a Estados Unidos y a la Unión Europea, que han hecho lo único que sus opiniones públicas iban a permitir que se hiciera: imponer sanciones económicas. Pero, mientras, Rusia se anexionó Crimea, fuerzas prorrusas controlaron el este de Ucrania, y un despliegue militar ruso se hizo fuerte en Siria, país determinante en el infernal tablero de Oriente Medio, antes controlado por Estados Unidos.

EL JURAMENTO DEL ZAR

El 18 de marzo de 2018, Vladímir Putin aplastó a todos sus rivales en las elecciones presidenciales. El día 19 se reunió con ellos, en un inteligente gesto de unidad nacional. Incluso escuchó lo que le quisieron decir. Una

fotografía inmortalizó el momento. El 7 de mayo de 2018, Vladímir Putin entró por cuarta vez, solo e imperial, en el engalanado salón de la Orden de San Andrés del Gran Palacio del Kremlin. Adornos en blanco y oro. Columnas con decoración sobrecargada. Más rococó que barroco. Lámparas de tiempos de los zares. Un palacio real para el presidente de una república. Cientos de invitados esperaban en perfecta formación, dejando libre el pasillo para el único protagonista de todo. Los soldados que rendirían honores habían sido elegidos entre los más altos y gallardos del ejército ruso. Desfilaban al ritmo de la banda, elevando los pies a la altura de la cintura, en un procedimiento ensayado hasta la extenuación. No hay margen para el error. Todo reluce.

Minutos antes, en un ejemplo de sobreactuación, la televisión rusa captaba la imagen de Putin sentado en la mesa de su despacho, en mangas de camisa: trabajando hasta cuando está a punto de ser honrado en una nueva toma de posesión. A la señal del regidor televisivo, el presidente se pone en pie, recoge su americana del respaldo de la silla, se enfunda en la chaqueta e inicia un largo caminar a través de los extensos pasillos del edificio. En la puerta de salida le espera un oficial del ejército, junto a una enorme limusina. Es de fabricación rusa. Ya no ocurriría como la última vez que juró su cargo en 2012, cuando tenía que usar coches Mercedes alemanes. Rusia ya es capaz de producir su propia línea de vehículos de lujo. Una escolta de motocicletas condujo al presidente electo hasta el Gran Palacio, donde aguardaba una compañía de soldados a caballo. En el interior le esperaban las escalinatas, bien protegidas por la guardia de honor, cuyos miembros retorcían el cuello para colocar brusca y marcialmente la cabeza en una dirección o en otra siguiendo los pasos de Putin. Cuando el reloj de la torre Spasskaya hizo saber a Rusia que en Moscú eran las doce en punto del mediodía, una voz poderosa anunció la llegada de Vladímir Vladímirovich Putin. Las puertas se abrieron y el presidente electo entró en la sala aplaudido por la concurrencia. Era él, y solo él. La alfombra roja le indicó el camino que ya había recorrido otras tres veces hacia la tribuna. Allí, Putin posó su mano derecha sobre un ejemplar de la Constitución y pronunció su juramento ante Valeri Zorkin, presidente del Tribunal Constitucional:

—Al asumir la responsabilidad del cargo de presidente de la Federación Rusa, juro respetar y proteger los derechos y libertades de los ciudadanos, cumplir y defender la Constitución de la Federación Rusa, proteger la soberanía, la independencia, la seguridad y la integridad territorial del Estado, y servir fielmente al pueblo.

Serio, sobrio, hierático, firme.

Una enorme pantalla proyectaba la imagen de la bandera rusa, mientras en las paredes de la sala reverberaba el bello himno heredado de la Unión Soviética compuesto por Aleksandr Vasílievich Aleksándrov a principios de los años cuarenta, recién terminada la Gran Purga realizada por Stalin. Años atrás, Putin había decidido cambiar la letra para eliminar las menciones estalinistas de otro tiempo.

—Rusia, nuestra patria sagrada. Rusia, nuestro amado país. Gloria a ti —cantaban las sensacionales voces del ejército ruso.

En un impresionante alarde técnico y de realización, una cámara de televisión sobrevoló a los invitados en el interior del palacio para, en un eterno y sensacional plano-secuencia, sacar esa misma cámara al exterior a través de una ventana, hacer un movimiento panorámico de ciento ochenta grados para mostrar el río Moscova, hasta terminar cambiando el plano hacia la bandera blanca, azul y roja de la Federación, en la parte alta del Kremlin. Estaba en el mismo mástil del que fue arriada por última vez la bandera roja con la hoz, el martillo y una estrella el 25 de diciembre de 1991, aquella noche de Navidad en la que dimitió Mijaíl Gorbachov y desapareció la Unión Soviética. El pelotón militar de gala honró a Putin. Todos a sus órdenes. Pero ¿por cuánto tiempo?

La Constitución de la Federación Rusa establecía en 2018 que un presidente no podía optar a un tercer mandato consecutivo. Como consecuencia, ese 7 de mayo de 2018 Putin se convirtió teóricamente en lo que los americanos llaman «un pato cojo» —lame duck—: un presidente que ya no se puede presentar a las elecciones. Se supone que, en esas circunstancias, el mandatario pierde poder porque quienes le rodean empiezan a estar más pendientes de la sucesión y de buscarse un lugar alrededor de quien pudiera ser el siguiente en ostentar el cargo. Otros creen que el efecto es justo el contrario, porque el presidente en su segundo

mandato se siente libre de tener que competir por la reelección, y eso le permite ejecutar políticas con más libertad y trabajar por construir su legado para la historia. Pero ¿quién dijo que una limitación constitucional es una limitación real en la Rusia de Putin?

El 10 de marzo de 2018, ocho días antes de las elecciones presidenciales en las que consiguió el setenta y seis por ciento de los votos, Putin aseguró en una entrevista a la cadena americana NBC que «nunca he reformado la Constitución, y menos aún en mi propio beneficio. Hoy, sigo sin tener esos planes». Pocas horas después de su victoria electoral, en un encuentro con los medios, Vladímir Putin estaba satisfecho y desahogado, con seis años por delante para seguir ejerciendo su cargo. Ni siquiera se puso corbata. Aparecía juvenil y exultante. Un periodista le preguntó si, de verdad, este sería su último mandato o si, por el contrario, le gustaría seguir más allá de 2024. Putin puso su mejor sonrisa. A sus sesenta y cinco años llevaba ya dieciocho al frente del país, tanto en el cargo de presidente como en el de primer ministro. Había igualado a Breznev. Cuando terminara ese nuevo periodo, con setenta y uno, llevaría veinticuatro en el poder, y solo Stalin habría estado más tiempo que él.

—Ja, ja, ja… Esto que me dice usted es bastante gracioso. Hagamos juntos la cuenta —de los años—. ¿Es que cree que debo mantenerme en el poder hasta los cien años? Niet, niet, niet. Ja, ja, ja…

VICENTE VALLÉS (Madrid, España, 10-7-1963) lleva tres décadas dedicado al periodismo. Dirige y presenta el informativo de la noche de Antena 3, y con anterioridad ha sido responsable de programas de noticias en Telemadrid, Televisión Española y Telecinco. También es analista político en prensa y radio. Ha recibido varios premios, entre ellos el Salvador de Madariaga, el del Club Internacional de Prensa, la Antena de Oro, el Premio Iris de la Academia de Televisión y el Premio Ondas.

Es autor del libro *Trump y la caída del imperio Clinton*, en el que analiza el sorprendente resultado de las elecciones americanas de 2016.